

La Influencia de Hostos en la Cultura Dominicana

(Respuestas a la encuesta de EL CARIBE)



EDITORA DEL CARIBE, C. POR A.

Ciudad Trujillo, R. D.

1 9 5 6



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



La Influencia de Hostos en la Cultura Dominicana

(Respuestas a la encuesta de EL CARIBE)



EDITORIA DEL CARIBE, C. por A.

Ciudad Trujillo, R. D.

1 9 5 6



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





En interés de arrojar plena luz sobre una de las doctrinas educativas más comentadas del país, la que se refiere al llamado sistema hostosiano, EL CARIBE abrió una encuesta entre notables intelectuales dominicanos acerca de los siguientes puntos:

- 1. La influencia de Hostos en la vida dominicana.*
- 2. Significación de su laicismo en la trayectoria social del pueblo dominicano, y*
- 3. ¿Se inspira aún la Escuela Nacional, según afirma el fenecido escritor M. A. Peña Batlle, en las ideas y sistemas del pensador antillano?*

Por espacio de nueve años laboró Hostos en la dirección de la Escuela Normal y en cátedras del Instituto Profesional. En ese lapso dictó sus lecciones de Derecho Constitucional y los capítulos de su Moral Social. En 1884, al producirse la graduación del primer grupo de maestros normalistas, el pensador antillano pronunció un discurso que destinó, según se afirma, a exponer los fundamentos de su filosofía y de sus sistemas educativos.

Al abrir esta encuesta EL CARIBE ha querido aprovechar el clima favorable a los análisis históricos y de todo orden que vive la República desde el año de 1930 gracias a la profunda política cultural trazada por el insigne Padre de la Patria Nueva, Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, para someter a la consideración de sobresalientes escritores nacionales, con propósito de clarificarlo, uno de los periodos más discutidos de la historia educativa del país.

A continuación se publica la nómina de las personas que contestaron la encuesta de EL CARIBE y los puntos a contestar:

La influencia de Hostos en la vida dominicana. Significación de su laicismo en la trayectoria social del pueblo dominicano. Se inspira aún la Escuela Nacional, según afirma el fenecido escritor M. A. Peña Batlle, en las ideas y sistemas del pensador antillano?

Lic. Porfirio Herrera Báez

Lic. Emilio Rodríguez Demorizi

Lic. Luis Julián Pérez

Lic. Manuel Valldeperes

Don Ramón Emilio Jiménez

Prof. Andrés Avelino

Dr. Gustavo Adolfo Mejía Ricart

Lic. J. R. Cordero Infante

Lic. Arturo Despradel

Sr. Ramón Marrero Aristi

Dr. Fabio A. Mota

Dr. Pedro Troncoso Sánchez

Dr. José Enrique Aybar

Don Germán Soriano

Lic. Manuel A. Amiama

Lic. Virgilio Díaz Ordóñez

Prof. Urania Montás

Monseñor Eduardo Ross

Lic. Federico C. Alvarez

Lic. Manuel Ramón Ruiz Tejada



Lic. Máximo Coiscou Henríquez
Lic. Julio Vega Batlle
Pbro. Dr. Oscar Robles Toledano
Dr. Manuel Ramón Ruiz Oleaga
Dr. Carlos M. Lamarche H.
Dr. Salvador E. Paradas
Pbro. Dr. Juan F. Pepén
Lic. Luciano A. Díaz
Lic. Barón T. Sánchez
Lic. Juan Francisco Sánchez
Don Antonio Hoepelman
Prof. Ricardo Ramírez
Prof. Rogelio Lamarche Soto
Don Julio A. Cambier
Don Heraclio Manuel Contín J.
Don Pablo Pichardo
Dr. Francisco A. Lizardo
Lic. Bernardo Díaz hijo
Prof. Luis Despradel Piantini
Lic. Enrique G. Striddels
Agr. Fabio F. Herrera hijo
Dr. Ernesto C. Botello
Prof. Ramón del Orbe y del Orbe
Lic. Jesús María Troncoso Sánchez
Prof. Tiburcio Millán
Don Melchor Contín Alfau





Respuesta del Lic. Porfirio Herrera Báez

Compláceme deferir a la encuesta patrocinada por ese diario en relación con la influencia de Hostos en la vida dominicana, la significación de su laicismo en la trayectoria social de la historia dominicana y, finalmente, en cuanto a si la escuela nacional, tal como lo afirmó el fenecido escritor Manuel A. Peña Batlle, se inspira aún en las ideas y sistemas del pensador antillano.

Parece innecesario abundar prolijamente en la prueba de la influencia hostosiana en nuestro medio, cuestión esta que puede considerarse definitivamente corroborada aun por los más enconados adversarios que tuvo el Maestro en su tiempo y aún contemporáneamente.

Dentro del momento cultural dominicano que le tocó actuar, Hostos constituyó una fuerza constructiva que determinó un verdadero renacimiento de renovación pedagógica.

Considero, sin embargo, que la figura de Hostos constituye hoy un valor cuya significación es más bien histórica que actual. Representa un momento en la historia de la cultura dominicana que, no obstante sus profundos efectos renovadores sobre la época que fué beneficiaria de sus ideas y actuaciones, ha sido de todos modos superada.

Han sido superadas

Hostos corresponde a una tendencia del pensamiento iberoamericano movida por una orientación filosófica y una postura crítica que ya han sido objeto de bien lograda revalorización.



En ese sentido, puede afirmarse que los fundamentos doctrinarios de las obras de Hostos, tales como el positivismo y su actitud peculiar para con la tradición hispánica y católica, han sido superadas en la República Dominicana y en otras partes del Continente.

Tanto las doctrinas pedagógicas imperantes hoy en nuestro medio, como los más relevantes exponentes del pensamiento filosófico dominicano contemporáneo han evolucionado decisivamente en contradicción con los supuestos cardinales de las ideas hostosianas. Ni la Moral Social ni la Sociología, que constituyen las obras mas representativas de Hostos y que, durante algún tiempo, tuvieron vigencia como textos escolares en la República Dominicana constituyen hoy materia de estudio en nuestros centros culturales, en los cuales rigen hoy enseñanzas y textos más acordes con las nuevas corrientes del pensamiento sociológico.

Asimismo, la orientación pedagógica dominicana tiene una inspiración totalmente distinta a las ideas y sistemas del pensador antillano. Esta orientación tiene un contenido trascendental que va más allá del eticismo hostosiano y comprende una serie de disciplinas que supera la típica clasificación comtiana del sistema educativo hostosiano.

Fijada con precisión

En efecto, las tendencias del sistema educacional dominicano se encuentran fijadas con toda precisión en el primer dispositivo de la Ley Orgánica Educacional No. 2909 de 1951, en el cual se expresa que “el contenido de la educación dada por la escuela dominicana estará basado en los principios de la civilización cristiana y de tradición hispánica, que son fundamentales en la formación de nuestra fisonomía histórica y se orientará dentro del espíritu democrático de nuestras instituciones, a despertar en los alumnos el sentimiento panamericanista y el de comprensión y solidaridad internacionales”.

Por otra parte, este sentido trascendental de la educación dominicana, proyectada dentro de la tradición católica, ha sido definitivamente consolidado por el Concordato en hora feliz sus-



crito con la Santa Sede por el ilustre Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva. Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, quien por ello y por su providencial política encaminada a desterrar el analfabetismo de nuestra Patria y a elevar el nivel educativo del pueblo dominicano, bien merece el honroso título del Primer Maestro dominicano.

Los problemas dominicanos que auscultó Hostos durante su noble y esclarecida actuación en la República Dominicana eran de tales proporciones y requerían soluciones de tal alcance, que no fueron ni podían encontrar su solución dentro de la militancia necesariamente limitada de la figura de Hostos como educador. Por ello considero excesivo calificar como fracaso la obra de Hostos porque ella no lograra resolver los arduos problemas de nuestra nacionalidad. La solución de esos problemas requería ante todo, un estadista egregio en cuyo pensamiento y en cuya voluntad se acogieran todas las ansias de liberación y de progreso de nuestro pueblo.

Esa tarea estaba reservada por la Providencia al Generalísimo Trujillo, cuya presencia en la vida pública dominicana constituye el más amplio y profundo movimiento de afirmación nacional y el índice más alto del destino histórico del pueblo dominicano.

Muy atentamente le saluda,

Porfirio Herrera Báez





Respuesta del Lic. Emilio Rodríguez Demorizi

Muy interesante y oportuna la Encuesta promovida por EL CARIBE acerca de la influencia de Hostos en la vida dominicana, y muy agradecido por mi inclusión en la nómina de personas invitadas al debate.

A reserva de volver sobre el tema y como anticipo para una mejor ilustración del caso, me complazco en remitirle la contestación de José Ramón López a la Encuesta relativa al mismo tema, promovida por la revista Letras en 1918, así como una carta del licenciado M. A. Peña Batlle, en cierto modo ampliativa de sus impugnaciones a Hostos expuestas en el prólogo a la excelente obra del Padre Valle Llano, reproducido en la edición de ayer de EL CARIBE.

Contrario al radicalismo de la excesiva tesis antihostoniana de Peña Batlle, desde Italia le expuse mis objeciones, según consta en nuestras conversaciones epistolares acerca de asuntos de la Patria.

Le observaba que desde 1844 la Nación ha tenido tres momentos culminantes. El espectáculo heroico: las guerras de la Separación y la Restauración; el espectáculo político: Trujillo. Contemplar la revolución hostoniana en los libros, a través de su doctrina, discutible como toda doctrina, no basta. Para apreciar sus proyecciones morales e intelectuales, la férvida lucha y el activo afanar de colmena que produjo en toda la República, es menester transportarse a su época, recorrer la luminosa prensa de la época. Cabría una comparación. Hoy no pasará día en que nuestra prensa no dé noticias de alguna actividad oficial efectiva. Lo mismo —en materia educativa— en época de Hos-



tos: era bien raro que transcurriesen algunos días sin que se diese información de las extendidas actividades del normalismo, así en Puerto Plata y en Santiago como en Azua y Samaná, por todos los confines del país. La eficacia intelectual y moral de la revolución hostosiana fué evidente. Si no alcanzó todas las conquistas necesarias para nuestro porvenir, fué porque Hostos era un Maestro en toda la excelsa significación de la palabra, pero no un político, en el sentido que le atribuimos comúnmente. Sus magnas utopías de Confederación y libertad de las Antillas le impidieron realizar las obras dominicanas que reclamaban la inmediata acción de su espíritu.

Pureza política

La pureza política del sabio antillano llegaba a las lindes de lo hiperbólico: para su obra habría necesitado el concurso del Presidente Heureaux y él lo abominaba. Martí, empero, no tendría escrúpulo alguno en recibir dineros de Lilis para equipar su expedición y hacer viable la de Maceo. La moral del Maestro era demasiado estricta para empujar hacia adelante empresa igual. No tuvo flexibilidad suficiente, la habilidad de conciliar, como Martí, sin mancillarla, la moral con la política funcional. En este sentido Martí superó a Hostos como político.

Es inexacto que Hostos no gravitase nunca, como dice Peña Batlle, sobre los problemas nacionales. Hostos no podía gravitar sobre todos nuestros problemas en la forma pretendida por su ilustre impugnador, sino en la forma en que lo hizo, desde su Apostolado: el medio, las negativas circunstancias políticas, la invencible personalidad de Heureaux, le cerraban el paso. No podrá negarse que gravitó sobre uno de los más serios problemas del país: el de la educación científica, el de la educación moral. Elevó el nivel científico y moral como hoy se elevan conjuntamente con el nivel de vida. Tan agudo era el problema que todavía no ha sido cabalmente resuelto. Hostos lo resolvió a medias, que ya fué mucho. La solución máxima —porque el problema es bien complejo— está en manos de Trujillo: el auge de la Universidad y la ya cercana alfabetización total de los dominicanos.



Sobre otros problemas dominicanos gravitó el Señor Hostos: el caso restos de Colón, que desde Tejera hasta nosotros fué elevado a la categoría de problema, fué tratado larga y doctamente por el Maestro; para el problema fronterizo apuntó la solución: la frontera humana, la frontera semoviente, decía, que es claro antecedente de la más resuelta hazaña del Estadista de San Cristóbal. De muchas obras realizadas ahora o en vías de realización, hay indudables antecedentes en Hostos. Los ejemplos podrían multiplicarse y se llegaría irremisiblemente a la conclusión de que Hostos no fué ajeno a los problemas nacionales y que los comprendió y dió soluciones cónsonas con su posición en la sociedad dominicana de la época. Si con él fuimos lo que fuimos, ¿qué habríamos sido sin él, sin su magna lección?

El mejor tributo

Empero, la impugnación de Peña Batlle es el mejor tributo que hoy puede rendírsele al insigne Educador: revisar su obra, vivificar lo permanente de esa obra; extraer de ella lo útil y valedero, constituiría una nueva modalidad del hostosismo. Peña Batlle inició la bella empresa. Al Hostos de ayer podrá oponerse el Hostos de hoy y de mañana, porque en su vida y en su lección dominicana hay aún simiente viva; ese hábito de vida inmortal que el caminante advierte en el Teatro de Dionisos: ni los rotos capiteles ni las trucas cariátides ni las hierbas intrusas que los griegos de hoy dejan crecer en el recinto augusto, disminuyen la grandeza del espectáculo en que Atenas virtió su espíritu. El espectáculo Hostos era de esos.

En el examen de la obra de Hostos no puede prescindirse del ámbito "lilisiano" y reaccionario en que se produjo, ni debemos pedirle al Maestro inerte que realizara, en el caos y la pobreza, lo que sólo podía realizar una mente lúcida servida por una mano poderosa: Trujillo.

Emilio Rodríguez Demorizi

25 junio, 56.





Respuesta del Lic. Luis Julián Pérez

Me es grato deferir a la encuesta abierta por ese diario acerca de la influencia de Hostos en la vida dominicana, la significación de su laicismo en la trayectoria social del pueblo dominicano y sobre la cuestión de saber si aun se inspira la Escuela Nacional en las ideas y sistemas del pensador antillano, según lo ha afirmado el fenecido escritor M. A. Peña Batlle.

Por su vida y por su obra, se ha dicho de Hostos, que fué ciudadano eminente de América. Así fué reconocido a unanimidad en cónclave internacional, a propuesta de la República Dominicana. El literato insigne, el pensador solitario y el hombre virtuoso y honrado que cumplió con su vida ejemplar profunda misión educativa que, según Peña Batlle, hay en Hostos, está fuera de controversia alguna. Hasta ahí estoy en todas sus partes con el criterio del desaparecido ensayista dominicano. Para mí, sencillamente, Hostos es un apóstol de América.

Sin duda, la obra de Hostos tuvo alguna influencia en la vida dominicana. Fué ella producto de su tiempo. Cumplió la misión que le correspondía con relativo éxito en la evolución social y política de un pueblo en formación. Muchos de sus principios han perdido su vigencia. Las afirmaciones radicales y absolutas de hoy pueden no ser valederas en un futuro más o menos cercano. Lo que hoy se tiene por verdad, mañana puede no serlo. Por eso se debe, a mi juicio, evitar los extremos.

Los dos factores

De antiespañol y anticatólico culpa Peña Batlle al señor Hostos. Los dos factores por él señalados: conservación de la



religión católica y ascendencia hispánica, han sido valiosos en la existencia y desarrollo de nuestra Patria, pero no lo han sido todo. Convengo en que entre las raíces de más consistencia en la estabilidad de nuestra existencia nacional se encuentren la religión católica y la herencia hispánica, pero no puedo convenirme de que lo que no traiga alguno de esos caracteres es o ha sido perjudicial para el país.

No creo que España y lo español hayan tenido en todo momento la significación que el escritor dominicano les atribuye. Me resisto a admitir que sólo en España y en lo español se haya encontrado la solución favorable de nuestros problemas del pasado. Puede que hayan sido útiles, pero las mejores soluciones las hemos encontrado en nosotros mismos, en los valores autóctonos del pueblo dominicano y en los recursos de nuestra propia tierra. Muy satisfechos estamos de la ascendencia hispánica del pueblo dominicano y de la conservación de nuestras tradiciones y vínculos con la Madre Patria, pero España y lo español no han sido para nosotros tan excelentes como quiso Peña Batlle que fueran.

Repudiar todo lo que parezca haber tenido influencia, aunque sea remota, con otra religión que la católica romana, me parece injustificado. Es esa la religión que profeso con entera e íntima convicción, pero la evolución de un país no puede verse en nuestros días en la forma en que la vió el destacado ensayista dominicano. Es necesario verla con perspectiva más universal. Es preciso reconocer la bondad de las religiones que tengan nuestro mismo Dios, sobre todo cuando se trate de religiones cristianas, por lo que me parece extemporáneo reparar con excesivo celo en todo lo que se considere influido por otra religión que la católica. Todas ellas están destinadas a formar frente común con la religión católica para oponerse a la marcha del mal sobre la tierra. La encrucijada en que se encuentra la humanidad hoy exige procurar la unión de todas las fuerzas espirituales de la civilización.

Hostos fué un notable representante de su tiempo. En su época, fué de innegable utilidad la obra educativa del sabio puertorriqueño de conciencia continental. Un grupo de dominicanos se nutrió de su savia bienhechora. Corresponde a una época ya



rebasada, que sólo a la historia pertenece, pero que dió también sus frutos.

La responsabilidad de los males de que adoleciera nuestro país, no puede atribuirse ni a él ni a la escuela que fundó en buena hora. No fueron dichos males privativos de nuestra tierra, muchos de ellos se encuentran en otros países, sobre todo, del mismo Continente, donde no estuvo el maestro antillano. Son ellos el resultado del devenir histórico, del destino de la humanidad, cuya dirección sólo corresponde a Dios.

Obra de Trujillo

La enseñanza laica en nuestras escuelas nos vino de Europa, como a otros países latinoamericanos, como era ordinario y frecuente en esa época en que todo nos venía de ultramar. Poco significó ese laicismo, a mi juicio, en la trayectoria del pueblo dominicano. Ni ese era el objeto primordial de la escuela hostosiana, ni tenía ésta la extensión suficiente como para influir de una manera preponderante en ese aspecto de la vida dominicana. Nuestro pueblo siguió siendo en gran parte analfabeto, pero siempre católico y con todas las virtudes y defectos de nuestra ascendencia hispánica.

Hostos y su reducido número de discípulos, tuvieron pocos medios para hacer más de lo que hicieron. Recuérdese que en su época eran muy escasas las escuelas y las comunicaciones. Los males de que adolescía el pueblo dominicano existían antes de Hostos. Este no pudo corregirlos, pero de eso no se puede inducir que fué perjudicial para el pueblo dominicano. Hizo lo que pudo; preparó un pequeño grupo para recibir la corriente cultural de su tiempo. Sólo a Trujillo le estaba reservada la noble tarea de transformar, educar y engrandecer a su pueblo. El la ha cumplido cabalmente.





Respuesta del Lic. Manuel Valldeperes

Mis respuestas a las tres preguntas esenciales de su encuesta sobre el apóstol americano Eugenio M. de Hostos se sintetizan así: a) Hostos influyó en la vida dominicana, pero tal influencia quedó circunscrita a su época y de manera limitada; b) En virtud de esta limitación, que fué la consecuencia natural de un sistema positivista que quería someter el alma a la razón y negar la fuerza victoriosa de la voluntad, el laicismo hostosiano apenas si dejó huellas en la conciencia del pueblo dominicano, que se mantuvo fiel a su tradición cristiana, y c) Esta tradición es la que encauza Trujillo al hacer de la educación, además de una formación, la condición necesaria del desarrollo natural del individuo, teniendo en cuenta que educar es orientar lo que hay en el hombre de espontáneo y original. Este sistema, del que no está ausente la educación moral, es ajeno al individualismo positivista porque iguala al hombre ante la educación y sitúa a la persona, socialmente, en un mismo plano de posibilidades.

La influencia de Hostos

Es innegable que Hostos influyó en la vida dominicana de su tiempo; pero no en la forma y con la intensidad que hubiera podido hacerlo de no haberse dejado llevar por una dogmática intransigente que, en el fondo, limitaba su natural espiritualidad. Podríamos decir que Hostos, por cuidar la conducta —conducta de apóstol— descuidó la urificación y sistematización de su pensamiento. No se dió cuenta —lo vemos ahora a la distancia— que el positivismo imperante en aquella época era contrario a su raíz y a su circunstancia cultural.



La caótica situación dominicana de finales del siglo pasado favoreció el influjo de Hostos en la vida cultural de nuestro país y, por ende, en la vida política; pero no tuvo en cuenta, como no la tuvo en cuenta para sí, la raíz y la circunstancia cultural del pueblo dominicano. La divisa comtiana “Amor, orden, progreso” es en Hostos “Libertad, orden, progreso”. De esta manera el positivismo hostosiano sirve admirablemente a los fines circunstanciales del hombre dominicano de fines de siglo. Sin embargo, al supeditar a la ciencia positivista —que actúa al través de la educación— la organización de la nacionalidad dominicana, limita sus posibilidades de triunfo, puesto que, si bien es cierto que el hombre dominicano anhela libertad, orden y progreso, cansado ya de las luchas intestinas que atormentan su vida, sigue fiel a su raíz y a su circunstancia cultural.

El pensamiento hostosiano, a pesar del espiritualismo que rebasa su dogmática, era demasiado rígido, demasiado exacto, para no ser discutible. La doctrina que sólo crea sectarios y convencidos anula la vida del espíritu y mata la espontaneidad. El alma humana es más que razón, y la voluntad no es facultad negativa, como quería Hostos, sino fuerza victoriosa en actividad extraordinaria. La voluntad, al actuar sobre las vicisitudes inherentes a la existencia, constituye el resorte preponderante de los pueblos y de los individuos. Y este libre albedrío del hombre dominicano fué el que decidió la evolución, dentro del marco evolucionado de la tradición. Es decir: de acuerdo con su raíz y su circunstancia cultural.

A mi entender hay que atribuirle a Hostos un mérito singular: el de haber despertado la conciencia nacional, lo que no incluye necesariamente, como ya he dicho, la dirección de esta conciencia. El sistema sociopedagógico de Hostos movió la voluntad del hombre dominicano; pero éste no se dejó seducir por el plan de edificación moral sobre bases científicas propugnado por el ilustre pensador, sino todo lo contrario: hizo más viva la fuerza de su propia conciencia ideal. Esta es la razón por la cual, creo yo, el laicismo de Hostos apenas si dejó huellas en la conciencia del pueblo dominicano.



La escuela dominicana actual

Es Trujillo quien recoge esta herencia —raíz y circunstancia cultural del pueblo dominicano— y da a la Escuela Nacional su sentido supremo: hacer al hombre capaz de serlo, entendiendo la educación como el instrumento que eleva al hombre al nivel de sus aspiraciones y lo hace responsable de sus actos en virtud de la conciencia que de ellos tiene. Ya en los albores de su gestión gubernativa declaró Trujillo que creía “en la escuela como base en la que descansa el porvenir de la República” y que “la escuela ha de modificar definitivamente nuestra psicología creando un tipo nuevo que, sin romper el hilo de nuestras tradiciones, aparezca absolutamente negado a seguir trillando los viejos caminos del error”. Y esto es lo que ha hecho.

La educación es actualmente, en nuestro país, además de una formación —teniendo en cuenta que educar es orientar lo que hay en el hombre de espontáneo y original— la condición necesaria del desarrollo natural del individuo y comprende aquellos aspectos que, perteneciendo al campo de la sociología, aseguran el bienestar y la seguridad de la familia dominicana. Según la concepción de Trujillo —y esta concepción es ya realidad viva—, el derecho a la educación es el derecho del individuo a desarrollarse normalmente, en función de las posibilidades de que dispone, con la obligación para el Estado de transformar estas posibilidades en realizaciones efectivas y útiles.

Para dar amplitud general al plan educativo dominicano —antítesis del plan hostosiano—, Trujillo ha dispuesto la campaña de alfabetización total, destinada a situar a los adultos y menores alfabetizados en condiciones de aptitud para recibir también los beneficios de la educación. No olvidemos que pueblo auténtico es el que, como el nuestro, crea sus propias convicciones y que la escuela perfecta es la que crea conciencias. Y esta es la orientación que ha dado Trujillo a la escuela dominicana. Una escuela que, sin romper el hilo de nuestras tradiciones —la firma del Concordato lo atestigua—, nos aparta de los viejos caminos del error.

Muy cordialmente,

Manuel Valldeperes





Respuesta de Don Ramón Emilio Jiménez

Correspondo a la Encuesta abierta por ese prestante diario acerca del pedagogo y apóstol Eugenio Ma. de Hostos, concretada a la influencia ejercida por él en la vida dominicana; a la significación del laicismo de su escuela en la trayectoria social del pueblo dominicano, y a si se inspira aún la Escuela Nacional, según afirmación del fenecido escritor M. A. Peña Batlle, en las ideas y sistemas del pensador americano.

Respecto de la primera cuestión, la influencia ejercida por Hostos estuvo circunscrita superficialmente a unos cuantos de sus discípulos, sin que se extendiera a nuestro tiempo, por lo cual no influyó su doctrina en la vida dominicana de su época, puesto que no llegó al pueblo que, mirando desplazada de la nueva escuela la religión en que se había formado, la denominó *Escuela sin Dios*. Ni entonces, ni ahora, pues, se vió la vida dominicana influída en lo más mínimo por tan ilustre pensador.

En cuanto a la segunda cuestión, el laicismo de aquella escuela no significó, para el pueblo, ningún serio problema. Supo la familia dominicana reaccionar contra él mediante la intensificación de la fe católica en hogares y templos, y mediante la conservación de las costumbres cívico-religiosas que constituían otro elemento moral reafirmativo de esa misma fe.

Y respecto de la última cuestión, no comparto la afirmación de Peña Batlle. Muy otra de la de Hostos es la Escuela de Trujillo para que pudiera inspirarse en aquélla el único gran reformador, no sólo de la vida escolar dominicana sino de la vida toda de la Nación en sus aspectos económico, político, social y cultural en el más vasto sentido de renovación que haya podido



jamás alcanzar ningún pueblo en sólo un cuarto de centuria y dentro de las condiciones desastrosas en que advino Trujillo al Poder, con casi todo por hacer o por enmendar de modo imperativo y urgente ante las propias circunstancias del medio ambiente y en la encrucijada de dos grandes tendencias antagónicas apoyadas en sus doctrinas respectivas, de esencias irreconciliables, respaldadas por las más horribles máquinas de guerra.

Hora de impulso

Analícemos ahora estas cuestiones. Llegado Hostos al País en la época que sucedió a la Guerra de Restauración, que fué su época, hallábase, como se sabe, entre los males prevaecientes en aquel tiempo, el de la escuela resentida de falta de cultura científica. Hora de dar impulso vigoroso a la educación dominicana era aquélla. Requeríase una escuela que proporcionase mayor y mejor adquisición de conocimientos llamados a ser la base de un movimiento intelectual reparador; una escuela capaz de transformar substancialmente la vida nacional. Era lo indispensable, y Hostos parecía el destinado a dotar a la República de ese tipo de escuela que, supliendo ventajosamente lo que a la otra le faltaba, diera consistente arraigo a la Nación. Lo parecía, por su vasto saber, su probidad y otras sobresalientes cualidades, pero no lo fué.

Esa escuela, por consiguiente, tenía que guiar, junto con la inteligencia de las generaciones que iban a abreviar en ella su sed de conocimientos, el sentimiento dominicanista triunfante en dos guerras patrias: la separatista y la restauradora, para engrosarlo y estabilizarlo sin desmedro de los dos factores que concurrían a su verdadero fortalecimiento: su raíz católica y su origen hispánico. Pero Hostos menospreció el sentido de fe religiosa que pudo y debió conservar en forma asequible a su revolución pedagógica. A la vieja escuela, en que predominaba el escolasticismo, opúsole un sistema positivista con el cual quedaba de hecho establecido el pleito entre religión y ciencia, y patente la enseñanza laica que ya había tenido su precursora, aunque sin rigor de verdadero laicismo hasta que Hostos, radical e intransigente, lo hizo rígido.



Dió a su escuela el ilustre pedagogo ciencia experimental y metodología, con lo que mejoró la existente hasta aquel momento, pero sin sentido de dominicanidad dentro de lo universal, y en esto está en lo cierto Peña Batlle.

Desvinculado de realidad

El Maestro se desvinculó de la realidad religiosa del medio social para el cual hizo obra docente, realidad que sin mengua de su concepción racionalista, debió haber abarcado en su plan de estudios, ya que casi todo es armonizable en el mundo si se sabe explotar lo que hay de común hasta en las cosas al parecer menos afines; pero prefirió no conciliar los dos aspectos referidos entre los cuales introdujo divorcio, y el pueblo, que lo captó con intuición maravillosa, hizo lo que apunté anteriormente: rebautizar la nueva docencia con el sobrenombre de *Escuela sin Dios*. Mal podía llegar a tener esa escuela influencia en la vida dominicana si comenzó por negarle ambiente acogedor a la tradición católica popular, dando ocasión a que el alma pública convirtiera templos y hogares, como queda ya dicho, en baluartes de su cristiana fe.

La significación del laicismo de la escuela hostosiana en la trayectoria social del pueblo dominicano, vino a ser la demostración patente del concepto en que tuvo Hostos a la Iglesia. El campo en que se manifiesta la vida eclesiástica es lo metafísico, que para Hostos viene a ser estado intelectual caracterizado por las *nociones a priori o exclusivamente especulativas que resultan de entregarse el pensamiento a sí mismo sin consulta de la realidad*, comparable a la representación difusa de los objetos en la semioscuridad o a la débil luz de la Luna, según lo define en su Tratado de Sociología.

Ahora bien, el mal que Peña Batlle señaló a la “escuela hostosiana”, por el agudo matiz positivista que tenía, es común a la mayor parte de las escuelas mundiales de la segunda mitad del pasado siglo y de las del presente, laicas por el carácter mismo de su desvinculación de todo lo religioso o metafísico, visto como incompatible con el imperio de la razón; pero Hostos era ultrarradical en este punto al no concebir que se pudiera hallar



verdad fuera de la ciencia racionalista, ni palabra digna de ese nombre, como a este respecto sentenciaba: *“Se quiere un arte literario basado en la verdad, y fuera de la ciencia no hay verdad; se quiere servir a la verdad por medio de la palabra, y fuera de la que conquista prosélitos para la ciencia, no hay palabra”*. Pensaba y hablaba así exaltando la razón, cuyo poder deificaba, mientras apocaba la imaginación, como propicia a los sueños, y la voluntad, como facultad perversa, según él.

La religión prima

Creo que es algo substantivo en materia de educación no desentenderse del sentimiento en función de conciencia religiosa de los pueblos. Desde los albores de la humanidad la religión prima en el sér racional sobre toda otra manifestación de su vida, de donde se infiere la necesidad de una escuela que armonice este sentimiento con la ciencia.

Por falta de esa escuela confronta hoy el mundo como agudo problema la carencia de paz, y lo que es peor todavía: carencia de la aptitud moral indispensable para poder alcanzarla, traducida en angustia desesperante de no encontrar por medio de la ciencia positivista el ansiado remedio. Duele hasta los tuétanos en la presente era atómica el espectáculo de un mundo dividido por dos ideologías irreconciliables respaldadas, como dije al comienzo de este artículo, por terribles armamentos para la destrucción en masa. Ha fracasado, o por lo menos no ha tenido éxito, la escuela universal, que a medida que va llevando los pueblos de ciencia materialista, va alejándolos de Dios. Sobrada lógica la de Ortega y Gasset en su obra EL LIBRO DE LAS MISIONES, al exclamar, ante la necesidad de más cultura contrapuesta al exceso de ciencia: *“Es preciso que el hombre de ciencia deje de ser lo que hoy es con deplorable frecuencia; un bárbaro que sabe mucho de una cosa”*.

Perfil dramático

Frente a tan desoladora realidad, de un perfil dramático mayor que el de las demás situaciones angustiosas que ha padecido el orbe —realidad en las que están aún por cicatrizarse muchas de las heridas abiertas por las dos grandes guerras que no



son sino una sola inconclusa en período de tregua—; frente a tan desoladora realidad, repito, el Generalísimo Trujillo, desde la Presidencia de esta República, señaló, no sólo a esta patria dominicana, sino al mundo todo, lo que la grave circunstancia del momento reclama como remedio imperativo; la dosificación católica de la escuela con urgencia en la hora crítica. Romper la clave laica de la docencia imbuída de cientificismo hasta la médula; volver a saturar de oxígeno cristiano los pulmones del mundo llenos de viciado aire materialista de las dos porciones de siglos mencionadas y lo que va de la segunda del presente; oponer al materialismo histórico, raíz del comunismo internacional en ganancia del dividendo científico antirreligioso de la época, junto al venero espiritual de referencia, una amplia política de trabajo creadora de riqueza en provecho general y no exclusivo de clases privilegiadas: franquear las divisorias geográficas a los sin tierras donde alzar un techo, o sin patrias donde poderse radicar libremente; hacer eso y todo cuanto en obras de sanidad y educación viene realizando en esta tierra dominicana, que él ha salvado y engrandecido, es el modo de afrontar el serio problema que gravita sobre el mundo.

Y esta sesuda realidad intelectual y ética del País en la presente hora tiene sentido superior docente vitalizado en sus instituciones de enseñanza, dado a ellas por quien, como Trujillo, no es sólo un político, con serlo tan a ciencia y conciencia de su misión política trascendental, sino un apóstol de la clase de escuela más a tono con las necesidades de los nuevos tiempos, que son principalmente de orden moral: la Escuela de la Paz, síntesis y símbolo de la suprema ansia de este siglo atormentado dentro de una ciencia sin contenido espiritual.

R. Emilio Jiménez





Respuesta del Prof. Andrés Avelino

Una prueba del bello clima de libertad que vive el país lo constituye entre tantas otras cosas del espíritu esta encuesta abierta para dilucidar un problema trascendente para el porvenir de nuestra nacionalidad: la influencia de Hostos en la vida dominicana.

Agradezco por lo deferente, el haber incluido mi nombre entre los que deban opinar sobre este asunto tan importante para la cultura y la felicidad del pueblo dominicano, pero lo deploro por cuanto había hasta la fecha eludido dar en público mi opinión sobre el pensamiento y la obra del gran antillano, a quien admiro por su dedicación absoluta a las más altas cosas del espíritu. Mi silencio ante el pensamiento del maestro no se debe a las mismas causas que hacían callar a Kant, cuando decía: “Pienso muchas cosas que no tengo el valor de decir, pero jamás diré cosas distintas de las que pienso”, pues yo no tengo, como el filósofo criticista, cosas que callar. Doy gracias a Dios, que todo lo que hasta ahora he pensado y pienso puede ser dicho bajo la luz meridiana. Lo que se piensa y no puede decirse es el pensamiento que respalda un extraviado. Jamás diré cosas distintas de las que pienso porque siempre pienso con absoluta objetividad filosófica. Los subjetivistas materialistas de los siglos XVIII y XIX, entre ellos Kant y los positivistas, que pretendían justificar con el pensamiento lo injustificable: el materialismo y el subjetivismo, es natural que tuviesen cosas que no tenían el valor de decir. Pero el que piensa con objetividad, rectamente, puede decir todo lo que piensa. Esto no quiere decir que no haya de expresar cosas que a muchos no



agradarán, sino que las diré responsablemente porque serán dichas con elevada intención y pura objetividad.

Esta objetividad y rectitud a que he aludido no significan que pretenda poseer la verdad absoluta, sino precisamente que no tengo nunca la evidencia absoluta de ninguna de las nomias de un problema antinómico, y eso me permite encarar con respeto y objetividad la nomia contraria a mi sentir personal.

Combate positivismo

Quien haya leído mis obras y conozca mi pensamiento sabe que soy un antipositivista y un antimaterialista. He combatido el positivismo y el materialismo en todas sus múltiples formas. Por eso no puedo estar ni he estado nunca de acuerdo con el pensamiento y la obra de Hostos en Santo Domingo.

Todo positivismo, materialismo, misticismo científico existencialismo, socialismo, comunismo, es materialista. Hablo sin ambages. Soy antimaterialista y he combatido el materialismo en todas las formas ante dichas. Ahí están mis obras para respaldar lo que acabo de decir. Soy cristiano católico y amo entrañablemente mi ancestro y mi cultura hispánica. Sin duda, la influencia de las ideas positivistas y racionalistas de Hostos fueron perjudiciales, y lo son todavía, para la cultura dominicana. Antes de Hostos el pueblo dominicano era un conjunto de personas que estaban unidas en sociedad por una religión, la católica, y vivían en una unidad de pensamiento y acción cuya directriz fundamental y total era el pensamiento, la religión y la cultura hispánicos. Esto podrá no gustar a muchos precisamente porque son mentes influidas por las ideas hostosianas y por las ideas positivistas reinantes hoy en el mundo. Es cierto que la influencia de lo haitiano había dejado sus raíces en nuestra naciente nacionalidad, pero el pueblo dominicano, a pesar de ese sonrojo y del dolor de la anexión a España había mantenido en todo su esplendor su amor a lo hispánico. Hostos con su positivismo, y más que Hostos, el positivismo mismo y el anticlericalismo que después de él nos llegó como un torrente de todas partes, fué el acontecimiento lamentable que destruyó la unidad hispánica de nuestra cultura. Esa unidad hispánica la ha restablecido Trujillo creando el Concordato y volviendo a traer



a la Escuela Dominicana la religión católica que el pedagogo puertorriqueño erradicó de las aulas dominicanas. La unidad cultural, filosófica y política de un pueblo es lo más fundamental para su felicidad. Un pueblo que carezca de unidad en sus tradiciones, en su cultura, en su religión y en su pensamiento teórico y político está expuesto a sufrir reveses de consecuencias profundas hasta para su misma existencia. Lo que mantiene viva una nacionalidad no es la extensión ni los límites de su territorio, sino su unidad cultural. Por eso es por lo que es más grande Trujillo, porque ha luchado genial y tesoneramente por la unidad cultural y política del pueblo dominicano. Una Nación puede ser vencida y conquistada pero no puede ser destruída si posee unidad cultural.

Beneficio discutible

Lo único beneficioso que hizo Hostos fué desterrar hasta cierto punto la memorización y verbalización de la escuela dominicana. Pero este mismo beneficio es discutible. Ha sido siempre argumento positivista y materialista llamarle verbalización a todo lo que no es, según el positivismo, mero “hecho”, simple dato sensible, pura experimentación y especialización. Con esta falsa idea positivista se ha culminado, en el irracionalismo y existencialismo actual, con una negación del pensamiento y una primacía de la acción en la llamada “escuela activa” moderna. La educación dominicana ha pasado por tres períodos: 1o. La educación espiritualista y religiosa, humanista, que heredamos de España; 2o. la educación positivista iniciada por Hostos, continuada por la influencia del positivismo materialista Yankee que destruyó el último hálito de humanismo que quedaba en el plan de Aristides Fiallo Cabral y el sistema de la llamada “escuela activa” que nos vino por el canal positivista de los chilenos y 3o. la contrarrevolución educacional de Trujillo, que trae de nuevo el humanismo a la Escuela Dominicana, por medio de un Concordato unificador del espíritu hispánico en el alma dominicana. Se habían hecho varios vanos intentos por volver al humanismo. Con Aristides García Mella, con García de la Concha, con Ramón Emilio Jiménez, opuestos en mayor o menor grado a la corriente positivista hostosiana y norteamericana se



obtuvieron algunos buenos logros de humanismo, pero que fueron vencidos casi de inmediato por la solapada influencia del positivismo.

Todo el que menosprecie lo hispánico (su historia, sus valores eternos, inclusive lo religioso) en nuestro país es enemigo de la Patria porque nuestra nacionalidad no se puede concebir sin lo hispánico, y por tanto, sin la religión católica. Otros países pueden tener otra religión, pero España y Santo Domingo, no. Somos hijos de España y si queremos perdurar como hemos sido y como somos tenemos que defender la gama completa de nuestros valores espirituales, inclusive el valor religioso, tal como lo recibimos de la Madre Patria. Así como no sería posible concebir una India sin Budismo no es posible una República Dominicana sin cristianismo católico. La libertad es uno de los valores más altos pero sólo es verdaderamente beneficiosa en las naciones de alta cultura, profunda y ampliamente extendida. La libertad se torna en libertinaje dondequiera que no hay objetividad cultural. El subjetivismo y la libertad no pueden andar juntos, porque allí donde esto sucede, el primero hace mal uso de la segunda. No se puede conceder libertad absoluta a las personas de una Nación, porque los ciudadanos de un país no deben pensar en contra de los valores eternos propios de la unidad cultural a que pertenecen. Y es esto lo que de hecho hacen todas las Naciones, aunque el mito atrayente de “la libertad” se imponga en muchos casos, aún con amenaza de la existencia de grandes unidades de cultura. Todos conocemos los casos de Naciones, que aunque proclaman la bella categorial “libertad” imponen determinados valores que consideran fundamentales para su unidad cultural.

No se puede negar

No se puede negar la influencia de Hostos en el pensamiento, en la escuela y en la vida dominicana, porque él pensó aquí, actuó aquí y dejó numerosos discípulos que han seguido y difundido sus ideas. Los que como yo vivimos 25 años de profesora-



do vocacional en la escuela dominicana conocemos por experiencia directa en el trato con planes de estudios, con profesores y discípulos la honda influencia del pensamiento de Hostos en Santo Domingo. En el único campo en que la influencia de Hostos no se ha dejado sentir es en la política dominicana. Esto mismo no se puede afirmar de modo absoluto, porque los discípulos de Hostos son numerosos en Santo Domingo, y aunque no de una manera directa, pero sí indirectamente han influido en el pensamiento político dominicano. La obra de Trujillo ha sido, sin duda, obra absolutamente propia, cuando ha logrado unidad cultural del pueblo dominicano por encima del sentir y el pensar de la mayoría de nuestros intelectuales, que son, ya hostosianos positivistas o meros positivistas. Muchos podrán no declararlo en público, pero de viejo conocemos su sentir y su pensar en privado. Es que la influencia de Hostos en Santo Domingo no tiene ya gran importancia, es una mera gota de agua en el océano positivista, materialista, existencialista, socialista y comunista que nos llega de todas partes, en una literatura filosófica, estética y científica negadora de los más altos valores del espíritu. Esta enfermedad, este cáncer cultural que partió de la reforma no lo hemos sufrido sólo nosotros. Lo están ahora mismo sufriendo todas las naciones del mundo, unas más, otras menos. Lo he constatado más de una vez dolorosamente en los Congresos a que he asistido. Es cierto que hoy casi nadie se proclama materialista o positivista, con excepción de los comunistas, pero la mayoría son en su pensamiento en sus obras y en su personal diálogo con los demás unos genuinos positivistas, materialistas y comunistoides cuando no llegan a defender expresa y determinadamente la monstruosidad anticultural del comunismo. Es necesario no llamarse a engaño. Estamos frente a un mismo cuerpo de doctrinas filosóficas. De la reforma se ha pasado a la negación de la metafísica, con Kant; de esta negación con todas sus fatales consecuencias al positivismo de Comte y de éste al científicismo en todas sus formas: irracionalismo, socialismo, comunismo, vitalismo y existencialismo. Todo este



sistema categorial de pensamientos se levanta como una antinomia diabólica contra el cristianismo católico. No se puede ser cristiano católico siendo positivista, o materialista o existencialista o socialista o comunista. Es cierto que en el seno del mismo cristianismo existen sus simpatías existencialistas, pero el existencialismo espiritualista que se le atribuye a San Agustín y el existencialismo cristiano de Marcel, son un existencialismo de otro nombre. Hay cosas fundamentales de este existencialismo que lo diferencia totalmente del ateísmo: en él el ser precede a la existencia y Dios no es sustituido ni ahogado por la categorial “existencia”. También se habla a veces de socialismo cristiano y esto significa mezclar dos categoriales antinómicas irreconciliables. El cristianismo reconoce la suprema realidad de la persona humana con la gama completa de sus valores jerarquizados en un orden espiritual mientras que el socialismo niega la persona humana como la realidad fundamental de la sociedad y sustituye a la categorial “persona” por la falsa categorial “colectividad” o “sociedad”, que no es ya una reunión de personas intuitoras y preferidoras de valores sino una masa de individuos que han perdido los atributos esenciales de su personalidad en holocausto del monstruo del Leviatán de Hobbes. Todo el que está enterado del pensamiento filosófico sabe esto si no está dañado de tal modo por uno de estos ismos que no le deja distinguir una nomia de la otra.

Disyuntiva irreductible

Estamos, pues, frente a una disyuntiva irreductible: se es hostosiano, positivista y materialista o se es cristiano católico, espiritualista, amante y proclamador de los más altos valores del espíritu. Por otra parte, no es Hostos el que sigue influyendo, sino es el positivismo mundial hoy reinante en todas las manifestaciones de la cultura (poseemos hasta una poesía proletaria) el que sigue influyendo. Naturalmente, que en Santo Domingo podrá ser siempre en nombre de Hostos y no de Comte,



de Marx, de Bergson, de Kant, de Heidegger o de Sartre. Trujillo ha vencido a Hostos en lo más fundamental: la creación del Concordato que conlleva la vuelta de la religión a la escuela dominicana. Ahora el Estadista está empeñado en vencer al arrollador positivismo y materialismo comunista que nos asedia desde los cuatro puntos cardinales. A pesar de los esfuerzos del gran leader dominicano por traer de nuevo el humanismo a la escuela dominicana, y de haber logrado con el plan de estudios del Dr. Joaquín Balaguer un gran avance en este sentido, la influencia de Hostos y del positivismo reinante en Santo Domingo, que es siempre una influencia solapada, no ha permitido obtener un humanismo integral, en que los valores del espíritu tengan en los estudios primarios y secundarios una primacía ante los valores materiales de lo científico y lo técnico. Creo que a pesar del humanismo y el espiritualismo de Trujillo, que no puede materialmente hacerlo todo si no ser inspirador de todo cuanto late en la vida y la cultura dominicana, la escuela nuestra recibe y sufre todavía, aunque en menor grado que antes la influencia de Hostos y del positivismo y materialismo mundiales. Pero el genio de Trujillo ha de vencer en sus últimos reductos la influencia de Hostos y del positivismo mundial creando una educación eminentemente cultural y no científicista, especializada, fundada en la jerarquización de los valores espirituales del cristianismo, que ponga en segundo término los valores de la ciencia y de la técnica, con que Hostos rechazó a los valores espirituales del cristianismo, los valores de lo estético, lo genuinamente ético y lo religioso, de la escuela dominicana.

En este momento de la cultura del hombre, aunque se quiera ser humanista es muy difícil serlo (todos llevamos en mayor o menor grado el fardo del positivismo a cuestas) porque el hombre se ha deshumanizado de un modo tal (se ha deshumanizado en el arte, en la filosofía, en la ciencia, en la literatura) que sólo puede ser humanista en un mínimo grado. Todo mi filosofar puede decirse que ha consistido en un sacudirme constantemente del lastre positivista que recibí de esa escuela positivista y de la desorientada cultura actual. La ciencia, la técnica y la máquina son hoy el valor más alto para el hombre. Los valores del espíritu sólo son admirados y proclamados por la mayoría, pero no son sentidos ni vividos. Hay que poner en con-



tacto a la juventud dominicana con los valores espirituales en la escuela primaria y secundaria. Los conocimientos científicos y técnicos deben dejarse a las escuelas vocacionales a las politécnicas y a la Universidad. La creación de la Facultad de Filosofía es una de las manifestaciones más trascendentes del humanismo de Trujillo.

No fué pensador activo

No es que el profesionalismo deba ser desterrado. Pero éste en Santo Domingo ya no es un problema social, si no personal, ya que a todo profesional no le interesa, en la mayoría de los casos, más que su bienestar propio. Es la formación cultural del joven dominicano, la estructuración de su alma, como una fortaleza contra el laicismo y el comunismo lo que le interesa al gran Estadista dominicano. Hostos no influyó ni pudo influir ni influye todavía de modo directo en la política dominicana, porque él no fué un pensador activo en los altos problemas del Estado: la vivencia de los valores culturales de la justicia y el orden. El sólo influyó en lo que pensó, vivió y actuó: en la escuela dominicana. Hostos sólo es una antinomia de Trujillo en la educación, pero no en los altos ideales políticos, aunque la educación indirectamente influyó en éstos. El político estadista es un pensador que actúa de modo directo en todos los valores de una unidad cultural. El pedagogo es un pensador que sólo actúa en uno de los valores de esa unidad cultural: los valores educacionales.

La influencia de la cultura laica crece de modo desorbitado en Santo Domingo a partir de Hostos. El intelectual independiente y libre pensador, lector asiduo de Voltaire, Nietzsche. Rousseaux y los enciclopedistas franceses proclaman con desenfado una libertad para oponerla contra el monumento cultural del cristianismo católico. El intelectual que no puede atacar al cristianismo en sus dogmas ni en sus doctrinas porque las desconoce lo ataca en la conducta del clero. Es lo mismo que hizo Voltaire y ha hecho el protestantismo y es lo que el laicismo dominicano ha seguido haciendo todavía. Pero el clero no es la religión cristiana. La misma religión católica es la primera en reconocer que todos los hombres somos pecadores.



Otra desorientación del protestantismo y del laicismo dominicano consiste en discutir los dogmas cristianos. Los dogmas de una religión no deben discutirse porque son suparracionales, están por encima de la razón. Se pueden discutir las ideas religiosas pero fuera del campo de la religión. Cuando esto se hace se realiza filosofía de la religión pero no se vive la religión misma. Por eso la reforma y el protestantismo no constituyen una religión sino una filosofía de la religión, cuyas normas se convierten en dogmas. Pero estos dogmas no son religiosos, sino filosóficos, porque el dogma religioso es suparracional y llega al hombre no por una discusión filosófica sino por revelación. El protestantismo ha arraigado profundamente en el hombre moderno. Inclusive la mayoría de los que se consideran cristianos católicos se expresan continuamente con el pensamiento protestante sin darse cuenta: es corriente oírles decir con la mayor tranquilidad: ‘Yo no necesito de sacerdotes ni de Iglesia. Me pongo en contacto con Dios en cualquier parte porque lo llevo dentro. A mi me basta con llevar una vida moral. Dios está en mí y mi yo se desenvuelve hasta identificarse con él. Mi Dios no es un Dios personal, Dios es la ley suprema, es la Naturaleza’. Es evidente que todos estos juicios son místicos, panteistas y ateos. Ya Kant, el gran protestante había dicho en su ética formal y atea, porque en ella se destrona a Dios y se le sustituye por el imperativo categórico de la conciencia moral autónoma, que por ser autónoma no depende de la voluntad divina: “Dos cosas llenan mi alma de admiración y respeto, el cielo estrellado que está sobre mi cabeza y la ley moral que alienta en mí”. Se ve que Kant sólo admira a la Naturaleza (vicio del panteísmo y positivismo moderno) y a la ley moral, que en su ética es un sustituto de Dios. No queda, pues, en la moral kantiana admiración ninguna para Dios. En todos estos juicios kantianos resplandece la mística y el velado panteísmo materialista y científicista que apasionadamente vive hoy la cultura mundial.

Escuela post-hostosiana

La Escuela Dominicana post-hostosiana que prescindió hasta el Concordato exclusivo de la enseñanza religiosa, fué una escuela laica que sólo produjo intelectuales y profesionales lai-



cos. De tal modo que se puede decir que el dominicano actual es en su mayoría un arreligioso, o un religioso meramente formal, pero no un religioso óntico, de sentimiento, que vive con unción la experiencia religiosa. Las mismas escuelas religiosas han recibido la influencia del positivismo porque en ellas se atiende más a las cosas científicas, técnicas y materiales que a las cosas del espíritu. Se necesita una reforma integral de las escuelas religiosas y no religiosas del mundo para poder vencer el lastre de los dos siglos de positivismo materialista que pesa como un fardo abrumador de materialismo velado en la cultura humana.

Es un problema antinómico decidir si en Hostos hubo o no un espiritualismo. No se piensa sino lo que se es. Ya lo dijo Fichte: "El hombre tiene la filosofía que él es". Ciertamente no se puede pensar y actuar sino como uno es, dirigido por su propio pensamiento, de acuerdo con su íntima realidad óntica. Es inútil que querramos ser como no somos. No se puede pensar materialistamente siendo uno espiritualista. Se puede sí manejar cosas del espíritu de un modo materialista, esto es, valorando más a lo material que a lo espiritual, que fué precisamente lo que hizo Hostos. Le dió primacía a los valores materiales de lo científico y lo técnico en la educación frente a los valores del espíritu, lo estético y lo religioso, que quedaron relegados a un segundo término. Su misma moral social fué una moral formalista del deber y no una moral del valor, de marcada inspiración utilitarista.

No porque sea antinómico al pensamiento positivista hostosiano he dejado de admirar nunca la obra de apostolado eminente, aunque equivocado, del hombre que dedicó su vida entera al servicio de la felicidad humana. Los socialistas y los comunistas creen también sinceramente que laboran por la felicidad humana cuando lo que realizan es el infortunio del hombre, porque todo materialismo es destructor de la persona humana. Hostos, como positivista que invirtió los valores humanos espirituales del cristianismo proclamados por Scheler, merece como el socialismo y el comunismo mi absoluta negación ideológica.

Cordialmente,

Andrés Avelino.



Respuesta del Dr. Gustavo Adolfo Mejía Ricart

Pláceme contestar la encuesta de ‘El Caribe’ sobre la “influencia de Hostos en la vida dominicana”; la “significación de su laicismo en la trayectoria social del pueblo dominicano”, y si “se inspira aún la Escuela Nacional, según afirma el fenecido escritor M. A. Peña Batlle, en las ideas y sistemas del pensador antillano”.

Para dar respuesta a estas interrogantes que forman el fondo del tema apasionante de Hostos en Santo Domingo y su trascendencia relativa o absoluta en el medio y tiempo en que actuó, que es el pleito aún de las generaciones que han sucedido al Maestro, es indispensable contemplar a éste en su triple fase de pedagogo, pensador y apóstol.

REFORMA DEL SISTEMA EDUCACIONAL DE TODA UNA EPOCA

Hostos ante todo es un reformador de la pedagogía de su tiempo. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX llegó a nuestro medio retrasado cambió y reformó toda la estructura de la escuela dominicana apegada a sistemas empíricos de enseñanza. En su programa positivista a semejanza de los hombres de pensamiento del Continente fué demasiado lejos. Esta es la parte extrema y criticable de su obra constructiva como educador. La filosofía fué desplazada de su plan y así dejó de universalizar y tomar en cuenta el problema de lo espiritual, enfocado en el sentido formal y psicológico, confrontando la evidencia y no la verdad abstracta que es en primera instancia lo mismo que la moda ondulante y que ha de ceder al devenir histórico. Por eso,



Hostos pasó y no tuvo sino una influencia poderosa en la vida dominicana de sus coetáneos que lo acataron como el transformador del pensamiento de su generación y todavía de las que le siguieron hasta el ocaso de su siglo y el primer cuarto del subsiguiente. Sus discípulos habrán de mejorar su parte pedagógica; pero han de pecar de exageradamente racionalistas como el Maestro. Este es el hecho innegable que ha de impedir su influencia permanente en nuestro existir como comunidad en que hay un fluir eterno. Una nueva creación de la conciencia. Lo heredado no es sino parte integrante de algo que llega a ser y que necesariamente se transforma. Y sólo cuando el espíritu ha alcanzado el nivel de la conciencia es cuando puede llegar a ser plasmador de la verdad. Este momento no pudo ser el de Hostos. Por eso falta trascendencia histórica a su obra. Pero no hay que decir que no influyó con sus doctrinas toda una etapa de la vida dominicana que va del 1880 hasta el 1889, y que después de una línea que se interrumpe por su viaje a Chile, ha de seguir hasta el 1903 en que muere el gran educador por antonomasia del pueblo dominicano.

TRUJILLO ES EL TRANSFORMADOR DE LA VIDA DOMINICANA

No es cierto como afirma el admirable ensayista Peña Batlle que ‘enfocó la situación social dominicana con desoladora superficialidad’, ni menos que no “comprendió los problemas de este país y los miró imbuído en sus sentimientos antihispánicos”. Esto es calumniar al Maestro. Hostos criticó lo retrógrado que tenía la colonización ibera y su prolongación a la República. Pero no fué antihaitiano ni podía hacerlo quien fué un apóstol de la libertad. Su palabra no fué entendida y quiere ahora ser desfigurada. Imprimió a la enseñanza un criticismo racional y no un anticatolicismo. Laicismo no es negación de Dios, ni su escuela fué sin Dios, sino independiente de todo poder excéntrico de la Iglesia. No quiso aplicar a la escuela una religión oficial. Pero respetó la libertad de cultos. No fué un filósofo materialista sino enciclopedista obcecado. Un político liberal que quiso crear el sentimiento de la libertad en el dominicano que había tratado de aniquilar la dominación haitiana. La escuela hos-



tosiana fué un baluarte contra el “lisismo” de su época y en esto obtuvo éxito rotundo. De modo que no sólo como reconoce su impugnador fué “su sistema pedagógico y educativo y serio ensayo cultural”, y el más serio realizado ahora en Santo Domingo “sino representó y simbolizó la libertad política encarnada en la Escuela Normal de su época. Esto es irrefutable como verdad rotunda que no se discute siquiera.

Naturalmente que al Maestro no le estaba destinado ser el plasmador de la vida dominicana. Debía ser Trujillo el guiador y el revolucionario por excelencia del pueblo. No solamente este político realista habría de crear el momento monumental del progreso nacional, sino que debía ser quien mostrara la relación entre la evolución natural y el verdadero progreso, condicionado por el espíritu y sólo importante en lo espiritual. Acometer el problema nacional de su tiempo. Resolver la antinomia de que el progreso histórico, lógico en el más amplio sentido de la palabra, no puede dejar de tomar en cuenta la realidad del ambiente y de tomar los hombres como factores decisivos de la renovación de nuestra comunidad en civilizada, culta y progresiva. Como todo revolucionario nato entendió Trujillo que en el proceso de la Historia no hay que partir de las ideas ni de los hechos puros, sino que hay que situarse en el nexo total psíquico, lo cual abarca en sí a los dos. De ahí su éxito cabal en la transfiguración de la vida dominicana no sólo física sino en su totalidad como expresión de una realidad esencialmente vital. Comprendió así que el corazón del pueblo dominicano es sensible a las emociones religiosas e hizo de ello dogma para las escuelas como todo auténtico director espiritual. Toda religión es moral en el fondo, dice Hostos y de esta verdad partió para condenar todas las monstruosas heregías en las escuelas. Procedió en esto como en todo su programa de que “gobernar es educar”. Por eso no hay paralelo posible entre el estadista genial que revoluciona su medio y su tiempo y el educador y pensador que influyó tan sólo en un aspecto de la vida dominicana y que pasó como pasan las ideas reinantes que no son símbolos de la realidad social que crea el devenir.

Dr. Gustavo Adolfo Mejía Ricart.





Respuesta del Lic. J. R. Cordero Infante

Pláceme responder a la encuesta promovida por ese diario sobre la influencia de Hostos en la vida dominicana, con motivo de las opiniones del notable escritor muerto a destiempo Lic. M. A. Peña Batlle, emitidas en el prólogo de la obra del padre del Valle Llano.

Hostos fué un producto de la segunda mitad del siglo XIX en que se había creado un antagonismo esencial entre los pueblos que se quitaron de encima el yugo colonial y la España que no renunciaba a su derecho de conquistadora que todavía mantenía su mano colonizadora sobre su patria y Cuba. Propugnaba la libertad de Puerto Rico y Cuba. Repudiaba a España lo mismo que nosotros cuando hicimos la guerra restauradora del 1861 al 65. El espíritu y el pensamiento combativo contra España era justificado en Hostos, como lo fué en los dominicanos que combatieron contra Buceta y La Gándara para la restauración de nuestra República. La República Dominicana se había constituido. De extracción dominicana por la rama materna, pues su abuela, María Altagracia Rodríguez Velazco, nació en la Villa de San Carlos en 1785. Llega por primera vez al país en 1875. La enseñanza pública tradicional era limitada y empírica.

De acuerdo con lo que expresa uno de los más distinguidos discípulos del señor Hostos, el Profesor Rafael M. Moscoso, en el año 1880 “la enseñanza pública era difundida por escuelas y colegios particulares, sin programas metódicos ni definidos y materias muy elementales, en su mayoría literarias. Los textos seguidos eran casi siempre la gramática de Quieroz, el en-



ciclopédico Rueda, semejante al de *Memento Larouse*, pero muy inferior a éste en extensión y en su sistema de preguntas y respuestas; las nociones de urbanidad de Carreño y nociones muy elementales de aritmética, geografía, historia universal y religión. En el colegio San Luis Gonzaga, que más tarde se adhirió a la reforma hostosiana, se estudiaban, además, idiomas, (griego, latín, inglés y francés, literatura y teología). Las ciencias sociales, físicoquímicas, matemáticas elevadas, álgebra, geometría etc., eran desconocidas”.

En Puerto Plata Hostos concibe su plan de Escuelas Normales y allí se inicia en el magisterio. Después de visitar la ciudad Capital, viaja a los Estados Unidos de América y regresa a la República para establecerse en la antigua ciudad de Santo Domingo. En febrero del 1880 inicia su fundamental labor científica, cívica y educativa. Luego extiende sus Escuelas Normales a La Vega, Santiago y Puerto Plata. La instalación de la de Santiago la preside el presbítero Fernando Arturo de Meriño, Presidente de la República.

Le toca desarrollar su misión frente al régimen de Ulises Heureaux. En 1888 tiene que soslayar a Lilís y se va a Chile en donde ejerce el magisterio dentro del plan de sus Escuelas Normales. En enero del año 1900 regresa a la tierra de su cariño en la que habían nacido sus hijos. Reinicia su labor. Es testigo de las atrocidades de aquel momento propio de un pueblo que lucha temerariamente por su evolución.

Hostos se siente dominicano. Sin Lilís en el poder, cree encontrar un gobernante organizador de la sociedad de Santo Domingo que le ayude a desarrollar su plan de educación. Muere en agosto de 1903, de hipocondría caracterizada por una tristeza que le aniquiló el corazón, por el estado de botín de guerra en que había quedado Puerto Rico en manos de los Estados Unidos de América y, al no poder cristalizar su obra educativa en la República Dominicana.

Para Eugenio María de Hostos la educación y la instrucción del pueblo son base de la sociedad, garantía de las instituciones, asociaciones e individuos, medio y fin de la civilización política y civil. El personalismo disolvente, eje de nuestra política de entonces, mutiló su obra, pero dió óptimos frutos en



estos tipos ejemplares: Francisco J. Peynado, Arturo Grullón, Félix E. Mejía, Rafael Justino Castillo, Rafael M. Moscoso, Luis Weber, Angel M. Soler, Jacinto B. Peynado, Osvaldo García de la Concha, Aristides García Mella, Pelegrín Castillo, Eladio Sánchez, Barón y Rodolfo Coiscou, Alberto Zafra, Emilio Joubert, Aristides Robiou y J. Arismendi Robiou, Buenaventura Peña, Porfirio Herrera, Lucas T. Gibbes, José Alejandro Pichardo, Agustín Fernández y otros que la memoria no recuerda. También Don Federico Henríquez y Carvajal, Luisa Ozema Pellegrano y Leonor Feltz, fueron sus colaboradores y discípulos.

Peña Batlle, quien por su labor intelectual de gran envergadura es de grata recordación, sufre un serio error como escritor, cuando considera que la labor de Hostos por su laicismo y antagonismo esencial contra España, hizo algún daño a nuestro pueblo. El positivismo comtiano, la filosofía materialista de la humanidad por la humanidad, sólo conquistó a uno de sus discípulos. El positivismo de Comte no prendió en el alma dominicana. Nuestro pueblo guardó con cuidado la herencia hispánica del cristianismo. Hostos no pudo entrarle al sentido cristiano de sus discípulos y no insistió en el positivismo. Hombre de visión bíblica, de pensamiento y de acción, captó la realidad social dominicana y cultivó amorosamente nuestro pueblo para que las futuras generaciones pudiesen levantar la frente en medio de nuestra disolución, sin pretender quitarle su sentido cristiano de herencia hispánica. Observó que el individuo dominicano es autóctono, con ideología propia, de psicología versátil pero con un fondo de energía que se manifiesta en la forma de su carácter con definida personalidad, porque es masón y a la vez católico que profesa y a quien no rechaza el sacerdote, y porque la iglesia sostiene una escuela en el local de una logia masónica... Hostos respetó el sentido católico y cristiano de sus discípulos. Fué amigo del Padre Billini, el Maestro de la escuela católica, y a quien dijo que las formas religiosas y el idioma son creación del espíritu de los pueblos, cosa que él respetó. Si Hostos estuvo imbuido en cierta modalidad del positivismo arrastrado por la doctrina filosófica imperante en aquel momento,



era sin embargo, cristiano. Su laicismo, entre nosotros, no encontró ambiente, y por tanto no dejó influencia alguna.

Nuestras escuelas y la Universidad hasta hace poco mantuvieron como obras de texto las de Hostos y su influencia en el aspecto educativo e intelectual ha permanecido en el pensamiento y el espíritu dominicanos. La base de nuestra cultura en su mayor parte es de extracción hostosiana; la otra, la más limitada, y limitada a su vez en la Capital de la República, es de sentido religioso, como fruto de ese otro gran educacionista de la escuela dominicana y apóstol de la filantropía: El Padre Billini.

Otro error de Peña Batlle es cuando dice en su carta a Emilio Rodríguez Demorizi que la obra de Hostos en Santo Domingo no tuvo profundidad y que su escuela no produjo un solo tipo ejemplar. Olvida el eminente ensayista los nombres de las personas que hemos indicado precedentemente.

El organizador de la sociedad que él buscaba para poder realizar a cabalidad su programa educativo, como medio y fin de la educación política y cívica de nuestro pueblo, viene a encontrarse en el año 1930 en Trujillo, quien lucha con gran vigor por la educación moral, científica, cívica y política, para la unificación de la familia, la fe cristiana y el ideal dominicanos. Es ésta, parte la ingente obra del Primer Maestro Dominicano que ha hecho una Patria Nueva. Pero la escuela de Trujillo es muy distinta a la de Hostos. En un trabajo leído por mí en el Palacio del Partido Dominicano de esta ciudad en enero de 1955 para iniciar el ciclo de conferencias del Año del Benefactor de la Patria, bajo el título de "Trujillo y la Iglesia. Desde las Leyes de Indias al Concordato", hice la definición de la escuela del Padre de la Patria Nueva, de la siguiente manera:

"La enseñanza religiosa organizada por la autoridad eclesiástica; y la enseñanza suministrada por el Estado en las escuelas públicas orientada por los principios de la doctrina y la moral católicas es pues saludable. El hogar dominicano tendrá ahora verdadera, fundamental educación religiosa, como lo aspiraba el Padre Fantino. Habrá vida más sana, más estable, más cercana a la perfección cristiana. La religión católica es el ele-



mento imperecedero en la vida institucional dominicana... El sentido de la religión es humanizar al hombre Ese ha sido el objetivo del Benefactor de la Patria al firmar el Concordato que sólo él ha podido obtener de la Santa Sede”.

De Ud. muy cordialmente,

J. R. Cordero Infante





Respuesta del Lic. Arturo Despradel

Correspondo complacido a la interesante Encuesta promovida por ese importante diario acerca de la influencia que pudo tener la obra de Hostos en la vida dominicana, y agradezco la distinción de que se me ha hecho objeto, por haberseme incluido entre las personas invitadas en dicha Encuesta.

Ante todo, debo expresar, que comparto de manera absoluta la tesis sustentada por el desaparecido intelectual y eminente polígrafo, Lic. Manuel A. Peña Batlle, al considerar que el espíritu de hispanidad y la religión Católica, Apostólica y Romana, han sido en nuestro pueblo las fuentes generadoras de todo el aliento, el estímulo y el vigor requeridos por las incruentas luchas que éste tuvo que librar para el mantenimiento de la nacionalidad dominicana a través de las vicisitudes y desgracias que caracterizan su historia.

Esos factores, de profunda intensidad espiritual, han sido los determinantes del nacionalismo fundamental con que se ha enfrentado la colectividad dominicana a los grandes infortunios de su vida, en forma que ha dado lugar al juicio conmovedor de don Marcelino Menéndez y Pelayo sobre el milagro de nuestra nacionalidad.

Tres períodos

La historia crítica tendrá forzosamente que dividir la vida de la República, como Nación independiente, en tres períodos que constituyen las manifestaciones básicas de la evolución de nuestro pueblo en la trayectoria que ha seguido para llegar al plano de civilización en que se encuentra.



Esos períodos son: el que corresponde a los ingentes esfuerzos y a la tesonera lucha sostenida por nuestro pueblo para lograr y mantener su libertad, o sea, el período heroico; el que corresponde a las agitaciones intestinas que desencadenaron las pasiones y las bastardas ambiciones políticas, que por largo tiempo estancaron el progreso del país, o sea, el período convulso o anárquico y finalmente, el que señala el pleno despertar de la ciencia nacional y ofrece al pueblo dominicano los esplendores de un magnífico presente y de un porvenir digno de su destino, o sea, la Era de Trujillo.

Ahora bien, en el confuso panorama que ofrece la vida dominicana en el segundo período la figura de Hostos, como renovador y educador se destaca con relieves extraordinarios.

Hostos llegó al país imbuído en las ideas y principios de la nueva filosofía positivista del siglo XIX, que inevitablemente tenían que chocar con los principios e ideas que habían generado el movimiento progresivo de nuestra cultura de aquella época, inspirada desde la colonia en las distintas formas del escolasticismo.

Concuerdo también con Peña Batlle, en que cuando Hostos llegó existían en el país eminentes representantes de una valiosa cultura vernácula, tales como “Emiliano Tejera, Angulo Guridi, Salomé Ureña, José Joaquín Pérez, el Padre Meriño, Apolinar Tejera, el Padre Billini, César Nicolás Penson y otros”. Pero estos distinguidos intelectuales no fueron el producto de ninguna enseñanza racionalmente metodizada, la cual no existía entonces en el país, sino más bien de esfuerzos autodidácticos.

Enseñanza racional

Hostos trabajó intensamente en la reforma de nuestros métodos educativos, e implantó la enseñanza racional con un sentido más propio y ajustado al que debía corresponder a tan importante función.

Considero que su obra en el terreno educativo trascendió necesariamente el círculo de sus discípulos, pues los normalistas que actuaron en todo el país la difundieron con más o menos intensidad en los aspectos que encontraron de más propicia adap-



ración en la conciencia conservadora y católica que había creado la cultura colonial en nuestro pueblo.

Por eso la influencia de Hostos en la vida dominicana no pudo penetrar en los aspectos fundamentales de ésta, porque cuando el eminente pensador llegó al país, nuestro pueblo tenía formada una conciencia religiosa, en la cual se arraigaban principios generados a través de varias centurias, que ofrecieron muy pequeñas y escasas fisuras al positivismo de la escuela de Hostos.

Nueva orientación

Por eso también el laicismo hostosiano no pudo tener ninguna significación en la trayectoria social de nuestro pueblo, y si en el terreno meramente educativo se advirtió alguna influencia de éste, sus efectos desaparecieron totalmente a partir de 1930, en que Trujillo le imprime un nuevo sentido y una nueva orientación a la educación pública nacional.

Es innegable que la Escuela Nacional, si no estuvo básicamente inspirada en las ideas y sistemas del pensador antillano, funcionó hasta 1930 influenciado por los métodos establecidos por la reforma hostosiana, pero los vestigios de esta influencia desaparecen totalmente como consecuencia del nuevo sentido reformador y de la ambiciosa amplitud que le da Trujillo a su obra educativa, la cual constituye uno de los aspectos fundamentales de la acción civilizadora de este genial gobernante.

En la ingente obra de Trujillo para elevar el plano cultural de nuestro pueblo a niveles nunca soñados, y para formar una conciencia nacional cada vez más vigorosa, se destacan entre otras orientaciones de positivo valor espiritual, el culto a nuestra hispanidad y la intensificación de la fe católica.

Muy atentamente le saluda,





Respuesta del Señor Ramón Marrero Aristy

Creo que Eugenio Ma. de Hostos no tuvo influencia directa a la orientación espiritual de la masa del pueblo dominicano, pero sí la tuvo en un grupo de hombres pertenecientes a una generación que ocupó puestos dirigentes en este país.

Ahora bien, no hallo la forma en que a Hostos pueda atribuírsele haber desorientado o perjudicado el espíritu de esa generación, cuando el maestro antillano aquí sólo hizo bien, fundando la enseñanza normalista.

Hostos no podía ser causante ni responsable de una situación y de sucesos que tienen un origen mucho más remoto y profundo. El hecho de que España abandonara a este país en época tan temprana y azarosa, y de que la Revolución Francesa arrojara sobre Santo Domingo un cúmulo de desgracias tan tremendas como las que arrojó, desgracias que culminaron con el predominio o la ingerencia haitianos durante la mayor parte de la primera mitad del siglo pasado en este país, pone fuera de cargo a Hostos en el momento de establecer responsabilidades por la desorientación y los síntomas de desarraigo de nuestro origen cultural y espiritual que pudieran haberse percibido en las seis décadas transcurridas entre 1870 y 1930.

Nombres y factores

Si a establecer responsabilidades por este hecho vamos, los principales culpables o causantes de que se debilitara el contacto entre el pueblo dominicano y la Iglesia Católica y de casi eliminar al sacerdote de nuestra vida cotidiana durante ciertos periodos, fueron, en el orden subsiguiente: 1. Carlos IV de



España y su Ministro Godoy, o principalmente Godoy; 2. La Revolución Francesa: 3. Toussaint L'Ouverture o Louverture y sus lugartenientes Jean Jacques Dessalines y Henry Christopher —autores estos dos últimos de crueles actos de genocidio en este país—; Jean P. Boyer y la masa analfabeta y fetichista del pueblo haitiano que se desbordó sobre Santo Domingo español en 1822 por la fuerza, y que se mantuvo aquí por medio de otro género de penetración hasta 1937; o mejor dicho, para resumir todos estos últimos nombres y factores: Haití, cuya presencia en el dominio de este país cerró las principales fuentes de cultura y de afincamiento espiritual: las iglesias y la Universidad.

En cuanto a la significación del laicismo de Hostos en la trayectoria social del pueblo dominicano, quizás podría atribuírsele a primera vista la responsabilidad de haber contribuído a formar una generación cuyos principales intelectuales, sin dejar de ser católicos, se inclinaron en cierto modo a parecer libres pensadores, pero ello no es un fenómeno local dominicano, sino mundial, y en ninguna forma puede tener su origen en el laicismo de Hostos.

No es necesario ser un sociólogo para conocer los efectos del desgaste moral producido en la humanidad por la primera Guerra Mundial, ese enorme foco de matanza y desilución que nos afectó a los dominicanos en forma decisiva debido a la invasión militar norteamericana, suceso que cortó en seco una etapa histórica de este país, y abrió otra.

Rudo sacudimiento

La humanidad materialista y disilusionada surgida de la catástrofe registrada entre 1914 y 1918, no excluyó, pues, a los dominicanos, cuyos ídolos, creencias políticas y estilo de vida recibieron un rudo sacudimiento con la presencia en esta isla de las tropas de ocupación.

Los primeros en quizás apoderarse del nuevo espíritu pudieron ser los laicistas, pequeño grupo de intelectuales que en este país siempre ocupó posiciones dirigentes por ser el más culto o selecto, pero ello, a mi entender no tiene nada que ver con Hostos.



En cuanto a si la Escuela Normal se inspira actualmente en las ideas y sistemas del pensador antillano, según afirma el finado y eminente escritor y jurista Peña Batlle, no hay que ahondar para responder categóricamente: No.

Hostos, en materia educativa, pertenece al pasado. La Escuela Dominicana actual se orienta por las nuevas rutas que ha abierto a la vida, el pensamiento y al desarrollo nacional, la Era de Trujillo. Nuevos maestros están siendo forjados en el nuevo molde, y los primeros frutos de esta escuela, que se perciben ya en una generación muy joven que se caracteriza por la fe en su propio destino que Trujillo le ha insuflado al pueblo de este país desde que lo sacó de la ruina y la desmoralización en 1930, demuestran que el pueblo dominicano ha hallado al fin su verdadera orientación.

De usted muy atentamente,

Ramón Marrero Aristy





Respuesta del Dr. Fabio A. Mota

Me complace sobremanera corresponder a la encuesta abierta por “El Caribe” “para arrojar plena luz sobre una de las doctrinas educativas más comentadas del país, la que se refiere al “sistema hostosiano.”

Como respuesta formal a esa encuesta y sin tener la pretensión de hacer mucha luz sobre tan amplio como complejo asunto, hago llegar a Ud. el juicio y las conclusiones en que se contiene mi humilde parecer al respecto.

Creo, ante todo, que Hostos como educador utilizó el positivismo y los principios generales del racionalismo como recursos para organizar su sistema de educación, ordenar el plan de estudios conforme a este sistema y darle base científica a sus métodos y procedimientos para educar e instruir.

No fué un doctrinario del positivismo puro a la manera como lo fueron, por ejemplo Gabino Barreda en México; en Brasil, Luis Pereyra Barreto, y los hermanos Lagarrigue, en Chile. El estudio de la estructura de sus obras didácticas, del repertorio de sus ideas y de la rigurosa racionalización de su sistema de enseñanza, permiten hacer esa diferencia entre el pensamiento positivista de Hostos y las orientaciones del positivismo hispanoamericano. Su empirismo y su organicismo proceden de la filosofía inglesa de los siglos XVII y XVIII, y si adoctrinó en derecho político fué para inculcar los principios del arte de gobernar en los estados democráticos y republicanos. Pero los principios no tuvieron poder para contener las exaltaciones de la demagogia y del caudillismo, ni remediar las sociopatías que padecían los pueblos hispanoamericanos; sólo los regímenes de fuerza fueron eficaces a veces, se sabe que cada vez que surgía



un civilista eran vilipendiados sus principios y derrocado del Poder. Ni Hostos aquí; ni Sarmiento, ni Bartolome Mitre en Argentina, pudieron con sus doctrinas crear un orden permanente fundado en la justicia y el derecho. Hostos no fué un político; fué un educador, un apóstol de la cultura. Casi todas las corrientes y escuelas filosóficas dejaron en él sedimentos, y promovieron tendencias que le sirvieron para desplegar su plan de reforma educacional.

En la realidad histórica de su pensamiento no se descubre ninguna divisa de bandería política; su pensamiento como proceso de cultura puede concretarse muy restringidamente en: racionalismo, empirismo, positivismo metodológico, organicismo, finalismo del bien en todas las directrices de la vida social, enseñanza libre como función privativa del Estado, pero no anti-religiosa, ni anticatólica, ni sistemáticamente contraria a la creencia de nadie. Pero el racionalismo fué el recurso fundamental de todo su sistema y el sentido rector de todos sus métodos para el cultivo del órgano del conocimiento con sujeción a las leyes naturales de su desenvolvimiento. Por eso no se puede tampoco estimar ese racionalismo como una modalidad del ateísmo que se atribuyó a quienes entronizaron la razón hasta perder a Dios y al hombre, como ocurrió en determinada época de la cultura europea.

Es racionalista en el sentido que lo fué San Agustín, cuyo pensamiento es una de las raíces de más savia de la filosofía medieval, y a la manera como lo fué Renato Descartes, el filósofo del "criterio de la evidencia", cuya filosofía determina todas las inquietudes filosóficas de importancia del siglo XVII, y cuya influencia se ve no sólo en sus seguidores sino en personalidades no ateas, como Nicolás Malebranche, en pensadores religiosos como los Jansenistas, como Blas Pascal y como el gran Jacobo Benigno Bossuet que fué obispo de Meaux. Porque fuesen racionalistas Agustín de Tagasto, el santo, y muchos pensadores del siglo XVII sería insensato estimarlos de ateos y menos puede serlo Hostos que no adoptó el racionalismo como doctrina filosófica. Su racionalismo tiene un riguroso sentido metodológico y de ahí lo injusto de tomar sus ideas positivistas, su racionalismo y la condición laica de las escuelas normales,



para justificar el despiadado grito de “Escuela sin Dios” con que se recriminaba la enseñanza normal libre. Hasta se ha afirmado a veces que en su plan de enseñanza de la religión. Nada más injusto que esa afirmación porque en su Plan de los Estudios Concéntricos está contenida en seis cursos cíclicos la enseñanza de la religión; y aún siendo libre pensador y haber asumido una actitud anticlerical en Bolivia, tiene para el catolicismo frases encomiásticas que debo recordar ahora: “Todo el trabajo”, dice, “de la civilización actual se reducirá en lo futuro a difundir de oeste a este y de arriba abajo, la razón adquirida: siguiendo la primera dirección, llamará su ayuda a los pueblos de Oriente que hasta ahora sirven de aisladores; siguiendo la segunda, penetrará en las capas, senos y sinuosidades de cada sociedad civilizada llamando a más razón y a más conciencia a las multitudes parias que viven debajo de la superficie de la civilización. De ahí no pasará”. “Mas sin pasar de ahí, podrá en el simple ascenso intelectual de las capas inferiores, hacer ascender la idea católica hasta que reformadas las instituciones que la han organizado, y cumplida la ya más adelantada evolución del protestantismo, se prepare un tránsito social a la religión positiva de la filosofía”. Y agrega enfáticamente: “*Hablo en singular y no en plural porque la religión positiva que me parece más llamada a la transformación es una sola, el catolicismo*”. Tratado de Moral, página 244). Menos pueden considerarse las escuelas laicas, ni el término laicismo en el sentido de ateísmo. No tengo que hacer uso de la etimología del vocablo, ni apelar al testimonio de los enciclopedistas franceses que fundaron la primera Escuela Normal del mundo según las ideas del abate Saint Pierre, en Diderot y de la Lakanal, que no perdió de vista el señor Hostos para aconsejar el establecimiento de un Plan General Orgánico de Enseñanza Pública, coordinado en su totalidad desde las escuelas rudimentales hasta la docencia superior, porque el término laico aparece despojado, de sentido ateo, en las palabras de exhortación del Santo Padre Pío XII al expresar su esperanza “en el ejército pacífico laico de la Orden Franciscana que hoy en día está en el campo para defender y extender amor a Cristo”, según el suelto publicado por este diario en su edición del día 1º de julio de este año.



El sentido histórico del vocablo laicismo aplicado a la educación no es sino secularización de la enseñanza, adecuación de la educación al espíritu democrático, al principio de la libertad de cultos consagrado en nuestra Carta Magna y respetado en el párrafo 2 del art. XXI de nuestro Concordato, vulgarización popular de las ciencias, educación como función del Estado, “como servicio del Gobierno con igual título que la organización de los ejércitos y de la justicia”.

Aunque a consecuencia de las luchas enconadas entre seculares y escolásticos se le asignó al laicismo la significación de ateísmo, no es menos cierto que aquí, esa significación aplicada en tal sentido para combatir al normalismo no quebrantó cismáticamente, ni desmedró la fuerza organizadora de la tradición católica del pueblo dominicano.

La única validez que tuvo la expresión *escuela laica*, fué la de escuela como servicio público sin renegar de Dios, ni negar los principios éticos del Cristianismo. Es menester que lo repita, el normalismo, acción metodológica de la escuela racional, no tenía otra divisa que la de la causa de la educación. Su asunto primordial era preparar maestros para la cruzada de la enseñanza y en ese sentido no puede hablarse de fracaso del plan hostosiano. Fueron muchos los investidos con diplomas de maestros e institutores normales, no pocos los que alcanzan sus diplomas para el ejercicio de las profesiones liberales que tan señalado servicio prestaron a la sociedad. Los abogados de fines del siglo XIX y de gran parte de la primera mitad del XX, que brillaron en el foro de los tribunales de justicia y en los debates de las asambleas constituyentes, por su ciencia y el caudal de su cultura general y por su facultad de discurrir, salieron del Instituto Profesional cuyo alumnado procedía de aquella tan justamente reputada Escuela de Bachilleres. Muchos de los magistrados que enaltecieron entonces nuestra judicatura, médicos distinguidos que ampliaron su ciencia en Francia y Bélgica, farmacéuticos y dentistas salieron con el caudal de conocimientos y las aptitudes mentales que granjearon en los grados diversos de la educación pública gracias a la enseñanza de los discípulos de Hostos, de maestros de formación normalista, y a su plan de enseñanza más o menos modificado por dirigentes posteriores.



Ninguno de esos representativos de la cultura fué ateo; no se produjo el caso de que algún juez hiciese jurar a ningún acusado con las manos puestas sobre la Biblia de los protestantes sino frente a la santa figura macilenta de Jesús Crucificado. No tengo noticias de que alguno celebrase sus nupcias en templo protestante, ni que dejara sin bautizar a sus hijos conforme al rito de la Iglesia Católica... ¡Y cuánta patética elocuencia la de aquel sacerdote nuestro, el padre Billini, que habrá de ser canonizado por su santidad y obras pías, cuando exclamó en unos exámenes de grado ante el Presidente de la República y el Ministro de Instrucción Pública: *Señores, siento que se me ha caído la venda de los ojos, que veo claro y proclamo que aquello de la "Escuela sin Dios" fué una calumnia, que ésta es una verdadera Escuela con Dios, porque aquí impera la virtud y la moral*". (Peregrino del Ideal, Eugenio María de Hostos, J. Arismendi Robiou (pág. 305).

La enseñanza laica, que existía en Santo Domingo antes de llegar a Hostos, no influyó en nada para quebrantar el sentimiento católico de los dominicanos. Señala Pedro Henríquez Ureña que el espíritu escolástico reinó aquí hasta la década 1870 a 1880. Esto es, casi una década antes de la fundación de la Normal había ya laicismo en nuestro país. *Lo que hizo Hostos fué organizar la escuela laica con el primordial objeto de formar maestros y afrontar el problema cultural dominicano de aquella época.* Téngase presente que para la fecha en que se fundó la Escuela Normal de Santo Domingo, el promedio de analfabetos era de 97% y como no había maestros, era necesario formarlos con la ciencia suficiente para el arte de enseñar. Se puede decir por eso que el problema inmediato de la enseñanza hostosiana era de tipo metodológico.

Ante el estado mental del pueblo de aquella época, después de casi tres siglos de existencia, exclamó en el Preámbulo de su Plan de Enseñanza que consideraba posible "ayudar a organizar la cultura dominicana del modo más racional que ciencia y experiencia enseñan", "que el maestro ha de enseñar y ha de saber enseñar en Santo Domingo todo cuanto contribuya al bien presente y al porvenir de la República". De él pudo haberse dicho, como contraste respecto del estado de la cultura



de los pueblos hispanoamericanos, por el sentido humanístico de su cultura, por el repertorio de sus ideas y por su apostolado, que era el arquetipo militante del Renacimiento en América; aunque no tomó como pauta el Renacimiento para la cultura moral e intelectual de nuestro pueblo.

Organizar científicamente la enseñanza y despojarla de los residuos, catequísticos, rutinarios y dogmáticos, es en él, un modo de ser renacentista, sin que promoviera prédicas contra los grandes pensadores del medioevo ni contra las doctrinas cristianas.

En cuanto al actual sistema de la Escuela Nacional no se puede señalar nada que esté inspirado en el pensamiento hostosiano.

Sin descuidar la técnica metodológica, ni perder de vista las conquistas de la ciencia de la educación en todos sus grados, la Escuela Nacional de Trujillo tiene extraordinaria autenticidad como aspecto brillante de su obra, no sólo por el cambio radical que se ha operado en la mentalidad y la conducta pública del pueblo dominicano. Gracias a los principios de esa enseñanza de cinco lustros los dominicanos nos hemos hecho cargo del particular arbitraje de nuestro propio destino y a no esperar nada del azar de las contingencias políticas. Los deberes públicos de fomento y cooperación han alcanzado la categoría de virtudes cívicas, y porque de otra parte, en los procesos de la gran revolución cultural llevada al cabo están implícitas como anticipaciones de futuro, como el finalismo en la creatividad de la naturaleza todas las ideas y todas las tendencias destinadas a descender cada vez con mayor amplitud las prospecciones del engrandecimiento patrio en que está empeñado el genio de Trujillo. Por eso, cuando en la posteridad haya de fijarse la estimación de la heroicidad creadora del Generalísimo Trujillo, no habrá lugar a que se promuevan encuestas para definir el significado de cuanto ha hecho para llenar de humanidad civilizada la época que le ha tocado vivir. La urgencia de esta cultura tendrá validez por muchos años.

Los problemas del normalismo dominicano fueron los mismos que confrontaron Condorcet y Lakanal en la Francia de la Revolución; los mismos que confrontaron en Norte Améri-



ca, Horacio Mann; en Argentina, Domingo Sarmiento y Bartolomé Mitre, pero la mentalidad de aquella época y sus problemas ya pasaron a la historia. La mentalidad y los problemas de ahora son otros. Trujillo ha forjado una mentalidad nueva para poner el país a tono con la mentalidad ecuménica que examina y discute en los areópagos las directrices de la civilización que vivimos.

Puede decirse que el problema inmediato que confrontó la escuela hostosiana, era de tipo metodológico, de organización de la enseñanza para preparar maestros. El problema de la Escuela de Trujillo es aplicar la conciencia y la ciencia a la realidad dominicana, es de tipo sociológico, su objeto es organizar la cultura para el servicio del sentimiento de la dominicanidad.

Como dije en mi discurso de recepción de Joaquín Balaguer como individuo de número de la Academia de la Lengua: *Trujillo es el rector de la cultura organizada.*

A la vez que disponía en los comienzos de su rectorado la contratación de misiones pedagógicas como la de los chilenos, Luis Galdames, Oscar Bustos y César Bunster para que viniesen a revisar los planes y la metodología de la enseñanza primaria, hacía recorridos por las diversas regiones del país para confrontar los problemas de la realidad dominicana en sus propias raíces y, de ahí, de ese examen, de esa inmersión en el ambiente del agro y de las urbes, conjuntamente con las Escuelas de Emergencia y las Escuelas Fronterizas con programas adecuados a necesidades peculiares, surgió “el Plan de Campaña de Alfabetización Total” que no tiene precedentes ni aquí ni en América. En el recorrido de Jarabacoa a San José de Ocoa tuve la comprensión del pensamiento prospectivo del estadista y del sentido creador de sus inquietudes con la amplitud de esa visión que abarca en el orden de la cultura, lo incipiente que alienta en las capas ínfimas de la sociedad y las excelsas formas del pensamiento y del sentimiento que para definir en las Conferencias y Congresos Internacionales los signos y las directrices de la civilización que nos ha tocado vivir.

Para las necesidades de la cultura íntima, el Plan de Alfabetización; para las altas formas de la cultura, la Facultad de Filosofía, esto es, para los respectivos extremos de la dimen-



sión que ha de tener la conciencia de los pueblos civilizados: lo circunstancial con los problemas temporales de la existencia y lo que en nosotros, más allá de la razón, nos alienta como cosa divina, esencia de la filosofía y de las religiones.

Fundándome en cuanto he dicho acerca del apostolado educacional de Hostos y del laicismo de sus escuelas, creo: a) que su apostolado influyó poderosamente en la cultura de su época, no sólo porque sus escuelas enseñaban a pensar conforme a las leyes del desarrollo y funcionamiento de la razón sino también por el caudal de ideas nuevas de principios, doctrinas y tendencias contenidos en el repertorio de materias de su Plan de Estudios para todos los grados de la enseñanza pública y por las aptitudes que alcanzaron los estudiantes para afrontar los problemas de la vida; b) que la condición laica de sus escuelas no podía tener otro significado que educación como servicio público; escuela como establecimiento creado, organizado, sustentado, dirigido y vigilado por funcionarios del Gobierno; que no es verdad que su escuela quebrantó la fuerza organizadora de la tradición católica dominicana; c) que sustentar y predicar la idea de que la Escuela Nacional de la actualidad está inspirada en el sistema del pensador antillano es falsear, por lo menos en ese aspecto, la autenticidad de la obra del Generalísimo Trujillo. *No es verdad que “la docencia y la enseñanza estén petrificadas ya en sistemas atrasados y fuera de lugar”.* En las profeicas realizaciones del Generalísimo Trujillo no hay nada petrificado.

Su autenticidad en la acción creadora, renovadora y rectificadora en ciclos cada vez más amplios, de más aliento y significación histórica lo distingue de tantos estadistas rutinarios como han pasado por el escenario de la vida política no sólo de aquí sino también de Hispanoamérica”. Cuando el hombre —ha dicho el pensador español Don José Ortega y Gasset— se abandona a lo tópico, a lo recibido, cuando no sigue su íntima y original vocación falsea su vida y se convierte en un inauténtico.

No hay nada petrificado ni muerto en el orbe de las creaciones del Generalísimo Trujillo; todo está infundido de su alien-



to vital, está en todo lo humano que hay en el mensaje para las generaciones de lo futuro que es la totalidad de su obra.

Hasta las piedras de las carreteras y el acero de los puentes viven y hablan.

El majestuoso puente Rhadamés enhiesto, elevándose al cielo, es énfasis de ese mensaje en que se recoge el espíritu creador de cinco lustros de trabajo. Ese puente tiene la misma elocuencia simbólica con que hablan de las glorias pasadas los grandes monumentos de la arquitectura para mover la reverencia de los hombres hacia la verdad, lo bueno, lo santo y lo justo.

Doctor Fabio A. Mota





Respuesta del Dr. Pedro Troncoso Sánchez

Contesto muy complacido la encuesta abierta por ese prestigioso diario, en la cual me ha hecho el honor de incluir mi nombre, relativamente a la influencia de Hostos, la significación de su laicismo y la posición de la Escuela Nacional ante las ideas hostosianas.

La naturaleza de la encuesta me obliga a contestar periódicamente, es decir, con fórmulas breves. Una consideración más amplia de los temas propuestos podría hacerse, por ejemplo, en un seminario o en una mesa redonda en que cada uno expusiera extensamente sus puntos de vista y luego fueran debatidos entre todos. Las reuniones podrían ser públicas y hasta televisadas.

Con respecto al primer punto comienzo por recordar que la época en que Hostos vino a nosotros fué una época menguada para la cultura dominicana. La Universidad sufría un eclipse desde 1822 y la generación dominante era la que había nacido y crecido en el obscurantismo de la ocupación haitiana y en la desmembrada primera República. Puede asegurarse que no hubo época más pobre culturalmente que aquella. La escuela había caído en una extrema languidez. No existía un sistema de enseñanza conscientemente establecido sino una rutina derivada de las influencias recibidas desde el siglo XVIII. Naturalmente, en estas condiciones la presencia del ilustre pensador americano en el país a la altura de 1880 tuvo que producir una conmoción enorme. Sus ideas, hijas del Positivismo en boga, su



revolución pedagógica, las reformas que propuso, fueron respetuosamente acatadas por aquel medio sin ciencia como la expresión de la verdad.

Sacudió marasmo

La obra de Hostos como educador consistió sencillamente en implantar un sistema de enseñanza científicamente fundado que sustituyera la rutina de la memorización de textos dogmáticos. Puso en práctica el método intuitivo-inductivo-deductivo, que con el auge de las ciencias naturales reemplazaba el método predominantemente deductivo en todo el mundo occidental. La acción de Hostos sacudió nuestro marasmo y rompió de golpe el aislamiento en que estábamos sumidos.

Como este suceso constituía una profunda revolución de sentido laicista, provocó una reacción en el sector religioso con dos eximios representantes: El Padre Meriño y el Padre Billini, pero ni el gran talento y la personalidad del primero ni los ardorosos sentimientos y la recia voluntad del segundo prevalecieron contra la extensa formación intelectual y la genial inteligencia de aquel educador que estaba a tono con su tiempo.

Hostos, apóstol de la libertad de Puerto Rico y Cuba, se radicó en esta tierra cercana a ambas islas y no sujeta a la soberanía española, y aquí enseñó, predicó escribió algunas de sus obras, transformó la enseñanza y formó discípulos que le siguieron apasionadamente. Es la única figura de proporciones continentales incorporada a la historia de nuestra cultura en el siglo XIX. Debemos agradecerle todo el bien que nos hizo. Su poderosa influencia se prolongó hasta casi la mitad del presente siglo, pero es preciso admitir que al margen del Normalismo se formaron núcleos en torno a los Padres Meriño y Billini, sin duda estimulados por la obra de Hostos.

Tanto los Normalistas como los hombres de formación católica y humanística de Meriño participaron activamente en la vida nacional. Se vigorizó además la enseñanza de inspiración católica en grandes planteles como el Colegio Santo Tomás y el del Padre Fantino. Pero una tercera categoría de hombres de la misma época no tuvo nada que ver con Hostos



ni con Meriño, que fueron muchos de los políticos de profesión y los hombres de armas, actores principales de nuestro drama.

Desaparecieron ya

Después de Hostos volvimos al aislamiento cultural y al estancamiento, pero con su doctrina adentro convertida en artículo de fe. Los discípulos de Hostos desaparecieron ya y no dejaron discípulos verdaderamente hostosianos. Por esto su influencia se ha extinguido o al menos se ha hecho difusa e imprecisa. Hasta hace algunos años quedaba una reminiscencia vaga en forma de alejamiento de España e indiferencia religiosa. En las leyes de enseñanza y los planes de estudio apenas encontramos huellas.

En resumen, puede afirmarse que la presencia de Hostos en Santo Domingo fué un agente de primer orden para el adelanto de nuestra cultura, como nunca pudo esperarse antes de su llegada.

Su laicismo positivista consistió en hacer ciencia pedagógica moral, de orientación organicista, de acuerdo con las tendencias dominantes en su época, prescindiendo de toda idea metafísica, teológica y religiosa. No pudo ser un materialista, puesto que el materialismo es una posición metafísica. No fué tampoco un ateo, puesto que nunca se declaró tal. Nunca combatió la religión. Sencillamente descartó el ámbito científico la creencia en Dios y en las substancias—como discípulo de Comte y Spencer—, por ser extremos indemostrables, y tuvo solamente como filosofía el conjunto de los resultados más generales de las ciencias positivas.

Es la causa de que en su Moral Social evitara cuidadosamente toda palabra que tuviera la más leve resonancia religiosa, tales como caridad, amor, piedad, misericordia.

Eso nadie lo sabe

El que independientemente de su posición positivista en moral y ciencia creyera en Dios, eso nadie lo sabe con seguridad. Yo sospecho que sí puesto que gustaba de ir a nuestra catedral a meditar ante una gran imagen del Crucificado. Tam-



bién es sabido que toleraba a su esposa y a sus hijos ser católicos prácticos, y que en las paredes de su casa hubiera imágenes de santos. Pensadores católicos de la España actual lo juzgan con admiración y benevolencia. Elías de Tejada, catedrático de Salamanca, ve en Hostos la “Weltanschauung” del hidalgo español, no obstante su ropaje positivista y su posición antiespañola.

Ante la pregunta de si la Escuela Nacional se inspira aún en las ideas y sistemas del pensador antillano, mi respuesta es que no.

La estructuración de la escuela de la Patria Nueva es completamente el resultado de la posición doctrinal de Trujillo. Hostos concibió una escuela sin Dios; creyó conveniente eliminar en absoluto el ingrediente religioso en la formación del hombre y sustituirlo por su ideal de civilización. Trujillo ha creado una escuela católica y está convencido de que la religión es el primer factor para el perfeccionamiento espiritual, Hostos inculcó a sus discípulos el menosprecio por lo español, quitándoles su metrópoli natural en el orden de la cultura, con la consiguiente desorientación. Trujillo reivindica todos los valores de la Hispanidad, uno de los fundamentos de la Dominicanidad, y hace todo lo posible por revincularnos a la Madre Patria por los lazos del espíritu y de la sangre.

Una de las bases doctrinales de la política de Trujillo es el reconocimiento de que el laicismo es un fracaso. El ilustre Benefactor de la Patria ha visto claro que a la altura de esta época no puede defenderse ningún sistema educativo que prescinda de la religión.

Experiencia de 50 años

La experiencia de los últimos cincuenta años es dolorosa. Se progresó mucho en el orden científico y en el orden técnico, pero con la indiferencia del Estado hacia el aspecto religioso de la educación vino una bancarrota del espíritu expresada en ambas guerras y en el auge de los regímenes totalitarios. Es que no es posible descuidar impunemente el principal instrumento del perfeccionamiento humano.



No es la formación científica, no es la aplicación de la ciencia a las industrias, no es la prosperidad económica todo lo que debe preocupar a los estadistas. Es también la atención del espíritu, para preservar la salud moral del hombre y evitar que caiga en la sima del ateísmo amoral, de la primitividad de los apetitos, en que sólo importa el problema económico y el bienestar material. Para alcanzar este objetivo sólo sirve la religión. En la época de Hostos se creyó en la posibilidad de un espiritualismo laico, arreligioso —en el fondo era un movimiento anticlerical—, pero ya se ha comprobado hasta la saciedad que aquello fué un grave error. No hay más espiritua- lismo que el fundado en la religión.

Consecuentemente, no es ya un criterio organicista, a la manera hostosiana: no es la falsa asimilación de lo espiritual y lo social a lo orgánico, lo que preside nuestro actual régi- men educativo, inspirado por el egregio Padre de la Patria Nueva. Es al contrario la neta diferenciación entre el espíritu y la naturaleza y el franco reconocimiento de que ambos están regidos por leyes propias. Esta es la razón por la cual el retor- no a la religión alentado por Trujillo no es una vuelta al pa- sado sino una aceptación y un deslinde de las diferentes es- feras de la vida y una obra de jerarquización de valores.

Muy atentamente les saluda,

Pedro Troncoso Sánchez





Respuesta del Dr. José Enrique Aybar

Me satisface responder a la interesante encuesta iniciada por ese importante diario el 25 de Junio próximo pasado.

Creo que la evolución del espíritu y del pensamiento humanos —que es como decir la propia evolución de los pueblos— está impulsada por una serie de estímulos y aportaciones. A cada época, a cada clase de problemas, los estímulos y las aportaciones correspondientes. Así, en el acervo común a toda la especie humana o a un medio determinado, hay la contribución de todos o de cuantos pueden darla. Es el caso de Hostos. Hombre de su época, aunque desde luego con méritos, como todo hombre de excepción dió el estímulo y la aportación, aquí o en otros puntos de América, que *dentro* de su personalidad —y he ahí otro factor muy importante— correspondía a su tiempo. Esto es cosa tan hecha como juzgada. El destacado antillano, autor de la *Moral Social*, fué maestro en el aula, con la pluma o en la vida privada, y cuando se actúa sinceramente para enseñar, cualquiera el terreno en que se practique la enseñanza, es muy difícil que la semilla no prenda, aunque en apariencia no haya habido arraigo o tarden en verse los efectos de la siembra.

Dió lo que pudo

Dentro de su personalidad y de su tiempo, como he dicho, Eugenio María de Hostos dió lo que podía dar. En cambio, a partir del momento histórico en que le tocó enfrentarse a los



más graves y fundamentales problemas de la vida dominicana, el Generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, con sus múltiples aportaciones y estímulos personales, como maestro de maestros que es y como hombre para el ejemplo de los hombres, ha transformado radicalmente ahora y para el futuro el pensamiento y la psicología moral y política de nuestro hasta ayer desventurado país.

No me parece que el comentado laicismo de la escuela hostosiana haya tenido en nuestra colectividad otro alcance que el temporal o circunstancialmente *indispensable* para provocar cierta sensación y abrirle brecha a lo que se llamó la *enseñanza racional o científica*. Quizás, en el fondo, no fué otra la intención consciente o inconsciente del mismo Hostos, ser virtuoso y bueno, en cuya subconsciencia no podía faltar considerable sentimiento de religiosidad. De todas maneras no hubiese podido alcanzar otra dimensión ese laicismo, porque la nacionalidad y la vida dominicanas están entrañablemente asociados a la religión católica. No en balde nuestra bandera lleva la cruz redentora del Calvario, y nuestro escudo tiene con la cruz, el libro de los Santos Evangelios, y contamos ahora, con el más grande abanderado de los principios católicos, el paladín invicto del anticomunismo continental: *Rafael Leonidas Trujillo*.

Con mayor razón

A mi humilde juicio los puntos de vista, las normas que el eminente pedagogo —a cuyo cargo corrió en nuestro país, a más de la Dirección de la Escuela Normal, la Inspección General de Enseñanza —imprimiera o quiso imprimir en la escuela dominicana, empezaron a declinar no mucho después de su muerte. Con mayor razón la declinación tenía que llegar al grado más extremo o absoluto, hoy que la consciencia nacional en sus diversos sectores y aspectos es orientada exclusivamente por la genial inspiración y las doctrinas patrióticas y nacionalistas del insigne creador de esta Era, quien ha cuidado de *su nueva escuela* como si fuera el propio corazón de nuestra nacionalidad.



Ojalá haya satisfecho con mi contestación el propósito de ese diario al incluirme amablemente, honrándome, en la nómina de los distinguidos intelectuales consultados sobre tan significativa materia, por lo cual me complazco en expresarle mis mejores gracias.

Soy su atto. s. y amigo,

Dr. José Enrique Aybar





Respuesta de Don Germán Soriano

En la ruta itinerante de aquel atormentado del pensamiento que fué Eugenio María de Hostos, la estación que hace en nuestra tierra es la más interesante.

“Meditando”, su obra de gran aliento y hermosura, lo había señalado como afiliado a la escuela del pensamiento puro. La prosa con que él elabora el “Juicio de Hamlet” lo sitúa par a par con William Shakespeare, el pensador inglés que pone al hombre a conversar con su propio cráneo.

Aquel monólogo lo sacude profundamente. Ese es el género a que debió dedicar su ingenio. Pero él está urgido por una tempestad nacionalista que no le da sosiego. Arriba a Puerto Rico. Viene al encuentro de Emeterio Betances, conspirador también por la independencia de Puerto Rico. Los dos habían procurado calor en Gregorio Luperón, en la casa de quien tenían su propia casa. Baldorioti de Castro tuvo también ese techo; y no se podía respirar el ambiente de aquel hombre sin sentir ambiciones de político y patricio.

El hombre que había escrito la ‘Peregrinación de Bayoan’, “como un grito sofocado de independencia, por donde empezó su vida pública”, hierve al fuego de nuestro soldado y se hace más revolucionario. El estaba, en ese momento, con el maestro de nuestras revoluciones civiles; con el hombre que mejor aprovechó los instintos de nuestra juventud. Con él aprendió Hostos a domar la juventud.

En este momento se opera en este gran sufrido una transfiguración que le debía ser fundamental. El inquieto que del 1851 al 1858, y más aún, al 1863 hace su período de sentimien-



tos, realiza su más profundo virage. En Madrid había tirado al suelo el escudo de noble que le venía de los Ostos, para incorporarse a aquel movimiento liberal que quiso incorporar España a Europa, entrándola en el movimiento europeo de las ideas. Es así como él pasa, del romanticismo al positivismo. Una de las características del pensamiento español de esa época se marca cuando se habla en sus agitaciones, de la agonía del Cristianismo.

Simultáneamente se va extendiendo en nuestros pueblos lo que se ha llamado la desarticulación del hombre americano, hecho que se produce también por la fluencia del positivismo que entre nosotros tenía dos naturalezas, una en la expresión francesa y otra en la expresión alemana. Y un grupo numeroso de los reformadores sociales hispanoamericanos se adscribe al eclecticismo, al utilitarismo, donde toman nuestros hombres sus armas ideológicas.

Es interesante ver como estos hombres que proclamaban poseer la suma verdad, carecían de un sistema filosófico formal y de una alineación fija en el campo de los conocimientos. Por esto los retazos que unen se les desconocen, y por esto no dejan ideas que puedan amortajarlos.

Etiqueta de patentizado

Un empeño por hacer una fisonomía propia, especie de etiqueta de patentizado, los obsede. Pero, aun estando afiliados al cientificismo, no estudian la ciencia. Y al pasárseles balance, como se habían despojado del cultivo de la belleza, en la palabra o en las artes plásticas, se quedaron sin nada. Hostos es el primero a quien le ocurre esto en el punto en que abandona sus condiciones de pensador para hacerse didacta.

Hostos, se enrola en eso por necesidad. Se lo imponen dos circunstancias. Combate a España que permanece abrazada a la Escolástica, y de quien el hombre que aquí se transforma quiere arrebatar la última isla del imperio español. Se nutre del pragmatismo que acaba de nacer en los Estados Unidos, en quien el doloroso puertorriqueño vincula todas sus esperanzas.

Va a fundar la escuela dominicana, en la cual debía vaciar todo lo que llenaba su existencia en ese presente. Es un neopo-



sitivista, función que le es un poco contradictoria y que no se aviene a su temperamento desinteresado. Pero la pasión que tiene por las ideas recién adquiridas y su necesidad de envasarlas, lo induce a fundar la escuela laica. Esa era la orientación del pensamiento europeo, con el cual la concepción materialista de la existencia avanzaba.

Se advierte en esa utilización de sus conocimientos una contradicción entre su sustancia filosófica, tan cercana a la de Alberdi, con sus sentimientos de hombre manifestados en el culto al hogar y en su inapetencia por toda obra utilitaria. Sin embargo, él es profundamente apasionado como político, lo mismo que en el campo de la discusión es un polemista arrebatado.

Es así como pelea el nacimiento de su Escuela Normal frente a los fervorosos de la cultura latinista que le salen al encuentro. Aquellos hombres formados en el concepto clásico del pensamiento traían de la mano las esencias religiosas que dieron origen al ideal patrio; y advirtieron en la vigencia del pensamiento filosófico que se implantaba un atentado a las raíces mismas de la nacionalidad. Se libró una controversia larga. Y llegó un momento en que ser normalista implicaba una postura de ateo, lo cual debía tomar curso después en el pensamiento político dominicano.

El señor Hostos es el autor de eso. No sólo al formular su programa; sino que al dictar sus clases actúa como pedagogo de la política. Su Moral Social como texto, y su palabra, en todas sus dimensiones, luchan tenazmente para infundir a cada uno un sentido individualista de la existencia, concepto que hacía del hombre un administrador de su propia conciencia, con libertad de conducta fuera de la moral religiosa.

Botada de la mente la idea del Cristo como creadora de un estado social bondadoso, un fuerte grupo de hombres, de la Enciclopedia o no, y sus imitadores, vieron en todos los actos de la vida un campo de provecho por la interpretación materialista de la Historia, en el sentido social; comenzando por arrancar del individuo la tradición heroica de la cultura, que establecía el respeto a lo sagrado y la valoración de los vínculos intrínsecos del hombre con el hombre.



El primer pecado

La formación de un carácter en el cual cada quien procedía como en una operación matemática en todos sus actos en busca de balances, fué el primer pecado de desviación que cumplió el señor Hostos, y de lo cual se resintió la vida dominicana durante muchos años, aunque él no lo quisiera.

La función de pedagogo de la política es para el presente estudio la más interesante; porque, muerto el maestro, son sus discípulos los que imprimen la fuerza de la escuela a su vida pública y al movimiento de las ideas, a las que dan estampa.

Hemos de establecer que el monólogo que lo comprime, lo lleva al diálogo. Ya está en las aulas. Dicta palabra por palabra en cada materia. Al conversar se desfoga. Su concepción de la sociedad, a la que basa en pactos más apretados que los del filósofo de Ginebra, y la posición que le señala al individuo, al que somete a una revisión de conciencia, también laica, va encendiendo un escándalo político que el férreo gobernante de entonces no acepta. Y un día se va el preceptor, camino de Chile, con la lacerante amargura.

Esta es su primera coyuntura con nuestra política; por lo menos esto le da una alineación visible. Muerto Ulises Heureaux regresa cuando todavía el muerto está caliente. Lo llaman sus discípulos, que vienen al Gobierno. Esto es quizás lo que más pesa en él para que actúe como pedagogo de la política, pues había empeño en dar un carácter positivista a la política de Estado, para conducirnos a soluciones innobles que quisieron basar en la dureza de la realidad. Ya se verá como esa actitud desemboca en el 1907 y se desenmascara en el 1916.

El hombre que se había hecho político, en Puerto Plata, en la directiva de la Liga de la Paz, que Luperón preside, llega a las aulas envenenado, conspira contra los hábitos que están en función en el medio, y termina por tener rozamientos con los gobernantes. Ya es un militante; y por esto fomenta en sus discípulos una especie de sectarismo ideológico activo del cual Hostos es a la larga responsable, y no se le puede separar del juicio que merecen los hombres que él formó y que siempre le hicieron custodia.



Tal hecho se presta para investigaciones muy extensas. El material está a la mano y ofrece realidades para muchas comprobaciones que es necesario presentar por separado; y vamos a ver seguidamente cómo el espíritu objetivista de esa educación entró con los hombres que él formara, en la política de Estado.

Teoría absurda

Procurando controlar las fuerzas políticas en su base, Hostos propone en su texto de Derecho Constitucional, el poder electoral como la institución primera del Estado. Es una teoría absurda, porque ningún régimen político puede comenzar por un canon sin vigencia permanente, por una organización que dure un día. Pero esta es su primera especulación.

Sin embargo, cuando el grupo de intelectualistas que preconiza el régimen se da cuenta de que está condenado a la impopularidad, Américo Lugo propone que se funde un gobierno de las minorías ilustradas, una especie de comisariado del tipo que debía realizar la táctica de purga. En la primera prueba larga el pedagogo de la política queda vencido; y es uno de sus adictos quien niega su eficacia.

Los hostosianos, que habían recibido su bautizo en el largo período polémico a que nos hemos referido antes, permanecían alineados y en uso de la misma estrategia frente a los hombres que le habían venido al encuentro; y es frente a ellos donde tienen que librar su primera batalla política.

Federico Velázquez, que es el hombre más caracterizado de esa generación, es quien ofrece su material amargado, la retama que le viene de su formación personal, para infundir una especie de laicismo a su vida pública, confundiendo su misantropía con una independencia de carácter.

Es de observarse que ninguno de los que tomaron una postura definida frente al señor Hostos, se le afiliaron en ninguna de sus ejecutorias; pero siempre tuvo en sus discípulos un elemento humano disponible, con alguna contada excepción. Esto se advierte sobre todo en dos períodos críticos. Cuando él conduce la convención dominico-americana, llevado del cabestro por Hollander; y en la postura que asumió cuando se con-



sumaba la Ocupación Militar. El hecho de que apareciera como candidato, ex candidato y futuro candidato cuando se realizaba la desocupación, no lo libera de aquella responsabilidad. La suya es la más visible actuación de tipo velazquiano. Es un injerto que se nutre de la política, pero que no enraíza. Minoritario siempre, hace de parásito de las mayorías, y al derrumbarse el tronco histórico, cae con él. Es la demostración de que las ideas que le dieron origen, no tenían razón de ser; y de que el progreso político, lejos de ser campo propicio para las minorías transaccionistas, les era opuesto. Y por esto la presencia de un hombre radicalmente distinto a aquel, hace un régimen por movimiento espontáneo que se basa en las mayorías absolutas.

Lo esperó todo

Hostos lo esperó todo de los Estados Unidos de América, hasta que, con la bandera de las barras y las estrellas le amarraron su cordero. A eso lo condujo su atadura con el idealismo científico que llenó a Europa en el siglo diecinueve, cuando el antihispanista dió las espaldas al pórtico donde encontró aliñados a los evangelistas y a los Evangelios.

Es el poder de las ideas trascendentales. La concepción materialista de la existencia en manos de un hombre tan escéptico, como Velázquez, lo indujo a buscar, como un objetivo tenaceante, el poder político aunque fuera por los caminos de la intervención extranjera; así como logró lo que él llamaba su independencia económica, firmando los bonos de un empréstito que debía mediatizarnos, después de habernos arruinado.

Hay un hecho tremendo que la pluma del señor Hostos se anotó. El escribió, aquí, sus pronósticos sociales y políticos para el siglo veinte. Analiza en el tablero de los acontecimientos que van a producirse, la formación de las culturas nuevas y la deformación de las antiguas. Apunta los cambios que sufrirán los pueblos sajones frente a los hispanoamericanos, en su concepto sobre la libertad. Alcanza a ver el engrandecimiento de otras nacionalidades; y pronostica el triunfo de las ideas eslavas, con lo cual se convierte en el profeta de la Rusia del pre-



sente. Es su gran responsabilidad; pues pasa a ser el precursor o anunciador de esa batalla que se libra contra el Cristo.

Los hechos de origen ideológico producen sin embargo, sus grandes reacciones. La formación intelectual de Rafael Leonidas Trujillo procede de una atmósfera absolutamente latinista. Juan Pablo Pina, que en San Cristóbal hace escuela y crea periódico, pertenece a la escuela clásica, lo cual entronca en él en su sangre patricia. Ese es el aire que respira el niño que debía ser nuestro vengador y nuestro reformador.

Por esto Trujillo emprende, desde sus comienzos, una acción tan vigorosa. El que es idealista, realiza una labor positiva. Palpa la realidad. Se da cuenta de que la pobreza es, con la ignorancia, nuestro más grave mal, y la emprende creando el crédito popular, con el mismo carácter que la enseñanza, gratuita y obligatoria.

Es el Estado quien presta al agricultor y al artesano a rédito mínimo y largo plazo. Ese es el estimulante que ofrece a la formación de su nueva democracia. Y seguidamente la asiste del derecho laboral. Los instintos laicos que habían querido fundar una clase dominante sumamente escasa, es suplantada por un sistema liberal de la economía que, reconcentrado, fortalece la nación, que ha de ofrecer a su vez cultura para todos.

Por esto su obra republicana crece poderosa. La mecánica financiera comienza a latir del centro a la superficie; y por esto se expande. La pedagogía deja de ser política para ser humana; y por esto las masas escolares se encaminan hacia la cultura como a un contenido, y no a un objetivo, tomando para sí todas las fuentes universales de estudio, porque el propósito es comprender a todos los hombres.

Se reconoce que Trujillo se encamina preferentemente, hacia lo hispánico y hacia lo latino. Sabe que nuestro semillero está en el Mediterráneo; y que las arterias que nos trajeron sangre arribaron aquí partiendo de las cuencas galaicas. Y puede asegurarse que él tiene perfecto conocimiento de que de allí partió el camino francés, que aun subsiste, y el inglés por donde venían a beber sabiduría los sajones. Ahí tendrán que volver otra vez a nutrirse del espíritu heroico que está esperando su nueva hora para empuñar todos los meridianos.



Aliento eternal

De ahí el que si el hostosianismo tendió a crear un sectarismo partiendo de una posición filosófica, en un momento que ya pasó, Trujillo, al regresar a los depósitos de donde ha tomado estilo lo más floreciente de nuestra civilización, está haciendo con aliento eternal la Patria.

Esto no puede desembocar en el intervencionismo, porque contiene una lógica que no se lo permite, y descanza en un bienestar popular que le da razón de ser aportándole fortaleza. Y no es que hemos regresado al romanticismo que el señor Hostos abandona para hacerse positivista. Es que aquello fué una postura y esta es una acción. Aquel hombre se dejó reclutar creyendo que se le sumaban fuerzas para un propósito político cuyas raíces le van de nosotros: la abuela era dominicana; y de aquí salieron los Ostos de noble nombradía, frente a la invasión francesa que nos trajo la haitiana, empujándolos a la angustia de un destierro.

Por todas las razones que se desprenden de este juicio, Trujillo es la obra humana más perfecta y completa que se ha realizado en la América hispánica en esta hora de crisis de los valores universales.

Trujillo es así quien inicia el trabajo de nuestra gran cultura. Nos saca del laberinto en que nos habían enredado las lecturas desordenadas, y nos despierta la necesidad de volver a la biblioteca. Funda para esto seminarios, agranda nuestra universidad clásica y la desborda. Su irrigación es tan extendida que sus mejores canteros los hace en las mentes campesinas, en las inteligencias de las familias obreras, que ya ilustran las academias y rotulan libros. Es la cultura popular, la conciencia en grande.

No es el programa con límites estrechos, el suyo, como en aquella escuela que despedazó la enseñanza esférica, para cortarla en ángulos. Viene a la mano el recuerdo de uno de los más caracterizados normalistas cuando se preparaba el desenterramiento y traslado de los restos del señor Hostos.

Tal hombre, embuido en soberbia intelectual, desatada ésta en la misma aula de la Escuela Normal donde la capilla ar-



diente debía ser inflamada, ignoraba que las apoteosis y las glorificaciones se celebran en rojo, como si arrebatásemos el fuego con que la vida vuelve del seno de la muerte. Falta de alta cultura.

Y además agregó él mismo, que no estaría presente si entre los candelabros se levantaba al Cristo en la Cruz, presidiendo aquella resurrección. Eran los anticipados discípulos de Lenin, peregrinos hacia las cúpulas bizantinas de Moscú.

Grupo minoritario

Grupo minoritario como debía serlo, no pudo dejar infundimiento cierto, por lo que pasó como incomprendido. Y hay que aclarar una cosa. Hay que decir para qué quisieron modificar nuestro lenguaje cuando suprimieron la gramática de la Real Academia para poner en su lugar la gramática de Bello. Otro didacta de esa filiación se va más lejos cuando incorpora las adiciones de Cuervo con grave trastorno para las disciplinas mentales. Actuaban de este modo para confiscarnos lo ibérico, aquello que repudiaban como hecho político, con lo cual se incorporaban a la leyenda negra, que nos desacreditaba, al mal hablar de España.

Debíamos volver a Madrid como metrópoli de la cultura, y es Trujillo quien nos lleva en el viaje de regreso; precisamente para que nos reincorporásemos en el momento en que el pensamiento español está pesando en el mundo de la filosofía y de la ciencia; y no precisamente copiando, como ocurrió en la anterior generación, sino dando de lo suyo, fortaleciendo sus fundamentos, limpiando sus raíces, diremos, para que suba por ellas la savia brava.

Tiene que cumplir pues una empresa de evidente reparación humanista. Ha de enderezar los radios que dejaron torcidos otros hombres, más señaladamente los positivistas. Pero no se consagra a crear un nuevo sectarismo para oponérselo. Toma sus mirages y se orienta hacia el Atlántico. Pero no se queda como el héroe de la pampa de granito mordiendo piedra y sangre. No. Abre los compases dejando el vértice en tierra. Y para alumbrar sus caminos enciende los fuegos católicos. No



pide nada. Lo hace. Y nos lleva hacia lo universal; y por esto, a su cara la azotan todos los vientos, la bofetea la tempestad política; quiere escupirla el odio; y permanece impávido; porque su mandato le viene de la entraña, y tiene que realizar el destino de esta gran Antilla.

Por esto su obra tiene el sortilegio de arrebatarse la voluntad de los hombres. De ahí la inflamable pasión que enciende su persona, la irresistible simpatía con que se impone, el poder con que subyuga. Que él es el hacedor.

Su fuerza es absolutamente personal sobre nosotros; pero cuando se le contempla en la magnificencia de sus pensamientos y en su poder para realizar hechos grandiosos, ese apasionamiento se vuelve impersonal para sentir que él es aun más superior a nosotros, de cuya geografía humana se separa para entrar en la compañía de los mitos y los genios, de los cuales es semejante.

El aparecerá flamígero en la nueva leyenda, esa en la que lo dominicano recomienza, en que las nuevas generaciones van encaminadas por la imposición de su sola presencia, por el arroboamiento que sugiere su carácter. Entonces, los otros, que lo verán sin amor a un hecho inmediato, y sin odio, sabrán que él es, en este presente y para siempre, descarnadamente humano, la Patria-Hombre.

Germán Soriano



Respuesta del Lic. Manuel A. Amiana

Pláceme corresponder, con las siguientes líneas, a la encuesta abierta por ese diario entre varios escritores del país acerca de la influencia de Hostos en la vida dominicana.

Ante todo, conviene aclarar que Eugenio María de Hostos no vino a nuestro país como estadista ni como consejero político. Aunque amaba profundamente al pueblo dominicano, él sabía que era un extranjero. Y, discretísimo como era, nunca quiso fungir de director político o consejero político, ni en el ánimo de los gobernantes ni en el secreto de las directivas de los partidos políticos. La función de eminencia gris, en la vida política dominicana de su tiempo, nunca fué de su agrado. Su obra sólo estuvo limitada a la pedagogía y a la escuela. Por tanto, aunque la encuesta abierta por ese diario comprende tres puntos muy generalizantes, lo propio es considerarlos como tасados por la limitación antes dicha.

Respecto del primer punto, creo que todos estamos de acuerdo y hemos estado siempre de acuerdo en que Hostos realizó una obra de mucha importancia, si se quiere, de mucha influencia, en la esfera de la educación. En el momento en que Hostos llegó al país en 1879, —después de su fugaz primera permanencia en Puerto Plata, cuatro años antes— la enseñanza en un estado poco satisfactorio, tanto desde el punto de vista pedagógico, como desde el punto de vista de su extensión, efecto inevitable de la estrechez económica. No contábamos entonces sino con escuelas de primeras letras en las principales poblaciones del país y con algunos colegios particulares más avanzados en esta capital y Santiago. La Universidad estaba cerra-



da desde hacía más de medio siglo. No existía en aplicación efectiva ningún plan uniforme de enseñanza, aunque la instrucción estaba a cargo de maestros de talento y erudición, la enseñanza se orientaba casi exclusivamente hacia la historia y la literatura. El método didáctico tenía un atraso lamentable. El estudio de las ciencias permanecía descuidado. Frente al desequilibrio cultural que tal estado de cosas representaba, Hostos hizo entonces lo que cualquier hombre sensato formado en los criterios paidéticos de la segunda mitad del siglo pasado hubiera hecho en su lugar. Recomendó un plan de enseñanza en el cual figuraran en pie de igualdad con las disciplinas históricas y humanísticas, todas las ciencias fundamentales al alcance del conocimiento humano. Logró de las autoridades dominicanas el establecimiento de la Escuela Normal para formar los maestros que se necesitaban para una enseñanza así concebida. Modernizó los métodos para transmitir la enseñanza, según el carácter de cada ciencia o disciplina. Para formar los primeros maestros en un sentido profesional, se entregó él mismo a la tarea docente y cuando fué necesario forjó los textos para la enseñanza de varias materias. Recomendó la creación de otros muchos centros docentes vocacionales, que sólo mucho más tarde han podido establecerse, como las escuelas de Artes y Oficios. La enseñanza nacional era, antes de Hostos, como un barco escorado al cual Hostos trató de dar, y lo consiguió en gran parte en la esfera en que él laboraba, una posición normal. Su obra, pues, en este aspecto, fué una obra equilibradora. No se ignora que, como tratan de hacerlo siempre los exagerados y los especuladores, algunos de los que rodeaban a Hostos entonces, trataron de hacerlo aparecer como el creador de la enseñanza en nuestro país, como si todo lo que se había hecho antes por tantos maestros y educadores esclarecidos y venerables, fuera letra muerta. No encontraban otra manera de enaltecer y fortificar la obra de aquel presente, que detractar al pasado y a lo mucho bueno que hasta entonces se había hecho por la educación popular, especialmente gracias a la iniciativa privada, en medio de tantas penurias y dificultades. Hostos mismo, como hombre sensato y discreto, rechazó siempre ese honor que estaba fuera de sus propósitos y trató de



mantener siempre las mejores relaciones con los hombres de su tiempo, que, como el Padre Meriño y el Padre Billini, se habían destacado tanto en la obra de la educación del pueblo dominicano. Es indudable también que la creación de la Escuela Normal y el clima de admiración intelectual que esa escuela suscitó, contribuyeron mucho a decidir al Padre Meriño a establecer el Instituto Profesional, modesto nombre con el cual renació nuestra antigua Universidad. Meriño llamó a Hostos a ese centro universitario, encargándolo de la enseñanza de varias materias importantes, como el Derecho Constitucional. El plan de enseñanza de Hostos fué reemplazado por otro hacia 1905. Otro nuevo plan fué implantado en 1914. En 1918, se instauró otro plan nuevo, que representó ya cierta reacción contra los planes anteriores derivados del plan hostosiano, puesto que prevenía la enseñanza religiosa en las escuelas oficiales, para los estudiantes que quisieran recibirla. Hacia 1932, surgió un nuevo plan que, en cuanto a este punto, no discrepaba del plan de 1918. El plan de enseñanza actual incluye la enseñanza religiosa. De modo pues, que, si en ciertos detalles, en el sistema actual de enseñanza supervive algo del criterio paidético que Hostos introdujo entre nosotros, este sistema tiene una inspiración fundamental diferente, que representa más bien un retorno a la paideía prehostosiana, o por mejor decir, un criterio de integración cultural. Tal es el juego incesante de la historia. Las épocas de polarización, son seguidas siempre por épocas de integración, de síntesis, sobre todo cuando a las fuerzas de la dinámica social, a las tendencias espontáneas de los pueblos, se suma el esfuerzo de un prócer civilizador, como lo ha sido entre nosotros desde el año de gracias de 1930 el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo, quien, para llevar adelante la obra de la educación popular, no solamente ha dado a la escuela una orientación integral, sino que la ha extendido y diversificado en un alcance sin precedentes en nuestra historia, y ha coadyuvado a esa obra de educación popular por medio de la legislación de la gestión administrativa, de la administración de justicia y de todos los poderosos medios que un ilustre estadista y un político inspirado en un alto credo de patriotismo puede poner en juego para lograr una regeneración de un pueblo.



En realidad, cuanto queda dicho constituye una respuesta al tercer punto de su encuesta. La escuela nacional no se inspira hoy, como afirma el fenecido escritor M. A. Peña Batlle, en las ideas y sistemas del pensador antillano, porque, como ya hemos expresado, el plan concreto de enseñanza de Hostos —que por lo demás sólo abarcaba ciertas etapas de la enseñanza—, después de sus reformas parciales de 1905 y 1914 de la reforma algo más sustancial de 1918, elaborada por un grupo de eminentes dominicanos amantes de nuestra mejor tradición espiritual, ha sido reemplazado por los planes que el Generalísimo Trujillo ha venido integrando desde 1930, y cuyas expresiones más fundamentales han sido —por lo que interesa a los puntos de esta encuesta, la creación de la Facultad de Filosofía en la Universidad, la orientación de la Ley Orgánica de Educación que tiene ya cerca de cinco años de vigencia y la concesión de prerrogativas legales a los Colegios particulares que existen en el país, en los cuales el acento de la enseñanza se pone en la educación moral y religiosa. Como lo clarifica bien el gran pensador Guillermo Dilthey en su Historia de la Pedagogía, los detalles de la enseñanza pueden ser la obra de pedagogos y maestros profesionales. Pero la concepción integral de cómo debe ser la educación de un pueblo, es obra de estadistas, que puedan tener en cuenta las necesidades fundamentales del pueblo cuya dirección les esté confiada, y las orientaciones superiores de acuerdo con las cuales esa educación esté concebida, organizada y llevada a cabo. En este sentido superior, tenemos que reconocer en el Generalísimo Trujillo al único y máximo inspirador de la Escuela Nacional en la era presente del pueblo dominicano, en un alcance que se proyecta también hacia el futuro.

El segundo punto de su encuesta se refiere al laicismo de Hostos. No hay la menor duda de que Hostos fué laicista. Lo fué sin dobleces ni reticencias. Pero lo fué en el solo sentido de que entendía que la enseñanza religiosa no era pertinente en las escuelas oficiales. En este punto, su pensamiento y su posición no constituyen una originalidad ni tampoco una postura de ateísmo ni de irreligiosidad. El sistema laicista en la enseñanza oficial existe, desde hace mucho tiempo, en grandes nacio-



nes precisamente notables por la profunda religiosidad de sus componentes, como Francia y los Estados Unidos, por no citar otros pueblos de alta cultura. Lamento que la obligada brevedad de las respuestas a esta encuesta, no permita un esclarecimiento a fondo de toda esta delicada cuestión. Pero, en síntesis, me atrevo a decir que, en este punto, el Hostos universal se imponía al Hostos accidentalmente actuante en el seno del pueblo dominicano. El laicismo de Hostos no obedecía a la preocupación de que determinadas creencias religiosas se extendieran entre la juventud por la obra de la escuela. Lo que él temía era que la coacción del Estado, operando a través de la escuela oficial, en un sentido determinado y unilateral, dañara la religiosidad de la juventud o se adueñara del control sobre las conciencias, conduciendo así a una dominación del Estado sobre la religión y produciendo una situación como la que según algunos historiadores modernos, como por ejemplo Toynbee, caracterizó el Imperio Bizantino y como la que ha caracterizado el sistema ruso, heredero, en este aspecto, del sistema bizantino, fundado en la esclavización de la Iglesia a la política del Estado. Hostos laicista, no quiere decir Hostos ateo, ni Hostos materialista. Algunos escritores que con ello han abusado de la poca inclinación de otros a las polémicas, se han esforzado por confundir los términos, para situar a Hostos en una postura que él estaba lejos de tener. Además de laicista, Hostos daba mucha importancia a la enseñanza de las ciencias positivas y a la aplicación de los métodos positivos en la enseñanza de estas ciencias. De ahí concluyen algunos que Hostos era positivista, pero en una forma capciosa, para dar a entender que Hostos era materialista, como si ambas posiciones fueran la misma cosa. Quien, como Hostos, rendía ferviente culto al poder del espíritu y a la perfectibilidad humana, no podía ser materialista en el sentido grosero que se le quiere atribuir. Por otra parte, Hostos era un devoto de la libertad de conciencia religiosa, y jamás se ha visto en la historia que quien defiende empeñosamente esta suprema libertad, haya sido un antirreligioso. El que defiende la libertad de conciencia religiosa es porque tiene toda la profundidad de su alma penetrada de un Dios que no quiere ver arrancado de tan augusto santuario. En este pun-



to, Hostos tampoco fué entre nosotros original. Entre nosotros, el proceso de conquista constitucional de la libertad de conciencia se inició desde mucho antes de venir Hostos al país. El cuadro de nuestras Constituciones, desde 1844 hasta 1896, muestra el desarrollo gradual de esa conquista. Hostos lo que hizo fué contribuir a su consolidación, en sus enseñanzas de derecho político y constitucional. La consolidación llegó a un punto tan firme, que toda polémica, discusión o dificultad, pública o privada, acerca de creencias religiosas, quedó extinguida y se eliminó así de la vida nacional —tan polémica en cuanto a otros puntos, sobre todo en materia política— este motivo de desunión y discordia, que, cada vez que ha surgido en otros pueblos, ha producido tan desastrosas consecuencias. La República Dominicana, en cuanto a este aspecto, fué reconocida siempre como un oasis en esta materia lo que la ha recompensado de otras acusaciones en el pasado. Sus reformas constitucionales desde 1896 hasta hoy, nos han conservado este trascendental tesoro.

En fin, señor Jefe de Redacción, como en el contexto de su encuesta se hace referencia a las opiniones del Lic. Peña Batlle en distintos trabajos suyos que tocan a Hostos, y especialmente a las que vierte en el prólogo que puso al libro del Padre Valle Llano sobre la Compañía de Jesús en Santo Domingo, creo necesario agregar algunas observaciones finales.

No debe olvidarse que Hostos, desde que se expatrió de Puerto Rico y de toda tierra bajo el dominio español en 1873, era antes que todo un apóstol de la independencia de Cuba y Puerto Rico y de la Confederación de las Antillas. A esa noble y suprema causa supeditaba todo lo demás. Humano como era, su palabra tenía que parecer a veces como antiespañola y heterodoxa, puesto que estaba combatiendo lo que, desde el punto de vista americano de su época, aparecía como imperialismo español y como lacra de una monarquía teocratizante. ¿Era enfrentarse a ese imperialismo renegar de las esencias del alma española? ¿Acaso no es precisamente nuestra psiquis hispánica la que nos hace intolerables la humillación y la servidumbre?

Y en cuanto a Hostos haitianizante, no vale la pena detenerse. No olvidemos que Peña Batlle era un gran apasionado,



tanto a favor como en contra, según los casos. Por no citar sino un ejemplo, era apasionado en favor de Don Emiliano Tejera y nunca quiso tomarle cuenta a este personaje histórico nuestro por su participación en la Convención Dominico-Americana de 1907, que tanto mermó nuestra soberanía política y económica, hasta que el Generalísimo Trujillo nos liberó de ella. Del mismo modo, en sus últimos años se apasionó contra Hostos por su aparente antihispanismo, olvidando la responsabilidad de Hostos por la causa mayor de la libertad de Cuba y Puerto Rico. Ese temperamento apasionado hizo de Peña Batlle en sus últimos años un gran escritor, pero a veces lo condujo a errores de juicio o cuando menos a exageraciones. Para mí, es uno de sus más penosos yerros haber tildado a Hostos de haitianizante, con la agravante de hacerlo como para presentarlo como antidominicano. De su pluma —quiero decir, de la de Hostos— pudieron salir, quizás algunas expresiones inexactas o descuidadas, a los ojos de un inquisidor de mala voluntad. Pero, la obra de Hostos, la vida de Hostos, la muerte misma de Hostos, valen más cualquier frase aislada de su pluma, y todo ello lo señala como a uno de los varones egregios que más han amado al pueblo dominicano.

Suyo afectísimo,

Manuel A. Amiama.





Respuesta del Lic. Virgilio Díaz Ordóñez

Influencia de Hostos

Para que la figura de Hostos no la veamos como una silueta solitaria, recortada con abstracta precisión y pegada a la pared del tiempo como un islote de vida intensa sobre la bruma de un pasado indeciso, es necesario que enfoquemos la realidad viva del Maestro sin separarla de la realidad dislocada de la época en que ofreció al pensamiento dominicano el aporte de una orientación y la promesa de un rumbo. El hombre y su época, la idea y su hora, forman la unidad sobre la cual podrá erigirse un juicio imparcial y justo.

Hacia 1880, cuando Hostos comenzó a dejar oír su voz en el adormilado ambiente del aula dominicano, ya el Maestro era un símbolo de protesta. Su sola presencia en una patria ajena, con la fijación de su tienda de errante peregrino bajo cielos que no lo vieron nacer, así lo proclaman. Pensadores eminentes han expresado que el amor a la independencia, del cual estuvo transido el espíritu de Hostos, era un sentimiento antiespañolista. No lo creo así; porque de aceptar esa tesis estaría admitiendo que amar la independencia puede ser otra cosa que aborrecer la esclavitud. Estaría admitiendo que los hijos de españoles que hicieron la independencia de Hispanoamérica fueron antiespañolistas. Y eso es absurdo, como lo atestiguan los sentimientos de dieciocho naciones que en este Continente acentúan cada vez más, con noble empeño, su abolengo hispánico. Aquella asimilación del patriotismo al aborrecimiento de la Progenitora, no la concibo, y más específicamente en el caso de Hostos.

Los dominicanos de todos los tiempos no sólo amaron su propia independencia sino que propiciaron sin egoísmo la in-



dependencia de otros pueblos. La historia así lo evidencia. Por eso Hostos debió aparecer a nuestra generación del ochenta como un portador de credenciales muy aceptables, como un hijo de América vinculado al espíritu nacional por el nexo de ideas vigentes en aquella época. Además, traía en la voz el ofrecimiento de un rumbo, señalaba desinteresadamente una orientación; y todo esto lo hacía frente a un núcleo humano que no estaba seguro de poseer firmemente ni una cosa ni la otra.

Natural fué, pues, que la influencia de las ideas de Hostos encontrara caminos en la vida dominicana de entonces. Eso es que la vida nacional quedara atendida incondicionalmente a las ideas del Maestro. No es que su obra pudiera torcer la ruta ni el contenido multiseccular de nuestra cultura, iniciada con el Descubrimiento, confirmada con la Conquista, robustecida con la Colonia, mantenida tercamente frente a las ocupaciones, consagrada por nuestras independencias e inspirada siempre por un fiel sentimiento profundo de limpia espanolidad cristiana. Pero al calor de su verbo el signo de las interrogaciones urgió respuestas al pensamiento dominicano de la época y una fecunda inquietud le impuso movimiento a las aguas estancadas. Algunos de sus penegiristas, y muchos de sus contradictores, nos hablan de él en una prosa que parece hostosiana. No puede haber más completa evidencia de la virtualidad de su influjo.

Si aquella influencia no alcanzó a torcer la firmeza tradicional de los sentimientos nacionales, cuando menos los puso a prueba, les renovó su dormida agilidad y los entrenó en el mejor cumplimiento cabal de sus destinos. Por eso, en mi entender, frente al recuerdo del Señor Hostos, como frente a la memoria de todo verdadero Maestro, debemos pasar respetuosamente, agradecidamente, como pasamos frente a uno de esos venerables retratos familiares que desde la pared de la casa solariega nos miran silenciosamente y nos hacen evocar una conducta austera que perfumó un lejano pedazo del pasado.

Si juzgamos la influencia de Hostos al través de la trayectoria de sus discípulos, como juzgamos la utilidad del árbol por la calidad de los frutos, aquella influencia fué esclarecida, constructiva, oportuna y noble.



Laicismo de Hostos

Si el laicismo “defiende la independencia del hombre o de la sociedad, y más particularmente del Estado, de toda influencia eclesiástica o religiosa”, en Hostos y en su época esa doctrina fué repercusión de acontecimientos sociales distantes y de muy poderosas consecuencias en la conciencia del mundo. El laicismo de su escuela implicó separación, pero no intolerancia. Implicó independencia de la educación, pero sin atentar contra la libérrima vocación de las conciencias. El laicismo de Hostos, a juzgar por la propia obra del Maestro y por la trayectoria del pensamiento y de la conducta de sus discípulos, no atentó subvertir la congénita devoción dominicana en cuanto a su acendrado y fervoroso credo religioso. En este sentido, y aunque por razones de origen distinto, las ideas de Hostos siguen concordando con las disposiciones, armonizadoras y respetables, de nuestra Carta Fundamental, disposiciones que se proyectan sobre las leyes que organizan nuestro sistema de enseñanza en cuanto a la consagración constitucional de la libertad de cultos.

La Escuela Nacional contemporánea

La superposición constante de las ideas nuevas sobre las ideas de ayer, la continua renovación del pensamiento humano, o la que alguien ha llamado “el arribo sin fin de las teorías y la lucha feroz de los sistemas”, han circunscrito la obra de Hostos dentro del ámbito de su tiempo. Tres cuartos de siglos nos separan del comienzo de su gestión educadora en la República. Ese lapso ha dado a su obra, vigorosa en su época, las calidades de un dato de una referencia de archivos. Referencia interesante, valiosa, con todos los méritos de un punto de partida para la iniciación de un ciclo cultural que ya está cerrado.

No creo que la Escuela Nacional se inspire aún, como lo afirmó el eminentísimo pensador Manuel A. Peña Batlle, en las ideas y sistemas del educador antillano Eugenio María de Hostos. Ni la ciencia pedagógica es tan inmóvil, ni el pensamiento nacional es tan poco dinámico, ni el sistema de Hostos hubiera



podido tener vigencia tan permanente en la conciencia de un pueblo apresurado en recorrer todos los caminos de su propia superación.

La Escuela Nacional de nuestros días como todo lo que en nuestro medio signifique cultura integral, desde la alfabetización de los que se inician hasta la titulación de los que se consagran, no tiene ya otra inspiración que la que ha sabido imprimir Trujillo a todas las actividades culturales de la vida dominicana, desde la célula de la escuela rural hasta los complejos organismos académicos y universitarios.

Sin Hostos la Escuela Nacional contemporánea no tendría pasado sustancial inmediato. Sin Trujillo nuestra Escuela no tendría este espléndido presente que vivimos ni ese grandioso futuro que se anuncia luminosamente sobre los horizontes de la Patria Nueva.

Sobre la vieja fórmula hostosiana de “civilización o muerte”, Trujillo ha escrito virtualmente esta otra fórmula de mejor prosapia filosófica: “cultura o caos”.

Virgilio Díaz Ordóñez



Respuesta de la Prof. Urania Montás

Es mi opinión que las reformas introducidas en la educación nacional por el ilustre pensador y maestro Eugenio María de Hostos, a quien conocí siendo aún muy niña y de quien conservo grabados en mi espíritu su mirada tierna y su rostro siempre dulce, enmarcado en su lüenga barba blanca, tuvo que producir una verdadera revolución pedagógica, si no en la masa del pueblo porque su actuación en el magisterio fué corta, por lo menos entre las personas que sentían inquietudes por la educación y la cultura.

Cuando fué promulgada la ley de Normales en 1879, si bien es verdad que existían escuelas de importancia para la época, en el país, como el Colegio “San Luis Gonzaga”, dirigido por el filántropo Francisco Xavier Billini; El Dominicano, para niñas dirigido por María Nicolasa Billini, “El Liceo del Ozama” que dirigía el poeta José Joaquín Pérez, el Colegio “Santo Tomás de Aquino” y otros más no se seguía en ellos un plan orgánico y científico, la metodología era empírica y rutinaria que tendía a desarrollar la memoria más que toda las demás facultades mentales.

En 1880 fundó Hostos la Escuela Normal, con el propósito de formar ejércitos de maestros para combatir la ignorancia que reinaba en el país.

El método seguido por el Sr. Hostos fué el objetivo y racional, para desarrollar armónica e integralmente todas las facultades mentales del sujeto de educación, por medio de razonamientos lógicos, conducidos de lo simple a lo compuesto, de lo concreto a lo abstracto.



Resultado obtenido

El resultado obtenido por el Sr. Hostos fué excelente, después de seis años de estudios formó hombres de razón y de conciencia, preparados para ejercer sus derechos civiles y políticos e instruídos en los deberes que como ciudadanos de una nación democrática debían cumplir.

Si la labor que se propuso realizar Hostos no hubiera encontrado opositores y, sobre todo, si el gobierno no la hubiera obstaculizado es indiscutible que la cultura del pueblo dominicano habría alcanzado un valor inestimable. Desgraciadamente fueron pocos los maestros graduados por Hostos, pero de su preparación intelectual, moral, social y política, tuvimos muy buenos ejemplares para que se pueda dudar de la eficacia de los métodos empleados.

Uno de los triunfos de la Escuela Normal de Hostos fué el Instituto de Señoritas, fundado y dirigido por Salomé Ureña de Henríquez en el 1881, que siguió el plan de estudios y el método objetivo y racional implantado por el Sr. Hostos. En ningún momento faltó al Instituto, el consejo sabio y la palabra alentadora del ilustre Maestro.

Si pocas fueron, también las maestras graduadas en el Instituto de Srtas., porque la muerte tronchó a destiempo la vida de la poetisa educadora, sus discípulas Luisa Ozema y Eva María Pellerano continuaron su labor y formaron centenares de maestras, a las cuales tengo a honor pertenecer, que han contribuido grandemente a la cultura del país, pues han sido por varios lustros directoras, profesoras y maestras de planteles de enseñanza y dirigentes de sociedades culturales femeninas, tanto en esta ciudad como en apartados sitios del país.

De entre ellas también salieron las primeras mujeres que hicieron carreras liberales en nuestra universidad y han ejercido con éxito sus profesiones.

Significación de su Laicismo

La filosofía positivista que dominó en la escuela hostosiana, fué una consecuencia de la época. Obedeció a una reacción



que se inició del siglo XVII al XVIII y se extendió por todas partes del mundo.

La escuela de Hostos fué laica pero no antirreligiosa ni mucho menos atea. La vida del maestro de una moralidad sin tacha y las lecciones y doctrinas que recibían los discípulos de labios del Apóstol, en nada podían perjudicar sino más bien encauzar la vida nacional.

En la escuela de Hostos según sus discípulos, nunca se criticó ni mucho menos se ridiculizó la religión cristiana y Hostos sabía que los profesores que con él colaboraban y los alumnos la profesaban.

Tampoco trató nunca de destruir nuestra tradición hispánica y prueba de ello es que la República Dominicana es el país de América que la conserva con más amor. Porque Hostos fuera amante de la libertad y porque anhelara con todas las fuerzas de su espíritu sacudir a su patria, Puerto Rico, del vasallaje español y porque prestara su ayuda a Cuba para obtener su libertad y soñara formar una confederación antillana, de ningún modo quiere decir que fuera enemigo de España, de sus costumbres, de su cultura y de su fe católica.

Evolución cultural

En la escuela dominicana ha desaparecido el laicismo hostosiano. El Primer Maestro de la República, el Generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo y Molina con su visión clara y precisa de las necesidades del pueblo dominicano, ha modificado los planes de estudios de la enseñanza primaria y secundaria. La Religión y Moral Católicas alternan en ellos con las asignaturas científicas, la Educación Física y la Educación Estética.

Los métodos y sistemas de enseñanza son modernos y corresponden a la evolución cultural que ha experimentado el pueblo dominicano en la Era de Trujillo. Para su buena aplicación han sido creadas escuelas Normales donde se han especializado a maestros y profesores.

La gratitud y universalidad de la enseñanza secundaria, han hecho del pueblo dominicano un pueblo culto. Estos centros docentes diseminados por todo el país gradúan año tras año



centenares de bachilleres, la mayoría de los cuales ingresan en nuestra Universidad, otros se especializan en las escuelas politécnicas y en los Institutos Comerciales y los que tienen vocación encuentran campo propicio en las Escuelas de Bellas Artes.

No fué a Hostos el combatido apóstol de la enseñanza a quien tocó en suerte formar ejércitos de maestros para regar la semilla de la verdad en el pueblo dominicano. Ha sido el gran Estadista, al Generalísimo Trujillo, a quien estaba reservado llevar a las masas populares la cultura por medio de su Plan de Alfabetización y formar una conciencia patria, fundamentada en nuestro origen y tradición hispánica, para lo cual ha orientado las actividades de los mentores y guías de la educación nacional.

Urania Montás.



Respuesta de Monseñor Eduardo Ross

Como católico y sacerdote, para mí, lo que más se destaca, lo más interesante en el Maestro Eugenio María de Hostos, son sus ideas filosóficas, en cuanto ellas afectan a la religión católica, habida cuenta de la trascendencia de esas ideas en la formación intelectual y moral de los discípulos.

El Positivismo

El Positivismo, diré con Donat, es la gran herejía filosófica del siglo XIX. Comprende un sistema que tan sólo admite como real y positivo la materia, lo que cae bajo el dominio de los sentidos, lo que se puede comprobar por la experiencia. Es así que en ningún laboratorio de física ni química se pueden hacer experimentos para comprobar la existencia de Dios, del **alma**, de la vida futura. . . ; luego ni Dios, ni el alma, ni la vida futura existen. Dios no pasa de ser una ficción, una hipótesis. He ahí en síntesis la doctrina positivista.

Augusto Comte

Augusto Comte es el padre del Positivismo. Para formular su sistema, se inspiró en las doctrinas filosóficas de Cabanis, Hume, Locke, Diderot, filósofos del siglo XVIII. Su trato y convivencia durante siete años con Enrique Saint Simón de quien fué discípulo y colaborador, despertaron en él la idea de dar a la humanidad una nueva organización científica, social y religiosa, cuya doctrina hállase expuesta principalmente en las obras Sistema de política positiva, Catecismo positivista, Síntesis subjetiva.



En 1846 (tenía entonces 48 años), fundada la Sociedad positivista y nombrado Gran Sacerdote de la Humanidad, Comte vivió en su retiro de París, consagrado a una especie de misticismo extravagante. Clotilde de Vaux era la gran personificación del Dios Humanidad; ante su tumba oraba, leía...

En gracia a la brevedad, omito una exposición más detallada de la filosofía de Comte, de cuyo sistema es DOGMA FUNDAMENTAL que el único objeto de la ciencia es lo positivo, y positivo es para Comte todo lo que es a la vez: real y útil, cierto y preciso, relativo y orgánico, e.d., los datos experimentales.

Solamente agregaré con Balmes: "Se puede desafiar a todos los filósofos a que discurren sobre un hecho cualquiera sin el auxilio de las verdades ideales" (no positivas).

Hasta aquí cito o me inspiro en la Historia de la Filosofía del P. Dionisio Domínguez, S. J., Catedrático de esa asignatura en la Universidad Pontificia de Comillas, páginas 398 y siguientes.

El Señor Hostos

El Sr. Hostos era positivista, se aferró al sistema de Comte; eso fué lo que creyó y enseñó sin ninguna mutación substancial; plasmó, digámoslo así, su credo positivista en sus libros y en sus cátedras y lo insufló en la mente de sus discípulos, ayudándole en esto poderosamente el gran prestigio que ante ellos tenía por su sapiencia, por sus virtudes, por su patriotismo, por la modestia, sencillez y bondad de su trato que cautivaban. A mi humilde entender. Hostos no hizo positivistas, pero sí incrédulos, escépticos y ya esto es bastante; teniendo en cuenta que muchos de sus hijos, nietos y biznietos en su formación de normalistas, fueron maestros después y en las clases de historia natural, de física, de química, de historia universal y de otras asignaturas, inocularon a sus alumnos el virus de un laicismo fatal, contagiándose ellos del escepticismo e incredulidad de sus preceptores.

No podía ser de otro modo, pues el Maestro afirmaba *ex cátedra*, con elocuencia candente y persuasiva: "... por medio de la verdad, elevamos el nivel de nuestra especie y fortalecemos en cada uno de nosotros aquel hondo sentimiento de la dig-



nidad humana que coadyuva al plan de la naturaleza, pues que hace cada vez más consciente de sí mismo al ser para quien ella construyó el planeta”.

(Obras completas de Hostos, Vol. XII, p. 150.)

Esas palabras las pronunció el Sr. Hostos en un discurso que leyó “en el acto solemne de la investidura de los segundos maestros normaístas”.

¿Qué hubiera respondido el Sr. Hostos, si uno de sus oyentes le hubiera preguntado: “Señor, y quién construyó la naturaleza”.

Es que el positivismo rechaza el principio de casualidad, fundamento granítico de la verdadera filosofía, muy de acuerdo con la recta razón.

Para un católico consciente, es doloroso contemplar cómo Hostos rebaja la excelsa figura de nuestro adorable Redentor Jesucristo, al cual hace descender a la modestísima condición de moralista y lo coloca en el mismo plano que a Barahona, Buda, Confucio, Sócrates, Zenón, distinguiéndolo, eso sí, de manera que quiere ser honrosa, al compararlo con Zoroastro!

Al comentar las palabras del Señor: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, dice Hostos: “. . . mandato que es una nobilísima manera de exaltar nuestro corazón al instinto de fraternidad; pero que también es un poderoso llamamiento para nuestro egoísmo” (Op. cit., Vol. XVI, Cap. V)

Aunqu me haga pesado, no puedo resistir el deseo de añadir otras dos citas, porque, como las anteriores, ponen de relieve lo que Hostos creía y lo que Hostos enseñaba, en cuanto a la religión en general, y en cuanto a la nuestra —que es la secular y de abolengo de la casi totalidad del pueblo Dominicano— en particular.

“Los otros, afirma Hostos, los entusiastas del progreso viendo que la vieja idea (religiosa) se presenta siempre revestida del mismo ropaje tenebroso y con las mismas formas misteriosas y con idéntico séquito de nociones contrarias al sentido común, a los sentidos externos y al interno, revelada en todas partes, absorbente, fanática, supersticiosa; velada, guardada, resguardada y corrompida por el mismo cuerpo viviente de intérpretes ungidos y consagrados que, brahmanes, levitas, magos, bonzos, augures, curas de almas, santones o pastores, constitu-



yen siempre el mismo sacerdocio, hostil a toda expansión del ser humano en sus afectos, en sus inclinaciones, en sus ideas, en su conciencia, se niegan a toda transacción con la idea por no aceptar ninguna transacción con los símbolos, sus formas y sus representantes”.

(Vol. XVI, p. 242).

“Por lo que hace al catolicismo, asevera el Sr. Hostos, que sólo al mahometismo, el nanaquismo y protestantismo cede en juventud, religión de ayer, esfuerzo de diez y nueve siglos, trabajo de poco más de cien generaciones, todavía tiene savia suficiente que convertir en tronco y ramas, y sobre todo, substancia bastante con que entretener la maravillosidad de las racionalidades y las conciencias inferiores que forman la base fundamental de las civilizaciones al modo que las vidas inferiores forman la base fundamental de la escala zoológica”.

(Vol. XVI, p. 244).

No cabe duda, el Sr. Hostos es un positivista en toda la extensión de la palabra, ataca y flagela sin piedad a la Iglesia Católica. Desconoce o quiere desconocer la doctrina integral de Cristo, veraz y salvadora, que enseña la Iglesia Católica, civilizadora por excelencia, Madre fecunda de santos y de sabios; difusora de la cultura; propugnadora de la dignidad y fraternidad humanas, de la paz entre los pueblos bajo el dulce imperio de Cristo. Y todo esto no obstante las luchas con los enemigos de dentro y de fuera y equivocaciones y fallas que no pueden faltar en una sociedad constituida por hombres, pero flotando sobre todas las miserias la verdad dogmática, el culto reverente al Ser Supremo, culto racional en el buen sentido del vocablo; la hermosura de la virtud y de la santidad —sublimación de la persona humana— que el católico sincero y fervoroso debe esforzarse en adquirir.

Cuando se estudia con ánimo desapasionado y rectitud de intención la obra y la historia de la Iglesia desde Jesucristo y los Apóstoles hasta nuestros días, del corazón y de los labios brota esta exclamación: *Dígitus Dei est hic*. El dedo de Dios está aquí!

Lejos de mi el pretender despojar al Sr. Hostos de las virtudes y méritos que le adornan, y el ignorar lo provechosa que fué para la cultura dominicana su actuación pedagógica —aun-



que fueran relativamente pocos los que se beneficiaron de ella por las circunstancias en que se hallaba el país— implantando un nuevo método, ampliando los programas de estudios, etc., etc. En lo que no alabo ni aplaudo al Sr. Hostos, es en su afán, digno de mejor causa, de predicar y de difundir el positivismo erróneo y blasfemo, perjudicando los intereses espirituales de sus discípulos, alejándolos de Dios, despertando en ellos la duda y hasta la incredulidad en las verdades del orden sobrenatural. No exagero. Ese es el resultado lógico y funesto de una educación laica y saturada de positivismo. No en todos produciría el mismo efecto el laicismo hostoniano, mas, aunque así fuese, es imposible considerarlo inocuo. Acaso —como lo han hecho otros— no podía el Maestro adoptar una metodología pedagógica libre de las impurezas de la gran herejía filosófica del siglo XIX?

Hostos ya pasó.

Trujillo y la cultura dominicana

Cuando el Generalísimo Trujillo advino al poder en 1930, encontró que todo estaba por hacer. Uno de los aspectos más lamentables de esa situación, era el de la enseñanza, dada la importancia que tiene para la vida y civilización de un país su cultura. Con ánimo esforzado emprendió la urgente reorganización. Sería prolijo enumerar aquí todo lo que el Generalísimo realizó y continúa realizando por desterrar del pueblo la ignorancia y el analfabetismo y por procurar a los que los desean, los medios de adquirir una elevada cultura. Desde la unidad de alfabetización hasta las aulas universitarias, se palpa el acendrado interés del Benefactor de la Patria por el auge y la expansión de la cultura de su pueblo.

Mas, Trujillo, iluminado por su elevada mentalidad de estadista; no olvidando que el dominicano en general es de raigambre católica; apreciando los altos valores del espíritu y de cuánta utilidad es para un pueblo, para su formación moral, el conocimiento y práctica de la religión; ha hecho incluir como asignatura en los programas escolares el estudio de la religión católica. Este es un nuevo triunfo del Benefactor de la Patria.



Que los días que corremos son difíciles y están preñados de amenazas y de peligros; todo el mundo lo sabe, lo lamenta y teme lo que puede ocurrir.

Las amargas victorias, pagadas a subidísimo precio de sangre y de vidas; las amargas derrotas que han arruinado pueblos y naciones; son motivos sobrados para que los hombres de todas las latitudes contemplen hondamente preocupados la negrura del horizonte que presagia horrísono huracán.

Los prudentes y los sensatos; los amantes de la justicia, de la paz y de la humana fraternidad; los que echan de ver los planes de los malvados para apoderarse del mundo y esclavizarlo y si no destruirlo; los creyentes; ya no se sienten seguros con los tanques y las bombas de altísima potencia; están hartos y decepcionados de tanta filosofía hueca, vacua, mendaz, que trastorna los pueblos con ideas subversivas; monumento, muchas veces, de la soberbia y de la necedad de sus autores; por eso elevan los ojos al cielo y buscan el auxilio de Aquel que dijo: SIN MI NO PODEIS HACER NADA!

Mons. Eduardo Ross



Respuesta del Lic. Federico C. Alvarez

Ante todo deseo felicitarlo por la interesante encuesta que ese periódico de su dirección ha tenido a bien someter a algunos intelectuales, con respecto a la influencia que ha ejercido el señor Eugenio María de Hostos en la escuela y en la vida dominicanas y cuáles son las orientaciones actuales de nuestra enseñanza pública.

Me permitirá usted que le encomie además su feliz disposición de hacer transcribir en el mismo periódico el famoso prólogo del licenciado Manuel A. Peña Batlle al libro que lleva por título “La Compañía de Jesús en Santo Domingo”. Todo lo que este ilustre investigador ha escrito sobre la vida de nuestro pueblo es digno de ser leído y releído y vuelto a leer y sometido a pública discusión, a fin de que pueda expresarse la última gota de su pensamiento.

De mí sé decir que siempre que he leído algo escrito por la bien cortada pluma de Manuel A. Peña Batlle he aprendido mucho, y aunque a veces no he compartido sus ideas o el alcance que ha dado a sus conclusiones, sus puntos de vista han sido tan acertados que me han servido de estímulo y orientación para seguir estudiando el tema y tratar de comprender mejor su pensamiento.

La primera vez que leí su aludido prólogo me situé decididamente del lado de la opinión contraria: pero mientras más reflexiono sobre el sentido real de sus observaciones, más me convenzo de la sinceridad de su percepción, de la certeza de sus felices descubrimientos. El que quiera comprender bien al licenciado Manuel A. Peña Batlle debe comenzar por situarse en su posición de investigador de la verdad histórica.



Descubrir las características esenciales del pueblo dominicano en su honda raíz hispánica y en su inquebrantable formación católica, y hacer girar toda la significación de nuestra historia en torno a esos dos factores, constituye ya, si no tuviéramos más nada que ver en sus obras, una valiosísima contribución al esclarecimiento de nuestra vida nacional, porque nos permite comprender mejor el alma de nuestro pueblo y las complicadas situaciones en que se vió envuelto, particularmente durante toda la extensión del siglo XIX.

Pero no debemos seguir al licenciado Manuel A. Peña Batlle en todas las conclusiones que deriva de esos hechos irrefutables. A la manera del investigador que tropieza con una oculta verdad de gran significación, nuestro historiador se deja llevar del entusiasmo de su “eureka”, para afirmar con absoluta certidumbre que en sus manos tiene “toda la verdad”.

El licenciado Peña Batlle reconoce que el señor Hostos es un “literato insigne”, un “hombre virtuoso y honrado”, “que cumplió con su vida ejemplar profunda misión educativa”, y no pudo negar que también era “predicador influyente que tuvo entre sus manos la formación de varias generaciones dominicanas y que hizo de ellas cera virgen, acabado receptáculo del pensamiento político y del pensamiento social de nuestro país por larguísimo espacio de tiempo”.

Ninguno de los discípulos o admiradores del señor Hostos podría hacer más acabado elogio del hombre ni ponderar con más vigor sus relevantes cualidades de educador, la intensidad de su pensamiento, su capacidad para hacer que la escuela cumpliera su noble misión de formar la conciencia de la juventud a la imagen y semejanza de un hombre virtuoso y honrado, que predicaba como vivía y vivía como predicaba.

Pero el historiador Peña Batlle no perdonaba al señor Hostos que su pensamiento y su acción no encajaran bien en esas características esenciales del pueblo dominicano; no toleraba sus tendencias racionalistas; no podía comprender que el patriotismo del borinqueño insigne negara a España sus virtudes y afeara cruelmente sus errores, y era demasiado exigirle que participara, hombre de hoy, del entusiasmo que el señor Hostos manifestaba, con evidente exageración, por el constitucionalismo que entonces imperaba en el mundo occidental.



El señor Hostos fué un eminente pensador y educador que tuvo la virtud y el defecto de vivir a la mayor altura de su tiempo. Fácil es combatir ahora lo que había de erróneo en sus doctrinas. Nos encontramos ya en otro mundo. Hemos recorrido mucho espacio en más de media centuria. Durante ese tiempo, que no puede medirse por años solares sino en función de la intensidad con que hemos vivido, la humanidad no ha dejado de avanzar materialmente, de mejorar sus condiciones de vida; pero también hemos sufrido dos guerras horripilantes, totales y universales, completamente inhumanas, en las cuales la técnica de matar hombres y pueblos excede todos los límites de la barbarie. No es extraño que ya no creamos, como a fines del siglo XIX, que la ciencia lo es todo; que la razón humana basta para resolver los problemas de esta vida, y que el hombre, que ayer tenía plena confianza en sí mismo, reconozca ya su fracaso, comprenda que no puede vivir en este mundo sin Dios y retorne a la religión, buscando en ella inspiración para una radical rectificación de sus ideas.

El mejor elogio de la obra educativa del señor Hostos está contenido en el juicio que expresó nuestro gran Padre Billini, al celebrarse la investidura del segundo grupo de maestros normalistas en esta ciudad.

“Soy decidido partidario de la enseñanza racional” —dijo en esa ocasión, agregando:— “Considero esta escuela como fuente de moral y de progreso”.

La escuela dominicana de la Era de Trujillo no es ni puede ser la escuela hostosiana; ni es tampoco la escuela colonial, clerical e hispanizante. La escuela de Trujillo tiene la esencial característica de satisfacer las necesidades históricas del pueblo dominicano, en todas las dimensiones de su más honda actualidad.

Según expresé en mi ensayo acerca de la “Transformación del Pensamiento Jurídico en la Era de Trujillo”, el genial hombre de Estado que es el Generalísimo Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, ha tenido el alto privilegio de ver la realidad dominicana plena y desnuda, despojada de los velos que la cubren, y por eso ha conocido la inmensidad y compleja variedad de sus necesidades.



Ha sido la escuela su obra más prodigiosa, porque representa una empresa que se arraiga en la colonia, crece en el presente y se proyecta en el porvenir. Con una profunda vocación histórica providencial, Trujillo ha hecho y está haciendo todo lo que dejaron de hacer los anteriores gobernantes, incluyendo los de la metrópoli española, sin dejar de afanarse por lo que constituye la tarea propia de su tiempo.

De esta suerte la escuela que ha forjado ha tenido que permitir que los dominicos hagan ahora lo que no pudieron llevar a cabo en la Española y que los jesuitas terminen lo que entonces dejaron inconcluso. De ahí que esta españolísima primera colonia de España en América, que no tuvo jamás motivo ni ocasión de odiar a España pero que dió la espalda a la cultura española para obedecer a los imperativos de la moda de otros tiempos, vuelva ahora a mirarse al espejo que mejor retrata su semblanza, a la vieja Iberia, que es como crisol en que se fundieron todas las razas para templar el alma de un pueblo hecho a todas las vicisitudes, que han sido impotentes para quebrantar su granítica naturaleza.

Pero nada de esto acusa un retorno a España ni un retroceso a la intransigencia religiosa. El Santo Domingo de hoy vuelve a pasar por los caminos de la historia, porque en ellos dejó preciosos dones que se le habían caído; pero continúa su marcha, ya provisto de todos sus instrumentos, dotado de su íntegra vitalidad.

Por encima de todo, la escuela de Trujillo es dominicana. Los vientos de una dominicanidad actual hinchan sus velas y la empujan por sus propios e inconfundibles derroteros. En sus programas de estudio no hay imitaciones serviles sino empeño de dar acertada solución a problemas netamente nacionales. El dominicano no es español ni es sólo católico: es el hombre que nació en esta tierra y que morirá en ella; que aquí ha tenido o tendrá sus hijos, que también morirán como sus padres, clavados en la tierra para la eternidad. Tenemos pues que vivir nuestra propia vida y luchar para hacerla cada día mejor. Como decía el gran Ortega y Gasset:

“El hombre americano deja de ser sin más el hombre es-



pañol, y es desde los primeros años un modo nuevo del español. Los conquistadores mismos son ya los primeros americanos”.

Pero el dominicano y el español, aunque diferentes son iguales; del mismo modo que un hijo es disímil y semejante a su padre.

La escuela de Trujillo es activa, universal e integral. No deja afuera a ningún dominicano; no descarta ninguna de sus características ni olvida ninguna de sus necesidades más apremiantes. A jóvenes y adultos enseña el alfabeto. Ofrece sus conocimientos a todos los que los requieren. Pretende hacer del obrero un experto artesano, perfeccionar todos los oficios y profesiones y alienta toda sincera investigación de la verdad. No es dogmática ni sectaria. Si enseña la religión católica, no es para imponer una fe a los que no la tienen sino para satisfacer una necesidad de los que aman su religión. No otorga privilegios ni dignidades a una ocupación por encima de las demás, porque a todas las juzga útiles en la empresa común de hacer y desarrollar una nación capaz de realizar por sí misma, sin intervención extranjera, su destino. Escuela racionalista y religiosa, española y dominicana, teórica y práctica, científica y filosófica, técnica y sabia, la escuela dominicana de hoy es el fiel espejo del pensamiento y de la acción del grande hombre de Estado que, desde 1930, ha adoptado como lema y como propósito fundamental hacer una patria **completamente** libre, soberana, próspera y feliz.

Muy cordialmente le saluda,

Fed. C. Alvarez





Respuesta del Lic. Manuel Ramón Ruiz Tejada

Me refiero con mucho gusto a la interesante encuesta abierta por ese importante diario acerca de las ideas y sistemas del gran pensador antillano, Don Eugenio María de Hostos, y acerca de su influencia en la vida dominicana, y exprésale mi sincero agradecimiento por haberme incluido entre las personas consultadas. Ofrezco mi modesta opinión siguiendo el mismo orden de la encuesta, de la siguiente manera:

Influencia de Hostos en la vida dominicana

Para determinar esa influencia es necesario tener en cuenta las dotes preclaras del maestro y las condiciones del ambiente en que desenvolvía sus ideas.

En cuanto a lo primero, es innegable que el ilustre pedagogo, sociólogo y constitucionalista, era como lo reconoce el connotado escritor dominicano Lic. don Manuel Arturo Peña Batlle, un hombre virtuoso y honrado, quien “cumplió con su vida ejemplar una profunda misión educativa”.

En cuanto a lo segundo, si nos situamos en el año de 1879, en el instante mismo en que el señor Hostos llegó a nuestra patria, advertiremos que en ese momento, aunque existía ya, según está históricamente demostrado, una clase intelectual de selección, los métodos que se habían seguido en la enseñanza eran empíricos. El panorama era de desolación para los hombres amantes de la cultura, porque en ello influían varios factores, entre los cuales se destaca el cierre de la Universidad de Santo Domingo. Por esa circunstancia hay que convenir que el gran pedagogo arribó a esta tierra en un instante realmente



propicio para que sus enseñanzas ejercieran una señalada influencia en los hombres de su época. Esa influencia, no obstante, pertenece, según mi apreciación al pasado, dada la nueva orientación pedagógica y eminentemente dominicanista, que se ha impreso en la actualidad a la escuela dominicana.

Significación de su laicismo en la vida dominicana

Sus enseñanzas, es indudable que tenían por base el sistema filosófico fundado por Augusto Comte: el positivismo; y que ellas encontraron el ambiente favorable que se había creado al calor y al amparo de las ideas de la Revolución Francesa, de aquel gran acontecimiento que conmovió a la humanidad y que con el propósito de exaltar la noción del derecho llegó en muchos casos, según se ha reconocido, a la exageración. Fundó el señor Hostos la escuela laica, pero creo sinceramente por el estudio de sus obras, que no era un ateo sino un libre pensador. Bajo el influjo de su pensamiento surgió un grupo valioso de intelectuales que estaba llamado a ocupar sitio prominente en nuestra sociedad.

Ahora bien: aquellas enseñanzas positivistas no podían marcar un rumbo definitivo y duradero en la conciencia de la colectividad dominicana porque el pensamiento católico había influido poderosa y sustancialmente en la formación de nuestra cultura y de nuestra nacionalidad, tal como hube de exponerlo en el trabajo que tuve a bien desarrollar con motivo de la celebración del Congreso Internacional de la Cultura Católica por la Paz del Mundo, celebrado en esta ciudad a fines del mes de febrero del presente año, bajo los nobles auspicios del gobierno dominicano.

Ese mismo pensamiento católico había guiado con éxito a los trinitarios y estaba escrito en forma indeleble en nuestra bandera y en nuestro escudo y había quedado estampado en el manifiesto del 16 de enero del 1844 y en la letra y en el espíritu de nuestra primera Constitución, votada en la ciudad de San Cristóbal. Prueba evidente de esta afirmación es el hecho de que el plan de enseñanza concebido por el señor Hostos fué tres veces modificado: 1905, 1914 y 1918.



Resulta además establecido por un examen detenido de la historia, que a principios de este siglo había en el medio una inquietud: que aún se buscaba una orientación definitiva. Los hombres de 1910 expresaron al respecto su sentir y su pensar por labios de Enrique Deschamps, quien en su obra “La República Dominicana”, editada en el citado año, al tratar acerca del señor Hostos dijo en la página 158 de la misma, que era indudable el convencimiento “*de que está por venir aun el Benefactor de la República Dominicana que riegue en ella la semilla más fecunda que la por Hostos diseminada en nuestro campo*”.

Ese Benefactor llegó en 1930 para gloria de la patria, por lo cual no puede negarse que los hombres de 1910 predijeron la obra educativa de Trujillo.

¿Se inspira aun la escuela nacional, según afirma el conocido escritor Don Manuel A. Peña Batlle, en las ideas y sistemas del pensador antillano?

Toda labor educativa, para que sea eficaz y duradera, ha de ser una labor de adaptación del hombre, tanto en el aspecto científico como en el religioso, literario, artístico y físico. En ese orden de ideas el hombre debe sacar provecho de todo cuanto el pensamiento humano ha acumulado a través de siglos y ha expresado por medio de la palabra oral o escrita: pero debe también compenetrarse del medio en donde le corresponde actuar, recordando que “vivir es convivir”.

Es lo que ha hecho el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, con notable acierto y con hondo patriotismo. En efecto, cuando la ley orgánica de educación expresa que “el contenido de la educación dada por la escuela dominicana estará basado en los principios de la civilización cristiana y de tradición hispánica, que son fundamentales en la formación de nuestra fisonomía histórica y se orientará dentro del espíritu democrático de nuestras instituciones, a despertar en los alumnos el sentimiento panamericanista y el de comprensión y solidaridad internacionales”, se edifica sobre los pilares definitivos en que debe descansar la labor educativa en nuestra patria, porque los principios de la civilización cristiana y de tradición hispánica, constituyen las raíces de nuestro espíritu; porque de ese mo-



do no se descuidan los factores de nuestra fisonomía histórica; porque en esa forma se pone de relieve el carácter democrático de nuestras instituciones y se orienta al alumno hacia los grandes ideales de la confraternidad humana, poniendo delante de sus ojos el panorama de la solidaridad y el ideal de la comprensión internacional y del sentimiento panamericanista, a que nos debemos todos los pueblos de esta América nuestra.

Todo eso se debe al patriotismo singular del Generalísimo Trujillo, cuya labor educativa ha estado orientada hacia un sano y fecundo dominicanismo; quien para lograrlo, no sólo se ha preocupado por la instrucción del pueblo, sino por su educación; quien ha reformado los métodos de enseñanza en forma útil y provechosa, abarcando en ellos, desde la escuela rural hasta la enseñanza universitaria, y quien, finalmente, en su notable alocución al pueblo dominicano, al dejar iniciada la campaña de alfabetización, lanzó su célebre frase de que “la ignorancia es delito”, destacando que “el funcionamiento de un gobierno democrático sólo es posible entre ciudadanos ilustrados”.

Estas directrices encuentran una culminación feliz en la celebración del Concordato con la Santa Sede, en el cual se tuvieron en cuenta los factores que influyeron en la formación de nuestra cultura y de nuestra nacionalidad. Así lo consagra la actual Constitución de la República Dominicana en su Art. 11, al disponer que “las relaciones de la Iglesia y del Estado están reguladas por el Concordato entre la Santa Sede y la República Dominicana, en conformidad con la ley de Dios y la tradición católica de la República Dominicana”.

Mi opinión, pues, sobre este último punto, es que la escuela nacional no se inspira actualmente en las ideas y sistemas del pensador antillano Don Eugenio María de Hostos, sino que tiene una orientación pedagógica moderna, eminentemente dominicanista, obra exclusiva del patriotismo singular del insigne guía del pueblo dominicano, Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva.

Muy cordialmente le saluda,

Manuel Ramón Ruiz Tejada



Respuesta del Lic. Máximo Coiscou Henríquez

Correspondo a su solicitud, en relación con la encuesta que estos días lleva adelante El Caribe.

1.—*INFLUENCIA DE HOSTOS EN LA VIDA DOMINICANA.*

No se limitó al terreno de la educación considerada en sentido técnico. En este sentido —asienta Pedro Henríquez Ureña— “la influencia de su escuela fué enorme; cambió la atmósfera intelectual del país”. A través de esta forma inmediata de su actividad, contribuyó más que otro alguno antes de 1880, a promover la orientación de la conciencia colectiva.

Carácter dominante de su escuela fué la obsesión moralizadora.

Hostos descubrió que la sociedad dominicana ignoraba sus problemas; que, hundida en ciega anarquía, nunca los afrontó resueltamente, porque nunca los sintió profundamente. Hostos advirtió que carecíamos de una conciencia sensible a los reclamos inmediatos de nuestro bienestar. Y, ¡oh titánico empeño!. decidió dotarnos de esa conciencia, mediante una educación esencialmente moral, animada por una profunda fe en el poder de la razón para descubrir la verdad. —“Dadme la verdad —dice— y yo os daré el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaráis el mundo, y yo, con la verdad, con sólo la verdad, reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis destrozado. Y no os daré solamente el mundo de las organizaciones materiales; os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto —para disparar el pensamiento entero— con el



mundo que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural". No en vano Antonio Caso califica el discurso de Hostos en la graduación de sus primeros alumnos de Santo Domingo (1884): "la obra maestra del pensamiento moral independiente en América española".

Si hondo fué el alcance de su revolución docente, al racionalizar una enseñanza que recibió estereotipada en los moldes gastados del escolasticismo, de transcendencia decisiva fué su influjo al buscar libertarnos moralmente: esta fórmula expresaría la esencia de su obra entre nosotros. En alto y fecundo consorcio con la excelsa poetisa educadora, completó en todo lo posible la obra de los libertadores.

2.—SIGNIFICACION DE SU LAICISMO EN LA TRAYECTORIA SOCIAL DOMINICANA.

Su laicismo es un aspecto de su racionalismo ético que esperamos haber definido en el párrafo precedente.

La significación de uno y otro fué la misma: contribuir a libertarnos moralmente.

Con este importante matiz característico: como todas las manifestaciones de su espíritu, su racionalismo ético y su secuencia laica, se muestran fuertemente impregnados del "humanismo integral" que le permitió "acompañar el movimiento de ideas por el que fué superado el positivismo de escuela".

Este "humanismo integral" explica el valor permanente de su obra. La mayor o menor vitalidad de un sistema de ideas siempre dependerá de su mayor o menor contenido humano. (Ver: las OBRAS del Maestro, en la edición del Centenario; Arturo Ardao, POSITIVISMO Y ESPIRITUALISMO, México, 1950, pp. 73-74; Francisco Elías de Tejada, LAS IDEAS POLITICAS DE HOSTOS, Madrid, 1949, las 208 pp. del notable libro; y los prólogos de Henri Beer a los cuarenta y seis volúmenes de L'EVOLUTION DE L'HUMANITE, recojidos en dos por Albin Michel, París, 1934 y 1953).

3.—¿SE INSPIRA AUN LA ESCUELA NACIONAL EN LAS IDEAS Y SISTEMAS DEL PENSADOR ANTILLANO?

En cuanto a las ideas fundamentales: sí. Porque la modesta escuela hostosiana y la pujante escuela creada por Trujillo, con-



curren en lo sustantivo: hacer del escolar un hombre y del hombre un ciudadano.

En cuanto a los sistemas: en parte no. Los progresos de la técnica han sido incorporados.

En fin, las complejas circunstancias de nuestro desarrollo y las graves contingencias de la vida en torno, determinan la creación de nuevos medios que salven el propósito inmutable: hacer del escolar un hombre y del hombre un ciudadano.

Saluda a Ud. atentamente,

Máximo Coiscou Henríquez





Respuesta del Lic. Julio Vega Batlle

Accedo complacido a su solicitud para que participe en la encuesta abierta por ese diario acerca de la influencia de Hostos en la vida dominicana, el significado de su laicismo y la inspiración que la Escuela Nacional pueda tener de las ideas y sistemas de ese notable pensador.

Hostos fué hijo de las doctrinas sociales que imperaron durante la segunda mitad del siglo pasado, saturadas de positivismo. Participó en esa revolución de ideas de la que fué prototipo el transcendentalismo con su predominio de la conciencia individual sobre los dogmas tradicionales. De ahí que su sistema pedagógico, sin pecar de intolerante, excluyera las disciplinas religiosas.

Americano de corazón

Aquel gran ciudadano de las Antillas enfocaba los problemas sociales de los pueblos en que vivió a través de sus convicciones positivistas. Fué un americano de corazón puro, obsesionado por el ideal independentista, sin que esta noble pasión pueda dar pie para que se le considere como enemigo de la cultura española. Si su obra señala una figurosa tendencia a liberar las actividades sociales y políticas de toda influencia eclesiástica, ello no revela el menor asomo de ateísmo.

El plan educativo de Hostos se desarrolló en una atmósfera repelente o por lo menos de marcada renuencia a toda innovación subjetiva. Eran tiempos negativos, con una sociedad enflaquecida, inmóvil, taciturna y pesimista. La aparición de Hostos en aquellos aciagos días de nuestra historia fué un bálsamo



para el alma adolorida de la Pasión de ideas vigorosas en nuestro achacoso organismo social. Su influencia en la vida dominicana fué un suceso cuyo recuerdo es grato a la República.

Sentido realista

Nuestro sistema pedagógico ha evolucionado considerablemente desde entonces. Con un sentido realista de nuestras necesidades, Trujillo lo ha venido acomodando en sus cauces conaturales, ajustándolo al ritmo de la presente civilización y encaminándolo por los rumbos y horizontes que demanda la hora política y social que vive la humanidad. Recordemos que los sentimientos de hispanidad y catolicismo del pueblo dominicano son incuestionables. Tratar de torcerlos sería tarea innoble, encaminada a despojar a nuestro pueblo de sus creencias religiosas y de su raíz progenitora, que son los pilares fundamentales en que descansa y se sostiene la estructura de nuestra nacionalidad.

Saluda a usted, muy atentamente,

Julio Vega Batlle



Respuesta del Pbro. Dr. Oscar Robles Toledano

Quiero decir desde ahora —in límine—, para descanso de los amigos del señor Hostos, que no voy a censurar en él sus designios, que eran buenos, pues siempre tuvo el bien en el deseo y en el afán; ni su persona, sin duda muy respetable y bañada de altísimo decoro; ni sus prendas literarias, que de veras son excelentes y fascinantes. Escritor de raza, se mueve con holgura en el campo vivo del idioma.

Ni mucho menos —líbreme Dios de ser injusto— he de poner reparos a quien asegure que era el señor Hostos, poseedor de varia y bien cuajada cultura, pues me consta era dueño de asombrosa y riquísima ilustración en múltiples providencias del saber.

El empeño de objetividad es fianza del acierto y yo quiero ser objetivo porque deseo acertar. Cuanto más pueda hacerlo hablar a él mismo, más lo haré. Tendrá lo que ahora pongo por escrito trazas y sabor de antología. Esto resultará fatigante, deslucido e inameno: Son piedras las citas, que embarazan y dificultan el camino del lector.

Pero traerá consigo este procedimiento una evidente y ostensible ventaja: sus discípulos sentirán menos desazón, si es el propio Hostos quien, sin embozar su pensamiento les rompe el encanto y deshace el mágico prestigio, al declarar y confesar por sí mismo, que es positivista, agnóstico, materialista, anticatólico, antiespañol y amante apasionado de federaciones y confederaciones.

Si hay algo encomiable y aún diría envidiable en el fundador de Escuelas Normales, es la valerosa e insólita franqueza con que siempre expuso su parecer.



Hostos Positivista y Agnóstico

La capacidad receptiva de Hostos no tenía límites. Era singular su virtud para transformar en idea propia y vivificar con su propio calor cuanto leía y estudiaba. Rápidamente se hacía cargo de lo esencial de un sistema.

Augusto Comte, aquel sublime loco francés, que pasaba meses a la sombra de la enajenación mental y meses disfrutando de la lucidez penetrante que le permitía escribir sus “Cours de Philosophie Positive”, acabó por hechizar a Hostos, cautivándolo con su amor desapoderado por las ciencias experimentales, con los rigores de su metodología, con su vehemente pasión por las leyes invariables del universo, con su menosprecio por la metafísica, con su desdén despreocupado por todo lo que no fuera experimentable, orientado a la acción inmediata.

Para Comte la *negación de Dios* y la adoración de la humanidad convertida en dios, personifican la última fase, la más perfecta y definitiva, de la evolución de nuestra historia.

El conocimiento de Dios, obtenido por vía de la fe en la vida religiosa o por la actividad racional en el esfuerzo de la ascensión metafísica, el conocimiento de Dios, suprema explicación del universo, solamente es una condición de la infancia humana, período esencialmente efímero que necesariamente deberá dar lugar a las actitudes definitivas de la virilidad.

El hombre en la plenitud de su madurez se desentiende por completo de los problemas de origen y finalidad del universo.

Si se atiende a la teoría de los tres estados de la humanidad, alma y nervio de la filosofía positivista, creer en Dios, en la centuria en que Comte vivía, equivalía a un anacronismo intelectual a vivir con un atraso cultural, viejo, viejo de varios siglos.

Hostos no abandonó del todo la senda de su maestro en estas impiadosas concepciones.

Como el eco a la voz, como la sombra al cuerpo, como el original a la copia, lo sigue a pie juntillas, pudiéndose hacer un cotejo entre las palabras del Francés y las del Maestro Antillano, sin encontrarse más que ligeras modificaciones y desemejanzas.



Para el creador del Positivismo la búsqueda de la causa primera constituye algo inoperante, vacío de sentido, por ser el objeto de la búsqueda (Dios) absolutamente inaccesible. (1) El positivismo tiene las alas cortas y hace alarde de ello.

En las páginas de su “Tratado Moral”, Hostos recoge con muy ligeras innovaciones el eco de esa filosofía, desaconsejando el empeño de querer ascender, por vía de la especulación, hasta la divinidad; creando de esta forma en el ánimo, una especie de sombra, un estado de duda insalvable, que nos mantiene frente a Dios como frente a un oscuro e impenetrable arcano. Dios para Hostos era un enigma indiscriptible.

“Cuando reconocemos la limitación de nuestro poder intelectual —escribe Hostos— y nos declaramos en la imposibilidad de conocer la causa sin causa, contraemos con nosotros mismos el compromiso de abstenernos de todo juicio temerario, ya sea en pro ya sea en contra de la existencia de una causa incomprendible”. (2)

Esta radical actitud agnóstica, este afirmar que lo trascendente es incognoscible, sobrecoge de espanto al propio Hostos y como si todavía le quedasen en el alma reliquias y asomos de su primera educación cristiana, fugaces destellos de la enseñanza del hogar, recoge un poco la brida, se sofrena y sin advertir la enorme contradicción en que cae, afirma:

“Según este deber de abstención, que también podemos llamar de limitación, para expresar que se funda en los límites intranspasables de la razón humana no puede negarse que exista una causa originaria de la naturaleza y de nosotros mismos; pues sería tanto como negar la efectividad innegable del principio de causalidad; o en términos distintos, si negáramos que hay una causa inaccesible, negaríamos que la razón tiene el poder de descubrir que hay causas aunque no pueda probarlas”. (3)

Contradicción manifiesta: La razón, por su esencial limitación no puede llegar hasta Dios. Es inaccesible. Está fuera de su alcance. Pretender llegar a lo absoluto, es un esfuerzo impotente del pensamiento. De El, no sabemos si existe o no existe. Pero, por otra parte, no puede negarse que exista una causa originaria de la naturaleza y de nosotros mismos. (4)



Así fluctúa Hostos entre el deber de no afirmar ni negar lo **incomprensible**, y la obligación que nos impone de reconocer **que hay una causa del bien universal a la cual es menester acatar y adorar.** (5)

El razonamiento lógico desampara a Hostos en este punto. Su cabeza, su noble cabeza pensadora, está sembrada de encontrados pareceres. Se asusta ante las últimas consecuencias del positivismo que había abrazado.

Un ateo puede llegar en su delirio, como Proudhom, hasta odiar a Dios en el supuesto de que exista. Hostos no llega a tales extremos, se ciñe a establecer que es imposible demostrar su existencia. Qué difícil e incómodo le resulta, a un hombre de bien, movido constantemente por altas idealidades, meterse a incrédulo!

Podrían aducirse textos y frases de Hostos en que, con aquel su estilo sentencioso, que suelta a ratos en cláusulas ciceronianas, se expresa bellamente de la causa sin causa, siempre en términos casi panteísticos, pero no sin haber dicho, en frases anteriores o posteriores, que es indemostrable, que es incognoscible.

Nada de esto, desde luego, es cristiano ni menos católico. La Iglesia en su último Concilio, el Vaticano, con ocasión del tradicionalismo, prestó muy cuidadosa atención al problema de los derechos de la razón y ratificó sus bríos para subir del ser contingente al ser necesario, para descubrir a Dios en las huellas sublimes de sus obras. (6)

Con esto La Iglesia, no hacía más que confirmar a Santo Tomás, lámpara de la teología y oráculo del pensamiento, quien en la “Summa contra gentiles” sin acudir a la revelación, a limpio empuje de razonamiento, se había planteado y resuelto la cuestión de la demostrabilidad del Supremo Hacedor. (7)

Hostos Materialista:

Como consecuencia de las premisas anteriormente expuestas, Hostos, puesto a explicar el origen de los seres, se tira siguiendo las pisadas de Spencer, hacia el transformismo puramente materialista, desechando toda idea de la creación.



“La procreación o generación del hombre por las fuerzas espontáneas de la naturaleza es una hipótesis tan racional, que todas las ciencias naturales, a partir de la Biología, concuerdan con el principio de que la naturaleza, o sea el conjunto de fuerzas físicas, basta por sí sola para determinar y producir toda la serie zoológica, desde el litófito hasta el hombre. Siendo esto así, o no habiendo ninguna razón determinante para creer en conciencia que sea de otro modo, es evidente que tenemos que apelar al examen de la naturaleza misma, tal como en su aspecto físico se muestra el hombre, para poder conocer cuántas y cuáles son las relaciones del ser humano con el mundo físico”. (8)

Este pasaje es notable por la fijeza y determinación de las ideas. Hostos habla aquí claro, abandonando por momento el lenguaje de las disyuntivas, el fuego retórico y haciendo de plano a plano profesión de una doctrina definida.

De la afirmación de esta tesis a la radical negación de la inmortalidad del alma no hay más que un paso y Hostos dió, resuelto, ese paso:

“La muerte de la materia y la inmortalidad del espíritu son dos mentiras: la materia no muere porque se transforma: el espíritu muere, porque desaparece con el organismo en que se aloja”. (9)

Como si no hubiera sido suficientemente explícito, y para que se vea que no es un rasgo aislado de su pensamiento, reitera:

“Las religiones que ofrecen a sus sectarios una vida eterna, eterna en la gloria o el tormento, los engañan. La vida es eterna en cuanto es vida; es transitoria en cuanto estado.” (10)

Aquí no hay interpretación, ni artificio, ni palabras trocadas. Hostos habla por sí mismo. No es menester que nadie lo califique. Fuera de toda admiración indiscreta o de toda hostilidad cerrada, es él quien se proclama materialista.

No puedo ocultar que se experimenta una violenta sacudida, una especie de turbador desconcierto, cuando se leen manifestaciones tan rudas y extremadas como las transcritas.

Parecen de todo en todo incompatibles con la pureza y elevación moral de sentimientos de que tan claras y continuadas



muestras dió aquel espíritu selecto y finísimo que fué Hostos.

Sentimos la tentación de sospechar que fueron escritos en un momento de arrebató; que esa mezquindad de pensamiento, que esa mísera reducción de los horizontes del ser humano, no formaba parte del fondo íntimo de sus meditaciones, tan tocadas a ratos de nobles anhelos, tan cuajadas de vivas emociones, tan henchidas de deseos de gloria eficaz y duradera.

Acuden sin embargo, con tan suma frecuencia a los puntos de su pluma que se nos antoja que de la abundancia del corazón hablaban los labios, y así no nos es dable borrar la duda, y nos queda en el ánimo la congoja, la amargura de que aquel varón de tantas luces y doctrinas, de costumbres tan austeras, de suave y amable trato, descaminado por su adhesión cerrada al positivismo, no abriese los ojos a mundos más resplandecientes, más reales que las leyes invariables de la naturaleza, de perspectivas inacabables, poblados de verdades esenciales, único mundo en que el hombre asume, realmente, jerarquía de perennidad. (11)

Hostos y el Catolicismo:

Hostos guardó toda su fe para la religión ideada por el positivismo: la religión de la humanidad. (12)

En su generoso entusiasmo por ella, esta vez sincretista y ecléctico, sostenedor de que en todas las religiones hay siempre un grano de oro aprovechable (13), llega a la absurda conclusión de que, bien alcanzado y entendido, el positivismo no era más que un “catolicismo filosofado”. (14)

Nada más puesto fuera de razón que esta imposible alianza. A los ojos del propio Hostos debió relucir como esencialmente irrealizable la conciliación de términos tan irreductiblemente encontrados como el catolicismo y el positivismo. Constituía esto, sin duda, uno de esos movimientos tácticos, tan del agrado de su flexibilidad mental, tan propio de quien como él, sin reparar en contradicciones, aspiraba a reducir a unidad las muchedumbres de las diferencias. Lanzaba la frase para dar argumento, argumento victorioso que acreditase su amplio espíritu de tolerancia.



La verdad es que sentía una desusada y singularísima aversión por la Iglesia Católica.

Para Hostos la Iglesia no ha pasado de la edad de bronce; está integrada “por representantes póstumos de la teología y de los sistemas a priori”. (15)

Su prosa cobra insólito vigor, se vuelve nerviosa y acerrada, hiriente, cuando el tema de la Iglesia forma el objeto de su escrito.

Se siente reverberar en su entraña, reflejado en el llameante calor del estilo, el brioso desamor con que mira las cosas de la Iglesia.

He aquí lo que escribe:

“Los primeros (es decir, los teólogos) tratan de derruir la obra secular de la razón humana; y hoy, como en el período de reacción contra la Reforma, se esfuerzan desesperadamente por aniquilar la civilización contemporánea, hechura del hombre en consorcio con la naturaleza. El Sillabus, el dogma de la concepción inmaculada, el de la infalibilidad, las canonizaciones, la acerba lucha por la reconquista del poder temporal, son otros tantos arietes puestos contra la dolorosa construcción de los progresos humanos, contra la fábrica de verdades de la biología y de la fisiología, contra el monumento de ingenuidad levantado por el positivismo y por la antropología a la verdad, cuando reconocen, declaran y acatan la falibilidad necesaria y la providente limitación de la razón humana”. (16)

No es menester aguzar el entendimiento para inferir que hacer católico a Hostos, es calumniarlo al revés, atribuyéndole una creencia que él repudia con arrebatada violencia.

Puesto a escoger entre el catolicismo y el protestantismo, como simples factores de cultura, Hostos no vacila, se inclina espontáneamente hacia donde lo llevaban sus preferencias.

“Cuando se compara, dice Hostos, la obra general del protestantismo con la particular a que la Iglesia católica ha estado consagrada desde Sixto V hasta León XIII, ciego de razón o necio de intención o loco de fanatismo se ha de ser, para no preferir la obra educadora de la una, a la de tenaz reacción contra todo adelanto mental, jurídico y moral de la otra.

Las sectas protestantes, el espíritu jurídico del protestantismo, fué el que adelantó en tres siglos la civilización política



de Inglaterra; su fuerza especulativa, la que desarrolló la vocación filosófica de Alemania; su ingenuidad científica, la que nos dió el método experimental; su juvenil actividad en la competencia de los credos, la que ya, desde la colonia, bosquejó la más viva, más activa, más fuerte y poderosa de cuantas sociedades han existido en el mundo. Ellas, dando su impulso intelectual, serán, por fin, las que, mientras la Iglesia católica desperdicia en monadas su fuerza y su influencia, van aproximándose cada vez más a la solución del problema religioso”. (17)

No es mi objeto en este escrito refutar a Hostos, sino dilucidarlo, exponerlo, pero no puedo dejar de señalar la enorme injusticia en que incurre, arrastrado por una pasión, que le nubla el entendimiento, al negar a la Iglesia los imponderables aportes que a lo largo de siglos ha verificado en pro de la civilización y el progreso humanos.

Los mayores ingenios en toda orden del saber han florecido en su seno. Es inmensa su vitalidad, es inagotable su riqueza; ayer fué lo mismo que hoy, y de sus veneros han salido todas las grandes y útiles máximas sociales. Hostos no conocía, o dió por desconocida, la obra en que Balmes compara el protestantismo con el catolicismo.

El autor de la Moral Social, si bien dedicó algunas páginas amables a determinados sacerdotes, como las que consagra al Párroco de San Cristóbal (18), no recató nunca su nativo desagrado por todo lo del clero.

Al Sacerdocio Dominicano lo aconseja a desasirse de Roma, a crear una Iglesia independiente, como único medio eficaz de salir de lo que él llama “su estado de vegetación”. (19)

Cuando alguien en Chile, recriminó a Eduardo de la Barra haber dispuesto sus últimos días con cierto aparatoso exhibicionismo, Hostos sale a su defensa con estas palabras que Voltaire hubiera aplaudido y celebrado:

“Su muerte fué dulce, tranquila, lúcida, consciente: no podía ser y no fué muerte teatral. Para no serlo, bastó que no hubiera a la cabecera del racionalista nombrado ninguno de esos cónsules del cielo que, mediante un donativo impuesto a una forzada apostasía de último estertor, dan pasaportes para la gloria eterna”. (20)



Más que ironía, burla, más que sátira zumbona, desdén sangriento, más que revelación de un humor regocijante, estallido envenenado de un corazón apagado, sin centellas de fe vivificante!

Hostos no desperdicia coyuntura para poner en ludibrio nuestras más augustas creencias. (21) Si de tarde en tarde le salta de la pluma un elogio, un encomio, a determinados sacerdotes, el elogio, el encomio van al hombre (Meriño, Billini, Ayala), a quien acaso guarda un delicado afecto, no a las creencias que lo animan y alientan.

Al llegar a su conocimiento en Chile el fallecimiento del Padre Billini escribe a Lucas T. Gibbes, estas palabras que atestiguan y abonan la veracidad de lo que llevo dicho:

“Despojándolo del hábito sacerdotal, que no es sólo una vestidura, sino una revestidura de preconcepciones, de prejuicios y preocupaciones, era un verdadero hombre de su tiempo. Claro que con pasiones vivas e incentivas. Y hacía bien: si no, hasta las moscas se le hubieran atrevido. Pero, aún dentro de la pasión cabe en el hombre de bien lo que nunca en el de mal; y de ahí la superioridad de Billini sobre casi todos aquellos con quienes contendía pasionalmente”.

Camino idéntico al que hemos seguido: sin alcanzar los tonos del panegírico, admiramos en Hostos, aunque heterodoxo, al hombre de ejemplar vida moral, pero condenamos sus ideas. El era mejor que su pensamiento!

Hostos Antiespañol.

Hostos perdía el sosiego, se destemplaba cuando hablaba de España. La Madre Patria no tuvo adversario más enconado, ni siquiera en los férvidos días de las independencias. La Leyenda Negra constituyó su armería. No pasó por alto ocasión para cubrirla de denuestos. Es la raza hispana y cuanto de ellos descienden, raza enferma (22), retrógrada (23), bárbara en sí y en cuanto hace (24) símbolo de presión, paradigmática de fanatismo, rémora del progreso, radicalmente incapacitada para las virtudes cívicas que nacen de las instituciones democráticas. Felipe Segundo, el demonio de mediodía, su más acabado ejemplar, la inquisición su mejor método persuasivo, los desmanes, su manera, el atropello, su Derecho. (25) La abundancia de textos, en



este sentido, redime de ulteriores síntesis. Ni Sarmiento, tan duro y áspero al calificar a los hispanos igualó a Hostos en su ardoroso empeño de desdibujar la fisonomía de España.

El hombre se reviste fácilmente de los sentimientos desagradables que le inspiran la frustración, el fracaso, de una idea soñada, y de ordinario la disposición de su ánimo no es otra cosa que el resultado de las sensaciones que producen en él sus luchas, sus afanes, combinadas con las circunstancias determinadas, dichosas o infelices, en que se encuentra.

Tengo para mí, que el mal afecto que guardaba Hostos por España obedecía a un secreto resquemor que le quedaba en las entrañas. Sus reflexiones sobre la Madre Patria estaban teñidas con los sombríos colores de sus días desventurados de Madrid y Barcelona. Más que rencor es amargura lo que destilan sus dictámenes: La amargura desolante del sembrador que ve marchitarse y caer lacias sus semillas, en el aire, antes de caer en el surco, en el acto mismo del voleo.

Fundo este parecer en las revelaciones que el propio Hostos hace así en su "Diario íntimo" como en sus cartas.

Fué allí en busca del apoyo de los liberales a su ideal político de libertad en las Américas. Una especie de commonwealth bullía en su pecho. La desilusión y el desencanto le ganaron pronto el espíritu.

Galdós, que había hecho de la tolerancia un culto, de paso y sin darle mayor importancia al asunto, habló así de Hostos, con ocasión de los siguientes sucesos estudiantiles de la noche de San Daniel —10 de abril 1865.

"En el pasillo grande del Ateneo, permanecían dos corrillos de trasnochadores. El más nutrido y bullicioso ocupaba el ángulo próximo a la puerta del Senado: allí analizaba la bárbara trifulca un antillano llamado Hostos, de ideas muy radicales, talentado y brioso".

Estas ideas radicales fueron las que hicieron cejar de sus propósitos de ayuda a Castelar y Pi Margall, causantes del desencanto de Hostos. De Pi Margall, solía decir, "que no tenía fondo" y de Castelar "que era todo superficie". Siempre anduvo receloso de Castelar y sus amigos y a ello se debió su abandono de España. De allá vino con el ánimo cargado, colmado de amargura como puede comprobarlo quien lea su correspondencia. (26)



Ni Dominicanizante ni Haitianizante: federalista.

La federación constituía una pasión volcánica en el ánimo de Hostos. Estalla en cada una de sus líneas. A esta idea suprema, que reaparece en sus obras con ahincada y perdurable insistencia, con la insistencia de un leit-motiv, subordina todo, incluso nuestra patria y la suya.

El sueño de ver enlazadas en una unidad jurídica las Antillas, añadiendo a modo de complemento y corona a Jamaica, era conforme Hostos lo miraba, un sabio consejo que la naturaleza, la geografía, la sociología, la etnología y los cálculos económicos brindaban, como cimiento y base de ulterior grandeza, fortuna y prosperidad, como fiel de la balanza en el mapa político de las Américas.

“En las Antillas Mayores, afirma Hostos, hay el esbozo de una nacionalidad; de una nacionalidad tan natural, por inasequible que hoy parezca y aún por invisible que sea a tardos ojos, que en ninguna otra ha hecho la naturaleza tanto esfuerzo por patentizar su designio. Cuba, Jamaica, Santo Domingo, Puerto Rico, no son sino miembros de un mismo cuerpo, fracciones de un mismo entero, partes de un mismo todo.” (27)

De no verificarse esta legítima aspiración, que todo concurre a propiciar, nuestra Patria, a los ojos de Hostos vendría a ser un escorzo de Nación, algo así como el Apolo de Belvedere: bello, pero incompleto.

Para que sea él quien me saque verdadero, en esta ardua aseveración, creo inexcusable citar sus palabras:

“La que puede ser una gran nacionalidad no es la República Dominicana que conocemos. La República puede progresar hasta el punto de organizar todas sus fuerzas, utilizándolas en su propia civilización, y así podría llegar a ser una gran Nación. Cuba si logra salir de las garras españolas, Puerto Rico, si quisiera decidirse a salir de ellas, podrían también llegar a ser naciones considerables. Pero ninguna de ellas podrá llegar aislada a lo que sólo juntas pueden llegar todas”. (28)

El primer paso en el logro gradual del anhelo de una gran Nación Antillana lo forma nuestra federación con Haití.



Nuestra inquieta y constante vigilancia originada en el recelo del oleaje que pudiera provenir del oeste, encontraría en esta alianza, que formaría un plano de concordia y armonía, definitivo punto final.

“La misma necesidad que la República Dominicana tiene de resolver el problema de la mancomunidad de su territorio con Haití, dice Hostos, todo debe hacernos aspirar a que ese pueblo rompa el artículo constitucional que le impide mejorarse y civilizarse por medio de la emigración; todo debe hacernos aspirar a que vayan desapareciendo los auxiliares de la barbarie en Haití, *pues al fin y al cabo, de todos los modos de resolver el problema pendiente con Haití, tal vez el más pronto y el mejor es el de una federación.* Y mientras subsistan los actuales de eso que llamamos sociedad haitiana, no es probable la *federación* de ninguno de ambos pueblos por más que el nuestro no esté muy adelantado, por más que tengamos mucho que trabajar aún para hacer de él un pueblo en toda la extensión de la palabra”. (29)

La concepción de la apellidada “frontera semoviente” está encaminada a la realización de este propósito: grupos agrícolas ubicadas a lo largo de la línea divisoria, que darían ocasión a que, mediante el provechoso intercambio comercial, se estableciese la asidua convivencia, que facilitaría y haría posible la federación.

Curioso está el lector —lo presiento—, por saber si es el propio Hostos quien esto afirma. Satisfacer su legítima curiosidad es mi deber, van por eso a continuación las palabras del Maestro Antillano:

“A la realización de esa política de paz y concordia, de auxilio mutuo de convenios mutuos, de mutuo fortalecimiento, de mutua civilización, se va, no con ruegos ni palabras, sino con una firme acción; la acción empieza por una serie de colonias agrícolas, que cierran la frontera e inician con la unión comercial la obra de Confederación; continúe con tratados de reciprocidad; prosiga con una continua, activa, discreta y generosa diplomacia, que gestione la modificación de la séptima base constitucional de Haití, y concluya por abrir con la realidad de una *confederación*, fundamental de la Confederación de las Antillas,



el siempre cerrado horizonte que de tal modo oscurece por occidente el horizonte de la buena y tristísima Quisqueya, que hasta en su ley de derechos y poderes se proyecta la fatídica fatamorgana que asusta al patriotismo”. (30)

Hasta en la ponderación del quilate y significación de nuestras festividades nacionales, hay un dejo, muy discreto y sutil, del afán de Hostos de no crear divisiones tajantes, demasiado hondas entre nosotros y nuestros vecinos.

“Valga la verdad. Pelear contra haitianos y vencerlos no es gloria sino en las efemérides íntimas de la República, al paso que el vencimiento de los españoles por los dominicanos, no sólo es una gloria nacional, sino lo que vale más, una página de la Historia de todo el continente sudamericano”. (31)

Si es en el sentido indicado en el que Peña Batlle reputa a Hostos por Haitianizante, estimo que su juicio, aunque radical y cortante en la forma, no fué del todo inexacto.

No es mi incumbencia analizar ni discutir el designio Hostoniano de la federación. Los internacionalistas tienen aquí opulenta cantera para sus elucubraciones. A ellos toca determinar la naturaleza y alcance del pensamiento de Hostos. Suya es la tarea de apurarla y enjuiciarla.

Sí me atrevería a sostener, que Hostos, a vivir en los tiempos que alcanzamos, mudaría de parecer. Hubiera rectificado muchas de sus apreciaciones sobre Haití. Se hubiera persuadido, convencido de ello estoy, de que, sirva esto a modo de ilustración y ejemplo, la invasión Haitiana no pudo habernos traído la indiscriminación de castas porque ellos no podían conferirnos lo que no tenían. Aún en nuestros días, en el país vecino, si creemos a Leybur, es viva y operante la discriminación racial. Nosotros, hoy como ayer, no miramos al color de la piel ni al origen: fundidos en el amor de una misma bandera, nos medimos los unos a los otros, iguales ante la ley, por la claridad del ingenio y por la bondad del corazón. Norma, sobre cristiana, humanísima, y fecunda en todo género de concordia.

Hostos amó al pueblo dominicano, con hondo amor de gratitud, como a Cuba de cuya independencia se convirtió en ardoroso e iluminado paladín, amó a Puerto Rico, según es argumento victorioso sus infatigables afanes y luchas. Pero todos



estos amores los ofrendaba a su gran pasión federalista, generosa y romántica. Error de visión, no desvió de bien querer.

Hostos no acabó nunca de ponderar la provechosa necesidad de la gran confederación. Murió, como los héroes legendarios, con el dorado sueño clavado en el nobilísimo pecho. (32).

Vislumbró, con visión genial, —aquí está el secreto que lo explica todo— que Puerto Rico no disfrutaría del goce de la autonomía, sino vinculada, engarzada, a una gran confederación. El tiempo, ratificador de todas las verdades, ratificó la verdad de Hostos.

Hostos y su Influencia:

Cuando Hostos arribó a nuestras tierras por segunda vez, lo hizo obedeciendo en estos términos: “País, discípulos reclamanlo. Presidente Vásquez”. Nuestra máxima autoridad fundía en sus palabras la aspiración de todo un pueblo.

Al llegar el Maestro a suelo dominicano por nuestras costas; (33) arcos de triunfo, homenajes de los municipios, obla-ciones de flores, ofrecimiento de casa y de tierras. Nadie re-vestido de carne puede ser insensible a tan unánime halago.

Hostos era humano, demasiado humano y como a Terencio, nada humano le era extraño. Se sintió tan dueño de la República que le escribió a un amigo: “El país dominicano está en buena vía, *quiere lo que yo quiero*”.

Esta declaración entre otras muchas que podrían transcribirse, pone de manifiesto, el grado y la dimensión de la influencia de Hostos. En sus manos estaba modelar nuestra Patria a su antojo y sabor. Su labor desarrollada en su primera estancia aquí, es menester interpretarla, sin estudio, a la luz de este acatamiento dócil, respetuoso, de su persona y de su sabiduría.

Sería ciega injusticia negar que la labor pedagógica de Hostos, fué, en el ámbito de las ciencias, apreciable y bienhechora para el país. Determinadas disciplinas del saber, hasta entonces no cultivadas, al menos sistemáticamente, entre nosotros, prendieron firmemente en nuestro suelo, germinaron y dieron frutos sazonados y perfectos.



Desafortunadamente, con el oro venía el cuarzo. Hostos debilitó el alma dominicana con sus ideas filosóficas, esparcidas al través de todas sus obras, muchas de las cuales, fueron por largo espacio de tiempo, libros de textos en nuestra universidad y en nuestras escuelas.

Hasta el 1950, la juventud frecuentó las Escuelas Normales, se nutrió con el manjar insano de su positivismo, retratado en su Sociología y en su Moral Social.

En su Derecho Constitucional, la generación que me precede y la que me subsigue, forjaron su mentalidad jurídica. Hostos no dejó de hacer daño, al menos como sembrador de dudas en la heredad de la religión.

Su concepción pedagógica, en lo tocante a la formación del espíritu, no en la científica, se amolda y se ajusta, cuadra y casa perfectamente con el fondo de sus doctrinas, que excluyen la enseñanza cristiana de las aulas, al tiempo que se adueña del derecho de enseñar las propias, encaminadas a producir, a lo sumo, el tipo del escéptico risueño que no se casa con ninguna idea para que todas le sirvan de novias.

No fructificaron en todos los ánimos sus máximas positivistas, Peña y Reinoso, constituye un ejemplo de esas áureas excepciones.

Su influencia, débil, mortecina, sin acentuaciones vigorosas, aún palpita, bien que sea en el recuerdo admirativo como lo demuestra ésta encuesta.

Dió otro rumbo, otro sesgo a la corriente de nuestra tradición integrada por la fe, por las verdades substantivas enerradas en el dogma, por nuestro amor a España, no ya dueña ni señora pero siempre madre. Desde luego no alcanzó a cegar los manantiales de nuestro espiritualismo. Si algo arguye esto es la reciedumbre de nuestras creencias. Guardémonos, sin embargo, de extremar la nota y dar en pensar que cuanto increíble o libre pensador ha habido o hay en nuestro país fué hechura del Maestro Antillano.

La República Dominicana discurre hoy por otros caminos. Cristo, nuestro bien, ha resucitado en las aulas de las escuelas. Su figura, no la de Renán, sino la del Evangelio, preside y fortifica nuestra Vida Nacional. Las luces inmortales de sus doc-



trinas se dilatan hasta los más repuestos parajes de la Nación e iluminan, portadoras de sosiego y armonía, la intimidad de nuestros hogares, bañados de alentadora gracia teológica.

Trujillo que reinstauró en nuestra Patria lo que era reinstaurable y ha creado todo lo que no existía y debió haber existido, redujo de nuevo a su ancho cauce la tradición, reorganizando totalmente la enseñanza y los planes educativos, hermanando de esta suerte, la ciencia y la fe, el saber y la creencia, y abriendo horizontes insospechados a las generaciones que hoy crecen y se levantan.

Pbro. Dr. Oscar Robles Toledano.

18 de julio de 1956.

-
- (1) Cours de Philosophie Positive, París 1877, Tomo 1, página 16.
 - (2) Tratado de Moral, Capítulo II, obras completas, Vol. XVI, edic. conmemorativa del Gob. de P. R., 1939, página 67; igual idea en Crítica Vol. XI, pág. 90. Hay otros pasajes con idénticas aseveraciones.
 - (3) *Ibidem*.
 - (4) Tratado de Moral, pág. 60 y subsiguientes.
 - (5) *Ibidem*, pág. 68 y 69.
 - (6) Véase Denzinger, *Inchiridion Symbolorum*.
 - (7) Cito a Santo Tomás, como un símbolo pues todos los pensadores católicos están en la misma línea. Algunos como San Anselmo extremaron la nota.
 - (8) Tratado de Moral, Moral Natural, cap. I, pág. 55.
 - (9) Palabras, Obras Vol. XIV, pág. 237.
 - (10) Hombres e ideas, Vol. XIV, pág. 302.
 - (11) Palabras, Vol. XIV, pág. 297, Forjando el porvenir americano, Vol. XII, Tomo I, pág. 56.
 - (12) Tratado Moral, pág. 12.
 - (13) Ideas frecuentes en Hostos, Tratado Moral, pág. 232.
 - (14) Vol. XVI, pág. 245.
 - (15) *Ibidem*, pág. 229.
 - (16) *Ibidem*, pág. 229.
 - (17) *Ibidem*, pág. 238.
 - (18) Hostos en Santo Domingo, Vol. I, pág. 73, Rodríguez Demorizi.



- (19) Ensayos didácticos. Vol. XX, pág. 232.
- (20) Hombres e Ideas. Vol. XIV, pág. 102.
- (21) A modo de ejemplo léase ésto: “Santo Domingo” el Santo de las hogueras de carne humana, siniestro emblema **de la colonización de España**”. Vol. X, pág. 256.
- (22) Forjando el Porvenir Americano. Vol. XII, pág. 112.
- (23) *Ibidem*.
- (24) *Ibidem*.
- (25) Ensayos didácticos. Vol. XVII, Tomo I, pág. 109.
- (26) Diario, Obras, Vol. II, Tomo II, pág. 26.
- (27) Hostos en Santo Domingo, Rodríguez Demorizi. Vol. I, pág. 131.
- (28) *Ibidem*, pág. 130.
- (29) Ensayo Didáctico. Vol. XX, pág. 343.
- (30) Hostos en Santo Domingo, Vol. II, pág. 72, Rodríguez Demorizi.
- (31) Hostos en Santo Domingo, Vol. I, pág. 29.
- (32) Hostos en Santo Domingo, Oegri Somnia, pág. 135 y 137.





Respuesta del Dr. Manuel Ramón Ruiz Oleaga

Complacido correspondo a la encuesta abierta por ese importante rotativo el 25 de Junio ppdo. acerca de la significación e influencia en la vida dominicana de las doctrinas y enseñanzas del pedagogo antillano Eugenio María de Hostos, no sin antes agradecer a Ud. su honrosa distinción al incluir mi nombre en la nómina de los intelectuales consultados sobre el particular.

Cierto es que para dar respuesta a estas interrogantes que han ocupado siempre la atención de las generaciones posteriores al Maestro, así como la de los más connotados intelectuales del país, y que constituye hoy en día tema apasionante de elucubraciones y estudios, con motivo de las opiniones emitidas por el desaparecido escritor dominicano licenciado Manuel A. Peña Batlle, en el prólogo de la obra del Padre del Valle Llano, lo hago no con la autoridad señera que imprime a las cosas y a los hombres la experiencia vivida y mucho más aún sentida, porque mis años no alcanzan aún a cubrirlos, pero sí con la autoridad consciente, imparcial y serena, que imprime al intelecto y a la razón, el estudio exegético de la historia, de los hombres y de sus obras.

Triste panorama

Para hablar con serenidad de espíritu de la labor educativa iniciada en Santo Domingo en el año de 1880 por Eugenio María de Hostos, preciso es remontarnos al momento histórico en que le correspondió actuar, acomodar el órgano visual de nuestro entendimiento a ese panorama de angustias por el



que atravesaba la conciencia pública, de pobreza material y desmoralizadores sistemas que daban al traste no sólo con la soberanía nacional, sino también con su independencia, con su integridad social, económica y política.

Causas de órdenes negativos que impedían toda clase de movimiento progresivo al florecimiento e incremento en la vida cultural de la nación, lo constituía aquel estado de cosas que siguió a la guerra de la Restauración, convulsionada muchas veces, no ya por causas exotéricas que desgarraban y lacrababan su independencia, sino también por ese predominio infecundo, odioso y estéril de la fuerza sobre el derecho, por esa malsana incomprensión de algunos de sus hijos que sólo veían en la entronización de las armas la manera expedita y fácil de solucionar los conflictos interiores.

Huelga pues decir, que frente a tales circunstancias, la enseñanza en la República Dominicana en ese período convulsivo de nuestra historia, como toda otra actividad funcional del hombre, se encontraba paralizada, estancada, entelerida en los antiguos moldes del pensar y del actuar.

La irrupción de las doctrinas positivistas y racionalistas de Eugenio María de Hostos en el año de 1880, enmarcada en ese triste panorama que a vuelo de pluma acabo de describir, tenía que producir y produjo en la conciencia y en el espíritu nacional una conmoción de sentidas reacciones, puesto que al constituir una forma nueva de enseñanza en contraposición con los sistemas y prácticas pedagógicas dominantes en la época, necesariamente tuvo que colidir contra toda una serie de circunstancias, como la tradición, la religión y el sentimiento de la hispanidad, que habían moldeado y estructurado ya para esa época, el carácter de la nacionalidad dominicana.

Ideal de conocimiento

Imbuído de las enseñanzas filosóficas del positivismo del siglo XIX, muy especialmente de las doctrinas de Augusto Comte y Herbert Spencer, elimina los sistemas empíricos de enseñanzas, y traza su método inductivo-educativo, racional y científico para una comprensión positivista “del universo, del hombre y de la sociedad”. Hay pues en las enseñanzas hostosianas,



un ideal de conocimiento que es el ideal de la pura racionalidad, llevados a cabo mediante métodos rigurosamente científicos, demostrables en lo específico de los hechos o en el amplio campo de experimentación de la naturaleza, yendo de "lo concreto a lo abstracto, de lo particular a lo general, de lo simple a lo compuesto, de la percepción a la intuición, de la intuición a la inducción, de la inducción a la educación, a la generalización, a la clasificación, a la seriación".

En su programa de enseñanza desplaza el problema espiritual porque su escuela laica tenía por lineamientos, por esencia y naturaleza lo necesariamente científico y lo exageradamente racionalista: y ahí precisamente gravitaba el error de todo su sistema. Error que hizo que tan sólo sus doctrinas tuvieran una subsistencia pasajera, transitoria, meramente fugaz y perecedera.

No creo que fuera un ateo en el sentido estricto de la palabra, puesto que abogaba por la libertad de culto y de religión, pero en la recóndita intimidad de su conciencia, era un admirador ferviente del movimiento religioso y político de La Reforma, y especialmente en uno de los Capítulos de su Moral Social, hace un esfuerzo inaudito por demostrar ante la opinión pública las excelencias del protestantismo frente a la Religión Católica.

Pretender justificar sus enseñanzas, esgrimiendo retenciones más o menos argumentadas, queriendo ver en ellas la consecución de un ideal de renovación y superación a base de nuevos sistemas de enseñanzas, donde se desplaza el importante cometido de la educación moral del individuo y de aquellas otras disciplinas donde los valores humanos y estéticos educan al hombre integralmente desde el punto de vista de su espíritu, sería situarse dentro del ámbito de lo estrictamente material, y desconocer por ende el objeto fundamental de la auténtica educación, la cual debe aspirar no sólo a la completa formación del intelecto, por sucesivas descantaciones, sino también a una recta y moralizante orientación del espíritu para un mayor acercamiento hacia la perfectibilidad humana.



Proceso evolutivo

Por eso no creo que las escuelas y doctrinas hostosianas, ejercieran influencia preponderante y decisiva en ninguno de los aspectos fundamentales de la vida de La Nación, porque aún cuando la inquietud del clima histórico en que actuaron con éxito en los planes pedagógicos dominantes, el sistema empleado desconoció por completo el papel trascendental de la educación del espíritu y la realidad del medio social donde sus enseñanzas iban a gravitar; desconoció asimismo la ideología y el sentimiento dominicanista, cuando amparados con aquellos principios auscultadores aparentes de la verdad, renegó abiertamente de nuestra fe primitiva, militante bajo los estandartes de la religión católica y de nuestra herencia esencialmente hispánica.

En cuanto al último de los puntos a tratar, no comparto la idea de que la enseñanza de hoy en día se inspire en las anacrónicas doctrinas positivistas y racionalistas del credo hostosiano.

El fenómeno de transformación ideológico y social operado por el pueblo dominicano desde que el Generalísimo Trujillo asumió la dirección de los destinos patrios en el año de 1930, ha impreso a todos los aspectos de la vida de la nación, un nuevo sentido de perfectibilidad, que han hecho posibles positivos y definitivos alcances a nuestro desenvolvimiento ciudadano. Aquellas fuerzas reaccionarias que se oponían abiertamente contra el despertar del pensamiento y con la marcha ascendente del país por las vías del progreso y de la civilización, han desaparecido radicalmente de nuestro medio social, al amparo de una política eminentemente educativa y democratizante, cónsona con las necesidades ambientales y con los genuinos valores tradicionales de nuestro pueblo.

No ejerció influencia

El proceso evolutivo de la educación nacional puesto en marcha en el año de 1930, ha tenido como finalidad preponderante la democratización de la cultura, inspirado en los ideales de equidad, oportunidad e igualdad social que constituyen los postulados básicos de una auténtica y legítima democracia.

De ahí que la escuela de hoy, la escuela creada por inspiración del Generalísimo Trujillo, maestro y apóstol de la acción



constructiva y generadora de todo bien colectivo, es un exponente fiel, no sólo de las nuevas conquistas del pensamiento humano, sino también de la obra portentosa, trascendental profunda e indestructible de ese proceso evolutivo impulsado por las geniales y patrióticas directrices del eximio Padre de la Patria Nueva, que ha hecho de nuestro país uno de los más avanzados y cultos del continente americano.

La reforma sustancial llevada a cabo en todos los programas educativos de las escuelas nacionales, define y formula en términos claros y sencillos el fundamento de la nueva escuela. Los nuevos métodos de enseñanzas puestos en práctica, crean todo un proceso activo de educación, cuya finalidad no sólo es transmitir al educando las verdades científicas en los distintos campos del saber, sino también estructurar y abonar su conciencia por medio del sentimiento religioso, a fin de que sea cual fuere el papel social que en el futuro le corresponda al individuo desarrollar, sea un agente de bien y de concordia, útil a la sociedad donde desenvuelva sus actividades, las cuales irán indefectiblemente encaminadas al mantenimiento del orden y la paz jurídica de todas las instituciones sociales, al respecto de la moral y de las autoridades constituídas, para una mayor reciprocidad en la convivencia y solidaridad humana y una mejor evolución de la cultura y del progreso de la nación.

Ese es el balance que a mi humilde entender podemos extraer en líneas generales. Si quisiera reducir en una breve y sencilla expresión la labor emprendida y desarrollada por el eminente educador antillano, en pro de la enseñanza dominicana, en toda una etapa de la vida nacional, tendría que convenir que la misma fué un esfuerzo laudable que justifica su temperamento de Maestro y pedagogo, pero que jamás sus doctrinas enraizaron y germinaron en la conciencia ciudadana, por infringir los principios tradicionales y fundamentales de nuestro valer histórico.

Modestamente creo dejar de este modo satisfechos los temas componentes de la encuesta abierta por ese prestigioso diario, y al reiterarle las gracias por haber incluido mi nombre entre las personas consultadas, sobre el particular.

Le saluda deferentemente,

Dr. Manuel Ramón Ruiz Oleaga





Respuesta del Dr. Carlos M. Lamarche H.

Me complace corresponder a la encuesta abierta por El Caribe acerca de la influencia de Hostos en la vida cultural dominicana, y que ese prestigioso diario formula en los siguientes puntos:

- 1.—*Influencia de Hostos en la vida dominicana.*
- 2.—*Significación de su laicismo en la trayectoria social del pueblo dominicano, y*
- 3.—*¿Se inspira aún la Escuela Nacional, según afirma el conocido escritor Manuel A. Peña Batlle, en las ideas y sistemas del pensador antillano?*

La influencia del Señor Hostos en la vida dominicana, que fué de bastante importancia, se manifiesta principalmente a través de sus doctrinas pedagógicas y de su filosofía. El Señor Hostos perteneció, tanto por su disciplina mental como por sus convicciones filosóficas, al positivismo cientificista. Los principios pedagógicos cuya implantación en nuestro País propugnó en la medida de sus posibilidades, dadas las circunstancias políticas y sociales existentes en la vida dominicana de las épocas en que vivió entre nosotros, y que en gran parte pudo llevar a cabo, se basaban en los adelantos científicos y pedagógicos imperantes en esos años, especialmente en los Estados Unidos de América y en Inglaterra. Además de sus profundas convicciones al respecto, parecería que trataba de contrarrestar, con la implantación en el País de una enseñanza más científica, las tendencias entonces reinantes, no solamente aquí sino también en la totalidad o al menos en la gran mayoría de los países latinoamericanos, de una enseñanza casi exclusivamente preocu-



pada por el conocimiento de las letras, especialmente de la literatura y de la historia, en detrimento de una enseñanza más dedicada a las ciencias naturales y formales, a las cuales debían y aún deben los Estados Unidos de América e Inglaterra —ahora compartido y competido por otras naciones— el grado de adelanto científico a que han llegado.

Eso hizo que sus métodos de enseñanza, por sus rigurosas disciplinas y su bien estudiada metodología y sus planes pedagógicos, con sus propósitos científicistas, influyeran en algunos sectores de nuestro medio social, consiguiendo un viraje parcial de una selecta aunque poco numerosa parte de nuestros intelectuales que tuvieron el privilegio de ser sus discípulos.

Viraje científicista

Con ese viraje científicista vino apareado, en un sector tal vez más numeroso y con una influencia evidentemente mayor, la tendencia a un logicismo y a un organicismo político y social, como consecuencia de la concepción del Señor Hostos, de una estructuración social que podría ser llamada arquitectónica por la simetría de sus proporciones. En realidad, me parece que en esa tendencia científicista en cuanto al fondo de su enseñanza, y en su preferencia logicista de su metodología como disciplina de enseñanza, es donde la influencia del Señor Hostos se hizo sentir más en la vida dominicana. Despertó entre nosotros el afán, casi dormido entonces, de un mayor conocimiento científico, y disciplinó nuestros métodos de enseñanza y nuestro discurrir mental, con una nota o tendencia organicista a veces bastante exagerada, que llevó el símil de los organismos políticos y sociales con los organismos naturales, a extremos en que se perdía esa similitud, y hasta era contraproducente sostenerla. El Señor Hostos, idealista de elevadas utopías, a veces perdió de vista que la aplicación funcional de una similitud entre las sociedades humanas y los organismos de los seres que encontramos en la naturaleza, no tiene en realidad sino una razón de ser sólo parcialmente sostenible, más como referencia o comparación que como base para una aplicación o deducción por similitud que, como hemos dicho, en muchos casos puede llevar a consecuencias no solamente insostenibles sino hasta contraproducentes.



En cuanto a la significación de su laicismo en la trayectoria social del pueblo dominicano, puede asegurarse que el laicismo del Señor Hostos, consecuencia obligada de su postura racionalista y científicista, tuvo una influencia notable entre sus discípulos y admiradores, en el sentido de considerar el hecho religioso como algo que podía ser sometido al racionalismo, y despojado por depuración racionalista del contenido de emotividad sentimental, sin darse cuenta de que con ello quedaba ignorado el contenido del valor de divinidad y de santidad del sentimiento religioso, que tiene un tremendo significado social, y que en la escala de los valores objetivos ocupan el rango más elevado. Despojar al hombre y a la sociedad, de los valores de divinidad y de santidad, es quitarle, sustituyéndolo con un racionalismo científicista, la concepción valorativa más alta que ha tenido la humanidad desde sus comienzos, lo cual conllevaría en sí, si no una imposibilidad social y psíquica, al menos un trastorno o una dislocación de la sensibilidad y de la espiritualidad humanas.

Desde luego, el Señor Hostos no pretendió jamás negar ni mucho menos despreciar el sentimiento religioso, sino solamente no incluirlo en la enseñanza racional y científica, debido seguramente a la imposibilidad de la enseñanza racional del sentimiento religioso, lo que hacía que considerara que la enseñanza religiosa quedaba fuera del cuadro de una enseñanza racional y científica.

No queda nada

Con respeto a si se inspira aún la Escuela Nacional en las ideas y sistemas del pensador antillano, creo que en la Escuela Nacional actual no queda nada, o solamente muy poco de las ideas y sistemas sostenidos por el Señor Hostos hace más de medio siglo. En realidad, desde la época de Hostos a esta fecha, las teorías y disciplinas educativas han progresado a un ritmo tan acelerado como el de las otras ramas del conocimiento humano; y en nuestro país esos adelantos han sido incorporados a nuestro progreso general, gracias al decidido empeño puesto en ese sentido por el Generalísimo Trujillo, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, con igual categoría



nacional que los que dieron por resultado nuestra liberación económica, nuestra integridad territorial y nuestra absoluta independencia política, pues en ello se ha tenido en cuenta la educación integral del pueblo dominicano, aplicando a nuestro medio los más adelantados métodos de enseñanza, desde la alfabetización, que es propósito ingente del Generalísimo Trujillo, hasta los más amplios estudios universitarios, cada día aumentados con nuevas facultades; a lo que hay que agregar las nuevas y ya numerosas escuelas vocacionales para diversas capacitaciones, y el alto cociente de multiplicación de nuestras modernas aulas escolares, y el enorme crecimiento de la escolaridad dominicana, comparada con la que había hace sólo un cuarto de siglo.

Me es grato suscribirme de Ud.,
Muy atentamente,

Dr. Carlos M. Lamarche H.



Respuesta del Dr. Salvador E. Paradas

Tengo el placer de contestar la encuesta patrocinada por ese importante diario, agradeciendo el honor que se me ha hecho al incluir mi nombre en la lista de las personas invitadas a pronunciarse acerca de la discutida influencia hostosiana en la vida educacional dominicana.

Expresaré mi modesta opinión con toda sinceridad, como se debe y con el activo a favor, en lo que voy a decir, de haberme nutrido de las ideas hostosianas en la Escuela Normal, cuando aún eran vivas y persistentes las enseñanzas del Maestro, ya que ingresé en ella en enero de 1903, —procedente del Colegio Santo Tomás donde había sido discípulo del Padre Fantino y del doctor Parmenio Troncoso de la Concha—, meses antes de ocurrir la sentida muerte de don Eugenio María de Hostos.

No pretendo significarme, al contestar las interrogantes de esta encuesta, como defensor de una causa noble, cuyos mejores abogados han sido los propios Reverendos Padres Meriño y Billini, y cuando la mayoría de los que me han precedido parecen coincidir con lo que voy a confesar comprobando unanimidad en reconocer a don Eugenio María de Hostos condiciones de moralidad, honestidad, desinterés, tolerancia y respeto hacia las concepciones filosóficas de los que no compartían sus ideas; virtudes poco comunes y que presentan el proceso póstumo de la influencia del Maestro como inactual, juzgado y cubierto por la prescripción. Pero puesto que ha tenido el privilegio de que se me dieran cartas en este asunto, deseo aprovechar la oportunidad para cumplir con un deber de honda gratitud, saludando reverentemente la memoria de un grande hombre, en quien has-



ta mi generación veíamos los dominicanos nuestro primer pedagogo, al revolucionario de los métodos empíricos, reemplazados por una metodología objetiva y racional, precisamente en un período de nuestra historia en que reinaba el oscurantismo, tratando de organizar una institución pública basada en los principios fundamentales de la pedagogía científica. Además, aboga en el activo del señor De Hostos, el haber estimulado con su magisterio las tendencias conservadoras en el preciso momento en que venían dando prueba de lacidad.

Tuvo influencia

Diré, para comenzar, que creo sinceramente que el señor De Hostos sí tuvo una influencia real en la vida dominicana, aún cuando él se impusiera una misión limitada a la enseñanza pública, sin contar con la cooperación del Gobierno; que nos trajo alguna luz, en una época decadente de la cultura dominicana, cuando no existía en el país sino una enseñanza en que los planteles eclesiásticos y establecimientos docentes presentaban programas de estudios limitados a la literatura, la historia, teología e idiomas, pero poca o ninguna ciencia. Sin olvidar que la Universidad de la que había sido Atenas del Nuevo Mundo permanecía cerrada desde la ocupación haitiana.

Las ideas positivistas hostosianas, sus reformas de los anacrónicos métodos pedagógicos, encontraron en la juventud dominicana de aquel entonces elementos propicios para la formación de una *élite* de maestros normalistas, preparados para ejercer el magisterio. No entra en mi respuesta examinar si fué o no acertado el comtismo o el laicismo liberal que trajo a nuestro suelo al señor De Hostos, limitándome a señalar que la natural reacción que provocó no originó ningún pugilato de ideas, por lo que las enseñanzas del Maestro pudieron germinar generosamente, en un terreno propicio, abonado por su saber y honestidad. Pero, fatalmente, los círculos concéntricos irradiados por sus lecciones se fueron relajando y transmitiéndose a las nuevas generaciones con menos intensidad, especialmente después del fallecimiento del ilustre pensador, hasta desaparecer prácticamente, cediendo el paso a ideas y sistemas más modernos, en los que hoy se inspira la Escuela Nacional. La salu-



dable y oportuna influencia hostosiana no podía perdurar porque la evolución es un fenómeno natural, sin excepción, sobre todo tratándose de una obra humana, fatalmente imperfecta en el espacio y en el tiempo. Es oportuno recordar que apenas desaparecido el señor De Hostos, en 1905, uno de sus más destacados discípulos, don Félix Evaristo Mejía, siendo Director de la Escuela Normal y Superintendente de Educación, realizó la primera reforma del programa de estudios, introduciendo substanciales innovaciones, con un sentido pedagógico más en consonancia con la actualidad, y precediendo otras entre las que citaremos las de 1914, 1918, 1930, para llegar a la Ley Educativa inspirada por Trujillo, en vigor desde el año 1951, en la que uno de los dispositivos determina como base de nuestra educación los principios de la civilización cristiana y la tradición histórica, pero no es dogmática ni sectaria y por encima de todo es dominicanista y para todos los dominicanos.

Fué un renovador

De Hostos fué un reformador, un innovador de la pedagogía empírica, que no vaciló en sacrificar en sus programas los estudios de metafísica, de teología y de latín —en la Ley de Normales de 1879— para favorecer un poco más las materias científicas. Esa es la verdad absoluta. Sólo la preocupación de no recargar los estudios podía válidamente justificar esta eliminación.

No creo que el laicismo de Hostos fuera una postura de sectaria intransigencia, sino más bien el resultado del racionalismo —positivista en boga—, que tuvo por consecuencia alejarnos de la cultura española. No cabe duda que él sufriera la influencia en la orientación del pensamiento de las ideas reinantes en los siglos XVIII y XIX inspiradas por la filosofía de Augusto Comte y por los principios enunciados por Jean Jacques Rousseau y proclamados por la Revolución Francesa. Ahora bien, debemos convenir en que el laicismo de De Hostos no lo erigió en enemigo de la Iglesia, como resulta injusto tildarlo de antihispánico por el sólo hecho de que no estuviera conforme con los métodos retrógrados y los errores de la colonización española. Guardémonos de confundir —fieles con la jus-



ticia y la verdad— su espiritualismo laico, su enseñanza arreligiosa, con el ateísmo materialista e inmoral. Nadie puede afirmar que el sistema hostosiano tendiera intencionalmente a alejar la juventud de la Religión y de la Iglesia porque su escuela excluyera toda idea metafísica, porque él era más bien un libre pensador y un espíritu tan elevado que no podía ser ateo, como lo recuerda el doctor Pedro Troncoso Sánchez al referir que “gustaba de ir a nuestra Catedral a meditar ante una gran imagen del Crucificado”, y dió pruebas de su tolerancia en materia religiosa permitiendo a su familia practicar el culto católico, afirmación esta última de la que acabo de recibir confirmación de los mismos labios de su hijo menor, don Felipe L. de Hostos, Cónsul de Chile en San Juan de Puerto Rico, quien a la sazón se encuentra en Ciudad Trujillo junto con sus colegas acreditados en la vecina Antilla. Séame permitido recordar, además, que cuando estimulado por los logros el señor De Hostos, Monseñor de Meriño reaccionó abriendo el Instituto Profesional, el Excelentísimo prelado llamó al laico de De Hostos y le confirió varias cátedras, entre ellas la de Derecho Constitucional. Oigamos también la palabra del Reverendísimo Padre Billini cuando declara: “considero esta escuela (la Normal) como un fruto de moral y de progreso” y ser decidido “partidario de la enseñanza racional”. Citaré, por último, que el 12 de este mes cumplió 47 años de muerto don Leopoldo Miguel Navarro, a quien debe mucho la cultura dominicana (como lo recuerda Vergés Vidal en sus Efemérides Dominicanas) y que ese discípulo del Padre Billini y Subdirector del Colegio San Luis Gonzaga, fué uno de los colaboradores sobresalientes del señor De Hostos, Subdirector de la Escuela Central (hostosiana) y maestro y Director de la Escuela Normal. Esto indica claramente que no existía un divorcio declarado entre la escuela latinista-clerical y la escuela laica hostosiana.

Laicismo y ateísmo

Laicismo no es necesariamente sinónimo de ateísmo. El Maestro tenía una preparación que excluía la ignorancia de que cualquiera que sea la importancia del sentimiento en la vida, ese sentimiento va unido a doctrinas



y creencias en las que la filosofía de la educación no tiene para qué ocuparse; él sabía perfectamente que sí, en Gran Bretaña, por ejemplo, la misión del educador incluye que él enseñe la religión (anglicana, por lo general) presentándola como la base de la moral, por el contrario en Francia se ha adoptado la separación de la Escuela y de la Iglesia, dejando a los Ministros de los diferentes cultos y a la familia el cuidado de catequizar a la infancia. Sin embargo, sin llegar a esos extremos los sistemas más modernos incluyen la educación religiosa, porque el ser humano siente una aspiración natural hacia la Religión o sea, según la definición de un pedagogo francés, “hacia un conjunto de creencias que van más allá del saber positivo”. Hoy el progreso alcanzado por la Ciencia es el peor enemigo del materialismo.

No basta para juzgar una personalidad como la de De Hostos considerar tal o cual capítulo de uno de sus escritos. El hombre para quien por encima de la Ciencia se situaba la Virtud y para quien “ni aún el placer de la Verdad es tan intenso como el placer de la Justicia”, no puede ser tildado de materialista. Los demoleedores siempre encontrarán un párrafo o una frase que, citada aisladamente del texto completo, permita una semblanza de afirmación contraria de lo que se propuso decir el autor. Por qué no se han hecho citas como éstas, entre mil otras del Maestro?: “La fuerza que resistió el ingenio del Siglo XVIII y que resistió a la Ciencia del Siglo XIX, no es la ciencia religiosa?— Pues esa es una fuerza constructiva que es preciso utilizar” “La anihilación del elemento religioso es imposible: las raíces no se arrancan sin matar la planta, y raíz de la conciencia, como fin que es de la vida humana, es el elemento religioso en toda vida”. Qué más pruebas queréis? Una diálogo digno de N. S. Jesucristo con sus Apóstoles? Aquí lo tenéis: Cuando un día (al correr del año 1888) se levantaron alarmados sus discípulos y le dijeron: “Maestro, urge publicar la Moral (Social), el Maestro les respondió: —Y, por qué urge — Porque los enemigos de nuestras doctrinas inmorales. —Mal predica quien mal vive, y mal vive quien mal piensa y quien mal dice. —Sí, pero no es tiempo de responder con comparaciones, sino con pruebas. —Bien predica quien bien vive. —Pero no se trata de pruebas de conciencia,



que siempre son ineficaces para los malignos. —Entonces se tratará de pruebas de apariencia que siempre son eficaces para los benignos? —No. Se trata de pruebas contundentes. —Pues eso es inmoral; la Moral no contunde. —Pero hunde y debe hundir a los que calumnian las buenas intenciones. —De ellas está empedrado el infierno, así como de malas intenciones está pavimentado el mundo de los hombres”.— (prólogo de la 1a. edición de la Moral Social).

Le parece una ofensa

Calificar la obra de De Hostos de nefasta para la República Dominicana me parece excesivo y una ofensa a la memoria del Pensador y del Apóstol, que hizo de nuestro país y de Chile sus patrias de adopción. Hombre del siglo pasado, sus concepciones recibieron la influencia del ambiente de su época, como ya dije anteriormente. De ahí que para juzgarlo no basta conocerlo al través de sus escritos, es necesario colocarse, con la imaginación, en el medio ambiente del último cuarto del siglo XIX, en pleno cesarismo lilisista, en el momento en que su querida Borinquen aspiraba a la independencia y Cuba luchaba desesperadamente por su libertad, con el generoso concurso material y moral de los dominicanos.

De Hostos no pudo ser antiespañol, porque en hispanoamérica jamás se ha odiado a España. Ni el doctor Núñez de Cáceres, ni los Restauradores de las gestas heroicas del 1861-65 combatían por mero sentimiento de hostilidad a la Madre Patria. Yo era niño en las postrimerías de la Guerra de Cuba, pero recuerdo perfectamente que la campaña libertadora contaba con la general simpatía de nuestros compatriotas y del Gobierno nacional. Sin embargo, el antihispanismo es inconcebible en un pueblo que, como el nuestro dió a la Progenitora el más sublime arrebató de amor filial, con don Juan Sánchez Ramírez, reconquistando su primogénita, —cedida mediante el triste abandono consignado en el Tratado de Basilea—, para entregarla a la desafortunada Madre!

Nuestro país ha sido realmente afortunado en el sentido de que —por ventura— nunca han surgido problemas de tipo social o religioso. Constitucionalmente vivimos bajo el régimen de



la libertad de culto, aunque la Religión Católica, Apostólica, Romana siga siendo la de la Nación Dominicana, por ser éste el culto que profesa la gran mayoría de sus nacionales. Por eso, la generosidad de la política de Trujillo tuvo una expresión sublime, cuando, en la Conferencia de Evian, el Delegado dominicano brindara el más amplio refugio a los israelitas víctimas de la persecución hitleriana.

La Constitución de la República también garantiza la libertad de enseñanza, quedando instituido como un deber del Estado proporcionar la educación fundamental a todos los habitantes del territorio nacional.

Coronamiento natural

Por nuestra parte creemos que el coronamiento natural de la institución moral de la escuela debe ser el conocimiento de la majestad de Dios, enseñando a los alumnos que la vida tiene un objetivo serio y que existe un pensamiento sapiente que vela sobre el Universo. La Oración determinada, bajo forma particular, es del dominio de las religiones positivas. Pero en materia de educación religiosa existe un mal que no es específicamente nuestro y es su insuficiencia, y la prueba de esta preocupación universal la tenemos en la convocación de un Congreso que debe reunirse en Amberes del 10. al 12 de agosto próximo, organizado por el Centro Internacional de Estudios *Lumen Vitae*, con el especial propósito de examinar el tema de la insuficiencia actual de la Educación religiosa y llegar a las conclusiones que se impongan para poner término a ese mal.

Para no hacer más extensa nuestra respuesta diremos, como conclusión, que si el señor De Hostos se concretó, por decirlo así, a la educación, sin que las proyecciones de sus oportunas y saludables innovaciones y reformas tuvieran la menor influencia en la moderna organización de la Educación bajo el régimen de la Patria Nueva, —al Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, el más genial de los políticos dominicanos de todos los tiempos, la Providencia reservaba la amplia misión de estructurar sobre los escombros materiales de una catástrofe sin precedente y las ruinas morales de un pasado luctuoso de caudillismo y anarquía, el Estado moderno dominica-



no, a la Nación absolutamente soberana, plenamente independiente y realmente libre. Sus especiales preocupaciones en materia de educación bajo todos sus aspectos, le han valido a nuestro Ilustre Jefe el justo título de Primer Maestro de la República, y los logros del Departamento de Educación y Bellas Artes han sido de tal magnitud, gracias a sus titánicos esfuerzos, que nosotros los dominicanos nos sentimos legítimamente orgullosos de ello. Hoy en día la República Dominicana goza de una alta calificación en el extranjero por su óptima educación estatal y, en particular, por el milagro de la eliminación progresiva del analfabetismo, consecuencia del Plan Trujillo de Alfabetización Total, que nos sitúa entre las naciones civilizadas de menor porcentaje de analfabetos.

Aunque ferviente católico, he creído deber expresar públicamente mi gratitud constante de normalista a la memoria del señor De Hostos. Hoy sostengo el recuerdo del Maestro con la misma sinceridad con que mañana y siempre, mientras viva, permaneceré fiel a mi querido e ilustre Jefe, el Generalísimo Trujillo, a quien sigo desde que se perfiló, en 1930, como el eminente estadista predestinado para sacar a la Patria del caos e integrarla, como lo ha hecho, por la puerta grande, en el concierto de las naciones civilizadas.

Muy atentamente le saluda,

Dr. Salvador E. Paradas



Respuesta del Pbro. Dr. Juan F. Pepén

Con gusto respondo a la encuesta promovida por ese importante diario en relación con la influencia de Hostos en la vida, en la trayectoria social y en la escuela dominicanas. Considero que es uno de los temas capitales de nuestra historia cultural, con proyección total al campo sociológico.

Siguiendo el orden trazado por la encuesta, voy a referirme al primer punto, la influencia de Hostos en la vida dominicana. Precisar hasta dónde alcanza esa influencia es sin duda la parte más difícil de la encuesta, toda vez que la vida de un pueblo está determinada por multitud de factores históricos, sociales; económicos, religiosos, culturales, étnicos, etc. y la influencia de un mentor o dirigente en la formación de un conglomerado social tan complejo como lo es la nación sólo puede valorarse en su totalidad al través de muchas generaciones. Con todo, la historia es algo así como una gigantesca pantalla de proyección y es posible desde luego determinar hasta cierto punto hasta dónde alcanza de momento esa influencia. Vale la pena aclarar que no considero esta influencia situándome estrictamente en el ángulo histórico. Hago una valoración global hasta donde me es posible.

Influyó Hostos en la vida dominicana? Claro que sí. No tal vez hasta el extremo señalado en la tesis Peña Batlle, pero sí como puede hacerlo un hombre que en un medio ambiente urdido de apremiantes reformas surge con la aureola de un predestinado. Hostos tenía talento para hacerlo; representaba una causa legítima, cual era la defensa de su patria y nuestro momento histórico reclamaba hombres de valer. Vió el quehacer



que reclamaba su patria adoptiva dominicana y se dió a él con alma y corazón. Había que formar una generación, entendiendo por esta palabra todo lo que ella significa: juventud, fuerza dinamismo, palanca, signo de una renovación social, cultural y política decisiva. Lo logró acaso? Ciertamente que el impulso inicial para lograrlo se produjo, porque toda idea nueva en un ambiente social determinado polariza fuerzas y conduce a inevitables cambios favorables o no.

Medio no apto

Pero ni Hostos logró cuanto deseaba, porque el medio no era apto para recibir el impulso, ni la vida dominicana derivó todo el beneficio que más de dos generaciones esperaron cosechar del bienintencionado maestro, por la sencilla razón de que los principios que imbuían en gran parte su mente no fueron capaces de producir los esperados frutos en ninguna parte. No mejoró nuestra vida social, política ni económica por fuerza de la reforma hostosiana. Esto lo sabemos todos los dominicanos y no haría falta la encuesta para comprenderlo. La clave de su obra se desplaza casi por completo hacia el aspecto educacional. Así vamos a considerar la segunda parte de la encuesta, la significación de su laicismo en la trayectoria social del pueblo dominicano.

Me atrevo a aventurar una afirmación rotunda . Si el laicismo entendiendo ya principalmente el laicismo escolar, hubiese sido la fórmula salvadora del pueblo dominicano, ciertamente su influencia benéfica se hubiera manifestado en nuestra vida social, económica o política, como partes importantísimas de la vida dominicana. Y no fué así. Creo a fe ciega en la escuela como principal factor del verdadero progreso de las naciones y por eso hago la afirmación. De paso me vienen a la mente las palabras del Evangelio, que se refieren también a los maestros, “por sus frutos los conoceréis”.

No fué el laicismo, hijo legítimo del liberalismo russoniano y hermano gemelo del positivismo filosófico, capaz de dar robustez a los principios directivos de la educación. Desterrar a Dios de las aulas en nombre de un pretendido antidogmatismo; suprimir la moral religiosa para edificar las conciencias con una



soñada moral natural; tratar de borrar toda idea del mundo sobrenatural con una imposible “religión de la humanidad”, son aspiraciones quiméricas que el mismo mundo de la razón ha descartado para reclamar en los últimos tiempos una metafísica trascendental que satisfaga las aspiraciones humanas. Esa metafísica hace tiempo que fué enseñada y conocida y es la que fluye de las enseñanzas de Cristo, Verbo Encarnado.

No hay en la historia del pensamiento humano conceptos más imprecisos que los de laicismo y liberalismo, que para cada un adepto han significado algo diferente y variable. Por su parte el positivismo no es nada nuevo, sino la manifestación algo romántica del materialismo de todas las épocas. Mal podría entonces un sistema docente basado en esas ideas edificar algo estable. Así, de la escuela hostosiana cosechamos los dominicanos por lo menos dos o tres generaciones de intelectuales que salvadas algunas excepciones se señalaron por su indiferencia y muchas veces por su hostilidad a nuestro acervo católico e hispánico.

Testigo fidedigno

No soy de los que cargan sobre Hostos todo el fardo de la responsabilidad de nuestra laicización Tampoco acepto la versión del Hostos ateo. Un testigo fidedigno, seminarista en aquellos tiempos y hoy venerable y anciano sacerdote de nuestro clero, cuenta cómo en cierta ocasión Hostos solicitaba lloroso al Padre Billini, de quien era gran amigo, el Bautismo para un hijo suyo gravemente enfermo. Y quien cree en el Sacramento del Bautismo cree también en Dios y en la Iglesia. . . Los gérmenes de las ideas profesadas por Hostos en su escuela hacia tiempo que se habían infiltrado en nuestra tierra y de no haber sido Hostos el propulsor, lo hubiera sido cualquier otro mentor audaz. Eran las ideas del siglo, que Europa volcaba sobre el mundo y América recibía como si fueran un nuevo Evangelio.

El fenómeno del laicismo se produjo de un modo variable en toda América Latina y en algunos países aún perdura. Pretender que Hostos no influyera en nuestro medio y creer que su acción se vió limitada por la falta de medios materiales es



ignorar el valor y la fuerza de las ideas. Baste decir que fundó una escuela. Todavía se cosechan flores en el Jardín de Academo. Las “elites” son una realidad indiscutible y más aún en el orden cultural. Basta señalar dos ejemplos opuestos, el uno para el mal: Es así como en las llamadas “democracias populares” modernas un grupo reducido de demagogos se adueña del poder e implanta la terrible dictadura comunista. El otro para el bien: Fué así como Cristo, con sólo doce apóstoles, conquistó para sí lo mejor del mundo.

La escuela de Hostos, no hay lugar a duda, influyó decisivamente en nuestros códigos de educación y preparó el ambiente para muchas otras leyes atentatorias contra la estabilidad del matrimonio y de la familia, contra la personería jurídica de la Iglesia Católica, contra la misma libertad de enseñanza. Por atentado contra “la libertad de conciencia y de cultos” se tenía el hablar de Dios y de la ley divina en las escuelas de un país católico en su casi totalidad como el nuestro. Y eso precisamente en nombre del “liberalismo”. Había necesidad de un instrumento jurídico capaz de corregir la situación; faltaba una legislación más cristiana y más dominicana y por eso se echaba de menos la existencia de un Concordato.

Lo bueno y lo malo

Lo bueno de Hostos fué su gran empeño en despertar en el medio dominicano la inquietud por el saber y la cultura; por sembrar en las conciencias juveniles el interrogante, la curiosidad científica que es condición indispensable al progreso; la discusión de ideas, que según San Agustín “hace al doctor”; el afán de superación y el interés positivo por los problemas nacionales; el uso del método experimental, el mejor de su época. Esto lo necesitaba nuestra escuela de fines del siglo pasado y hasta aquí todo está bien. Lo malo de Hostos, su error capital, está en no tener en cuenta los principios eternos de la metafísica; el valor educativo de la fe; el venero inagotable de la tradición, sin la cual es imposible trazar nuevos rumbos a las generaciones venideras.

Por considerarlo de interés para la encuesta, voy a citar algunos párrafos de mi libro “La Cruz Señaló el Camino”, publicado con la aprobación de la Arquidiócesis de Santo Domin-



go: “El positivismo, aplicado a la educación, tiende necesariamente a dar la primacía a las ciencias aplicadas, a instaurar de nuevo el naturalismo que preconizara Juan Jacobo Rousseau y a negar toda metafísica y aún toda moral que no sea la meramente sociológica.

Y tal fué la escuela de Hostos; un trasplante de positivismo a un ambiente que se había nutrido de espiritualidad. De haber sido más ecléctico, Hostos hubiera aprovechado la base de humanismo que perduraba en la escuela dominicana y hubiera añadido a ella su método experimental. Así se hubiera operado la verdadera y necesaria reforma de la enseñanza. Pero en la lucha que mantenía frente a la dominación española en América, Hostos hizo de sus ideas políticas una vivencia que aplicó sin distinción a todas sus actividades humanas. Quería libertad y eso era todo. Quería libertad para Puerto Rico y España se la negaba. Y como España era una nación eminentemente católica y el positivismo era negación diametral del espíritu, nada más natural que hacerse positivista y hacer del positivismo un arma política contra España. Esta es la verdadera y humana explicación de la cruzada de Hostos”.

“Ni qué decir tiene que el éxito de Hostos en la Escuela Normal para Maestros fué grande. La obra se enfrentaba a una necesidad y la resolvía por lo menos en parte. La figura del apóstol de la libertad de su pueblo se agigantaba en el ambiente envuelta en la aureola de la proceridad. Nada necesita tanto una idea para imponerse como un hombre que la abrillante con su personalidad. Y Hostos en verdad la tenía: era culto, cultísimo; era maestro por vocación y por ideales; fué gran escritor y gran orador; hombre abnegado, austero y modelo de cortesía y afección. Qué más faltaba para hacer de él un “santo laico”?

Confunde términos

Por otra parte el medio no estaba preparado para rechazar la parte discutible de su sistema. Basta observar aún hoy día, al tratar de la pedagogía hostosiana, muchos en Santo Domingo confunden los términos “racional” y “racionalista”. La pedagogía de Hostos sí fué racionalista en el sentido filosófico, porque dió



la primacía total a la razón, negando la metafísica y la revelación. Pero racional es, entre muchas, la pedagogía cristiana, que tiene en las “Quaestiones Disputatae” de Santo Tomás un precedente bastante remoto”.

“Hostos fué un hombre de su siglo. Todo el siglo XIX está impregnado de materialismo en filosofía y de liberalismo en política. Fué muy frecuente que los políticos liberales de este siglo hicieran del positivismo un arma política y este fenómeno es palpable en muchos países hispanoamericanos. Toda revolución busca el cauce de una idea que polarice sus fuerzas y en las revoluciones del siglo XIX, como secuelas de la Revolución Francesa, esa idea contraste o antítesis de toda idea moderadora, fué el positivismo. Con esto queda dicho lo mejor que podría decirse sobre su personalidad de prócer: Suyo fué el patriotismo, la abnegación, el sacrificio, la honestidad; *pero las ideas pedagógicas de Hostos no son de Hostos. . .*”

“Tuvo Hostos en Santo Domingo sus animadores y sus contradictores. Los primeros no supieron establecer la distinción entre el hombre y la verdad, según el clásico “amigo Platón, pero más amiga la verdad”; los segundos no supieron valorar la parte aceptable de su sistema y tal vez contribuyeron sin saberlo a darle más trascendencia con una negación total. Lo curioso es que con un quijotesco “lanza en ristre”, el sistema positivista hostosiano perdurara en la escuela dominicana hasta completar la primera mitad del siglo XX, cuando el positivismo era ya espécimen histórico en los anales de la educación”.

Sólo Trujillo

Influye aún Hostos en la escuela dominicana? Para explicarlo hay más hechos que palabras. Como muchos problemas de indole nacional y de imperativa solución, el de la escuela dominicana reclamaba una visión amplia y certera y una decisión de voluntad capaz de afrontar las inevitables dificultades creadas por un estado de cosas que envejecía y se petrificaba, a pesar de que no faltaron quienes demandaron solución. La Iglesia Católica no contaba con los medios materiales necesarios para llevar a cabo una reforma educacional de amplitud; y si algunos gobernantes o legisladores del pasado llegaron a ver la necesi-



dad de una reintegración de lo verdaderamente nuestro, no tuvieron el valor de afrontar la situación. Sólo Trujillo fué capaz de comprender la trascendencia del problema y lo resolvió con el método característico de los grandes dirigentes de pueblos: con pensamiento y acción. Puntos culminantes de la reforma educacional que reclamaba nuestro pueblo son la nueva Ley Orgánica de Educación, la ley de Enseñanza Religiosa y el Concordato suscrito con la Santa Sede. La nueva escuela dominicana se estructura sobre la base de nuestra propia realidad nacional, nueva y progresista, dominicana y católica. No circunscrita a limitados y estrechos horizontes, sino proyectada con sentido universalista, abierta a toda inquietud sana y dispuesta a ser siempre baluarte de lo bueno, bello y verdadero.

Hostos, bien dicho está, “pertenece al pasado”. Pero no olvidemos que no hay presente sin pasado y que el pasado influye necesariamente en el presente. Hostos y el laicismo dejaron un surco profundo en nuestra escuela, como el liberalismo lo dejó en nuestras leyes. Si la nueva escuela se afianza con la cooperación de todo ciudadano consciente, que no debe escatimar su colaboración al Gobierno Dominicano en tan magna empresa, se formará también una nueva generación y la batalla estará totalmente ganada.

Así Hostos se convertirá en un lejano testigo del Renacimiento dominicano. Por una de esas paradojas que la historia ofrece muchas veces para lección de los humanos, la estatua en mármol del maestro se yergue hoy en el patio mismo de la que fué capilla de la Tercera Orden de Santo Domingo y frente a frente al mismo baluarte de nuestra fe, cultura y tradición que fué la iglesia del Imperial Convento de Santo Domingo. Convento y capilla siguen en pie, como sigue en pie la fe del pueblo dominicano. En ambiente tan ajeno al materialismo, el maestro parece meditar grandes cosas. De vivir Hostos todavía y contemplar las ruinas amontonadas en el mundo por el materialismo, ya Hostos no sería positivista ni laicista. Cuantas veces he contemplado el contorno, he pensado en la paradoja, y acostumbrado al rezo del Oficio de Difuntos he sentido deseos de decir al maestro silencioso: *En nombre de Dios y de la Patria, decansa en paz...*

Pbro. Dr. Juan F. Pepén





Respuesta del Lic. Luciano A. Díaz

Tengo la honra de deferir a la encuesta de **EL CARIBE** sobre la “influencia de Hostos en la vida dominicana”; la significación de su laicismo en la trayectoria social del pueblo dominicano” y si “se inspira aun la Escuela Nacional, en las ideas y sistemas del pensador antillano, según lo afirma el fenecido escritor M. A. Peña Batlle”.

Sería una temeridad injustificable, negar que Hostos cumplió en América una profunda misión educativa, universalmente reconocida. Es más, considero que al implantar entre nosotros la enseñanza racional no podría escribirse el proceso educacional del pueblo dominicano sin su nombre.

Pero, para juzgar la influencia de Hostos en la vida dominicana es necesario no apartarse del alcance de las enseñanzas del Apóstol y de la época en la cual le tocó vivir.

Sus obras están ahí. La Moral Social, su Sociología y su Derecho Constitucional, exponentes magníficos de su doctrina como reformador, expresan claramente, que Hostos no pudo circunscribir su pensamiento a las limitaciones geográficas de un país determinado. Sus enseñanzas tenían raíces muy profundas y por consiguiente debían tener, necesariamente, trayectorias continentales.

Escasos discípulos

Llegó a esta tierra en una época, de completa desorientación cultural. Trabajó y enseñó, dominado por el alcance de sus propósitos de educar, sin tomar en cuenta el valor de los elementos naturales, cuando el país estaba dominado por prácticas



arcaicas, cuando eran pocas las escuelas y reducidas casi a cero las comunicaciones, y en esas circunstancias, su escuela, necesariamente, se redujo a un corto número de discípulos y por consiguiente Hostos no pudo tener una influencia definitiva en la vida dominicana, ni su laicismo tuvo significación alguna en la trayectoria social del pueblo dominicano y como tal lo revela, el que nuestros desórdenes, nuestras guerras fratricidas el abandono total de nuestras riquezas naturales siguieron durante la estada de Hostos y después, tal como existían antes de su llegada y por consiguiente, aceptado esto así no merece tomarse en consideración la aventurada afirmación del fenecido escritor M. A. Peña Batlle, de que aún la Escuela Normal se inspira en las ideas y sistemas del pensador antillano.

Tal como lo afirma Herrera Báez “Hostos es Valor Histórico no Actual”.

Tocó al Generalísimo Trujillo apoyado en los elementos naturales del país y en todo lo autóctono, crear la nueva Escuela Nacional con la cual fué posible erradicar todos los males que afligían al pueblo dominicano.

Afectuosamente,

Lic. Luciano A. Díaz



Respuesta del Lic. Barón T. Sánchez

Experimento singular complacencia contestando la interesante encuesta abierta por ese periódico de su atinada redacción, en la cual me hizo usted el honor de incluir mi nombre, en relación con la escuela laica de Hostos y la posición de la Escuela Nacional frente a las ideas del maestro borinqueño.

Cuando Eugenio María de Hostos pisó tierra dominicana trajo la conciencia herida por el triste espectáculo que ofrecía el prolongado estado de vasallaje de su patria. Había recorrido a España y América en empresa de libertador y en todas partes había despertado cálidas simpatías, pero en ninguna consiguió la ayuda que necesitaba para el logro de sus ideales. En Madrid hizo causa común con Castelar Giner de los Ríos, Salmerón, Pí y Margall, y los demás dirigentes republicanos que derrocaron la monarquía de Isabel II, a cuya caída exclamó el maestro: “Las Antillas no viven, languidecen, como languidecía la tenebrosa España de Isabel de Borbón”.

Cursó sus estudios secundarios en Bilbao e inició los universitarios en Madrid, y como la mayoría de los intelectuales hispánicos de su época, siguió la corriente Krausista que predominó en la Madre Patria en el siglo XIX, evolucionando luego hacia el positivismo de Augusto Comte, como lo hicieron todos los que recibieron de cerca el poderoso influjo de ese ilustre filósofo. Próximo a graduarse de abogado abandonó los estudios para darse todo entero a la lucha por la independencia de su país, porque todo lo que de su idea lo separa, lo separa del objeto de su vida. . .



En su lucha sin tregua en pro de la liberación patria que anhelaba, concibió la idea de agrupar a sus compatriotas en una Liga, “para emanciparse por la escuela y el trabajo y lograr por ese camino la completa independencia política”. Para Tulio Manuel Cesteros, Hostos representa “la obra del pensamiento en brega infatigable para estructurar la civilización americana, como la avizoró en su apasionada peregrinación continental, como la doctrinó en su pugna para que los pueblos antillanos, libres, prósperos, independientes y soberanos, sean el factor de equilibrio en la civilización de América.

Con esa concepción ideológica llegó Hostos a nuestro suelo y fundó en la antigua Santo Domingo, hoy Ciudad Trujillo, la Escuela Normal, la cual funcionó calcada a los nuevos moldes doctrinarios por él concebidos y programados conforme a su pensamiento pedagógico. La República atravesaba por la etapa más crítica de su cultura, a consecuencia de las dominaciones extrañas que había sufrido y de las dificultades políticas que tuvo que afrontar en los primeros años de su gobierno propio, y la ocasión era propicia para que un buen sembrador removiera la tierra y arrojara al surco la simiente de su espíritu y de su ciencia. . .

En mi concepto, la escuela laica hostosiana no tuvo por finalidad negar la existencia de Dios, como se ha dicho, sino preparar maestros integrales, sin sujeción a determinada tendencia eclesiástica; capacitar maestros que conservaran plena libertad de conciencia y nutrieran su criterio con ideas exentas de toda aseveración es que, ninguno de sus discípulos adjuró de la fe de sus mayores, ni dió la espalda a la santa imagen de Cristo Crucificado que aprendieron a venerar en el hogar.

Ciertamente que la enseñanza racionalista de este libre pensador que fué Hostos, dió origen a enconada controversia, y provocó, en principio, la protesta de los dignatarios que ostentaban la dirección espiritual de nuestra grey, pero bien pronto sus más destacados contradictores rectificaron su actitud y reconocieron que el plan de estudio puesto en práctica en la Normal en nada menoscababa el sentimiento tradicionalmente católico del pueblo dominicano. El presbítero y filántropo Francisco Javier Billini, Director del Colegio de San Luis Gonzaga,



que había sido uno de los abanderados de la oposición al método hostosiano, combatiéndolo en la prensa, el aula y el púlpito, asiste a la segunda graduación de maestros normalistas, y en el momento de la investidura, se levanta de su asiento, visiblemente emocionado, y ante la expectación del selecto público presente, manifiesta ser *“decidido partidario de la enseñanza racional y que consideraba la Normal como verdadera fuente de moral y de progreso”*.

Sin embargo de esto, la reforma educacional propugnada por el eminente educador antillano, no produjo todos los frutos que debía producir, porque su preceptor no supo o no quiso adaptarse al ambiente político imperante en el país en esa época y prefirió sacrificarla en una larga ausencia en el extranjero que debilitó profundamente las raíces de sus enseñanzas. Al reintegrarse a sus labores docentes años después, gran parte de su alumnado se había disgregado y sus ideas y teorías pedagógicas se habían esfumado en la vastedad del tiempo y del espacio. Debía entonces reconstruir su obra y la muerte se lo impidió. De ahí que se pueda asegurar, sin faltar a la memoria del maestro ido, que la escuela hostosiana no dejó en nuestro medio un sólo discípulo que se consagrara a consolidar sus postulados y que su influencia comenzó a desaparecer tan pronto como se extinguió la útil existencia del hombre que la inspiró.

Es innegable, por otra parte, que el método expositivo del señor Hostos adoleció de poca depuración didáctica. “Su estilo de hinchado y grandilocuente retoricismo turba, a veces, el rigor del razonamiento”. Por eso se impuso la necesidad de reiterar sus obras declaradas de textos de la programación escolar que actualmente está en vigor y sustituirlas por otras que respondieran mejor al interés del estudiantado, y que estuviesen, al mismo tiempo, más acordes con los sistemas y principios de la pedagogía moderna.

La verdadera reforma de la instrucción pública se inicia entre nosotros en el año 1930 con el advenimiento del Generalísimo Trujillo a la Presidencia de la República. Es él el gobernante que más se ha preocupado por la educación de su pueblo y el que mayor aporte moral y material ha dado el desarrollo cultural de sus conciudadanos.



Lo admirable de su obra en este trascendental aspecto, sin entrar en el análisis del progreso alcanzado con el ensanchamiento de los establecimientos docentes que funcionan en todo el territorio de la República y la adaptación y aplicación de los sistemas más avanzados de la enseñanza, desde la rudimentaria “hasta la universitaria, —lo que sería tema muy amplio para los límites de esta breve carta— está en haber estructurado con lineamientos propios y alientos de perennidad la auténtica escuela dominicana, que es producto exclusivo de la nueva conciencia nacional y que perdurará a través de las distintas directrices que puedan orientar en sus estudios a las generaciones del futuro.

La escuela de Trujillo, con maestros dominicanos, que piensan, sienten y enseñan en dominicano, es exponente fiel de las brillantes realizaciones de una Era que representa la transformación más honda y radical que pueblo alguno haya experimentado en el curso de su historia.

Quando pase el tiempo y la posteridad haga la crítica histórica de la evolución cultural de la sociedad dominicana en este ciclo de su existencia la Cartilla Cívica redactada por el Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva y el Plan de Alfabetización Total ideado y ejecutado con los auspicios de su genial inspiración, serán los hitos más sobresalientes de la elipse trazada por el pensamiento colectivo de nuestro pueblo hacia un fin de superación global, en el que resaltan el amor a la paz entre los hombres libres del universo: la dedicación al trabajo y al estudio que ennoblecen; el respeto a los símbolos sagrados de la Patria; y el fervor hacia lo que ha sido y es la esencia de la moral y de las buenas costumbres de nuestras familias; y la devoción a Dios Todopoderoso, gobierno de nuestras almas y norte y guía de nuestras conciencias.

Lic. Barón T. Sánchez L.



Respuesta del Lic. Juan Francisco Sánchez

Correspondo a la gentileza que ha tenido ese diario, bajo su atinada dirección, al incluir mi nombre en la lista de los encuestados en relación con Hostos y su obra en nuestro país.

Ante todo, permítaseme decir que comparto el juicio unánime de los que hasta ahora han contestado en cuanto a la integridad moral del “Eminente Ciudadano de América”; en cuanto a su honestidad de propósitos y en lo que respecta al beneficio que significó en el terreno científico-racional su labor educativa.

En lo tocante a su influencia en el medio dominicano, fué pasajera si nos referimos a sus ideas radicales, pero honda y permanente en cuanto se refiere al espíritu de tolerancia de las ideas religiosas.

En cuanto a su laicismo, éste ha de interpretarse como independencia entre el magisterio de la Iglesia y el magisterio de la educación escolar común.

Sus ideas religiosas son contradictorias, como tienen que serlo todas las ideas que nacen del conflicto entre la razón científica y el sentimiento metafísico de trascendencia innato en el hombre. Hay pasajes en las obras de Hostos en los cuales podríamos pensar que se trata de un materialista del tipo de Holbach o La Mettrie; hay otros, en los cuales creemos encontrar un panteísta; en otros, si los tomamos aisladamente, bien podríamos pensar que se trata de un católico descontento, de un protestante, porque afirma la creencia en el Dios del Cristianismo, bien que a su manera.



Superó positivismo

Sin embargo, para mí, el escrito que más fielmente define su pensamiento metafísico, y que armoniza todas las contradicciones citadas, es aquel en que se nos muestra como agnóstico o escéptico, no como positivista radical. Sabemos que Hostos superó el positivismo radical de Comte gracias a Spencer y a Pascal, y, sobre todo, a la raíz hispánica senequista que nunca pudo negar. De Spencer tomó el evolucionismo que campea en toda su obra postrera, de Pascal los derechos del amor, del sentimiento, de la “razón del corazón” y de la imaginación creadora en lucha con la razón racionante. Añádese a esto la raíz hispánica senequista del vigoroso individualismo de Hostos, su interés en poner a salvo la sustancia individual, su énfasis en reforzar la idea de la personalidad como el eje diamantino alrededor del cual giran los valores del bien, de la justicia, del deber y del derecho, de la moral, en suma: su concepción de la persona humana como el poder creativo y transformador de la sociedad y del mundo cultural.

De entre las tres principales características del positivismo: a) doctrina de la ciencia, b) reforma de la sociedad por la razón científicista, y c) religión entendida como regla moral que orienta y rige la vida del hombre. Hostos puso el énfasis en la segunda; en la tercera fué contradictorio, pero su pensamiento final, en el cual se armonizan las contradicciones, es el agnosticismo de Spencer. He aquí el escrito a que me refiero: “Kant (no el postizo de por acá, sino el legítimo de Koenigsberg), pone frente a frente las opiniones de los filósofos que creen con las de los que no creen... y se acoge al imperativo categórico;... Spencer se asila en la distinción entre lo cognoscible y lo incognoscible y deja *open door to all and every one*: Comte funda una religión con los materiales de lo cognoscible, y Pascal dicta la sentencia inapelable: Hay una fuerza de verdad que *todo el escepticismo no puede vencer*; hay una impotencia de demostración invencible para todo el dogmatismo”. “Esta fuerza de verdad que detiene al escepticismo y ante la cual no puede nada el dogmatismo, *ha acabado ya con los ateos de buena fe y con los religionarios de fe buena*. Los que de veras han pe-



netrado en el fondo del problema, se declaran *tan incapaces de resolverlo afirmando, como de resolverlo negando*. “En la existencia de un orden universal y omnimodo está la prueba matemática de una causa ordenadora. Y a la vista de ella... ante la continua prueba de asombro, admiración y maravilla que para la razón es ella, se despierta con tanta más viveza el sentimiento de amor y gratitud hacia ese orden...” (1).

“Fuerza de verdad”

Este es el mismo pensamiento de Spencer, el de una “Fuerza de verdad” o energía *realísima*, principio supremo que se manifiesta en dos maneras o reinos: como causa original del universo manifestado y como conciencia en el hombre. La razón humana, si puede conocer sus operaciones en el mundo de la manifestación, no puede alcanzar su ser y esencia. La razón descubre las leyes y relaciones del principio supremo y afirma su existencia, la conciencia afectiva siente aletear en el corazón la demanda de su posesión como bien supremo, pero si bien en el primer aspecto es cognoscible, en el segundo aspecto es incognoscible, de **ella** sólo podemos afirmar la existencia: hay una primera y suprema causa incognoscible.

Esta posición ha sido ampliamente compartida en la historia del dramático pensamiento humano, y muchos miembros de la Iglesia lo han compartido en una u otra forma. De ahí la línea irracionalista de la Iglesia Católica, y de ahí que el obispo de Winchester delarara que Spencer no era ateo y que sus doctrinas no eran escandalosas; de ahí que Hostos tampoco pudiera ser calificado como ateo; de ahí la cavilación de Meriño y de Billini, y de ahí, sobre todo, la amplia tolerancia y el supremo respeto de Hostos por todas las religiones.

En cuanto a nuestra patria, Hostos la amó profundamente y la hizo su segunda patria. Su idea del federalismo universal, que prevé nuestra convivencia federal con Haití —y que alarmó a Peña Batlle—, la tomó de Krause. Primero, federación de las Antillas, luego federación de toda Hispanoamérica, luego federación de ésta con España como lazo y aglutinante originario. Esta federación hispánica haría entrar al bloque america-



no de habla inglesa en una federación más amplia, en la cual ningún bloque podría recelar del otro en virtud del principio federalista del respeto de las características propias de cada nación.

En esto no hay ni haitianismo ni antiespañolismo, es sólo sueño del que sueña con un gran ideal de convivencia política universal, poesía de alto grado. Sin embargo, Hostos veía el gran obstáculo en Haití. El habla de la “barbarie” de su masa y desespera de que con esa masa se pueda llegar a hacer nada bueno: “Pero es necesario repetirlo, los descendientes de los esclavos que la colonia francesa había abrumado, no podían tener, *y acaso no logren nunca*, las condiciones indispensables *para constituir una sociedad civilizada*”. (2).

Honrado y veraz

Soñó con una República Dominicana fuerte, sana, desarrollada, libre, organizada y progresista. Como hombre de pensamiento que era, honrado y veraz, señala los vicios que teníamos que desarraigar, y en ello fué crudo, pero cuando señala las rutas que deberíamos seguir, es profético y cualquiera se asombra de sus previsiones y bendice su sueño: “Interés de la República es hoy, y será mientras tenga gobernantes verecundos, el pago de sus deudas interiores y exteriores, la adopción de una definida e imperturbable política económica exterior; la aplicación pausada, pero firme, del principio de autonomía de la vida municipal y del gobierno provincial; la aclimatación, así, de la libertad, del derecho y de la ley; la organización definitiva de la enseñanza pública, de modo que abarque todos los grados aquí posibles de enseñanza y todos los grupos y clases de población; el arreglo práctico de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, hasta conseguir que ésta se reduzca a sus asuntos espirituales y que el otro no se salga jamás de los negocios temporales; la formación metódica de una marina de guerra, que tenga por primer objeto el favorecimiento de una marina comercial de costa y cabotaje; la regulación del servicio militar hasta conseguir que todos los ciudadanos lo presten con regularidad, que se evite esa infamante injusticia de los “enrolamientos” a la fuerza, y de



que el préstamo de tributo de sangre no sea una contribución forzada, sino la más espontánea de las contribuciones cívicas”.

“El interés que la República tiene en la realización de todas y cada una de esas necesidades es urgente; tanto es urgente, que aquí no habrá ni aún derecho de considerarse en aptitud de efectivo desarrollo social, mientras a la sociedad y al Estado no se les vea haciendo o intentando todo eso. Pero, de todo, lo que más urge, es poblar, es colonizar tierras baldías, es fabricar la muralla semoviente en las fronteras, situar y cimentar colonias agrícolas, atraer poco a poco, empezando lo más pronto que se pueda; es decir, una inmigración de gentes fuertes, industriosas y morales que, ligadas por los vínculos de la familia y de un común interés en la organización, ordenación y propiedad de los predios rústicos y de las poblaciones industriales que ellas creen, den a la República la primera base de estabilidad, que es el trabajo reproductivo”. (3)

Y aquí está el sueño de bien de Hostos y su realización presente; todo lo que él soñó: la redención de la deuda externa, la implantación de una política económica, la organización definitiva de la enseñanza pública, el concordato con la Iglesia Católica, la formación de una marina de guerra, la flota mercante, la implantación del servicio militar obligatorio, las colonias agrícolas, la colonización de la frontera, la política inmigratoria, la organización del trabajo y de la industria... todo este sueño de bien para nuestra patria, que un lustro después de su muerte parecían quimeras irrealizables, lo ha realizado Trujillo.

Si Hostos pudiera volver a vivir por un momento, y viera realizado tangiblemente sus sueños de bien dominicanistas, él, hombre honrado que nunca escatimó el elogio sincero para los méritos auténticos de los hombres, aún para los de su más encarnizados enemigos, de seguro también le hubiese llamado a Trujillo “El Benefactor”.

Juan Fco. Sánchez

-
- (1) Obras completas, Vol. “Forjando el porvenir americano”, t. II, pág. 86.
 - (2) Idem, Idem, Vol. XX, “Ensayos didácticos”, t. III, pág. 342.
 - (3) Idem, idem, Vol. X. “La Cuna de América”, pág. 433.





Respuesta de Don Antonio Hoepelman

Me honra Ud. incluyendo mi nombre en la lista de intelectuales a quienes interroga su importante periódico con relación al alcance educativo que tuvo en la República Dominicana, la labor pedagógica del pensador borincano Eugenio María de Hostos.

Agradecido a su distinción, correspondo a ella con la sinceridad y responsabilidad que me caracterizan con las siguientes afirmaciones.

Antes de la llegada de Hostos al país, ya había alcanzado renombre y fama en los campos de las ciencias y de las artes un nutrido grupo de intelectuales dominicanos cuyos nombres figuran con fama y con honor en las páginas descriptivas de las antologías.

Su labor, la del Señor Hostos, con la introducción de su sistema de enseñanza laica en los planes de estudios existentes en su época, tuvo, indudablemente, alguna influencia en un reducido sector de la juventud estudiosa de la República; pero esa misma labor resultó limitada y sin trascendencia. Tropezó desde su comienzo con una muralla infranqueable y se estrelló contra ella: la fé católica del pueblo, mantenida en cada hogar dominicano desde que fué traída por España y legada a los pueblos que habitaban el Nuevo Mundo.

Algunos pocos

La escuela dominicana no podía vivir ni prosperar sin Dios y sin ser regida por las leyes cristianas. De ahí, que la ense-



ñanza racionalista de Hostos aprovechó solamente a algunos pocos.

Y aún esos mismos, de los cuales solamente unos cuantos dedicaron su vida a la labor educativa, los más buscaron en la burocracia sus medios de existencia, ya como empleados públicos o ya como ocupantes de altos cargos directrices en el tren administrativo, sin llevar a las alturas del Poder nada de los frutos que se les suponía, cosechados con las enseñanzas hostosianas. Ellos se confundieron, como la mayoría de los dominicanos, entre los secuaces de las banderías políticas personalistas que existieron hasta el 1930.

Con la evidencia de los hechos, puedo afirmar que la verdadera educación metodizada, religiosa, con provechosa cultura dominicanista, arranca desde el inicio de la fecunda Era de Trujillo.

Al ilustre Estadista, Benefactor de la Patria, se debe la gigantesca difusión de la enseñanza en la República no solamente con la creación de adecuados centros docentes en cada sector del país, sino con la implantación de nuevos y modernos planes de enseñanza, puestos en ejercicio por idóneos y consagrados profesores.

Escuela de Trujillo

La escuela racional de Trujillo, que se adentra en todas las escuelas de emergencias, por las primarias, secundarias y normalistas, hasta subir a las aulas universitarias es la que ha creado una verdadera cultura dominicanista con dilatados horizontes de progreso y de prosperidad para la Patria.

A pesar de la enseñanza laica implantada por Hostos en el país, no creo en el ateísmo que muchos le atribuyen y, si realmente él fué ateo, su negación de Dios no influyó en la educación de sus discípulos ni alcanzó arraigo en sus creencias religiosas, esencialmente Católicas, Apostólicas y Romanas heredadas de sus antecesores.

En cuanto a su antiespañolismo, fué relativamente justi-



ficado, porque Eugenio María de Hostos, sin poder negar la cultura de España traída a las tierras americanas, se sintió deprimido como colono de España dentro de su patria irredenta. Por eso le vemos aferrado al propósito de libertad de Puerto Rico, junto con Baldorioty y Betances, para crear con Cuba y la República Dominicana la Confederación Antillana del Caribe, incluyendo, desde luego, por razones geográficas, a la Nación haitiana.

De Ud. señor Jefe de Redacción, con afecto,

Antonio Hoepelman





Respuesta del Prof. Ricardo Ramírez

Complacido correspondo a la encuesta abierta por ese importante diario acerca de la influencia de Hostos en la vida dominicana, la significación de su laicismo en la trayectoria social del pueblo dominicano, y si se inspira aún la Escuela Nacional en las ideas y sistemas del pensador antillano, y agradezco la distinción con que se me ha favorecido al haberme incluido en la nómina de las personas a quienes se ha solicitado sus opiniones sobre tan interesante asunto.

Influencia de Hostos en la vida dominicana

La obra educativa desarrollada en nuestro país por don Eugenio María de Hostos, que fué obra de amor, de patriotismo y de fe en los principios de la redención humana, por virtud de la acción civilizadora de la escuela, señala el inicio de la evolución de la verdadera cultura y del pensamiento de nuestro pueblo, que vegetaba y languidecía en un ambiente asfixiante en que la ignorancia, el fanatismo y la superstición habían arraigado con profundas raíces, no obstante los esfuerzos que hacían algunos centros de educación y algunos maestros bien inspirados y de buena voluntad, pero que, imbuídos como estaban, en las doctrinas del escolasticismo, impartían una enseñanza pobre y rutinaria, sin trascendencia formativa de la conciencia ciudadana, y que tenía, más bien, al cultivo de las facultades de adorno del espíritu.

En el año 1880. en que el señor Hostos inaugura en la antigua ciudad de Santo Domingo la Escuela Normal cuyo plan



y organización ya había concebido y bosquejado durante su permanencia en la ciudad de Puerto Plata, en el año 1875, cuando por primera vez tuvimos la dicha de que el sabio pensador pusiera sus plantas en nuestra amada Quisqueya, un nuevo sol alumbra en el horizonte de nuestra patria.

En aquel notable centro de educación cobran nuevos rumbos las directrices de la causa de la educación popular. Los métodos de enseñanza y los sistemas pedagógicos creados y llevados a la práctica por el ilustre pensador, sociólogo y maestro iban a promover, como promovieron, una revolución completa en la vida escolar. La formación de la conciencia del educando, operada por virtud de un desarrollo progresivo y natural de la razón, fué la norma y guía de aquella escuela, inspirada en la práctica del bien y de la virtud.

Por lo que acabo de exponer aquí, brevemente, considero que la influencia ejercida por el señor Hostos en la vida del pueblo dominicano, fué eminentemente benéfica y provechosa.

Significación de su laicismo en la trayectoria social dominicana

La escuela fundada por el señor Hostos, de orientación esencialmente racionalista, fué laica, pero su laicismo no interfirió con los sentimientos católicos del pueblo dominicano, pues el señor Hostos jamás hizo prédica en contra de esos sagrados sentimientos del pueblo, que siempre respetó; y esto queda confirmado por el hecho de que el Padre Billini, uno de los más ardientes adversarios que tuvo la escuela cuando inició sus labores, convencido, más tarde, de la eficacia y excelencia de las reformas educacionales puestas en vigor por el señor Hostos, declara públicamente, en cierta ocasión, que era “decidido partidario de la enseñanza racional, y que consideraba la Escuela Normal como verdadera fuente de moral y de progreso”.

¿Se inspira aún la escuela nacional en las ideas y sistemas del pensador antillano?

No puede afirmarse, en un sentido categórico, que la Escuela Nacional se inspire aún en las ideas y sistemas del pensador antillano, porque esto no es posible. Las nuevas modali-



dades que informan el espíritu y la vida del pueblo dominicano, como consecuencia del auge y progreso que le ha impreso el Generalísimo Trujillo, reclamaban enfocar el problema de la educación nacional desde un punto de vista nuevo, y el esclarecido estadista lo ha afrontado con una visión amplia, e, incorporando a nuestros sistemas educativos todos los recursos de la pedagogía moderna, ha transformado totalmente la fisonomía de nuestras instituciones docentes, haciendo desde la modesta escuela rudimentaria rural hasta nuestra Universidad, centros de educación que son orgullo de la patria, y que pueden compararse con los mejores que puedan existir en otra parte del mundo.

Saluda a Ud. atentamente,

Prof. Ricardo Ramírez





Respuesta del Prof. Rogelio Lamarche Soto

Me complace en expresar mis ideas con relación a la interesante encuesta que en torno a la Influencia de Hostos en la Educación abrió recientemente “El Caribe”, no sin antes agradecer a Ud. la gentileza de incluirme entre las personas cuya opinión fué solicitada.

La obra educativa que realizó Eugenio María de Hostos en nuestro país durante el último cuarto del siglo XIX, debe ser analizada a la luz de las circunstancias imperantes en la época de su realización; pretender desvincularla de su tiempo, situarla en el presente y valorizarla de conformidad con los módulos actuales, sería un contrasentido.

Debo aclarar que aunque estimo que el conocimiento de la personalidad moral y la filiación intelectual del maestro, el estudio de sus técnicas de enseñanza y el análisis de su filosofía de la educación constituyen valiosos elementos de juicio cuando se trata de valorizar el influjo que en el ámbito de la cultura ejerció determinada escuela, creo firmemente que el juicio más acertado y más sereno es el que se formula a posteriori y aplicando las enseñanzas que nos dió el Divino Maestro en la página inmortal del Sermón de la Montaña: juzgar al árbol por la calidad del fruto, “¿Cógense uvas de los espinos, o higos de los abrojos?”.

El hombre y sus ideas

Varón de altas virtudes, forjado en la misma fragua que Lucio Annio Séneca, pensador y maestro, pasó serenamente por la vida cumpliendo su misión de sembrador.



Al tratar de establecer su filiación intelectual no podemos dejar que se nos pase por alto el hecho de que Hostos fué ante todo, un hombre de su tiempo, y que positivistas fueron Comte, Littré, Taine, Ribot, Durkheim, Stuart-Mill, Spencer, Haeckel, Ostwald, Ardigó, altos ingenios que brillaron en la segunda mitad de la pasada centuria.

Inmerso, pues, en la corriente biocientificista y ametafísica que señoreo las ideas de la época, su pensamiento discurre por los cauces de las ideas spencerianas. Para confirmar la veracidad de este aserto, bastaría señalar su concepción orgánica de la sociedad y del Estado, el preponderante influjo que concede a la evolución al explicar los procesos tanto biológicos como sociales, la idea del equilibrio móvil —adaptación constante de las condiciones internas a las externas— que resplandece y campea en su Sociología, su firme convicción expresada reiteradas veces, de que el hombre sólo conoce fenómenos y que la ciencia nada más alcanza a darnos de las cosas un conocimiento relativo. Para Hostos, lo mismo que para Sir Herbert Spencer, más allá de la realidad y la experiencia, se halla lo Absoluto, la Causa Primera, el Fundamento del Mundo, lo Incognoscible.

Solamente no es dado conocer la corriente del devenir que de esa Fuerza o Incognoscible brota.

El agnosticismo es ateológico, y por tanto heterodoxo, desde el punto de vista católico. Esa es la verdad monda y lironda. Pero el agnóstico no es necesariamente ateo, porque precisamente, en el reconocimiento de lo Absoluto y en la limitación de la ciencia a lo relativo, se ofrece a propósito resquicio para conciliar la religión y la ciencia.

Para mí tengo que el pensador y maestro no fué ateo, sino que a la manera de los inmanentistas, llevaba clavado en su ancho corazón, como dardo de amor y de justicia, un Dios sentido que su razón no acertaba a concebir.

Nadie osará negar lo evidente. El señor Hostos fué materialista en el sentido en que lo son todos los que intentan dar una explicación mecanicista de los fenómenos biológicos; pero no lo fué en la aceptación peyorativa del vocablo, como aquellos que carentes de toda idealidad niegan la autonomía de los motivos espirituales en la vida social y afirman que la historia se desenvuelve únicamente en función de la lucha por la vida.



Consecuente con sus ideas liberales, hizo del laicismo una bandera, lejano eco en el tiempo y en el espacio, de las luchas que sostuvieron Horacio Mann en Massachusetts, Valera en Uruguay y Sarmiento en la Argentina.

El ambiente de polémica en que desarrolló sus actividades hizo tomar por ateísmo lo que era neutralidad de la escuela frente al problema religioso.

Hoy, las circunstancias han variado, “los regímenes antidemocráticos no conciben una educación carente de finalidad política, para ellos educar es adoctrinar, la misión de la escuela consiste en impregnar al educando de las ideas que sirven de sostén al régimen, a fin de convertirlo en dócil instrumento de sus designios y eficaz propagador de sus doctrinas”. (1) Ante esta realidad incontrovertible, en vigilante actitud de salvaguarda de los valores más preciados de la cultura occidental, “el Estado Dominicano, rindiendo parias al principio de integralidad de la educación, y teniendo en cuenta que nuestra cultura ha bebido siempre en las claras fuentes de la moral cristiana, como corresponde a un pueblo que blasona de su hispanidad, ha dado cabida en los programas de enseñanza (con la expresa excepción de aquellos que no deseen recibirla) a esa forma superior de la cultura que es la religión, la bendita religión de nuestros antepasados, que en vez de ser el opio de los pueblos, como afirmaba la arrogancia de Federico Engels y Carlos Marx, en la hora de angustias y dolores por que atraviesa esta asendereada humanidad, es inasible estrella que se vislumbra en las tinieblas, puerto que se abre a la esperanza de un futuro mejor”. (2).

Es que Trujillo, el clarividente, desde el bastión indestructible de la escuela, opone a las fuerzas disolventes y ateas del materialismo histórico, las aglutinantes del Quijote y la Cruz del Redentor.

Nuevas Técnicas

El estado de la educación en el país en el año 1880 era deplorable: un sistema de enseñanza rutinario y verbalista, con maestros cuya misión consistía en dar lecciones encaminadas a lograr que el alumno pudiese comprender, memorizar y aplicar



conocimientos nuevos (intellectus, memoria, usus linguae et rerum praxis), con planes de estudios que excluían de su cuadro de asignaturas las ciencias fisicoquímicas y naturales, ciencias sociales y las matemáticas superiores.

Con la llegada del maestro se utilizaron nuevas técnicas, se implantó el método intuitivo-inductivo-deductivo, se dió impulso renovador y progresista a la adormilada escuela nacional con el cultivo de nuevas disciplinas, y un soplo vivificador sacudió del marasmo en que se hallaba sumida a la vieja Universidad, de rancia estirpe complutense y salmantina.

En las aulas de la Escuela Normal los jóvenes dominicanos nutrieron su intelecto y templaron su espíritu para hacer frente a las contingencias de la vida, de ellas salió una minoría de selección, sana de cuerpo y fuerte de espíritu, apta para la realización de las que en aquellos días constituían las más nobles aspiraciones nacionales.

La pléyade hostosiana cumplió sus deberes ciudadanos con entereza y dignidad, y en el aspecto religioso, justo es reconocer que las enseñanzas del maestro no alcanzaron a extinguir en sus discípulos la llama de la fe.

La Escuela de Hoy

Empecemos por señalar el hecho de que la reforma hostosiana planteó de manera fragmentaria el problema educativo nacional, lo que condujo a la formación de una minoría de élite, apta para servir como clase dirigente y para el ejercicio del magisterio en la educación secundaria, sin que el pedagogo antillano tocara los problemas de la educación primaria y la educación rural.

La creación de una escuela cualitativa y cuantitativamente suficiente, que lleva su misión educadora desde el más apartado rincón de la República hasta la Universidad, es obra de Trujillo.

La Campaña Trujillo de Alfabetización Total —que es más, mucho más de lo que su nombre implica, pues se trata de una Campaña de Educación Fundamental encaminada a dotar a los dominicanos de una preparación básica mediante una educación integral que los capacite para una evolución ascendente en las



tres líneas fundamentales del progreso: en ciencias, en artes y en moralidad— y la creación de las Universidades Libres que ofrecen a los adultos que abandonaron a destiempo las aulas escolares los beneficios de una educación compensatoria que les permite incorporarse al sistema general de educación, constituyen sin duda alguna, la culminación de esa formidable obra educativa.

Con la universalización de la educación fundamental se propende a transformar la masa rural y urbana en pueblo, la fuerza ciega en energía potencial consciente, capaz de trazar su propia trayectoria.

El contenido de la educación dada por la escuela dominicana, tal como reza el Artículo 1o. de la Ley Orgánica de Educación “está fundamentado en los principios de la civilización cristiana y de tradición hispánica que son fundamentales en la formación de nuestra fisonomía histórica, y se orienta, dentro del espíritu democrático de nuestras instituciones, a despertar en los alumnos el sentimiento panamericanista y el de la comprensión y solidaridad internacionales”.

Nuestra escuela persigue, pues, una finalidad clara y precisa: formar al hombre y al ciudadano consciente, miembro de una entidad democrática, libre y solidaria capaz de desenvolver sus actividades en armónica convivencia con los demás pueblos del mundo, bajo las banderas anchas y blancas de la confraternidad y de la paz.

Dentro de la esencial universalista, el sentido de dominicanidad.

Ayer y hoy

La escuela hostosiana es un valor del pasado; solamente pervive en el recuerdo agradecido de los hombres —“Eón resistente a la mordedura aniquiladora de los tiempos”— la figura del maestro que enseñó a sus discípulos a sentir el gaudium de justicia, con la misma íntima fruición con que otrora Agustín de Tagaste, al escribir sus Confesiones, sintió el placer de la verdad.



La escuela dominicana de hoy está ahí, con las constantes del pasado estructura el presente y se proyecta al porvenir, no se parece a ninguna, es obra de Trujillo, el estadista infatigable que en función de maestro, día tras día continúa impertérrito su siembra de ideales desde el uno al otro sol, desde que el mundo despierta al beso de la luz de las auroras hasta que la noche hunde en el mar su cabellera de estrellas.

Muy atentamente,

Rogelio Lamarche Soto.

-
- (1) Educación para la Democracia y para la Paz. Publicación de la Universidad de Santo Domingo. Serie III. Vol. XCI. N° 5. R. Lamarche Soto
 - (2) Op cit ut supra.



Respuesta de Don Julio A. Cambier

Me es grato deferir a la encuesta patrocinada por ese importante rotativo de la Prensa Nacional, la cual se contrae a estas tres importantes cuestiones: la influencia de Hostos en la vida dominicana; la significación de su laicismo en la historia dominicana, y si la escuela nacional se inspira aun en las ideas y sistemas de ese pensador y maestro.

Seré breve en la exposición de mis apreciaciones, en relación al caso que nos ocupa, por cuanto que considero, que la realidad inmutable de los hechos, constituye un testimonio elocuente en relación a esas mismas cuestiones a que se refiere la encuesta de ese diario.

Después de las jornadas de la Independencia y de la Restauración política de la República, la vida nacional se divide en dos etapas: la que se desarrolló entre ásperas realidades de tragedia, grávida de sangre y de inmolaciones estériles, sin orientaciones, por falta de capacidad administrativa de los gobiernos que rigieron los destinos de la Nación, y la que podemos llamar de las reformas, es decir, la que se inició el año 1930 con la creación de esta luminosa Era, en la cual Trujillo ostenta, como un trofeo de glorias, la consagración de su vida al servicio de la Patria.

Durante la vigencia de la primera etapa, hemos de aceptarlo, imperaba en las escuelas dominicanas un perjudicial sistema rutinario. En ellas, tal como lo dijo el ilustre pedagogo y maestro don Federico Henríquez y Carvajal, “el plan de estudios correspondía al vetusto marco del empirismo de la tradición escolástica, en el cual ocupa sitio preferente la memoria”.



Sustituyó la rutina

Para modificar esa vieja tradición, actuó Hostos con vigorosa acción, encaminada a obtener la erradicación de esos arcaicos métodos. Inició sus faenas con la fundación de la Escuela Normal de la entonces ciudad de Santo Domingo, el 18 de febrero de 1880. Refiriéndose a ese nuevo plantel dijo uno de sus discípulos “fué un faro repentino de luz en la noche de nuestra ignorancia”.

No se puede negar que la obra educativa del destacado sabio antillano, fué en la época en que le tocó actuar, de innegable utilidad a la enseñanza nacional que a la sazón, como hemos dicho, carecía en el país, de métodos científicos. Hostos sustituyó la rutina de la memorización, de los textos, implantando métodos que rompieron el empirismo que imperaba entonces, en la enseñanza de la escuela dominicana. Frente al estado languideciente en que se encontraba la Escuela en el momento en que hizo su aparición en el país Hostos, sus reformas produjeron una sentida revolución pedagógica que fué aceptada como la expresión más sincera de la verdad. Esa es la única influencia, que a mi juicio tuvo Hostos en la vida dominicana: su actuación como maestro, no exenta de sentimientos dominicanistas que puso en ejercicio, en sus evidentes empeños para que la enseñanza evolucionara hacia métodos racionales y científicos, es decir, hacia un renacimiento de honda renovación pedagógica. Ni actuó como político, ni tuvo manifestaciones que pudieran destacarlo como estadista. Su infatigable labor como maestro se desarrolló, en momentos en que atravesaba el país por una acentuada estrechez económica y frente a regímenes políticos negativos y reaccionarios que cerraban el paso a todas las evoluciones del pensamiento. Incuestionablemente, Hostos le imprimió tendencias laicistas a la escuela que él fundó, considerando incompatible con esas mismas escuelas, la enseñanza religiosa. Pero esa ideología de la Escuela sin Dios, si penetró en la conciencia de sus discípulos, no tuvo en cambio vigencia permanente en el alma nacional que cuida con excesivo celo de su fe católica, y de la cual no ha apostatado nunca.



Producto de su época

La obra educativa de Hostos fué, producto valioso de su época, por la profunda significación cívica que tuvo para la República en aquellos momentos cruciales de su formación. Pero esa obra, es ya una página de la historia dominicana, y pertenece al pasado. A ella, como a su memoria, el pueblo ha rendido siempre sus póstumos recuerdos.

En relación al último punto de la encuesta, encaminado a establecer, si aún se inspira la escuela nacional en las ideas y sistemas del ilustre pensador americano, estimo que hay una verdad espléndida, que existen razones poderosas y hechos innegables comprobatorios, de que el perfeccionamiento técnico de nuestro sistema educativo, el sentido moderno y práctico de la nueva educación dominicana, y los avanzados métodos pedagógicos que rigen en las escuelas del país, constituyen la afirmación más elocuente, de que el pensamiento, el sentido creador de Trujillo y la amplitud inigualable de su visión de estadista, forman la base sobre la cual se levanta, con la misma pujante fuerza evolutiva que él imprime a todos los sacudimientos de su genio, la estructuración de la moderna función educativa que practica la escuela dominicana hasta en los más recónditos parajes de la República. Esta escuela se alienta, en las orientaciones que pauta la Ley Orgánica de Educación inspirada por Trujillo, y por cuyas disposiciones se establece, que el contenido de la misma “estará basado en los principios de la civilización cristiana y tradición hispánica que son fundamentales en la formación de nuestra fisonomía histórica”.

Escuela dominicana

Afirmo, pues, que la escuela dominicana, la que alfabetiza las masas ignoras, la que propicia y protege las escuelas vocacionales la que imprime gigantescos impulsos a la educación pública, en todos sus aspectos; que nutre, en fin, con el Evangelio y la Cruz la conciencia de los hombres del mañana, manteniendo, esos principios cristianos como una fuerte barrera espiritual contra toda doctrina que pretendiera alejar a Dios de la enseñanza, solo tiene esta inspiración: la de Trujillo,



la de su patriotismo y la de su fe, supremo aliento que vigoriza sus inalterables desvelos por todo cuanto tiende a enaltecer la República.

Tengo de esto tan arraigada convicción, que he considerado siempre, que entre las trascendentales realizaciones de Trujillo se destaca con eminentes perfiles, la obra cumbre de la Escuela, imperativo factor que prepara los pueblos para la conquista de su mayor grado de cultura y para el disfrute de los atributos de la civilización. A las generaciones del presente que están recibiendo los beneficios de esa luminosa acción educativa que practica la escuela nacional, les tocará ofrecer al primer maestro dominicano, en la impecable blancura de los mármoles o en la austera consagración de los bronce, símbolos impercederos con que se glorifican los genios, el mas elevado y expresivo testimonio de su cívico reconocimiento.

He expuesto, Señor Director, brevemente, mi humilde juicio en relación a la encuesta iniciada por ese diario, y acaricio la esperanza de haber podido satisfacer con mi contestación, los propósitos que lo han animado a la consulta de tan importante materia.

De Ud. atto S. y amigo,

Julio A. Cambier.



Respuesta de Don Heraclio Manuel Contín J.

Me place emitir mi opinión, dentro de la encuesta que ventila el palpitante tema Hostosiano, encaminada a dilucidar desde los distintos ángulos de la conciencia intelectual Dominicana: La influencia de Hostos en la vida dominicana, La significación de su laicismo en la trayectoria social dominicana, y si se inspira aún la escuela nacional, según afirmación del fenecido escritor M. A. Peña Batlle, en las ideas y sistemas del pensador Antillano.

El noble despliegue del apostolado Hostosiano, que en otros surcos del pensamiento Americano fuera rosa de los vientos, orientadora de los destinos sociales y culturales, no marcó huella de permanencia en la dirección de nuestras vivencias, porque no armonizó con las esencias inmutables de nuestro ancestro Hispánico, que es la razón que define nuestra significación como nacionalidad, y la eterna vibración que alienta el proceso de nuestra historia.

La República Dominicana fué para Hostos, no la blanda arcilla en que se plasma el perfil de las ideas y se cuaja sangre del ideal, sino el escenario limitadamente histórico que era necesario para enmarcar su presencia, ungida por el relámpago alucinante de la gloria en esa época de la vida Dominicana, donde trazó la dimensión de su doctrina.

Es innegable que la doctrina Hostosiana ejerció una vigorosa influencia en nuestro modo de producirnos social y culturalmente. El poderío absorbente del racionalismo del maestro, afirmó en un conglomerado contagiado de las corrientes positivistas que recibimos de Haití, al través de una convivencia directa durante su predominio de veintidós años. Pero la falta



de unidad multilateral imperante y la incapacidad de conjugación con las orientaciones que rigen nuestro natural fluir, impidieron que sus concepciones fecundaran un sentido social y una norma de cultura de vigencias perdurables.

No fué más allá

El hecho de que la influencia Hostosiana se prolongara en el tiempo aunque decreciendo en su intensidad es natural; los periodos históricos están vinculados por una trabazón que sirve de vehículo al contenido que se transmuta, cumpliéndose así las diversas etapas de la evolución. En los años se plasma la fisonomía de la historia y el ritmo de la historia obedece a la marcha de los tiempos. Toda época se refleja en su posterior según su trascendencia.

Pero las ideas que superviven con plenitud al movimiento transformador de la historia, son las que arraigan en las entrañas vivas de la conciencia de los pueblos.

Las ideas de Hostos no fueron más allá de la élite intelectual. La escasez de escuelas no ofreció a la propagación de su doctrina los caminos amplios que llevan al plano fundamental de la psicología del país. La postura intelectual no fué determinante porque no arraigó en el centro de la gravedad de nuestro verdadero destino. Por eso el pensamiento del gran Maestro no se proyectó con vigencia sostenida hacia el devenir Dominicano.

Como tradición social, el laicismo Hostosiano en la vida Dominicana es un antecedente inoperante. Son sus irradiaciones perdidas en la noche triste del pasado, es sólo un recuerdo de las alternativas de nuestra formación espiritual.

En cuanto a la tercera pregunta de la encuesta, que nos sitúa frente a la consideración del fenecido pensador y jurista M. A. Peña Batlle, alrededor del problema Hostosiano en su aspecto relacionado con la pedagogía dominicana actual, cabe decir que la Era de Trujillo implica un sentido de cambio profundo en todos los órdenes de la vida nacional, que nos ha desvinculado de nuestras características pretéritas, para recrearnos puros y definidos en una función trascendental de Dominicanización, operada esencialmente por medio de una escuela que admite a Dios y exalta al culto cristiano.



Es inexplicable

Es inexplicable como el ilustre pensador Dominicano, que logró medir los formidables alcances de la obra realizada por el Generalísimo Trujillo, en plano de las rectificaciones substanciales de la existencia nacional; ignorara las nuevas orientaciones que encaminan nuestros sistemas de enseñanzas, como consecuencia de la edificante revolución.

Al ser eliminados los textos de Moral Social y Elementos de Sociología, de los programas de estudio, desaparecieron de la educación dominicana, los elementos que fijaban en su seno al positivismo hostosiano y la frontera laica que separa de Dios.

Por eso no se conciben las bases en que estructuró el profundo ensayista su apreciación del sentido de la docencia en esta Era Gloriosa. La escuela dominicana no puede inspirarse en las ideas y sistemas del pensador antillano, porque ella es parte fecunda de la obra de Trujillo; que está animada por el aliento de Dios, y en Dios apoya su perennidad.

Muy atentamente le saluda,

Heraclio Manuel Contín J.





Respuesta de Don Pablo Pichardo

La encuesta iniciada hace poco por “El Caribe”, acerca de la labor educativa de Eugenio María de Hostos en este país, trasciende con sólo evocarla, el excelso prestigio y la majestática celebridad que nimbán su memoria y emanan de ella como alientos de inmortalidad.

Grande en demasía, es de consiguiente, la amable distinción que Usted me tributa, al invitarme conjuntamente con notables escritores, a intervenir con mi modesta participación en el debate suscitado por el fenecido historiador y jurista Manuel A. Peña Batlle, al darse a la publicidad en las columnas de este mismo diario, una reproducción de su Prólogo a la obra del Padre Antonio Valle Llano, “La Compañía de Jesús en Santo Domingo durante el periodo hispánico”, en una parte del cual se refiere el prologuista a esa labor educativa del eminente sabio.

Considero que para enjuiciarla a esta hora, concienzuda e imparcialmente, precisa desde luego, conocerla a fondo en su doctrina y en su objetivo inmediato dentro del ambiente nacionocinio de Manuel A. Peña Batlle, no están a mi entender, en trario preconcepto, conducirían a desenfocar en la mente, la

De otro modo se expondría el comentador crítico a incurrir en lamentables inexactitudes, que agravadas por un arbitrado de las ideas e imbuído en el espíritu de la misma. cosa que se analiza y juzga.

Pero he aquí el caso de que la obra hostosiana, el pensamiento de Hostos, su ideal pedagógico, vistos a través del racional en que floreció; y estar además quien lo haga, bien pene-



el punto focal correcto para que el juicio que él sustenta y expone, deba servirles a los demás opinantes, de criterio normativo dogmático.

El mío difiere bastante, al igual que la escala *psicométrica* de mi uso, sin que por supuesto, me haya permitido alterar ni en un *micrón*, la posición del sujeto, acercándolo o alejándolo de la mira desde la cual fué observado y estudiado por el ilustrado publicista e historiógrafo.

En primer lugar, existe una considerable distancia cronológica así como ideológica, entre la mentalidad de Eugenio María de Hostos y la de Manuel A. Peña Batlle; diferencia análoga a la que distingue el siglo XIX del siglo XX, en lo que atañe a sus fisonomías históricas respectivas y semejante por otro lado, a las razones y circunstancias que justifican, y en cierta forma explican, la discrepancia de conceptos filosóficos y metafísicos sobre el mundo, las cosas y el hombre, entre Schopenhauer y Kant, por ejemplo, y entre Bergson y Descartes.

En efecto, Shopenhauer enjuiciando el *kantismo*, y oponiéndole su propia teoría cual ocurre con su libro "El Mundo como Voluntad y Representación"; y Bergson, que hubiera acriminado a Descartes por el imaginario *mucho mal* que les hubiera causado a los franceses de su tiempo con su doctrina del escepticismo en el Discurso Sobre el Método, no serían en rigor afirmaciones apodícticas, ni axiomas definitivos sólo porque los formularan esos grandes pensadores.

De igual suerte, Hostos y Peña Batlle pertenecen a dos épocas de la cultura dominicana tan extrañas y disímiles por sus rasgos peculiares, como en el orden de la evolución pedagógica en La Argentina, Bunge respecto a Sarmiento; como en Inglaterra, Bacon, Locke y Bain; como en Francia el *jansenismo*, con su Capital en Port Royal y sus principales ministros, Pascal, Fenelón y Rollin, nombrado este último en 1694, Rector de la Universidad de París; y en fin, el pietismo de Francke, de tanto influjo.

Como en Alemania Froebel, *en quien había más de un Pestalozzi y más de un Rousseau*; Herbart y Karl Schmidt; y como en Italia el sistema de María Montessori, que reformaba en 'La Casa dei Bambini', el del fundador de los Jardines de la Infancia (el Kindergarten).



Ahora bien, imbuirse en el espíritu de una doctrina pedagógica o filosófica, no implica abandonarse a su poder sugestivo y renunciar a la propia iniciativa apagando las luces del entendimiento para seguir adelante a guisa de un *medium*, dirigido por un Mentor, aun fuese el de Telémaco, el famoso héroe homérico.

En el campo de las relaciones intelectuales entre maestros y discípulos, es necesario que haya afinidad y comprensión; no precisamente compenetración, en concepto de una rendición incondicional a la autoridad absoluta del viejo canon del *Magister Dixit*.

Platón, discípulo de Sócrates, no era una cabeza socrática, pero amó a su Maestro Aristóteles, discípulo de Platón, no fué un *apóstol* del platonismo, pero tampoco un antiplatonista. Alejandro Magno, discípulo de Aristóteles, no se distinguió como un Conquistador aristotélico de la Verdad.

Y así, el racionalismo hostosiano en Santo Domingo, no fué una heregía filosófico-pedagógica que merezca a esta hora, ser execrada. Por lo demás, Hostos no vino a conquistar, nuevo Alejandro Magno del positivismo, conciencias analfabetas, ingenuas e incautas, en favor de su doctrina como se pretende.

Su Escuela no era para párvulos y no podía ser, naturalmente, una Escuela popular al alcance del vulgo, mezcla de niñez, y de adultez iletradas.

Platón había puesto en el frontispicio de su Academia, esta inscripción admonitoria:

“No entre aquí el que no sepa matemáticas”.

Hostos lucía sobre su frente, que era la entrada en su Liceo, esta otra:

“Bien predica quien bien vive: Entrad aquí, jóvenes de buen corazón y de alma sana”.

Pero ya es tiempo de dar mi respuesta en forma concreta a los puntos específicos de la cuestión planteada por El Caribe, el primero de los cuales reza como sigue:

“*La influencia de Hostos en la vida dominicana*”.

Si lo que se desea saber es escuetamente cuál ha sido la utilidad práctica de la enseñanza hostosiana, y hasta dónde logró mejorar, o dañar, el carácter nacional de la juventud do-



minicana, habría que establecer una cuidadosa comparación entre la cultura vernácula prehostosiana, y la alcanzada por esa otra, influenciada bajo la dirección del Maestro; y luego de verificados el análisis malitativo y cuantitativo, deducir el balance a favor, o en contra, del progreso de la moralidad y de la intelectualidad del pueblo dominicano.

Pues bien, comparar épocas a partir de hechos notorios y suficientemente caracterizados, no ofrece dificultad alguna; hay varios métodos que escoger, entre ellos, si se quiere, el *morfológico*, de Spengler, ensayado en su *Decadencia de Occidente*.

En cambio, no es tan fácil comparar grados de cultura o ciclos culturales de un mismo pueblo, estimándolos con relación al supuesto influjo atribuido a un sistema educacional ya de antemano calificado de nocivo y de contraproducente; cuya es la conclusión de la tesis del historiador y jurista Manuel A. Peña Batlle.

No olvidemos que por una acusación parecida, fué condenado a muerte en Grecia, hace más de dos mil años, aquel Hostos ateniense que se llamó Sócrates; pero estemos muy seguros de que, de haberse repetido el mismo caso en tiempos del Presidente Cesáreo Guillermo, de Gregorio Luperón y de Fernando Arturo de Meriño, Eugenio María de Hostos, “procesado por racionalista”, no habría tenido que apurar la cicuta.

A la llegada de Hostos a la República, gobernaba el Presidente Cesáreo Guillermo, y es fama que por entonces escaseaban los maestros, las escuelas y los medios económicos para impulsar y auspiciar, la Instrucción Pública. A pesar de ello, el Congreso Nacional acababa de votar la Ley que autorizaba la creación de Escuelas Normales. A este respecto dice el historiador Manuel Ubaldo Gómez:

“La fundación de la Escuela Normal de Santiago instalada el 19 de Enero de 1881 por el Presidente Meriño en persona y cuyo Director fué el Dr. León Lamedea, venezolano, se suspendió desde el primero de Agosto de 1881, según resolución del Poder Ejecutivo, por falta del número legal de alumnos que debía concurrir”.

(Véase su Resumen de Historia de Santo Domingo, páginas 118 y 128— Libro Tercero).

Este dato nos dice cuál era el nivel medio de la cultura



dominicana allá por el año de 1879, nuestro período *guillermino*, estimándolo desde el punto de vista del normalismo. De donde se desprende que la gestión educativa de Hostos consistió originalmente, en preparar maestros con arreglo a su plan, es decir, seleccionando el personal vocacionalmente apto, entre los jóvenes más instruidos y de mejores cualidades para la misión docente ulterior, que se proponía acometer.

Tal era el estado de cosas en materia de enseñanza pública, al empezar el Señor Hostos *su Camino, en Santo Domingo*; Camino que fué el itinerario de su pensamiento a lo largo de su obra, y que, cincuenta y nueve años más tarde otro reputado historiador, el académico Emilio Rodríguez Demorizi, tomaría a su cargo describir con insuperable fidelidad, a nombre y por encomienda de la Junta Dominicana pro Centenario de Hostos, de la que fuera secretario.

Dicho itinerario alcanza una extensión de Setecientas páginas, en las que están recogidas las palabras, anotados los hechos, compilados los datos más relevantes de su actuación docente en la República.

Bastaría seguirle los pasos a Hostos desde el año 1879 en que pisó suelo dominicano, hasta el momento de su partida hacia el Más Allá en Agosto de 1903, para encontrar la respuesta dada por él mismo, a la pregunta: INFLUENCIA DE HOSTOS EN LA VIDA DOMINICANA; pero se me ha invitado a exponerla según mis particulares conceptos y es mi deber concretarla agregando a mis precedentes consideraciones la conclusión que sigue:

Si fué estéril la obra de Hostos, si puede calificarse de nociva, o de corruptora su influencia en la vida dominicana, que respondan sus propios discípulos y sus propias discípulas, entre los cuales y las cuales me permito citar a Francisco J. Peynado, a Félix Evaristo Mejía, a Agustín Fernández, a Jesús María Alejandro Pichardo, a Jesús T. Gibbes, a Arturo Grullón, a Barón y Rodolfo Coiscou y J. Arismendy Robiou.

Y entre las últimas: a Luisa Ozema Pellerano, a Leonor M. Feltz, a Ana Josefa Puello, a Altagracia Henríquez Perdomo y a Catalina Pou, primera floración de normalistas graduadas en el Instituto de Señoritas, del que fuera Directora Salomé Ureña de Henríquez.



Entre los asistentes al acto de investidura de estas maestras hostosianas se hallaba como lo hace notar Emilio Rodríguez Demorizi, el Padre F. X. Billini, de cuyos labios brotaron estas nobles palabras:

“La Escuela Normal es una verdadera fuente de moral y de progreso”.

Léase ahora en la página 97 del mismo Volumen 1, de la obra HOSTOS EN SANTO DOMINGO, el artículo intitulado “DE LA PRESIDENCIA AL RECTORADO”, donde Hostos propone como candidato para el Rectorado del Instituto Profesional, al Presidente Meriño y dice en el párrafo final:

“El Presidente Meriño sale de la Presidencia en Septiembre; esperemos que en Octubre, entre en el Rectorado”.

Es de creer que tanto el Ilustrísimo Meriño, como el Reverendísimo Billini, habían sondeado ya la conciencia de Hostos, y admitido de consuno, que era de formación cristiana y muy católica; por lo que siempre estuvieron cerca de él.

Paso a responder a continuación, el segundo punto de la encuesta:

“Significación de su laicismo en la trayectoria social del Pueblo dominicano”

En lenguaje pedagógico, *laicismo* no tiene otra acepción que la de enseñanza científica regida por una metodología racionalista, en que todas las verdades, de cualquier especie, no deben aceptarse *a priori*, sino mediante la demostración experimental.

Lo que eso significa en psicología pedagógica, es desarrollar la razón, y prepararla para la percepción consciente de la Verdad.

San Anselmo, a quien yo llamaría el Primer Vicario de San Agustín, el *Doctor Angélico*, decía iluminada el alma por la Fe, “Creo para comprender”; y poniendo de revés la máxima, para ser más explícito, la expresaba así “Comprendo para creer”.

Nada más bello, nada satisface más el corazón, ni llega más hondo a la conciencia, que la certeza de la infabilidad de la Fe, la Verdad Eterna que se burla de la Razón, y se niega a ser explicada en los laboratorios de la Ciencia Positiva.



Pero Hostos no era un teólogo, y buscaba como hombre del siglo, la Verdad o más bien, las Verdades accesibles a la Razón; y de ahí su racionalismo, de ahí su laicismo, no porque careciera de Fe, sino porque le era imposible creer en el silogismo, por ejemplo, ni enseñarlo, sin comprenderlo.

Tal es la significación de su laicismo.

El laicismo hostosiano, o con más propiedad, la significación de su didáctica racionalista, lleva este nombre en virtud de los mismos motivos por los cuales el escolasticismo deriva el suyo del hecho simplísimo de su *laicidad*. No es incurrir en tautología.

Para Hostos no había comprensión sin entendimiento, ni entendimiento sin razón. Desde Pitágoras, la educación quiso orientarse en sentido intelectualista, pero fué en el decurso de los siglos, sucesivamente sensualista, estética, atlética, memorista (mnomotécnica), mística, caballeresca, humanística, jansenista, jesuítica, pestalozista, enciclopedística, etc., etc.

Y a propósito de la Escuela Jesuítica, dice en su Prólogo Manuel A. Peña Batlle:

“LA COMPAÑIA DE JESUS, COMPROMETIDA A AYUDARNOS DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVII NO ENCONTRÓ INCENTIVO SUFICIENTE ENTRE NUESTRAS INQUIETUDES, PARA FUNDARSE CON PROFUNDIDAD EN SANTO DOMINGO”.

Y prosigue razonando en estos términos:

“La fundación entre nosotros de un Colegio de Jesuítas con sus propósitos de expansión dogmática y de lucha social, hubiera sido de incalculables beneficios para la comunidad dominicana”.

Por mi parte, creo en la erudición, en la sabiduría, y en la importancia de la misión social de cada uno de los Ministros de la Compañía de Jesús, como factores de cultura espiritual cristiana; y en este punto estoy completamente de acuerdo con el pensamiento del prologuista. Pero disiento de su argumentación como historiador, porque la Historia se fundamenta en hechos, y no en hipótesis. Desde el punto de vista histórico, no pueden hacerse afirmaciones apoyándose en la ley del posibilismo, que no es una ley.



El Cálculo de las Probabilidades, con ser una regla del cálculo, es lo más anti-matemático que puede darse; y no debe emplearse fuera de los ámbitos de la metafísica y de la Teología. En el campo de la historia, es inaplicable.

Sería muy cómodo que un profesor de Historia enseñara desde su cátedra, doctoralmente: De haber sido descubierto el Nuevo Mundo por un náuta holandés, la América Latina sería holandesa, y en vez de llamarse Hispanoamérica, la conoceríamos por Continente Neerlandés. O si la hubiera descubierto un budista de la India, seríamos indios budistas.

En otro pasaje de su Prólogo, origen de la Encuesta de El Caribe, dice Peña Batlle:

“La presente obra del Padre Valle Llano está llamada a llenar un considerable vacío en la historia colonial, o para hablar con más propiedad, en la historia del período hispánico, porque ni nosotros, ni ningún otro país hispano-americano, fuimos colonia en ningún momento”.

Imposible pasar por alto esta afirmación, y otorgarle mi asentimiento: La Española fué desde el 5 de Diciembre de 1492, uno de los dominios coloniales *ultramarinos* de España (de la Corona Española), y tan colonia, como que fué COLON el Descubridor, colonia un derivado lingüístico, (etimológico), de COLON.

Hostos en España, reclamando quijotesicamente la autonomía política de Puerto Rico, su patria, no era en la Península metropolitana, cerca de Castelar, de Pi y Margal y de Salmerón, un compatriota de estos republicanos como él. Era un isleño portorriqueño, como para los franceses Napoleón, que nunca fué tenido por francés, se le apodara el Corso.

En 1868, cuando en el Ateneo de Madrid pronunciaba su famoso discurso contra el régimen colonial de España en América, no hablaba como madrileño, sino como un hispanoamericano nacido en Puerto Rico.

En el siglo XVII la Isla de Santo Domingo sufrió con su precario y casi desamparado estado colonial, causa de los estragos bien funestos por cierto, del filibusterismo, de las piraterías, del contrabandismo y del *tortuguismo* que asolaban el vecindario antillano. Por otra parte, no éramos todavía *dominicanos*.



A lo sumo, éramos dominico-hispánicos, después dominico-franceses; por último, dominico-haitianos.

Nuestra dominicanidad arrancada del 27 de Febrero de 1844, en que dejamos de ser súbditos extranjeros en nuestra patria, para adquirir los derechos ciudadanos de un Estado Libre e Independiente cuya nacionalidad, fundada por Juan Pablo Duarte, nos convirtió en DOMINICANOS.

Ahora bien, lo que sorprende y confunde la imaginación, es que a pesar de su brillante y erudita mentalidad, Manuel A. Peña Batlle cometiera la ligereza de resbalar por el plano inclinado de Galileo, desde la doctrina muy venerable y muy docta, del jesuitismo del período hispánico en Santo Domingo, para venir a caer en el racionalismo hostosiano, en la misma frontera limítrofe del siglo XIX y del siglo XX.

Sorprende y confunde, porque no hay homología, ni relación de parentesco ideológico entre un Racionalista como Hostos y un Pedagogo jesuíta como Fenelón pongo por caso.

Por lo demás, no se comparan en buena lógica, sino por vía de contraste, cosas heteróclitas; y no es preciso señalar lo heteróclito que resulta ser en pedagogía, la enseñanza escolástica, y la enseñanza hostosiana.

Pero donde se aparta Peña Batlle como la Tierra del Sol en la trayectoria de su órbita, del centro astronómico respecto del sistema hostosiano, es cuando declara desde su *afelio* anti-hostosiano:

“TENGO PARA MI QUE EL SEÑOR HOSTOS NOS HIJO, SIN QUERERLO, MUCHO MAL”.

Si el Padre Billini, y el ex Presidente Meriño opinaban todo lo contrario, y los tengo como autoridades indesmentibles por su inmaculada probidad moral e intelectual, tengo que darle más crédito a una afirmación de estos santos varones, que a la del escritor seglar Manuel A. Peña Batlle.

En cuanto al tercer punto de la Encuesta, lo transcribo para seguir el orden de las cuestiones y reiterarle a Ud. distinguido Señor Jefe de Redacción, mi profundo reconocimiento por su deferente cortesía:



“SE INSPIRA AUN LA ESCUELA NACIONAL, SEGUN AFIRMA EL FENECIDO ESCRITOR M. A. PEÑA BATTLE, EN LAS IDEAS Y LOS SISTEMAS DEL PENSADOR ANTILLANO?”

Recordemos a este respecto, que el Renacimiento como un estilo nuevo de la Escuela de la cultura en todos los órdenes de la civilización occidental, está considerado como un retorno al clasicismo helénico, lo que no debe confundirse con la idea de un movimiento de retrogradación hacia un estado social bárbaro.

Si pues el Generalísimo y Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva hubiera necesitado volver hacia Hostos para fundar la ESCUELA NACIONAL de su Era y de la que es Primer Maestro sin predecesores, no habría sido un paso hacia atrás, porque Hostos, como tampoco Aristóteles, ni San Agustín, ni San Anselmo, ni Juan Jacobo Rousseau, ni Pestalozzi, fueron Maestros bárbaros.

Pero Trujillo, el Maestro autodidacta por excelencia, sólo tuvo por preceptor a Trujillo mismo, y su ESCUELA, —escuela de Patriotismo y de Dominicanidad—, está inspirada en sus propios ideales patrióticos y pedagógicos.

Y así, en vez de formar Maestros Normalistas como Hostos en su tiempo, Trujillo modela ciudadanos dominicanistas —no fanáticos del nacionalismo— sino fieles y auténticos representativos de la conciencia patria y de la cultura de su Era. Educado por su sistema el carácter nacional, han dejado de existir ya en la República, “dominicanos ambiguos, afrancesados si hablaban francés, anglófilos si hablaban inglés, españolizados isabelinos o fernandinos, si tenían poca fe en la capacidad nativa para el gobierno propio.

Como dije cierta vez en una de mis conferencias políticas, (Interpretación Pedagógica del Sistema de Gobernar del Generalísimo Trujillo), el Egregio Mandatario había hecho de la Primera Magistratura del Estado un Magisterio, convirtiendo la Nación en un Estado-Escuela, siendo el pueblo dominicano, el vasto discipulado.



La Escuela Nacional de nuestros días es pues, obra de Trujillo, y se inspira en sus propios, originales sistemas políticos y pedagógicos.

Hoy día, y en el estado actual de la cultura general dominicana, la enseñanza religiosa es necesaria y útil, como necesario y útil fué el laicismo hostosiano en su época, en circunstancia en que el normalismo profesional era de carácter urgente en el país y había más prisa que ahora, en capacitar el cuerpo docente de que se carecía, para la enseñanza superior.

El Evangelio forma parte del emblema de la nacionalidad, y negarlo, u oponerse a él, sería negar la bandera, negar la Patria, negar a Dios, y negar a Trujillo.

De Ud. muy affmo.

Pablo Pichardo





Respuesta del Dr. Francisco A. Lizardo

Pláceme corresponder a la distinción de hacer figurar mi nombre en la encuesta de El Caribe sobre la influencia del señor Hostos en la vida dominicana, la significación de su laicismo en la trayectoria social del pueblo dominicano y si se inspira aún la Escuela Nacional, según afirma el conocido escritor M. A. Peña Batlle, en las ideas y sistemas del pensador antillano.

Conviene situarse desapasionadamente en el momento histórico en que apareció el señor Hostos en la vida nacional, tener en cuenta los elementos de difusión cultural de entonces y las condiciones del medio social para reaccionar a las nuevas ideas.

Lo único que subsistió fué el empeño de organizar la escuela dentro del sistema pedagógico que el señor Hostos había iniciado, lo que contribuyó a mejorar notablemente la enseñanza, pero el estado convulsivo del país y los escasos recursos de la Hacienda Nacional hicieron difícil impulsar el progreso de la instrucción pública y la escuela continuó desarrollándose muy pobremente.

Dentro de estas dificultades que parecían invencibles, surgió el genio creador del superhombre, Padre de la Patria Nueva, quien inspirado en el propósito de combatir el materialismo y sus efectos desastrosos le dió nueva vida a la Escuela Dominicana y ésta resurgió pujante y vigorosa, organizada dentro de los más avanzados principios científicos y dando frutos de valor inapreciable que honran y engrandecen la República.



Hoy con amplios medios de difusión cultural y una sociedad mejor preparada para conocer la verdad, la Escuela de Trujillo, como un antídoto salvador, detiene los peligros del materialismo que envenena el mundo y queda definitivamente asegurada la felicidad del pueblo dominicano.

Muy atentamente,

Dr. Francisco A. Lizardo



Respuesta del Lic. Bernardo Díaz hijo

Con la modestia de mis conocimientos, correspondo complacido, a la distinción que me dispensara al incluir mi nombre entre los encuestados sobre la influencia de don Eugenio María de Hostos, en el pensamiento y la cultura dominicana.

Como hombre y maestro don Eugenio María de Hostos, ha merecido siempre el respeto y la admiración del pueblo dominicano. Precisamente, en esta Era de luz y reivindicaciones, que se ilustra con el nombre esclarecido del más alto y calificado justipreciador de nuestros valores morales, intelectuales e históricos, se celebró, con homenaje de tipo nacional, el centenario de su nacimiento. Tal suceso, sería suficiente, si no existieran otros en su honor como nombres de escuelas, sociedades, etc., para aquilatar el reconocimiento del pueblo (y muy especialmente de la clase intelectual), a los merecimientos del señor de Hostos.

Tuvo dique

Sin embargo, la influencia de don Eugenio María de Hostos, en el pensamiento y la cultura dominicana, que es en síntesis lo que se indaga en la encuesta, fué limitada en el tiempo y en el ambiente. Aún en muchos de sus discípulos y seguidores esta influencia tuvo su dique. Y ni en nuestra familia, ni en nuestra sociedad el laicismo (que no es ateísmo) de su escuela, y su positivismo (consecuencia de la actitud intelectual de una época) agrietaron, pese a la preocupación del recio ensayista don Manuel Arturo Peña Batlle, la fortaleza de la estructura de nuestra nacionalidad de hondas y profundas raíces cristianas e hispánicas.



Pese a los esfuerzos y fines de su escuela en la formación de ciudadanos útiles, tampoco pudo de Hostos y sus discípulos, no obstante el papel preponderante que por su intelectualidad jugaron en aquella época sin gloria, destruir nuestras lacras. Permanecieron, en todo su rigor, nuestras indisciplinas morales y económicas con tan fatales consecuencias que no evitaron un tercer obscurecimiento de nuestra soberanía.

Pretender trascendencia y actualidad en la escuela de De Hostos, es tal vez exageración. Sus efectos se estancaron en su época y se dejaron ahogar, por ineficaces, en el ambiente de entonces. La empresa fué de un hombre de talento, de estudio: un intelectual, apóstol y maestro, pero le faltó, para su eficacia, la fuerza y el signo de la genialidad.

Toca a Trujillo

Toca al genio portentoso del Generalísimo Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, en su amplia concepción de nuestras realidades, dar sentido efectivo a la escuela dominicana, para constituirse en su creador y la nación agradecida para ponerse a la altura de sus merecimientos llamarlo el Primer Maestro de la República.

Escuela con disciplinas propias, siempre en actitud dinámica, orientadas al logro definitivo de sus propósitos útiles que se nutren en nuestros propios valores y en las esencias de nuestra nacionalidad, para dar vigencia permanente a una cultura sin gritos ni desesperaciones, que se proyecta y edifica en la libertad porque es la libertad misma.

De Ud. muy atentamente,

Lic. Bernardo Díaz hijo



Respuesta del Prof. Luis Despradel Piantini

Es indiscutible que el señor Hostos fué el precursor de nuestra reforma educativa; su intención pedagógica no se encaminó a reformar nuestro ambiente nacional, ardua, grande y noble empresa que la Providencia reservaba para ponerla en las manos viriles del Generalísimo Trujillo, sino a crear una Escuela en cuyas aulas se formara un grupo de individuos aptos, previa e integralmente preparados, para la función docente. ¿Logró tan alta finalidad? Que respondan sus discípulos, los que expresaron su espíritu y bebieron de su carne, hasta dejar sus despojos mortales en la tumba, cubiertos con las flores inmarchitables del recuerdo y de la gratitud.

La escuela Normal, fundada por el señor Hostos, tenía, por fuerza de las ideas dominantes, que ser *laica*, porque la *Escuela* laica es un producto genuino de la Revolución francesa y existe hasta hoy en casi todas las repúblicas democráticas; pero *laicismo* no quiere decir *anticristianismo*, sino exclusión de toda enseñanza religiosa en la escuela”.

Yo tuve la grandísima dicha de ser discípulo de los señores Arismendy y Aristides Robiou, y Miguel Casimiro de Moya, discípulos directos del señor Hostos; y compañero de labores de los señores Luis A. Wéber, Agustín Fernández y Emilia Pineda, ópimos frutos del normalismo; y ni aquéllos ni éstos trataron frente a mí problemas relacionados con la religión católica, que es la de la gran mayoría de los dominicanos. ¿Pura indiferencia religiosa —No; porque la escuela, en días señalados, asistía a las fiestas eclesiásticas; y el culto, bondadoso y comprensivo Monseñor Nouel, en la honradora compañía de los conspicuos maestros don Manuel U. Gómez y don



Federico García Godoy, era, mientras fué cura de nuestra Parroquia, el presidente de la *Comisión Examinadora*; fuí director del colegio San Sebastián, de gloriosa memoria, y su propietario, el beatífico Padre Fantino, no trató nunca conmigo cuestiones religiosas. ¿Pura indiferencia No; porque él se limitaba a adoctrinar a los fieles en la iglesia de San Antonio; fuí, un tiempo, inspector del colegio Inmaculada Concepción y ni su excelente y culta directora ni las dulces y buenas Hermanitas, me hablaron de religión y en su cuerpo de profesores figuran maestros *laicos*. ¿Pura indiferencia religiosa No; porque la buena Madre y las Hermanitas de la Congregación enseñaban la doctrina cristiana en determinadas horas y en el templo; después del Concordato la religión figura en el programa de clases.

Ahora, lo que sí es innegablemente cierto es que ha sido el Generalísimo Trujillo quien ha caído en la cuenta de que, si la civilización es un resumen del progreso en todos sus órdenes, intelectual, moral y material, la Escuela es un decisivo factor de civilización. Ella tiene el nobilísimo encargo de modelar el alma nacional, templándola para la vida, a base de verdad y de justicia. A ella corresponde preparar el individuo para una vida integral, educándolo, es decir, habilitándole la cabeza para el pensamiento, el corazón para el sentimiento y las manos, las benditas manos, para el trabajo, que es ley de Dios.

En la bella y generosa parábola de Kreumacher, que hubiera podido firmar el Padre Billini, y que copia fielmente la política del Generalísimo Trujillo, la Escuela ocupa la cima del amor humano.

He aquí la parábola: “Heredó un joven cierta extensión de territorio próximo a una aldea. Pero la tierra era malsana y pantanosa. Hízola desaguar el nuevo propietario, y mandó sembrarla de toda especie de hortalizas y frutales, formando un bosquecito que se extendía hasta el pueblo. Visitó al cabo de algunos años al inteligente poseedor un anciano que había sido maestro suyo, y, después de haber elogiado como perito las obras de su discípulo, hubo de exclamar: “Todo está muy bueno; pero a esta *creación* le falta *otra* para resultar perfecta’, Llegaron las palabras al corazón del discípulo, y, cuando



al año siguiente, habiendo regresado el sabio Maestro, vió en el bosque de frutales dos nuevos edificios, dijo apretando cariñosamente la mano al joven: 'Bien sabía yo que tu corazón había de entenderme. Ahora el amor ha completado la obra.'

Aquellos edificios eran Una Casa de Huérfanos y Una Escuela.

¿No define, perfectamente, esta bella parábola, con el contenido de su doctrina, la política del Generalísimo Trujillo, con la diferencia a su favor de que él no construye sólo Casas de Huérfanos y Escuelas, sino también templos a donde acuden los fieles a reafirmar su fe en las nobles doctrinas del Cristo?

No satisfecho con esto el notable Estadista inicia en todo el país la Campaña Alfabetizadora, con la finalidad de batir a la ignorancia en sus últimos reductos.

Si el pueblo dominicano responde, como está respondiendo, sin reservas, al anhelo patriótico de su Ilustre Conductor, no habrá dentro de algunos años quien no tenga en su mano el magnífico instrumento de la lectura y la escritura que lo convertirá, junto con el trabajo inteligente, en un firme sostén de los ideales democráticos, sobre todo, en esta época en que el Totalitarismo, como un ave negra, pretende tender sus alas sobre el mundo, para sumirlo en el tenebroso mar de la tiranía, la desolación y la ruina.

Atenta y respetuosamente:

Luis Despradel Piantini





Respuesta del Lic. Enrique G. Striddels

Respondo con especial satisfacción, la interesante encuesta de El Caribe:

Influencia de Hostos en la vida dominicana

Para la crítica seria, como lo exige el acontecer histórico, urge colocarse el analista en el momento de abrir sus puertas la escuela Normal en 1880 bajo la dirección del señor Hostos; ponderar el estado económico, social y político de esa época, antes de expresar juicio acerca del éxito —por cierto muy ambicioso— que se proponía alcanzar el insigne maestro; y, especialmente, ponderar las reacciones que, de manera inevitable, tenía que producir el advenimiento de ideas superiores al chocar con arraigados prejuicios, siempre en vigilia, en los intereses creados, los cuales —dicho sea de paso— fueron contra el señor Hostos muy celosos y enconados.

Sin embargo, las asperezas del sendero no impidieron que lo bueno y sabio del apostolado se adentraran en la conciencia popular en los memorables años (1880 - 1888) de aquel edificante magisterio. Es verdad que la simiente del talento germinó en terreno muy fértil. Eramos una sociedad de recia tradición cultural. En el primer siglo de la Conquista fuimos el centro de donde partieron al resto del continente los esfuerzos de la cultura cristiana y de la acción constructiva. Se nos consideró la Atenas del Nuevo Mundo; y al ganar nuestra soberanía, ambas jornadas, (1844-1865) anotan una legión de intelectuales, poetas, oradores, escritores, dignos de honrar la antología americana. Félix María del Monte, Buenaventura



Báez, Tomás Bobadilla, Encarnación Echavarría, Nicolás Ureña, Félix Mota, los hermanos Javier y Alejandro Angulo Guiridy, Josefa Antonia Perdomo y Heredia, José Francisco Pichardo, Manuel Rodríguez Objío, Francisco Javier Amiama, Manuel María Gautier, Mariano Cestero, Gabriel B. Moreno del Christo, Gregorio Luperón, José Gabriel García, Emiliano Tejera, Manuel de Jesús Galván, Ulises F. Espailat, Fernando Arturo de Meriño (aún podrían citarse muchos nombres ilustres).

Y cuando por gestión del escritor y general Gregorio Luperón asume el señor Hostos la dirección de la Escuela Normal, la enseñanza, aunque adolecía de muchos defectos que hubo de corregir el señor Hostos, había adquirido bastante importancia. En la Capital, el magisterio del doctor Fernando Arturo de Meriño alcanza indudable trascendencia moral en la conciencia del pueblo, y gracias también al eminente compatriota, con la fundación del Instituto Profesional, renace la educación superior (1881), mientras contribuyen con plausibles alientos, el Padre Billini, el Seminario Conciliar Santo Tomás de Aquino, el Colegio San Luis Gonzaga; en la educación de la mujer, Socorro Sánchez y Nicolasa Billini; en Santiago de los Caballeros da sus frutos la escuela de Peña y Reynoso. Sin olvidar el concurso de la meritoria Sociedad Amigos del País donde generosos e inteligentes, Emilio Prud-Homme, José Dubeau, Pablo Pumarol, César Nicolás Penson, José Pantaleón Castillo, Francisco Henríquez y Carvajal, Alvaro Logroño y otros distinguidos intelectuales; y sin olvidar la Escuela de Náutica que dirigió el ilustre puertorriqueño Ramón Baldorioty de Castro (1875).

Pero ¿cuáles fueron los objetivos de la escuela racional? “El conocimiento cabal y positivo del universo, del hombre y de la sociedad, una enseñanza esencialmente científica y necesariamente positivista; todo lo que no es rigurosamente científico, es decir, demostrado por los hechos o demostrable por hipótesis plausibles basados sobre hechos, está fuera de esa enseñanza”.

El señor Hostos adoptó para la nueva escuela los métodos pedagógicos modernos; la dificultad por falta de libros, la suplió dictando a sus discípulos lecciones que se convirtieron en



textos; tomó del positivismo la eficacia científica de esa filosofía para el triunfo de los programas; y con su austera virtud e inmenso saber, ganó el corazón de sus educandos y las posibilidades de buen éxito para la difusión de la enseñanza racional.

Bien pronto la generosa empresa tuvo colaboradores entusiastas. Surgen, en la Capital, la escuela preparatoria dirigida por José Pantaleón Castillo y Francisco Henríquez y Carvajal; en Azua, la meritoria Escuela Perseverancia, dirigida por el señor Prud-Homme, después de rigurosos exámenes ante la Normal de Santo Domingo, gradúa aquel grupo de normalistas (Alberto Coén, R. Ismael Miranda, Bartolomé Olegario Pérez, Valentín Montes de Oca Sánchez, Santiago Pérez), quienes en el Sur continuaron la obra de su ilustre maestro (1893).

Doña Salomé Ureña de Henríquez se solidariza con los programas del señor Hostos, y el Instituto de Señoritas ofrece a la patria excelentes frutos. La juventud femenina, beneficiaria de aquella acción civilizadora, encuentra en Leonor Feltz, Eva Peñlerano de Henríquez, Anacaona Moscoso de Sánchez Mercedes Laura Aguiar, Ana Josefa Puello, esclarecidas continuadoras del Instituto de la egregia maestra. En San Pedro de Macoris Anacaona Moscoso de Sánchez toma a su cargo la educación superior de la mujer; en Puerto Plata, Demetria Betances, y continúan la obra Antera y Mercedes Mota; más tarde, el eficaz magisterio de María Consuelo, María Caridad y María Teresa Nanita lleva a la mujer azuana, con el Instituto de Señoritas Pellerano Ureña, el mensaje hostosiano.

Y así, de todas las Normales, surgen pléyades de maestros que van, llenos de optimismos, a difundir por todas partes la enseñanza racional en provecho de la juventud de ambos sexos.

¿Qué influencia? La que siempre deriva de las ideas nobles de todo apostolado. Un filósofo, un sabio, que al morir en 1903 deja a la posteridad 18 libros de reconocido valor científico y literario, sin contar los trabajos inéditos; si consideramos que muchos de sus discípulos aún viven, y han dado su cooperación a las escuelas, a la Universidad, a las funciones públicas; que la verdad, servida por las disciplinas científicas penetra en el pueblo hasta varias generaciones; y si este orden de razonamientos conduce a consecuencias lógicas, es forzoso



convenir que la escuela y la enorme bibliografía del maestro, proyectaron beneficios civilizadores que aún subsisten. No sólo aquí, en Puerto Rico y Cuba, sino en toda la América. En igual sentido, los magisterios de Sarmiento, Andrés Bello, José de la Luz y Caballero, Juan Montalvo, Enrique José Varona, José Ingenieros, José Enrique Rodó. . .

(Los ensayos del señor Hostos acerca de cuestiones sociales y jurídicas sustentados en el Ateneo de Madrid, antes de su retorno a la América, merecieron encomiásticos juicios de Pérez Galdés Azcarate, Podaza y otros intelectuales de renombre en Europa.

*Significación del laicismo del señor Hostos en la
trayectoria social del pueblo dominicano*

No creo que se pueda afirmar con fundamento que el señor Hostos inculcara a sus discípulos creencias contrarias al Catolicismo. ¿Quién, maestro o discípulo de las Normales o de las escuelas de bachilleres dió notaciones de ser enemigo de la Iglesia? El pretendido laicismo de tipo perjudicial para las arraigadas convicciones católicas del dominicano, no se puede poner a cargo del señor Hostos, sin incurrir en injusticia o cuando menos en error.

*¿Se inspira aún la escuela nacional, según afirma el fenecido
escritor M. A. Peña Batlle en las ideas y sistemas del
pensador antillano?*

No. Sencillamente porque a partir del año 1930 asistimos a una neo democracia en la que, no sólo se han corregido los defectos sociales, económicos y culturales, sino que vivimos la dicha de una patria nueva, con todas las ventajas de la civilización actual, con una conciencia cívica de madurez verdaderamente ejemplar. La escuela actual es obvio que está desvinculada y exenta de todas las deficiencias propias del angustioso pasado. Desde la escuela de alfabetización hasta la Univer-



sidad, la docencia, los palacios escolares, los laboratorios, la posición de los maestros, libres de las discriminaciones de antaño, el presupuesto escolar, las escuelas de Artes y Oficios, la Ciudad Universitaria, la Orquesta Sinfónica Nacional, en fin, este magnífico adelanto de la Escuela Nacional, es exclusivamente la obra del Ilustre Prócer, a quien debemos la estructuración de una nueva conciencia nacional; ningún magisterio más glorioso ni más digno para la inmortalidad de un gran líder; por esta misión nobilísima, el pueblo considera que el Generalísimo Trujillo es el primer maestro dominicano.

Lic. Enrique G. Striddels





Respuesta del Agr. Fabio F. Herrera hijo

Me es grato corresponder a la encuesta abierta por ese prestigioso diario acerca de la influencia que el ilustre pensador antillano Eugenio María de Hostos ejerció sobre las rutas, y en la vida del pueblo dominicano.

Con calor de sinceridad agradezco la inclusión de mi nombre a quienes se les pide opinión, y por este medio me empeño en hacer mi modesto aporte a ese tema, de tan alto interés cultural.

La obra de Hostos no puede Subestimarse

La obra de Hostos no puede ser ignorada o subestimadas sus proyecciones educativas o culturales sobre algunos sectores, de la sociedad dominicana, no solamente en la época en que actuó en el país, sino también, aunque debilitándose gradualmente su influencia, en el ámbito nacional de las dos primeras décadas del presente siglo.

El pensamiento de Hostos se reflejó directamente en la educación, cuyos métodos pedagógicos evolucionó totalmente, sacándolos de los moldes escolásticos que le quitaban frescura y flexibilidad. Pero también la influencia cultural del Maestro antillano se proyectó fuera de las aulas normalistas, porque es innegable que su lógico método expositivo fué luz que guió al pensamiento en la discusión de muchos problemas trascendentales de aquellos tiempos.

La escuela hostosiana fué brillante y fuente de verdadera cultura. Los mismos enconados ataques que provocó sirvieron para polarizar el ambiente cultural, cuyas corrientes de pen-



samiento fluían desorientadas en debates estériles, y trágicos a veces, provocados por las luchas intestinas.

Con su lema de “civilización o Muerte” encaminó a los hombres de su tiempo a que lanzasen una mirada retrospectiva, en una especie de examen de conciencia colectivo.

Empero, las atormentadas condiciones políticas y económicas impidieron que una obra de tanto aliento cultural extendiera sus efectos a lo largo y a lo ancho del país, empobrecido, desgarrado en luchas personalistas y desarticulado por la falta de vías de comunicaciones.

Necesariamente, la influencia de Hostos tuvo que proyectarse sobre un reducido grupo de discípulos quienes fueron los depositarios de sus ideas avanzadas en materia educativa, pero también de su positivismo y de su anticlericalismo.

La “escuela sin Dios” influencia negativa

Interpretando ese aspecto de la escuela hostosiana, cabe afirmar que su influencia en la vida dominicana tuvo un carácter más bien frustrado por cuanto elevó a la categoría de dogma social, más rígidos que los dogmas religiosos, la concepción de la “escuela sin Dios” provocando la ruptura del lazo que unía al hogar con el plantel.

Es propósito primordial de los afanes de un educador, la formación de hombres que sean capaces de encarar los problemas de la sociedad en la cual actúan, y sobre todo, que los sepan encarar con éxito.

Pues bien. Fué en ese empeño de tanto alcance que la escuela de Hostos no dió los frutos que ansiaba su mentor, porque no pudo formar una generación que tuviese fe en los destinos de la Patria y que fuera capaz de resolver los problemas que conducían al país a la ruina moral y material.

Los males del país continuaron agravándose. El analfabetismo extendía sus tentáculos horripilantes. Y aunque las lecciones de Derecho Constitucional continuaban dictándose en las aulas del Instituto Profesional la constitución que ellas inspiraban era letra muerta para los gobernantes en turno. El contenido de la Moral Social no fué asimilado por la genera-



ción a la cual estaba dirigida y la concupiscencia y el peculado continuaron afianzados como sistema en las actuaciones públicas.

En el 1930, a los 50 años de haber puesto el Maestro sus plantas por primera vez en el país, la gravedad de los problemas gravitaba ominosamente sobre el porvenir de la dominicanidad.

Y de ninguna de las filosofías educativas que habían dejado de lado las características esenciales de la raza y de la religión, había surgido la voluntad orientadora que señalase el camino a seguir.

Hacia falta un Estadista . . .

En verdad que los males del país no eran únicamente de carácter educativo. Tan sólo ellos constituían uno de los aspectos del problema. La solución no estaba en las manos de maestros o pedagogos, por muy amplios que fueran sus conocimientos. Era menester que los encarase un Estadista en el sentido total de la palabra. Hostos no lo era. Su formación moral e intelectual lo catalogaban entre las cumbres del pensamiento y la cultura universales, y como un apóstol de la libertad de su Patria. Pero la historia enseña que sabios y filósofos son pésimos gobernantes.

Hostos no supo llegar hasta el fondo de la conciencia social de este pueblo, para allí poder estudiar las remotas causas de su angustia. Los dominicanos, desorientados, confusos, luchaban por encontrar su propia expresión como comunidad hispánica, vale decir católica, coherente y definida.

Catolicismo e hispanidad, aglutinantes

Catolicismo e hispanidad son los aglutinantes que mantuvieron unido al pueblo de Santo Domingo a través de las incontables vicisitudes de su historia. Factores imponderables son éstos que no se pueden medir ni analizar, y que por lo tanto, escapan a las concepciones de la filosofía positivista.

Catolicismo e hispanidad formaron el valladar que opuso el pueblo llano a las ideas desnacionalizantes que se introducían por la vía de una clase dirigente escéptica, que había



sido seducida por las corrientes del liberalismo francés.

Hay que hacer un poco de historia para comprender mejor el significado del laicismo de Hostos en la trayectoria social de un pueblo como el dominicano cuyas tradiciones están enraizadas en el temor a Dios y en la más profunda veneración a los santos de la Iglesia Católica.

A la llegada de Hostos al país, 36 años después de proclamada su Independencia, al pueblo dominicano no se le había dado tiempo todavía para cohesionar su unidad espiritual, que había empezado a resquebrajarse a raíz de la firma del tratado de Riswick en 1697.

Desde esa fecha, los habitantes de esta isla estuvieron sometidos a presiones externas que ninguna otra comunidad hispanoamericana se vió obligada a soportar.

Presiones de fuerzas extrañas

Mientras que al abrigo de la hegemonía política de la Madre Patria, los demás pueblos del tronco hispánico completaban la formación de una conciencia nacional, unida, definida en sus características raciales, culturales y políticas; libres del temor, sin fronteras raciales ni culturales, nuestro pueblo se veía obligado a enfrentarse a fuerzas que a su antojo moldearon el curso de su historia.

Esas fuerzas, que habían comenzado a dejar sentir sus efectos cuando los primeros bucaneros sentaron sus reales en la isla de la Tortuga, alcanzaron su mayor intensidad con la cesión a Francia de la parte española de la isla, en 1793, a consecuencias del tratado de Basilea.

Este fué un golpe tremendo, de consecuencias más disgregantes que las más feroces embestidas de haitianos y bucaneros.

Con la cesión creáronse problemas económicos, sociales, políticos y morales que obligaron a los habitantes a iniciar un éxodo más, de los tantos que registra la historia de Santo Domingo. El daño fué irreparable y retrasó el progreso económico y cultural del país en más de un siglo. La flor y nata de lo que hoy se llamaría las fuerzas vivas de Santo Domingo se aventó por todos los caminos y fué a enriquecer el acervo cultural y social de pueblos vecinos.



Una cuña en la conciencia social

Además, el tratado de Basilea introdujo una cuña en la conciencia social que se proyectó sobre la educación y en la moral. El trasplante de la filosofía liberal de la Revolución Francesa trajo al país corrientes de pensamientos que chocaron violentamente con la estructura reciamente católica y conservadora que eran los sólidos puntales de la vida dominicana.

Las ideas de liberalismo y naturalismo, “las religiones de fantasía” que llama Toynbee, fueron elementos de confusión, y hasta de perversión, que ejercieron su influjo a todo lo largo de la historia nacional, hasta que Trujillo cerró la brecha que se había abierto en la conciencia nacional cuando su acción eminentemente educadora enfrentó, cumplidamente, el reto histórico que estaba en pie desde 1793.

Para recargar las tintas oscuras en el sombrío cuadro de la vida dominicana hay que agregar los esfuerzos desnacionalizados empeñosamente en el transcurso de los 22 años de su dominación.

La influencia francesa

La influencia francesa tenía tal vigencia que hasta los creadores de la Independencia, de cuya fe religiosa no hay dudas puesto que la Patria nació al amparo de la Cruz y de los Evangelios, estaban teñidos de un matiz liberalista, de tipo romántico, que se refleja en algunos de sus escritos y revela la impregnación de la cultura gala.

No hay que olvidar que fué la revolución liberal de 1848, la que dió el primer triunfo diplomático a la naciente República Dominicana, cuando el nuevo gobierno de Francia que sustituyó a la Monarquía Cristianísima de Luis Felipe, reconoció inmediatamente la Independencia Nacional que el gobierno real había negado días antes.

Significado del laicismo de Hostos

Todos estos antecedentes históricos explican la existencia de una pequeña élite intelectual, de ideas avanzadas, en la cual el pensamiento laico y anticlerical de Hostos encontró terreno



fértil en el cual la semilla del laicismo germinó y dió frutos, menguados, es cierto, pero que dieron origen a un raro mestizaje filosófico, mezcla de laicismo y catolicismo aparentemente sincero, que ha llegado hasta nuestros días. Porque aún encuéntrase intelectuales que declarándose católicos, ponen en dudas el origen divino del ministerio sacerdotal. Como si el dogma católico estuviese sujeto a estas interpretaciones acomodaticias.

La cultura madre

Decía el fenecio Eugenio D'Ors que por debajo de todos los acontecimientos se extiende, como capa de agua subterránea, un fondo de ideas que solemos llamar cultura.

¡Y qué validez tiene esta expresión para el pueblo dominicano! Porque en el trasfondo de todos los acontecimientos que forman su agitada historia, la cultura madre se agita siempre, a veces de un modo confuso, pero vigente como una fuerza redentora que pugna por aflorar vibrante.

Una traición espiritual

La anarquía de la vida social dominicana fué el resultado de una traición espiritual de parte de sus dirigentes políticos e intelectuales que se abrazaron al pie de extrañas banderías filosóficas y políticas, muy extrañas a nuestro origen. Ellos no supieron, o no quisieron encauzar las fuerzas latentes de la dominicanidad.

La escuela de Hostos dejó de lado esa verdad fundamental, o no la advirtió. Se desasíó de las tradiciones más caras al pueblo dominicano, para producir una cultura de expresión universal, pero sin raíces en lo nuestro. La generación formada en esas aulas resultó incapaz de sentir los estremecimientos que agrandaban la fisura que desgarraba las entrañas de la nación.

Y ahí es dónde estuvo la odisea de la Patria, en esa solitaria y angustiosa búsqueda de su propia expresión.

Trujillo fué el único

Fué Trujillo el único que supo advertir ese trágico desquiciamiento y encontrar su origen. Su obra educadora de re-



orientación espiritual, cerró esa fisura que se agrandaba con el choque de las ideas laicas que se habían injertado en nuestras tradiciones, provocando la ruptura de la unidad espiritual de la nación.

Trujillo hizo la unidad del país y para soldar aún más su anclaje en las tradiciones, reintegró la educación a su legítimo contenido cristiano, dándole una amplia base religiosa, y esto de por sí, da alientos de perdurabilidad a su escuela.

La escuela de Trujillo

La escuela de Trujillo, la actual escuela nacional, no se inspira ya en las ideas de Hostos. Son otros los tiempos y otras las incitaciones como diría Toynbee. Pero hay que rendir homenaje al gran Maestro Antillano. Homenaje de gratitud y de admiración. Fué sincero en sus propósitos y valiente en su exposición. Además, un hombre de su cultura y de tan amplia base intelectual no podía traicionarse a sí mismo, dejando a un lado, las más altas elucubraciones de la filosofía contemporánea.

Pero la obra educativa de Trujillo no se inspiró en teorías a doctrinas extrañas al medio social en donde iban a aplicarse. Su escuela comenzó por vincular al futuro ciudadano al destino de su patria. Era menester que hubiese hombres que estuviesen compenetrados con el ambiente en donde iban a desenvolver su vida.

Porque resultaba inconcebible que en un país cuyas fuentes de riqueza estaban basadas en la agricultura, el espíritu de la educación de la población campesina estuviese de espaldas a esa realidad.

Su plan educativo es una obra gigantesca en todos los conceptos, porque entrañó una revolución total sobre los métodos que podrían llamarse clásicos, que si bien habían resultado eficientes en otros medios, resultaban inoperantes en el nuestro.

Desde su Plan de Alfabetización Total hasta la disposición religiosa en los planteles, la Escuela de Trujillo satisface plenamente las demandas de la dominicanidad.

La "escuela sin Dios" había situado la educación dentro del terreno del materialismo más desolador. Y aunque se ale-



que que en países muy ilustrados, en los que señalan rumbos a la cultura universal, la enseñanza es absolutamente laica, como contrapartida puede presentarse que es en esos mismos países en donde la delincuencia juvenil ha tenido el más atroz aumento, que es objeto de preocupación de parte de educadores, sociólogos y sacerdotes.

La formación religiosa

La formación religiosa en la conciencia del niño le crea de hombre la confianza que da un sólido equilibrio moral, que difícilmente perderá, no importa las dificultades que se le presenten en el camino de la vida.

Al cimentar la educación del pueblo dentro de las normas morales de la doctrina cristiana, Trujillo reintegró la cultura dominicana a su verdadera raíz histórica y reforzó su obra de unidad nacional, haciéndola impenetrable a la acción de las fuerzas corrosivas que corren sin bridas por las brechas que la escuela laica abre en las defensas espirituales de una nación.

Toynbee afirma que el liberalismo es el lazo histórico entre el Calvinismo y el comunismo del siglo XX.

Pues bien, la escuela positivista de Comte es una evolución del liberalismo y del culto a la diosa Razón, y entre ésta y las doctrinas de Marx y Engels, la escuela laica es el común denominador.

Hace dos años, Señor Jefe de Redacción, estos conceptos que doy a la publicidad ahora, los vertí en una obra, inédita todavía, que escribí en ocasión del concurso organizado para la inauguración del Monumento a la Paz de Trujillo, en Santiago de los Caballeros y que mereció los honores del primer premio para un ensayo sobre los efectos de la Paz de Trujillo, en la estabilización de la Democracia dominicana.

Muy atentamente,

Agr. Fabio F. Herrera hijo



Respuesta del Dr. Ernesto C. Botello

Complacido contesto la encuesta que ese diario ha abierto al análisis de un grupo de intelectuales en relación a la influencia de Hostos en la vida dominicana y significación de su laicismo en la trayectoria social de nuestro pueblo, así como si la Escuela Nacional se inspira aún en las ideas y sistemas del pensador antillano, como ha afirmado el escritor Peña Batlle.

Muy oportuna creo esta encuesta. Los personajes y los hechos destinados a pasar a la Historia deben ser analizados por la crítica desapasionada de sus contemporáneos, para así evitar que los historiadores, mal documentados y peor impresionados por la distancia desde la que observan esos hechos y esos personajes, que puede ser de siglos, emitan juicios desajustados a la verdad. Se nos ha dado la misión de juzgar a un hombre y a su obra. Para hacerlo dignamente es necesario situarse sobre la altura inmaculada de una conciencia limpia de esos prejuicios que el tiempo en su devenir civilizador hace años dejó atrás, y mirar con los ojos escrutadores del alma, no al hombre, sino a la obra de ese apóstol de la enseñanza que dió su saber con la misma satisfacción espiritual que Jesús dió su amor.

Es un absurdo

Yo pensaré siempre que es un absurdo negar valor a la obra educadora de Hostos en nuestro país; él hizo entre nosotros una gran labor educadora. Eminente pedagogo, con una vastísima cultura y un ideal de bien social como meta, llegó a nuestras playas en uno de esos períodos nebulosos en que para



su desgracia les ha tocado vivir a los pueblos. Era el 1880; se vislumbra ya la tiranía lilisiana que sometería a la República, durante veinte años, a la más vergonzosa degradación. El panorama que observa el ilustre pensador al llegar al país es desconsolador. Sociólogo perspicaz capta nuestro problema y se repara a combatirlo. No puede ser un político actuante porque se sabe extranjero; va a la Escuela que es su gran vocación, y desde la tribuna del aula combate con la espada de la idea por los fueros de un orden social, político y cultural que estaban en franca decadencia. Luchador incansable no le arredran las múltiples contingencias que le salen al paso, y lleva su Escuela al través de vicisitudes que para un hombre de espíritu apocado hubieran sido insalvables. Ese es el clima dentro del cual tuvo que enseñar. Mientras él proclamaba los sagrados principios de los derechos humanos; Ulises Heureaux mataba la democracia y corrompía todas nuestras instituciones que se deplomaban ante la tragedia que en nuestro suelo padecía la libertad. La más afectada de nuestras instituciones fué la Escuela. Los tiranos saben que la Escuela es faro que irradia luz que enciende ansias de libertad en los espíritus superiores.

Hostos encontró una Escuela de métodos arcaicos que nos había legado la España conquistadora, ajustada a viejos sistemas empíricos sin orientación cierta; y funda su escuela racional iniciando así en nuestro medio la reforma educacional basada en enseñanzas científicas. Impuso métodos inspirados en las modernas corrientes pedagógicas frente a una rutina escolar que nos venía de siglos atrás. Su sistema educativo lo basó muy principalmente en el método socrático inductivo-deductivo. A su Escuela Normal afluyó la juventud afanosa de oír la palabra del nuevo educador que llegaba a nutrirla con la savia nueva del saber que traía del Viejo Mundo.

Echó raíces

La educación hostosiana echó profundas y beneficiosas raíces en la cultura dominicana, de tal manera, que sus discípulos siempre ocuparon puestos de prominencia en todas las actividades de la vida nacional. Maestros, fueron verdaderos apóstoles de la enseñanza; Legisladores, fueron cumbres de saber y



honestidad; simples ciudadanos, fueron ejemplo de austeridad; hombres de ciencia, fueron sabios. Sin Hostos, tal vez no hubiéramos tenido la gloria de que el pensamiento dominicano ideara “La Cósmica”. Incuestionablemente su obra educacional influyó en el ambiente dominicano hasta el año 1930. Todas las reformas e innovaciones que se iniciaron en el primer cuarto del presente siglo, o tuvieron como base el plan hostosiano o se aprovecharon del camino que él había franqueado. Hostos fué el maestro que despertó amor por las ciencias en el ámbito dominicano en las postrimerías del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Sería injusto dejar asentado el concepto de que para la época a que nos referimos Hostos brillaba en el cielo de nuestras actividades culturales como un sol solitario; no: él compartió con Meriño el pináculo del saber en la hora que le tocó vivir en nuestra tierra; el uno presidiendo la Escuela nacionalista, el otro presidiendo la Escuela secular. Y aunque parezca paradójico, la simbiosis, que a la larga se produjo, de estas dos corrientes del saber, dió como resultado, óptimos frutos, que tuvieron su representación en una generación de intelectuales que son el fundamento de todo nuestro progreso cultural del comienzo de este siglo.

Se acusa a Hostos de antiespañol; Hostos, hombre culto, no podía ir contra su propio entronque racial, España fué su madre de raza y de cultura. Hostos sí fustigó los sistemas políticos arcaicos de una España que persistía en retener bajo un estado de coloniaje vergonzoso a su Patria. Y él, que desde su juventud sintió vocación de patriota, llevó siempre por los caminos de su peregrinaje, como símbolo de lucha, el estandarte de su Patria hecho, en sus labios, viril protesta, en procura del derecho más sagrado de los pueblos: la libertad. El caso de Puerto Rico era y ha sido único en la América latina; Hostos murió viviendo la tragedia de su pueblo. ¿Fustigó a España en sus instituciones? Admirémosle. Sólo los esclavos besan la mano que les pega.

Nada nuevo

Se ha querido dar al laicismo de la Escuela de Hostos una interpretación que no se aviene a la intención que tuvo su fun-



dador al instalarla. Su intención nunca fué la de hacer una Escuela atea. El laicismo de Hostos que separaba la Escuela, no de la religión, sino de la tutela de la Iglesia, no era nada nuevo. El ponía la Escuela en nuestro país dentro del marco en que ya había sido colocada en toda Europa desde hacía más de dos siglos. La lucha del escolasticismo y del laicismo se inició en la Edad Media; pero es en el Renacimiento cuando se perfila de manera definitiva la escisión. Así como la teología había sido el estudio por excelencia de la Edad Media, la ciencia que fué hija del Renacimiento, ya en el siglo VII se enseñoreaba en todo el mundo. El espíritu humano cansado de un estado contemplativo en que para llegar al conocimiento de la verdad tenía que someterse a la constante del silogismo aristotélico, sentía ansias de ahondar en la naturaleza arrancándole sus secretos por medio del análisis. Así se llegó al método inductivo que era el instrumento necesario al progreso de las ciencias de observación. Desde este punto era necesario reformar casi todos los principios de la antigua filosofía. El conocimiento de ciencias nuevas en progreso abría el horizonte a nuevos sistemas filosóficos. Se imponía una revisión de aquellos dogmas que estaban en contradicción con hechos científicos incontrovertibles. La Escuela, pues, para cumplir su función educadora, tenía que separarse de todo poder coercitivo.

En nuestro país, el coloniaje primero las cruentas luchas por nuestra independencia política después, y, por último, el estado de conmoción que como secuela natural siguió a los dos periodos enunciados, no le permitieron a nuestra Escuela beneficiarse más intensivamente del notorio progreso de las ciencias desde mucho tiempo antes de Hostos. A éste le tocó la función de acoplarla a las corrientes de las ciencias modernas.

¿Dónde está el Cisma?

Nadie puede negar sin incurrir en el imperdonable desconocimiento de las corrientes filosóficas que informaron sus conceptos de educador, que Hostos sintiera predilección por el racionalismo y lo practicara de manera fundamental en su Escuela; pero esto está muy lejos de que se le pueda catalogar como un impío, ciego seguidor del tristemente célebre Santhi-



bal. En su obra de educador yo no he acertado a encontrar su perfil de ateo; he encontrado sí, al moralista que adoctrinó con la palabra y el ejemplo inculcando la rectitud de carácter, no la herejía; he encontrado al forjador de conciencias que hizo ciudadanos respetuosos de las leyes que rigen la sociedad. Su prédica constante fué encaminada a exaltar el amor a la democracia y el respeto a las instituciones sociales. Ejercitando esas virtudes no se va contra ninguna religión. A los que hablan de su prédica atea que tanto mal, dicen, hizo a la juventud que tuvo la dicha de ser su discipulado, yo les pregunto: ¿Dónde está el cisma que esa juventud provocó en nuestra patria?

De Hostos haber contado con la mano pródiga de un Meceñas de la talla de Trujillo y con un clima de libertad como el que hoy vive el pueblo dominicano, su obra hubiera sido imperecedera.

Es con la ocupación americana que la influencia de la pedagogía hostosiana comienza a desdibujarse. Se suceden varios ensayos que producen un estado de confusión sin llegrarse a un método de orientación definida. Métodos brillantes llegan hasta nosotros, pero en fin, métodos extranjeros elaborados para la psicología de otros pueblos. Yo creo que si algo debe ser autóctono es el método instructivo de una nación; y es ahí, precisamente, donde está el éxito de Trujillo en su ingente labor de educador. El Generalísimo Trujillo es el maestro por antonomasia del pueblo dominicano. Su obra educadora no resiste paralelo. Hostos fué un reformador de viejos métodos; Meriño fué el brillante expositor de la Escuela tradicionalista; Trujillo es el creador de una Nueva Escuela. El ámbito de su instrucción no se circunscribe al aula ni a grupos clasificados; su Escuela es la República y su población escolar es toda la ciudadanía dominicana. Su Escuela no sólo instruye para todas las disciplinas sino que también educa para todas las contingencias. Para educar e instruir no tiene edad de preferencia; él ha fundado una Escuela para el niño y para el anciano, porque fué hecha para toda una ciudadanía. Creador de una patria que tuvo que levantar sobre los escombros que dejó un



poder colonizador que se había distinguido por su negación a la introducción de las nuevas corrientes civilizadoras, y una sucesión de gobiernos cuyo afán primordial fué corromper la ciudadanía para poder gobernar sobre la desvergüenza, su labor docente tenía que ser como ha sido: integral. El fundó, pues, su Escuela, como lo había hecho todo en nuestro país, sobre la nada.

Trujillo creador

Es en medio de las grandes catástrofes de los pueblos cuando aparecen los grandes forjadores del ideal. El Genio es el soplo que el destino dona a la humanidad en horas supremas. Nada resiste a su fuerza creadora porque es ésa la razón de su ser: crear. Eso ha sido Trujillo en nuestra patria: un Genio; un Creador. Toda su obra es hija de su pensamiento, y no ha sido influenciada por la obra de nadie. La Escuela que él ha dado a la República es creación original de su excepcional capacidad creadora; como son excepcionalmente originales todas las dádivas que sueña y plasma en su afán de hacer una patria mejor. así: se inicia como adoctrinador en el tablado de las Furezas Públicas y dando cátedra de disciplina enseña que es la obediencia la primera enseñanza que se le debe dar al ciudadano para poderlo llevar por los caminos de la paz a todas las metas de la superación: dicta leyes, y sus códigos son brillantes lecciones de derecho que dignifican la justicia de nuestro país; le impone al hombre del agro el deber al trabajo enseñándole así, que no hay abono como el sudor para producir riquezas; impulsa con el ejemplo y la prédica las industrias nacionales para hacer patente cómo la labor organizada levanta la economía de los pueblos; da la más elocuente cátedra de higiene cuando echa a correr los ríos por las ciudades; levanta Hospicios, Hospitales y Guarderías Infantiles, para adoctrinar sobre la caridad; enseña civismo, y el pueblo se inclina reverente, como nunca lo había hecho, ante las instituciones republicanas y las insignias nacionales. Los Liceos y



Universidades abriantados por este creador insigne, son ramas del árbol frondoso de esta gran Escuela que es la República y en la que oficia como máximo pontífice el genio que para crear una patria grande se hizo su Primer Maestro y su más grande Educador. Y preocupado por darle vigencia de siglos a su obra, la afianza, por el Concordato, sobre la Iglesia de Cristo, preservando así los valores eternos que son los que hacen una patria.

Atentamente le saluda a Ud.

Dr. Ernesto C. Botello





Respuesta del Prof. Ramón del Orbe y del Orbe

Con el agradecimiento que merece la inclusión de mi nombre en la Encuesta de su gran rotativo acerca de la influencia de Hostos en el Pueblo Dominicano, correspondo a ella complacido por el espíritu de dignidad de toda dilucidación, dentro del clima de comprensión y justicia que vivimos en la realidad brillante de la Era de Trujillo.

La trascendencia de su Encuesta tiene la importancia de ofrecer al campo de las ideas elementos que contribuyen a colocar al pensador en el plano y lugar que le pertenecen, en vista de que fué en nuestra Patria, más que en Chile, donde él luchó intensamente en fijar y difundir la doctrina y el alcance de sus principios y conceptos.

Desde cuando era estudiante, Hostos se rebelaba en Puerto Rico y en España contra los métodos imperantes de educación, por considerarlos contrarios al desarrollo natural del entendimiento. No fué partidario de ninguno de los tres sistemas filosóficos, que fueron positivismo, neokantismo y krausismo, que en esa época prendieron en la Península, aunque Sanz del Río, representante allí del krausismo, fué un maestro de Filosofía en la Universidad Central de Madrid.

Luego, sumido en observaciones y estudios, indujo del des-envolvimiento de las cosas y los seres y la evolución del pensamiento, que todo cuanto existe está sujeto a normas determinadas y debe corresponder a una finalidad preestablecida de bien. De acuerdo con esa convicción científico-filosófica que se halla comprobada en la materia con Galileo y Newton, Proust y Dalton, Mendel, Huxley y Cajal, y en el espíritu desde Tales de Mileto hasta Spengler, Hostos llega a la concepción orga-



nizada de su sistema, siguiendo el método de la inducción, que aunque es el Comte, también es el del viejo, conocido y discutido problema filosófico de la escuela jónica acerca de resolver el caso de los conocimientos humanos partiendo de los hechos, en oposición a la escuela itálica que sustentaba la resolución partiendo de las ideas, y que asimismo es, por cierto, procedimiento indicado por San Pablo y el de la analogía fidei, de la Teología Dogmática.

Concepto maravilloso

Así, y por medio de una serie de razonamientos peculiares de apreciación, según se evidencia por el respectivo estudio comparado, de los hechos a sus causas, de los fenómenos a su ley, de lo particular a lo general, de lo limitado a lo ilimitado, de lo visible a lo invisible, de lo concreto a lo abstracto, Hostos llega a poseer un concepto maravilloso de la Naturaleza y del prodigio de la idea del Universo, proclamando a una y otro como obras perfectas que son, expresiones de sabiduría y de armonía absolutas que denuncian la existencia de un Autor también perfecto, regidas necesariamente por principios invariables y universales.

Con esa idea, penetra de manera única en la uniformidad natural de cuanto percibimos y concebimos, y ahonda en ella hasta descubrir que las leyes cosmológicas, producto del Supremo Hacedor, afectan y determinan respectivamente todas las manifestaciones de la creación. Para Hostos, por lo mismo, tan natural o cosmológica es la ley que rige la conciencia, la que produce y gobierna la sociedad y la que origina el desarrollo de la razón, como la que preside las combinaciones múltiples, la de la herencia mendeliana o la de la atracción universal.

En consecuencia, pues, con su concepto general, y de conformidad con el espíritu de división, establece y estudia de modo dicótomo la existencia del Orden Moral y el Orden Físico, en que basa su sistema de educación con estricta sujeción a las leyes del desenvolvimiento natural de la razón como única manera de que la trasmisión y adquisición de conocimientos, y que indefectiblemente tengan el bien como objetivo, le den fácil, fecunda y puramente al espíritu la más alta plenitud de



ciencia y el más elevado discernimiento que lo conduzcan admirable e irremisiblemente a la contemplación científica y moral del Universo como obra de la imprescindible aceptación de un poder supremo, que es Dios, y a quien reconoce, admite y menciona oportunamente en la amplia y variada producción de su mente y corazón.

Forma y finalidad

La concepción, forma y finalidad del sistema hostosiano en referencia, se encuentran expuestos, y se inducen de toda su bibliografía pedagógica, didáctica y científica, en sus tratados de Moral, Los Frutos de la Normal, Lógica, Curso de Pedagogía y Sociología.

En su Discurso pronunciado el 28 de Septiembre de 1884 con motivo de la Investidura de los primeros Maestros Normales de la República, pieza calificada por Antonio Caso como “la más alta página filosófica de la América Española”, el pensador ratifica elocuente y convencidamente su idea, y fiel a ella declara de nuevo la existencia del Creador con énfasis y vehemencia, como cristiano y masón que era, en una serie de profundas interrogaciones, metáforas y perifrasis cuando exclama: “. . . ¡Señor, Providencia, Causa Primera, Verdad Elemental, Razón Eficiente, Conciencia Universal! . . . ¿hasta cuándo ha de ser un ofensor el que sólo quiere ser defensor de la razón? . . . De la parte de razón que Tú, sin duda Tú, Razón Centrípetas, has imbuído en el espíritu del hombre, para que, evolucionando independientemente de su foco, se lance en el espacio sin fin de la verdad, y, teniendo en Tu seno el centro fijo, imite a la vorágine de mundos que se precipitan en el infinito, y que trazando en él sus invisibles órbitas, y poseídos del vértigo que los aleja de su centro, son, como la razón humana, tanto más prueba de que existe el Centro a que obedecen, cuanto más en lo hondo del infinito se sumergen!”

El concepto de la Naturaleza y del Universo así considerados por el señor Hostos, y que tanto habían cautivado a Kant cuando llamó un espectáculo verdaderamente maravilloso al Cielo estrellado sobre nuestra cabeza y el sentimiento de la conciencia en el fondo del pecho, no es panteísmo ni ateísmo,



puesto que es camino y sensación que conducen a la irrestricta admisión del Ser Supremo, tal como para David “Los Cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos”.

No es positivismo

Tampoco el sistema hostosiano es positivismo, porque la doctrina de Comte, bajo todas sus formas, limita a lo material o sensible el objeto de todo conocimiento, y concibe la Naturaleza como un conjunto de Leyes que se envuelven unas a otras, partiendo de las más sencillas a las más complejas, algo así que me hace recordar el absurdo del sistema astronómico de Tolomeo formado por esferas cristalinas o diáfanas y cielos con la Tierra, inmóvil, en el centro. Y para Hostos la Naturaleza —seres, hechos, fenómenos y leyes— es hechura del Autor del Mundo y está regida por principios inalterables y eternos, que son Leyes Cosmológicas o Naturales del Universo, en las cuales descansan sus sistema pedagógico y social. No es racionalismo el sistema de Hostos, a pesar de que su método es eminentemente racional (no racionalista), porque el sistema en que lo moderno encarnó Harnack, admite únicamente la razón como criterio de verdad, y el sistema hostosiano vuelca el espíritu a lo insondable, a lo infinito, que además de sus pruebas científicas y filosóficas de existencia, es objeto de sentimiento, de espiritualismo y de fe.

Sentado todo cuanto antecede, y teniendo en cuenta el momento de atraso y de turbulencia política en que actuó Hostos en nuestro país, se comprende fácilmente que su doctrina, como la de todo reformador, no pudiera ser entendida y asimilada por la totalidad del pueblo. Empero, produjo frutos de alto valor intelectual y moral en sus discípulos directos, y en sus mismos colaboradores así como en la mayoría de las personas de alguna cultura que orientaron y vigorizaron, dentro de la rectitud y eficacia del Deber y del Derecho consagrados por él como normas de vida, el acervo de sus espíritus con las enseñanzas del Maestro. Si puesta la Cosa Pública en manos de algunos de sus discípulos, fracasaron en el ejercicio de sus altas funciones, tal como la República Española de 1873, por



ejemplo, fracasó no obstante estar en manos de una de las más brillantes pléyades de la intelectualidad de la Madre Patria como fueron Pi y Margall, Salmerón, Azcárate y Castelar, fué culpa del tiempo como diría Quintana. En nada amengua al Maestro el hecho de que haya tenido discípulos malos o indignos, porque Sócrates sigue siendo Sócrates aunque Alcibiades fué su discípulo, Séneca es siempre Séneca por encima de su discípulo Nerón, y Jesús continúa siendo Jesús a pesar de Judas haber sido uno de sus Doce Discípulos.

No demostró odio

No tuvo ni demostró Hostos odios hacia España, de la cual procedía, sino la misma oposición que por el régimen colonial de ella sintieron Hidalgo, Bolívar y San Martín hasta conjurarlos y encenderlos en armas contra la fuerza y el poderío de la Península, en lucha sagrada de Libertad.

En cuanto a la condición de Haitianizante que se le atribuye, se trata de un paralogismo de Peña Batlle, como expuse en Noviembre de 1950 en mi artículo titulado EUGENIO MARIA DE HOSTOS, publicado en las importantes columnas de La Nación. Hostos, como sociólogo y amante de la democracia, afirmó que la dominación haitiana que sufrimos le hizo mucho daño a la sociedad civil; pero que a la sociedad política le hizo el beneficio de haberla democratizado, borrando la idea y la práctica de autoridad privilegiada y la diferencia de castas; produciendo, llegado el instante de libertad, la constitución del Gobierno sin distingos de color y jerarquías. De esa afirmación, Peña Batlle dedujo, erróneamente, que Hostos era haitianizante. Sería igual concluir que Hostos era un malvado, porque en el Capítulo IV de los Prolegómenos de Moral Individual expresa y prueba que un desalmado sirve mejor que un concienzudo para hacer patente la existencia de las ideas morales. Razonar de modo semejante, hace recordar a Protágoras, a Gorgias y a Pródico.

En lo que respecta al Derecho Constitucional del pensador antillano, después que Adolfo Posada le escribió al autor manifestándole sobre dicha obra que ese texto no era para alumnos ni para maestros, sino para que en él lo consultaran los sabios, huelga todo comentario.



Sea cual fuere la aceptación en que se tome el contenido o extensión del término laicismo, es decir, como doctrina propagada en Inglaterra en el Siglo XVI, que les reconocía derecho de gobernar la Iglesia a los legos, y en ciertos casos administrar los sacramentos; como doctrina que aleja de toda influencia eclesiástica al hombre; o por extensión de lenguaje, como el conjunto de quienes no han recibido órdenes sagradas, Hostos fué en sí un opositor al laicismo, porque al reconocer y admitir el Ser Supremo necesariamente tuvo que conceder la existencia de culto a la Divinidad, dirigido u orientado por quienes tengan capacidad y poder para ello con el propósito de acción de las ideas morales, ya que en relación con la función de ellas él expresó en el indicado Discurso de Investidura de los primeros Maestros Normales, que “más alto que el sabio vive el justo, porque más alta que la ciencia es la moral”. En el capítulo denominado La Moral Social y las Profesiones, de su Tratado de Moral, aprueba, expresamente, la profesión del sacerdote católico cuando la mueve la vocación. Y de Cristo, en la calidad de Redentor y Fundador de la Iglesia, dice Hostos en el Monólogo de un Sediento: “La sed del Salvador es la suprema aspiración a Dios”.

Obra de circunstancia

La exclusión de nuestra Religión Católica, Apostólica y Romana de los planteles docentes, de debió a la circunstancia de que por práctica de igualdad individual y en virtud del sentimiento de libertad de culto consagrada en casi todos los Pactos Fundamentales de las Naciones del Continente, Hostos consideró que dicha enseñanza, para evitar conflictos frente a estudiantes de otros credos, debía permanecer en los hogares y en los centros religiosos correspondientes donde siempre se había ofrecido con amplitud. No propició ni introdujo en las escuelas de enseñanza de ninguna otra Religión, en virtud de su concepto expresado.

Esa disposición, le valió por parte de varios católicos a la escuela hostosiana el nombre reiterado de ESCUELA SIN DIOS, aparejado de toda detracción para su Director, no obstante declarar pública y firmemente el Padre Billini que la Es-



cuela Normal era fuente verdadera de progreso y de moral, y el Padre Meriño asistir a la inauguración de la Normal de Santiago.

Los discípulos y amigos de Hostos lo juzgaron católico en toda ocasión, además de lo dicho precedentemente, por su asistencia al santo sacrificio de la misa, por sus visitas largas y silenciosas a imágenes sagradas en nuestros templos y por la moral y virtudes completas de su vida afectuosa y buena. Un día, el Presbítero José Martínez Cárceles en su nombre y por la opinión de otros Sacerdotes, lo ofendió desde la Cátedra del Espíritu Santo, estando Hostos presente oyendo la misa, y los calificó de ateos a él y a su sistema educativo, después de haber sido investidos los primeros y los segundos Maestros Normales del país; y cuando alguien quiso hablarle de aquella acción, Hostos se limitó a repetir beatíficamente las siguientes palabras de Jesús en la Cruz: "Pater, dimite illis: non enim sciunt quid faciant". Jamás nadie le oyó tratar de la actitud del Sacerdote citado.

Trujillo supera

Si en sus libros no aparecen palabras específicas de la Religión, como se ha dicho, se explica por la índole de sus obras, de igual modo que tampoco aparecen en los textos científicos de los Ministros Sagrados. El Padre Vitoria ni el Padre Laburu, pongo por caso, usan los mencionados términos en sus libros de Química, Psicología Médica, Anormalidades del Carácter, etc., y, eso no les da a los levitas condición de ateos ni de anticatólicos

La significación y eficacia de la concepción hostosiana y la excelencia de su sistema educativo volviendo a ellos para terminar solamente han podido ser superados en la República. por el genio admirable de Trujillo, quien como creador verdadero de todas las grandezas de la Patria, ha logrado maravillosamente, entre los portentos de sus realizaciones estu-
pendas, preparar al pueblo para brindarle los métodos y la finalidad de la enseñanza prodigiosa que contemplamos en consonancia con las potencias que contribuyen a darles al cuerpo



y al alma, como decía Platón, toda la perfección de que son susceptibles, uniendo el Jefe Ilustre la armonía inefable de la ciencia, que es creación divina porque el hombre nada más la descubre y los sentimientos sublimes de la fe, que son palpitaciones religiosas, en devota inspiración y elevada práctica de pureza que complacen la bondad infinita de Dios.

Se suscribe su Affmo. y obsecuente servidor,

Ramón del Orbe y del Orbe



Respuesta del Lic. Jesús María Troncoso Sánchez

Me place transmitirle a continuación las reflexiones que se me han ocurrido alrededor de la encuesta abierta por ese diario sobre la influencia de Eugenio María de Hostos “en la trayectoria social del pueblo dominicano”.

Ni sus excelsas cualidades como hombre de letras, ni el sacrificio de su juventud por la causa de las Antillas españolas, ni la austeridad de su vida ejemplar, suponen que la prédica del señor Hostos como maestro de la juventud dominicana de fines del siglo XIX deba aceptarse necesariamente como beneficiosa. La influencia de un hombre sobre un pueblo no puede juzgarse por cualidades puramente personales sino más bien observando cómo contribuyó a darle a ese pueblo un impulso en el sentido de su progreso material, guiando el fomento de sus recursos naturales; o hacia su perfeccionamiento político, vigorizando aquellas normas de conducta común más consonas con su idiosincracia y que sean capaces de asegurar su autonomía; o hacia su desarrollo espiritual, vinculándolo a las corrientes universales de la cultura sin perjuicio de su expresión característica como conjunto humano; en otras palabras, estimulando su auto-determinación económica, su soberanía política y su cultura propia.

Los dominicanos sobreestimamos a Hostos a causa de un error de evaluación originado en el bajo nivel de cultura nuestro durante el siglo pasado, cuando nuestra juventud aceptó las doctrinas expuestas por el Maestro como la **única** expresión posible de la sabiduría. Ignorantes de las demás corrientes de la cultura europea y del proceso intelectual que culminó en el positivismo, la enseñanza hostosiana encarceló, como en un dog-



ma, a sus discípulos. Deslumbrados por el brillo de su talento y el prestigio de su cultura, y por la aureola de santo laico que coronó su vida frustrada en pro de causas nobles, aceptaron sin discusión el valor íntegro de sus enseñanzas, juzgando quizás que éstas debían ser tan excelentes como su genio literario, su recta conducta individual y su devoción al magisterio.

Todavía oímos defender las enseñanzas de Hostos con argumentos como este: “Fué un fervoroso amante de la justicia y de la libertad, un espíritu recto y un alma honesta. Sus enseñanzas no tenían otra aspiración que llevar a la juventud por el camino del bien y de la ciencia. Es inicuo, pues, que se trate de rebajar sus méritos”.

Y, desde luego, difícil sería discutir los nobles propósitos de Hostos; pero no es en ellos en los que radica el nudo del problema. Lo que precisa conocer a fondo es el fundamento ideológico de sus objetivos y determinar si su filosofía había de constituir, como basamento de la sociedad dominicana, un elemento de fortaleza o de desintegración.

Nadie discute, por ejemplo, la finalidad moral del Socialismo en el sentido de que busca una mejor repartición de la riqueza entre las distintas clases sociales; pero aceptar a Carlos Marx como un apóstol de la humanidad, no obstante estar fundado ese encomiable objetivo en el materialismo histórico que niega a Dios, sería contrasentido para los que creemos en la necesidad de los valores del espíritu como fundamento imprescindible de la evolución de la humanidad.

Los fines éticos perseguidos por Hostos, aquellos que sedujeron a nuestros jóvenes de dos generaciones, se identifican en sus aspectos más nobles y elevados, con los del cristianismo, doctrina que era ya parte del patrimonio espiritual del pueblo dominicano; ¿por qué había, pues, que destruir ese patrimonio para imponer en su lugar una enseñanza que de ningún modo podía producir una norma de conducta más elevada que la doctrina de Cristo?

Lo que esta generación debe ponderar, libre ya del deslumbramiento de que padecieron generaciones anteriores ante el brillo excepcional del talento del Maestro, es el contenido fundamental de la doctrina de Hostos y no la prestancia de su personalidad o sus cualidades intelectuales.



Hostos fué un hombre de su época en el sentido de que abrazó las más radicales ideas del siglo XIX. Pero, precisamente por esta circunstancia, lo básico de su enseñanza fué inconvenientemente para la juventud dominicana. Lo que el Santo Domingo de entonces necesitaba era un hombre que no estuviese atado a una doctrina en boga, sino que mirase más hacia el futuro para comprender las necesidades fundamentales de este pueblo, consolidar su nacionalidad y encauzarlo por un camino de progreso y de cultura. Porque pretendió injertar en nuestro medio ideas inmaduras del ambiente europeo. Hostos fracasó como modelador del carácter nacional. De ahí su trágica desilusión ante los sucesos políticos dominicanos, cuya contemplación le reservó el destino para los últimos años de su vida.

Para mí tengo que muchos discípulos del señor Hostos no advirtieron todas las implicaciones de la nueva enseñanza. Y como lo demuestra la mayoría de las respuestas dadas a la encuesta de "El Caribe", parece que aun no nos percatamos completamente de lo peligrosa y destructora que fué la enseñanza hostosiana en nuestro medio. En la respuesta del Padre Robles Toledano se destaca con abundancia de citas del mismo Hostos, el carácter ateo y agnóstico de su enseñanza, que tantos se han empeñado en no ver. Ciertamente, si Hostos creyó en alguna religión fué solamente en la religión positivista de Augusto Comte, que suprime a Dios, y de la que dice "es en la altísima mente de su fundador un catolicismo filosofado", parodiando con esa desacertada expresión a otro comtiano de la época para quien la religión positivista era un "catolicismo *minus* cristianismo *plus* conciencia".

En su Tratado de Moral, Hostos define su posición en esta forma: "ni el deísmo, ni el panteísmo ni el naturalismo tienen la fuerza sociológica ni la fuerza moral que podría desplegar el positivismo religioso, porque todas ellas son eflorescencias metafísicas o científicas que llevan las consecuencias del pensar metafísico, o del inducir científico, hasta una afirmación arbitraria las primeras, o hasta una afirmación comprobada la última; pero de ahí no pasan. En tanto el humanismo es una afirmación con datos y una fabricación consolidada con confirmaciones y afirmaciones de verdad".



Sobre una base conceptual de esta contextura no podían, pues, contemplarse con acierto las directrices que debían inspirar la conducta del pueblo dominicano, orientado en sus sentimientos por una tradición católica de varios siglos. Y este error fundamental es lo que nos hace calificar de perniciosa la influencia laicista del señor Hostos en la evolución de nuestra historia.

Los objetivos educacionales básicos de nuestro país eran entonces, como lo son ahora, aquellos destinados a llevar a la masa del pueblo las enseñanzas elementales que le den un impulso inicial a su cultura.

Por esto, más que el auge indiscutible de la Universidad, deben considerarse como de mayor trascendencia en la obra educativa del Padre de la Patria Nueva, Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, estas dos normas de su política: eliminación del analfabetismo y asociación con el catolicismo en el campo de la enseñanza.

La primera porque sin ella no es posible alcanzar el mínimo de desarrollo intelectual de un pueblo civilizado, y la segunda porque la educación al través del catolicismo encuentra un eco auténtico en el alma nacional, y porque sus ministros —hombres dedicados por vocación y preparación a la enseñanza de las gentes y a la promoción del bien— esparcidos por el país, sin reclamar nada para ellos y exclusivamente dedicados a su ministerio, constituyen los más valiosos auxiliares del Estado en su suprema misión de cultura.

La nueva ruta que el Estado bajo la inspiración de Trujillo, le ha señalado a la educación pública, reanimando y fortaleciendo los valores espirituales y tradicionales más caros a nuestro pueblo, eliminará la influencia positivista que aun subraya nuestro sistema educativo y propiciará la necesaria reforma del plan de estudios secundario y universitario en vigor, para que abarque un programa más intensivo y más amplio de reconocimientos, y coloque la enseñanza dominicana, tanto en un sentido nacional como universal —según la norma de Ortega y Gasset— “a la altura de los tiempos”.

De usted muy atentamente,

Jesús María Troncoso



Respuesta del Prof. Tiburcio Millán

Me es grato corresponder, por medio de la presente, a la encuesta abierta por ese diario, entre distintos sectores de la opinión del país, acerca de la influencia de Hostos en la vida dominicana.

Para poder valorar con exactitud la actuación de Hostos en la República Dominicana, para poder determinar cabalmente la intensidad de sus intervenciones en la vida pública, bueno será que limitemos, que señalemos, que concretemos, el radio de acción sobre el cual desarrolló sus actividades.

Eugenio María de Hostos vino al País en calidad de Pedagogo, de Educacionista. Estaba repleto de inquietudes espirituales y sus actividades tuvieron una finalidad primordial: la enseñanza, para cuya propagación tuvo como consejeros, la Filosofía, la Pedagogía y la Metodología, imperantes en esa época. Hombre de gran cultura y fina observación, pronto dióse cuenta de que la enseñanza en la República Dominicana dejaba mucho que desear. Comprobó la falta de escuelas, y que las pocas que funcionaban no actuaban bajo un plan lógico, efectivo y uniforme; los métodos, procedimientos y formas de enseñanza utilizados eran anticuados y rudimentarios y las ciencias experimentales se las tenía relegadas al olvido. Este era en síntesis el panorama educativo que encontró Hostos en la República; y sus primeras actuaciones, como es natural, fueron dirigidas a exterminar estos males, a mermarlos en lo que se pudiera, sin escatimar esfuerzos ni sacrificios; consiguiendo, en ello, el más lisonjero éxito.



Fué un Maestro

Por sugerencia suya fueron reformados los planes de enseñanza, incorporando las ciencias al cuadro de asignaturas, en un plano de completa igualdad con las materias predominantes hasta entonces; se estableció la Escuela Normal para la formación de Maestros y fué nombrado Director de dicho centro por la superioridad. Y aquí es donde aparece en su más auténtica y relevante personalidad; porque todos, amigos y adversarios, hemos de reconocer que Hostos fué ante todo y sobre todo, un Maestro; pero un Maestro en toda la extensión de la palabra.

Eugenio María de Hostos predicó con el ejemplo; tuvo el estoicismo necesario para trabajar a largo plazo en la preparación de generaciones futuras y tuvo asimismo la visión certera para iniciar su labor educativa de una manera original y en alianza perfecta con la naturaleza y la verdad.

Entregó al servicio de la causa de la enseñanza todo su espíritu, que lo hallaremos, más que en sus libros, en sus conversaciones, vivas y atrayentes, en su encanto peculiar y personal, en su humilde autoridad, en su sincera cordialidad, en su lealtad firme y en el absoluto desprecio de su propio interés. Este noble proceder, este generoso humanismo, fueron para todos (alumnos y no alumnos), estímulo moral e intelectual y a su paso por las aulas parecía que florecían y fructificaban todas las ramas del saber humano. Así, pues, concretando, diremos que su influencia en el campo educativo fué *decisiva, única, constructiva* y beneficiosa. Hostos, en la República Dominicana, se convirtió en Caballero andante de la Patria cultura por la cual agotó hasta el último átomo de sus energías.

Sus ideologías

Sus ideologías (filosófica, religiosa, hispánica), dados al prestigio y autoridad de que gozaba ante todos los dominicanos, indudablemente debieron repercutir en todos los sectores sociales; pero no podemos olvidar que el factor decisivo, propagador de esas teorías, estaba formado por la época y el ambiente en que vivíamos.



En este período durante el cual, se liquidó el imperio colonial español, invadió a Hispanoamérica un sentimiento francamente antiespañol. En este tiempo se publican en la Argentina las dos obras maestras de su literatura, Martín Fierro de Hernández y Facundo de Sarmiento, que tanto daño hicieron a la Hispanidad.

A formar esa tradición antiespañola en Hispanoamérica, contribuyeron, de una parte, la pérdida del prestigio de la cultura española en estas latitudes, y de otra, el recelo, la falta de afecto y confianza entre España y sus colonias Cuba y Puerto Rico que, con razón, reclamaban su independencia.

Quizás como reacción contra la dominación española, aceptaron que España era un país atrasado y que la luz y el pensamiento venían de París. Sin duda alguna, fué el siglo XIX en Hispanoamérica, el siglo francés, y sus teorías y sistemas filológicos ejercieron gran influencia en todos estos países.

El desarrollo del hispanoamericanismo se hizo más factible, cuando se independizaron de España, Cuba y Puerto Rico y a medida que progresaba la cultura española en la metrópoli.

La Escuela Dominicana, según he podido apreciar, no se inspira en la actualidad, en los planes y sistemas hostosianos: hace tiempo que tal organización fué superada. Hoy la enseñanza en la República Dominicana, constituye una unidad orgánica, debidamente articulada que alcanza y abarca a todos los dominicanos y se desarrolla de acuerdo con las más altas exigencias de la Pedagogía Moderna. Con las escuelas de emergencia y rudimentarias para los campos, con las primarias urbanas, intermedias, Liceos secundarios, vocacionales, artísticas y la Universidad, se dispone del suficiente número de centros escolares para satisfacer las más altas exigencias de la población escolar. Y si a esto agregamos, ese maravilloso Plan de Alfabetización Total, puesto en práctica, habremos completado el panorama actual de la enseñanza en la República, que puede resistir airosa toda clase de comparaciones con el de aquellos países que figuran en la vanguardia de los pueblos cultos y progresistas del mundo civilizado.



Reconocimiento explícito

La enseñanza en nuestras escuelas es eminentemente dominicanista, nacionalista si se quiere, pero sin olvidar aquellos principios de convivencia internacional, como la fraternidad, la comprensión y la tolerancia entre todos los pueblos, razas e individuos.

Con gran acierto, se ha incorporado recientemente a los programas escolares, la enseñanza de la Religión y Moral Católicas. Esto constituye el reconocimiento explícito de que la felicidad del género humano, únicamente se alcanzará cuando en el corazón y en la conciencia de todos los hombres esté esculpido ese sublime principio eterno de Moral universal, “Amarrás a tu prójimo como a tí mismo”.

Ese portentoso desarrollo de la enseñanza, sin paralelo en la Historia, esa eficiente y científica organización escolar, esa beneficiosa declaración de principios y fines educativos, son debidos a la mente preclara del Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, Primer Maestro de la República y a quien la posteridad lo reconocerá, como el *verdadero libertador integral de la Patria*, por haber liberado a tantos y tantos miles de la ignorancia y haberlos incorporado al núcleo de ciudadanos conscientes que, agrupados a su alrededor, trabajan y luchan por el engrandecimiento de la República.

Le saluda muy Atte.

Tiburcio Millán



Respuesta de Don Melchor Contín Alfau

Correspondo gustosamente a la enaltecadora deferencia de que usted me ha hecho objeto, al incluirme entre las personas cuestionadas por ese importante periódico, acerca del sugestivo y actualizado tema de la “influencia, laicismo e inspiración de la Escuela Hostosiana en la República Dominicana” y en torno con el cual me satisface emitir la siguiente opinión:

En primer término, considero que, para determinar la magnitud de la influencia alcanzada en nuestro país, por la labor realizada por el eminente pedagogo americano don Eugenio María de Hostos, es necesario analizar la obra de éste desde dos fases que, aunque disímiles, guardan entre sí una estrecha relación, enfocándola en el marco del tiempo y de las posibilidades ambientales en que la misma se desarrollo. Estas dos premisas, son a mi humilde entender; la obra del didacta innovador, sembrador de la simiente de la instrucción —altruista y bienintencionada— y la del libre pensador y el filósofo, no exenta de fisuras, por las que se filtran a veces apreciaciones e interpretaciones, que no siempre abonan mérito a los muchos ganados por el destacado sabio y ejemplar ciudadano.

Considero, asimismo —como lo han externado ya con elegancia de estilo e imparcialidad de criterio otros encuestados— que tanto por su consagración a la docencia, como por los empeños civilista en que discurrió el afanar de su existencia, Hostos constituyó en la preterida época en que ejerció su apostolado entre nosotros, un factor innegable en la evolución de nuestra nacionalidad y que su influencia no se limitó tan sólo a quienes ansiosos de saber y superación, abrevaron en el vasto caudal de conocimientos científicos e intelectivos que hay



que reconocerle al connotado Educador y Publicista, sino que proliferó en la integración de un grupo cultural de selección, reducido y fugaz, para cuyos componentes una febril interpretación del fascinante apotegma “Civilización o Muerte” remedo del categórico “to be or not to be” shakesperiano, constituía una alucinación y una consigna.

El peligro del plan

En cuanto a la implantación por Hostos de la enseñanza laica en nuestras escuelas y que es “consecuencia de su reconocida postura positivista”, estimo que ese sistema —de suyo arriesgado y contraproducente— dada la consistencia religiosa de los dominicanos, no entrañaba por sí mismo, en una Nación democrática como la nuestra, un peligro anonadador y contun-dente, siempre que el plan se hubiera circunscrito, como en otros países de avanzada cultura, a una interdependencia de la escuela, frente a cualquier interferencia de la Iglesia o del Estado, en la formación de la conciencia del educando; el peligro de ese plan, lo constituía más bien, el influjo que en su aplicación se traducía de las ideas radicalistas que en materia filosóficorreligiosa sustentaba su autor, ideas que al ir directa o indirectamente encaminadas a socavar la creencia básica y los estratos de la hispanidad, que siempre han constituido el más noble y valioso reducto espiritual de los dominicanos, “debilitara el alma del País” como dijera con fluidez irrefutable el Doctor Robles Toledano, en su conceptuosa y bien documentada respuesta al tema motivo de esta encuesta.

Sin embargo, descartándose la sospecha de que el propósito fundamental del señor Hostos fuera el de alentar contra el secular espíritu religioso de los dominicanos, situándose en un ángulo de cismático o heresiarca, no cabe dudas de que la persistencia del Maestro de desvincular la idea de Dios del promisor plan educacional que enhorabuena concibiera y aplicara en nuestra Patria, le restó proyecciones al mismo y, pese a los beneficios que se derivaron de su ejecución —desde el punto de vista científico y pedagógico— la incoherencia de la ética de dicho plan con los sublimes postulados del Evangelio, bajo cuya sacrosanta inspiración advino nuestra República al con-



cierto de los pueblos libres, hubo de sopesar, como un lastre retardatario, en la formación de nuestra cultura integral, que sólo ha podido consolidarse —después de varios lustros de tumbo y bamboleos— gracias a los desvelos patrióticos y cristianos del Generalísimo Trujillo.

Debilidad del positivismo

Afortunadamente, el fermento positivista importado por Hostos, pese a que encontró, dentro y fuera de las aulas, seguidores entusiastas y admiradores vehementes, debían perder fuerzas en el devenir, hasta extinguirse, ya que no obstante traer la patente de la novedad, que siempre deslumbra y atrae, carecía de atributos básicos para afincar definitivamente en un medio como el nuestro, que como bien se ha dicho, ha sido forjado dentro de las primicias de la catolicidad y del venero tradicional y cultural que la Madre Patria nos insufló en las venas, al gestar estas promisoras tierras que sumara al esplendor de su corona, la ponderada hazaña del genio obstinado a quien, las brisas confortadoras de la fe más que las inducciones de la razón, aventaron las velas de las naos, en que diera cima a su atrevida y gloriosa empresa.

No pretendo dejar de reconocer, que, como han aducido muchos de sus biógrafos y panegeristas, Hostos “espíritu revolucionario y patriota acrisolado”, abrazó el movimiento liberalista que era a fines de la pasada centuria, oriflama de los que como él, tenían ansias de libertad y de transformaciones sustanciales, como una reacción volitiva, frente al “predominio políticoadministrativo de España, que sucumbía en América” y que, atraído por el incentivo en que afloraban sus sentimientos anímicos, se entregara “con ardor de cruzado” a la doctrina positivista, cuyos sustentadores fungían poseer la clave filosófica con que afrontar los problemas materiales y espirituales que afectaban a la humanidad, pugnando por reformas sociales y soluciones liberadoras y, obcecados por el objetivo que los agujijoneaba, trocaron el sentido de un ideal frustrado, buscando en el *imperativo de la razón*, las soluciones ambicionadas, sin reparar en que cometían la *sin razón* de negar al verdadero autor del equilibrio social: “Dios, Ser Supremo, Omniscien-



te y Todopoderoso, a cuyos elevados designios el hombre no puede sustraerse, sin negarse a sí mismo y sin negar, claudicante e impotente, la verdadera y única razón, causa y efecto, medio y fin, de la armonía universal”, como lo reconocieran Castelar y otros exégetas del Movimiento Liberalista Europeo.

Ciudadano meritorio

Empero, el contraste que se advierte entre el pedagogo y el filósofo, entre el educador y el librepensador racionalista, no empece para que un infundado desaliento nos induzca a arrojar ciego de desmedro e incomprensión sobre el albo monumento que la ingénita gratitud del Pueblo Dominicano —como una de las virtudes descollantes de su firme temple civicorreligioso— le ha erigido en el sagrario de sus recordaciones reverentes, donde la figura austera y meditativa del Apóstol de la Enseñanza, ocupa ya sitial decoroso, como uno de los símbolos millares de las etapas en que se ha escrito —con heroicidad y abnegación— la Historia de la Patria.

Por sobre cualquier contraposición ideológica o por sobre cualquier contradicción interpretativa a que dé lugar su obra, justo es ponderar, con desapasionado sentido americanista, que Hostos fué para nosotros, como para los chilenos, un meritorio ciudadano y un educador eminente y, quien crea una escuela y abre sus labios para enseñar a sus semejantes, merece no solamente el respeto y veneración de sus discípulos y coetáneos, sino también la gratitud y recordación de las generaciones que le sobrevivan. Cuán imperecedera habrá de ser la gratitud y recordación de los dominicanos hacia el Generalísimo Trujillo, creador y constructor de millares de escuelas, en las que se ofrecen las pródigas enseñanzas de los nuevos métodos pedagógicos y de las orientaciones civilistas en que se forja la nueva Patria Dominicana!

La escuela de Trujillo

Sobre el punto final de la encuesta, estimo que la actual Escuela Dominicana, obra y consubstanciación de los arraigados sentimientos cristianos y humanitarios de Trujillo, no puede inspirarse en los rescoldos de la Escuela Hostosiana. Ahora, la



educación, aunque científicista y expositiva, marcha hermanada con el imperio de la fe y de la cultura universalista; Trujillo, el Educador por excelencia, ha echado a un lado los anacrónicos y resquebrajados moldes del perjuicio ideológico y de los privilegios selectivos, para estructurar una escuela donde caben todos los anhelos superadores, donde se plasman las basamentos de una nacionalidad robusta, vertical, ascendente; una escuela, en cuyas aulas es honra ver entronizada una imagen de Jesús, El Maestro de Maestros, y donde la ecuación algebraica y las técnicas de los modernos métodos se trasmutan con el empeño alfabetizador, el experimento agronómico, el canto a la Patria y la oración que eleva y purifica! Una escuela, que avanza y se expande con proyecciones progresistas, como la Patria Grande, creada por Trujillo, para restañar los errores de ayer, solazarnos en las bienandanzas de hoy y afianzarnos en la seguridad del mañana.

Con sentimientos de la más alta consideración y estima, saludale muy atentamente,

Melchor Contín Alfáu.





INDICE

	Pág.
Introducción	5
Respuesta del Lic. Porfirio Herrera Báez	9
Respuesta del Lic. Emilio Rodríguez Demorizi	13
Respuesta del Lic. Luis Julián Pérez	17
Respuesta del Lic. Manuel Valdeperes	21
Respuesta de Don Ramón Emilio Jiménez	25
Respuesta del Profesor Andrés Avelino	31
Respuesta del Doctor Gustavo Adolfo Mejía Ricart	41
Respuesta del Lic. J. R. Cordero Infante	45
Respuesta del Lic. Arturo Despradel	51
Respuesta del señor Ramón Marrero Aristy	55
Respuesta del Doctor Fabio A. Mota	59
Respuesta del Doctor Pedro Troncoso Sánchez	69
Respuesta del Doctor José Enrique Aybar	75
Respuesta de Don Germán Soriano	79
Respuesta del Lic. Manuel A. Amiama	89
Respuesta del Lic. Virgilio Díaz Ordóñez	97
Respuesta de la Prof. Urania Montás	101
Respuesta de Monseñor Eduardo Ross	105



Respuesta del Lic. Federico C. Alvarez	111
Respuesta del Lic. Manuel Ramón Ruiz Tejada	117
Respuesta del Lic. Máximo Coiscou Henríquez	121
Respuesta del Lic. Julio Vega Batlle	125
Respuesta del Pbro. Dr. Oscar Robles Toledano	127
Respuesta del Doctor Manuel Ramón Ruiz Oleaga	145
Respuesta del Doctor Carlos M. Lamarche H.	151
Respuesta del Doctor Salvador E. Paradas	155
Respuesta del Pbro. Doctor Juan F. Pepén	163
Respuesta del Lic. Luciano A. Díaz	171
Respuesta del Lic. Barón T. Sánchez	173
Respuesta del Lic. Juan Francisco Sánchez	177
Respuesta de Don Antonio Hoepelman	183
Respuesta del Prof. Ricardo Ramírez	187
Respuesta del Prof. Rogelio Lamarche Soto	191
Respuesta de Don Julio A. Cambier	197
Respuesta de Don Heraclio Manuel Contín J.	201
Respuesta de Don Pablo Pichardo	205
Respuesta del Doctor Francisco A. Lizardo	217
Respuesta del Lic. Bernardo Díaz hijo	219
Respuesta del Profesor Luis Despradel Piantini	221
Respuesta del Lic. Enrique G. Striddels	225
Respuesta del Agr. Fabio F. Herrera hijo	231
Respuesta del Doctor Ernesto C. Botello	239
Respuesta del Prof. Ramón del Orbe y del Orbe	247
Respuesta del Lic. Jesús María Troncoso Sánchez	255
Respuesta del Prof. Tiburcio Millán	259
Respuesta de Don Melchor Contín Alfáu	263
Indice.....	269







Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

